



LA TELA DE ARAÑA

Mayte Para Torres

Índice

Libro	I:	Hibernia
Libro	II:	Britannia
Libro	III:	Galia
Libro	IV:	Hispania

DRAMATIS PERSONAE

IAN DE DUBH-LINN: Monje autor de la historia.

LAFCADIO DE LEINSTER: Maestro de novicios perteneciente a la Orden Benedictina que parte hacia Inglaterra y acoge a Ian bajo su protección.

THOMAS WOLSEY: Cardenal, arzobispo de York y Ministro de Hacienda simultáneamente. Es después del rey Enrique VIII el hombre más importante de Inglaterra.

MADALEINE BARCLAYS: Sobrina del cardenal Wolsey, prometida a un noble francés.

EN GLASTONBURY (INGLATERRA):

RICHARD WHITING: Hombre de noble temperamento, último abad de Glastonbury.

TEOBALDO BERTHELOT: Confesor personal de Thomas Wolsey. Es enviado por el cardenal a la abadía con la misión de elaborar la continuación de *Liber Pontificalis*.

ARNULPHUS: Monje anciano, anterior archivero de Glastonbury. Vive en Tor, aislado de la comunidad.

PHILIBERT MYERS: Peregrino que se detiene unas semanas en la abadía para reponerse de un brazo roto.

HUBERT: Maestro de obras que se encuentra trabajando en la reparación de la antigua iglesia normanda.

ALCUINO DE YORK: Joven estudiante de la famosa escuela de la abadía.

HUGINUS: Prior de Glastonbury, segunda autoridad después del abad.

ANSELMO: Monje encargado de la gran biblioteca, famosa en toda Inglaterra.

EN PARÍS (FRANCIA):

NICOLAS PONTHEU: Caballero perteneciente a la nobleza que dirige un negocio de imprenta y manuscritos.

GUILLAUME PONTHEU: Hijo de Nicolas. Joven apasionado que ayuda a su padre en el negocio.

ÈTIENNE DOILET: Estudiante e impresor, poeta y compositor que entre otros trabajos, traduce la Biblia al francés.

ÉPOCA ACTUAL:

PALACIO DEL VATICANO, ROMA:

MONSEÑOR RIDOLFO BAGLIONI: Eclesiástico que colabora bajo la supervisión del cardenal D'Angelo en la revisión y clasificación de textos de la Biblioteca del Vaticano.

CARDENAL LORENZO D'ANGELO: Hombre ambicioso, Secretario de Estado del Vaticano y aspirante al trono de Roma. Obtiene carta blanca del Papa para investigar la autenticidad del Santo Sudario.

LABORATORIOS SCAN, REINO UNIDO:

SIR EDGARD NORTON: Biólogo y genetista, Premio Nóbel de Fisiología y Medicina.

PAUL FOSTER: Bioquímico, ayudante de sir Edgard.

JERUSALÉN, ISRAEL:

PAOLO TIZZIANO: Joven seminarista, protagonista de ésta historia.

SHANNON BRIGHMAN: Escritora irlandesa que está elaborando un libro sobre la figura de Constantino I.

Anno Domine

Aunque mi corazón es viejo y mis manos me tiemblan, el Señor me ha dotado de una excelente memoria que ahora me será útil para trasladar la paz a mi espíritu atormentado. Nunca antes me había atrevido a confiar a nadie el relato de éstos sucesos por temor a que llegaran a manos de aquellos que fueron mis perseguidores durante años y que me obligaron a vagar como un giróvago, huyendo de una muerte de la que mi amado maestro no pudo escapar.

Noche tras noche su rostro se me aparece en sueños pero no está sosegado como antes. Sus ojos no mantienen esa serena quietud que los caracterizaba, están hundidos en sus cuencas y me devuelven una mirada fría e increpante. Las arrugas, casi invisibles entonces, aparecen como surcos, deformando su cara; su boca está apretada en una mueca de disgusto y aunque no me habla sé lo que quiere de mí. Como digo, desde hace un mes, cuando la noche extiende la negrura de su manto sobre la campiña y el único sonido que se escucha es el ulular del búho y el gemido del viento en el páramo, mi sueño es perturbado por la visión de mi maestro que permanece mudo y expectante. Yo me agito y me revuelvo pero él sigue allí y me siento como una mosca atrapada en una tela de araña, hasta que por fin consigo despertar con el cuerpo empapado en sudor y entonces me arrodillo ante la llama de la vela y rezo por su alma.

Soy monje, no por vocación sino por obligación, aunque el paso del tiempo me empujó a abrazar la antigua fe, ésa que confía en el perdón de los pecados y en la salvación del alma. Aunque hoy día la iglesia no es más que una institución de ricos manipulada por poderosos, cuando ingresé en la orden benedictina los monasterios eran la piedra angular de la enseñanza cristiana; hago mal en hablar en general, el mío si era un ejemplo pero muchos otros ya habían sucumbido a la tentación convirtiéndose en verdaderos centros de comercio de lana y otros productos y amasaban grandes fortunas que gastaban, no en paliar las necesidades del pobre sino para su propia satisfacción. La casa del Señor es de barro, no de oro pero mientras el pueblo es diezmado por el hambre, las riquezas se van acumulando en forma de reliquias en la iglesia, y los abades se construyen sus propias casas separadas de los monasterios. Así lleva sucediendo desde entonces, si bien la situación ha empeorado hasta el punto en que cada vez se hacen más frecuentes los asaltos a los prelados en

los que son despojados de sus ricas vestiduras y joyas, pretendiéndose así devolverles la humildad y pobreza que predicán.

Según me ha contado el hermano Jacobo, que es mi único contacto con el exterior, los servidores de la iglesia andan tan preocupados en satisfacer sus deseos que ya no se molestan en ocultarlos; así pues, en Inglaterra, al párroco de Chinchester le ha sido impuesta la penitencia de peregrinar durante tres años tras confesar que solía fornicar con varias mujeres. Así están las cosas.

He de decir que no me he distinguido por mi santidad – conocí la fogosidad de varias mujeres – pero como ya dije antes mi ingreso en la vida monacal fue impuesto por la necesidad, y por ésta razón nunca me aventuré a aconsejar o a predicar con el ejemplo, al contrario que esos charlatanes hipócritas de rostro sonrosado y cuerpo hinchado por el sebo. Es verdad que acogí mi ingreso en la orden sin temor y sin fe pero años después, tras el sorprendente secreto del que fui partícipe, el miedo me empujó a Dios, a una fe ciega que no necesita ver para creer y que encuentra un consuelo único y verdadero en la oración y en la meditación.

Aguardando a que el Altísimo me llame a su morada liberándome así del peso del cuerpo y del sufrimiento que mi corazón acarrea desde hace años, y encendido por el deseo de que la verdad no muera conmigo sino que, a través de algún corazón piadoso y valiente resurja incólume, me apresuro a dejar constancia en mis últimos días de lo que antes callé.

He confiado mis pensamientos a nuestra Señora, ella sabe guardar un secreto mejor que un amigo y al soportar la carga, aviva mi esperanza. AADGIPR

Ruego a Dios que mi espíritu sólo sea liberado cuando desvele la verdad permitiéndome así enmendar mi error de cobarde. Aún así, que no se cumplan nuestros deseos Señor, sino tu Voluntad.

Nota: Este manuscrito fue hallado en el interior de la tumba del Papa Pablo III, en la cripta bajo la iglesia de san Pedro del Vaticano.

LIBRO I

HIBERNIA

Me llamo Ian de Dubh-Linn y mi vida se la debo a un hombre, Lafcadio de Leinster. Nací hace ochenta y dos años en la ciudad del mismo nombre que en gaélico significa *"lago negro"*. Fui abandonado al sudoeste del río Liffey, en un barrio de callejuelas tortuosas, ante la puerta de una taberna; allí acudían los prósperos mercaderes y orfebres instalados en el barrio y aportaban un generoso beneficio a Ellen, la propietaria, en una época en la que el hambre y las enfermedades azotaban pueblos y ciudades. En efecto, desde la terrible peste negra que había asolado Erin (*nombre gaélico de Irlanda*) en mil trescientos cuarenta y ocho y que acabó con la mitad de la población, el país aún sufría las terribles consecuencias de la epidemia.

Erin sufrió las incursiones, primero de los vikingos que fueron derrotados a principios del siglo once por el rey de Munster después de dos siglos de ocupación y seguidamente, tras cien años de independencia, fue invadida de nuevo por otros enemigos más cercanos al país: los anglonormandos. El rey de Inglaterra, Enrique II se auto proclamó Señor de Erin aunque a lo largo de los siglos el poder inglés fue declinando notablemente de tal manera que en la época en la que yo nací únicamente una zona que se extendía por los alrededores de Dubb-Linn mantenía la influencia inglesa.

Nunca supe quienes eran mis padres. Ellen la tabernera me recogió una cálida mañana del mes de abril de mil quinientos seis, apenas recién nacido. Iba envuelto en ropa limpia y había sido alimentado. Por entonces no era nada extraño abandonar a bebés por diversos motivos: uno de ellos era el temor de que estuvieran contagiados por la peste. Para mi fortuna se me veía sano y feliz y aquella buena mujer no pudo resistirse; era viuda, tenía un único hijo y vivía con holgura. La peste bubónica se gestaba durante seis días; al séptimo día la bonachona mujer me dio el nombre de Ian y me tomó como hijo suyo.

Crecí junto a Hugh, su hijo, que me llevaba cuatro años y nos criamos como auténticos hermanos. Cuando fui capaz de comprender, Ellen me contó las circunstancias especiales que rodearon mi nacimiento aunque yo seguí considerándola como mi auténtica madre.

Yo nunca creí en Dios o, mejor dicho, nunca lo acepté. Los pobres se morían de hambre, de frío y de enfermedades por no poder pagar a un médico. Los ricos se protegían de éste patético espectáculo cuando paseaban en suntuosos coches de caballos con las ventanas protegidas por cortinillas, aislados en sus ricas mansiones

sin más preocupaciones que las de organizar fiestas o huyendo a sus casas de campo cuando el calor era intenso y las moscas lo invadían todo.

No sé por qué me atraían tanto las grandes edificaciones pero el caso es que desde pequeño solía escabullirme de la taberna y recorría las calles repletas de puestos de toldos con llamativos colores hasta alcanzar la iglesia levantada junto al pozo en el que Patricio, el santo que cristianizó el país, bautizó a los fieles; era una enorme construcción de piedra en la que reinaba la armonía y el equilibrio y en donde cada mañana desde la torre Minot - *nombre dado en honor del arzobispo que se ocupó de su restauración* - alzada en su extremo occidental, las campanas llamaban a la oración congregando a un gran número de creyentes.

Desde la llegada de san Patricio en el siglo quinto en que fundó la primitiva iglesia y tras la creación de los primeros monasterios de manos del misionero irlandés san Columbano, la iglesia había comenzado a ocupar una posición de favor gracias a su firme unión con el papado y llegado a alcanzar una edad de oro que la hizo ostentar mayor poder que el de los reyes debido a los numerosos privilegios de los que gozaba. Y todo ello sustentado por la gran masa de creyentes. Esto se reflejaba en las magníficas construcciones que se erigían, un indicativo de que el cristianismo había arraigado con fuerza. Pero tras una época oscura dominada por la iglesia nuevos aires estaban renovando el país.

Mi vida transcurría feliz y sin sobresaltos; solía ayudar a Ellen en la taberna, que contaba además con habitaciones para hospedaje y mis obligaciones ineludibles eran ayudar en la cervecería, cambiar la paja de los suelos, proveer la despensa y hacer los recados. Mi tarea preferida era elaborar la cerveza y cuando me hallaba en la cervecería, aspiraba con deleite el aroma. Primeramente se trituraba la malta y se añadía agua dejando que ésta germinara; después se trasladaba a otro barril y allí se le añadía la levadura que hacía que fermentara con lo cuál se producía la apreciada espuma.

Mientras servía aquella deliciosa cerveza a menudo me quedaba embobado escuchando las airadas conversaciones de los mercaderes que se quejaban de los precios del mercado:

- Llevo tres años seguidos comprándole la lana a aquél viejo y, ¿sabes lo que me hizo éste año?. Vendió parte de la que teníamos acordada a otro comerciante que le ofreció más dinero – decía el gordo de Bowel.

Tenían razón. Las cosas estaban cada vez más difíciles. Inglaterra había suprimido el comercio con los demás países en un afán proteccionista del rey Enrique de favorecer a los artesanos nacionales y prohibido la entrada de los paños del

continente y después de la crisis económica sufrida tras la peste negra aquello hundía cada vez más al país.

Hugh se casó a los quince años con la hija de un próspero curtidor de pieles y ambos ocuparon las habitaciones superiores de la taberna por expreso deseo de su madre mientras que ella y yo nos mudamos a las habitaciones de abajo, más frías y húmedas.

Fue un día, inesperadamente, como suceden todas las cosas importantes cuando Ellen avisó que se sentía mal; la fiebre no se dejó esperar y a los pocos días murió sin que el médico pudiera remediarlo. En unos instantes, el amor y la seguridad que mi madre me ofrecía desaparecieron por completo de mi vida. Yo tenía entonces catorce años y aunque los muchachos a mi edad solían casarse o al menos estar prometidos yo había decidido esperar unos años más. Ella lo había aprobado con la secreta esperanza de que pudiera contraer matrimonio con una muchacha de la que estuviera enamorado y no como ella, que tuvo que acceder a los deseos de su padre. Ahora, me encontraba solo, asustado y sin su protección. Por vez primera me dirigí a Dios pero no para rogarle por el alma de mi madre.

“Tú infringes dolor a los hombres, golpeas al débil y permites al poderoso escapar de sus delitos, envías a la horca al padre que roba el pan para dárselo a su familia, arrebatas a las madres de sus hijos y dejas sin hogar al ciego, al sordo o al cojo. Has puesto al hombre en éste mundo sólo para sufrir pero yo no me haré vanas ilusiones. A partir de ahora sé que lo único que recibiré de la vida será sufrimiento porque tú eres el Dios de la injusticia”.

Una mañana poco después de la muerte de su muerte, escuché a Hugh y a su esposa hablar de mí en la cocina:

- Ian no tiene pensamientos de casarse y menos aún de aprender un oficio – decía ella -. ¿Sabes lo que hará?. Nada. Se quedará siempre aquí, viviendo a costa de la taberna.

- Ian no pretende aprovecharse de nosotros. Es un buen muchacho y se gana su sueldo trabajando tanto como yo.

- ¡Pero él no es tu hermano ni la taberna le pertenece! – estalló furibunda -. Los dos nos bastamos para sacar el negocio adelante. ¿Por qué compartir entonces las ganancias?.

- Estás olvidando que mi madre lo acogió como un hijo suyo – contestó Hugh mostrando su enfado -. ¿Acaso pretendes que lo eche a la calle como si no le conociera?.

Se hizo el silencio y de nuevo escuché su voz, ésta vez melosa.

- Necesitaremos ahorrar un poco y tú deberás empezar a pensar en el interés de tu propia familia. Dentro de siete meses tendrás un hijo al que alimentar.

Aunque siempre estuve seguro de que Hugh jamás me echaría de allí, saber que le estaba ocasionando problemas me enfermaba. Si bien era cierto que odiaba a su esposa por arremeter en contra mía, al final tuve que admitir que ella sólo estaba defendiendo los derechos de sus futuros hijos. Era lógico que si pensaba formar una familia debía asegurarles el pan. Tarde o temprano yo sería un estorbo para ellos.

En los días siguientes me rebelé a todo, saliendo por la mañana y perdiéndome en la ciudad. Siguiendo mi habitual costumbre recorría la catedral de san Patricio refugiándome en la umbría de sus elevadas naves, embelesándome con el murmullo de las voces que elevaban sus plegarias, haciéndome olvidar la miseria de mi existencia. ¿Cómo podía el hombre construir con sus manos aquellos templos que rivalizaban en belleza únicamente con las obras propias de la naturaleza para el Dios destructivo?. ¿Cómo podían aquellas personas orar con aquél fervor mientras Él atenazaba sus gargantas y les ahogaba?. Atravesaba St. Audoen's Arch, pórtico de la ciudad amurallada, animado por el alegre sonido de las tres campanas de su iglesia y descansaba al pie de la fortaleza erigida como muestra del dominio inglés mientras en mi corazón surgía con más fuerza un deseo. Y finalmente cedí a él.

Era un día de septiembre, frío y lluvioso como corresponde a tal época, cuando salté del lecho y recogí mis escasas pertenencias. Ellos todavía dormían y sólo me entretuve para coger algo de comida saliendo rápidamente al exterior donde aún era de noche. Recorrí las calles que a éstas horas comenzaban a ser habitadas por los primeros mercaderes: calceteros, zapateros, vendedores de pescado seco y arenques, talabarteros, vendedores de especias y pasteleros que levantaban los primeros puestos. Crucé por última vez St Audoen's Arch y me encaminé al puerto, donde esperaba poder llevar a cabo mi plan.

La riqueza de una ciudad se mide por su puerto; el de Dubh-Linn bullía en una frenética actividad; puestos donde se vendía el pescado y ahumadores, comerciantes de lana y pañeros, descargadores de mercancías y reparadores de redes ocupaban todo el espacio. Varias carracas estaban siendo cargadas de lana, paños y otros

productos con destino a otros países europeos y el olor penetrante a pocilga lo invadía todo; los cerdos campaban a sus anchas devorando la basura que producía el puerto y que de no ser así se acumularía por toneladas.

Fue sólo entonces cuando estuve allí y miré a la vociferante ciudad cuando empecé a sentir la garra de la nostalgia. Un gran barco anclado cabeceaba perezosamente y embarcaciones más pequeñas estaban dispersas a su alrededor. Hombres de cuerpos robustos y anchas espaldas gritaban, reían o proferían maldiciones mientras cargaban o descargaban las mercancías.

Me paré frente a uno de éstos grandes barcos de carga y pregunté a uno de los cargadores. Uno de los barcos zarparía a la tarde. Entonces decidí mi destino.

Pululé por allí de un lado a otro hasta que cayó la tarde y me aproximé a observar los movimientos de los trabajadores que terminaban de cargar la mercancía.

Fue cuestión de segundos; aprovechando un breve respiro de los peones que sentados en el suelo comían alegres y bebían atravesé el titubeante puente y alcancé con paso firme la cubierta, deslizándome escaleras abajo a la bodega. Sin creermelo aún lo que estaba haciendo busqué un lugar seguro donde ocultarme y hallé un buen sitio tras unos barriles. Allí me acurruqué, confiando en que nadie me encontrara y con el paso del tiempo caí en un sopor del que fui sacado debido a las voces de los hombres que gritaban las últimas instrucciones. Poco después sentí el ruido de los remos al golpear el agua y el oscilante movimiento del barco que indica que habíamos zarpado. Durante varias horas estuve amparado en las sombras hasta que percibí la oscuridad de la noche. El incesante ruido de mis tripas me obligaron a buscar algo de comida; así pues, me puse en pie mareado y con el cuerpo entumecido y salí a hurtadillas alumbrado por la generosidad de una luna llena. Conducido por el olfato más que por la vista di con la cocina, impregnada aún por el olor a guiso y hurgando en las estanterías me hice con una hogaza de pan duro, un trozo de queso y dos manzanas. Después volví a la seguridad de la bodega y devoré con fruición los alimentos, hecho lo cuál dormí tan profundamente que sólo me desperté cuando un hombre, con el rostro negro como un demonio, me levantó por el cuello.

Así fui sacado y conducido a empellones ante el capitán del barco, un hombre calvo y de rostro sudoroso, que escuchó el descubrimiento del marinero.

- ¡Nunca antes había tenido un polizonte! – gritó iracundo -. ¡Tendré que darte un buen escarmiento para que nadie se atreva a seguir tu ejemplo! -. Y agarrándome por una pierna me balanceó sobre las aguas oscuras del mar agitado. Yo tampoco me había encontrado nunca antes en semejante apuro y no estaba acostumbrado a que me trataran así.

Grité con todas mis fuerzas, esperando recibir el frío abrazo del mar pero afortunadamente me estrelló contra el suelo de la cubierta. Un grupo de personas se había congregado a nuestro alrededor atraídos por los gritos y entre ellos había un monje de hábito negro que intercambié unas palabras con el capitán y depositó en sus manos una bolsa de monedas que éste recibió con agrado. El corro se disolvió y el monje me ayudó a ponerme en pie, ya que mi cuerpo aún temblaba por el susto.

- Gracias –le dije mareado –. Antes de que pudiese hablar uno de los marineros vino con un cubo y un cepillo que depositó en mis pies –. Toda la cubierta – me espetó.

El monje se encogió de hombros.

- No puedo gastar todo mi dinero en tu pasaje. El capitán ha aceptado que trabajes para él.

Antes de que pudiera asimilarlo me encontraba frotando el suelo y lo estuve haciendo hasta que se desencadenó una tormenta y me ofrecieron un plato caliente que atemperó mi cuerpo. También ayudé en la cocina y ante la insistencia de la lluvia me refugié con los demás en una pequeña habitación ocupada con incómodos jergones de esparto repartidos por el suelo y en la que apenas quedaba espacio libre para caminar. Me senté junto al monje que parecía estar rezando, con la capilla echada sobre la cabeza y los ojos cerrados; su rostro sosegado mostraba un mentón ligeramente redondeado y unas facciones armoniosas. A pesar de ser ya mayor (*a mi edad consideraba a un hombre de más de cincuenta años un viejo*) aún conservaba un aire jovial aunque su cabello, totalmente agrisado, delataba su madurez.

- Si piensas sobrevivir como ladrón tendrás que mejorar tus habilidades – me dijo echándose hacia atrás la capucha. Su mirada clara, suave y sin recriminaciones me sorprendió.

- No soy ningún ladrón – contesté lo más dignamente que la situación me permitía –. Él me miró y asintió.

- Ciertamente no lo pareces – replicó fijándose en mis ropas y mi pelo recortado –. Sin embargo, ¿a dónde pretendes ir con esa cara de niño recién destetado? –. Sus palabras me molestaron aunque he de confesar que tenía razón; a pesar de estar en la pubertad mi cuerpo aún no se había desarrollado por completo y la cara redondeada junto con los ojos de un azul suave me conferían el aspecto de un infante.

- Quiero salir de Erin, eso es todo. ¿Podéis decirme a dónde nos dirigimos?.

- ¿No lo sabes?. El barco atracará en Inglaterra.

Inglaterra. Aparte de reconocerlo como un pueblo invasor no sabía mucho de aquél país. Sin embargo no me disgustaba; el idioma era similar al igual que las costumbres así que, quizás podría comenzar una vida sin muchas dificultades.

La lluvia arreció y el barco se movió al compás. Mi estómago comenzó a acusar los efectos del mareo y sentí náuseas. El monje hurgó en su bolsa de lona y sacó un frasco de hierbas olorosas que colocó bajo mi nariz. Me dijo que respirara hondo hasta que desapareciera el malestar y, en efecto, poco después volví a sentirme mejor.

Como el barco era de carga no llevaba muchos pasajeros. Con nosotros viajaban dos comerciantes, uno de ellos con su mujer y un niño y un hombre con aspecto de peregrino que se mantenía callado y apartado de todos. Yo me uní a los dos hombres y comenzamos a jugar a las cartas, ya que el monje había vuelto a sumirse en el silencio.

La noche llegó por fin, dando descanso a mi mente agitada, pero no duró mucho pues me desperté gritando, sobresaltado por terribles pesadillas. Uno de los hombres comenzó a proferir insultos pero Lafcadio, así se llamaba el monje, me ofreció palabras de consuelo. No pude volver a dormir más que cuando la claridad del alba se filtró por los ventanucos trayendo consigo paz para mi espíritu turbado. Para entonces el monje estaba despierto rezando y el capitán requirió de nuevo mis servicios, esta vez, para ayudar al cocinero.

Ya por la tarde me vi desocupado de mis obligaciones y me acerqué a conversar con el monje.

- Os agradezco lo que hicisteis por mí.

- Me vi obligado a intervenir. El capitán estaba tan furioso que pensaba arrojarte al mar – contestó dirigiéndome una mirada divertida -. Sin embargo – continuó – sin proponértelo me has causado una contrariedad ya que mi viaje termina al sur de Inglaterra, en un monasterio de la orden benedictina y parte de las monedas que entregué ayer estaban en realidad destinadas a la comunidad.

- Si tuviera dinero juro que os lo devolvería – repliqué dignamente.

- Imagino que si tuvieras dinero habrías pagado el billete como cualquier persona que se dispone a emprender una travesía por mar.

- Las pocas monedas que tengo me las guardaba para sobrevivir unos días sin tener que robar.

El monje emitió un sonoro suspiro y percibí una mirada de interés.

- ¿Por qué has huido?, ¿acaso has cometido algún delito grave?.

Aún sin que me apeteciera contar la historia de mi vida se la relaté ya que, al menos, le debía agradecimiento.

- Sé que mi hermano nunca me habría pedido que me marchara de allí y a la larga le habría ocasionado mayores problemas con su esposa –finalicé.

- Eso es digno de alabanza pero, ¿has pensado que harás cuando llegues a Inglaterra, sólo, sin hogar y sin oficio?.

No, no lo había pensado realmente. En medio de mi tristeza sólo me había planteado una cosa: desaparecer de la vida de mi hermano y su esposa. Y espoleado por mi orgullo había dejado atrás mi hogar, la tumba de mi madre y la única persona que me amaba.

A su pregunta me encogí de hombros y el monje meneó la cabeza a la vez que se levantaba del taburete. Yo hundí la cabeza entre mis rodillas y sentí la mano del monje palmeándome el hombro.

A partir de aquél día busqué su compañía y poco a poco fui entablando amistad con aquél hombre tranquilo y de mirada sabia. Una tarde en la que el mar estaba especialmente en calma y su superficie asemejaba un espejo reflejando el oro del cielo le pregunté cómo había llegado a hacerse monje y me relató la historia de su vida.

Lafcadio de Leinster había visto la luz hacía cincuenta y seis años en Meath, en un fértil valle de grandes lagos, turberas y exuberantes pastos, en el seno de una familia acaudalada que poseía tierras y granjas; allí sus padres cultivaban el terreno y obtenían un considerable beneficio de la lana. Aunque su nacimiento debería haber sido causa de alegría por ser el primogénito varón el destino hizo que su madre muriese a los pocos días a causa de una hemorragia. Su padre, abatido por la desgracia tomó parte en la batalla contra los ingleses, no se sabe si como penitencia o para descargar su ira. Lo cierto es que pronto halló la muerte mientras el bebé crecía sano y feliz en manos de su tío o mejor dicho de su joven esposa que le ofreció al niño los cuidados propios de una madre. Tuvo una infancia alegre, ajeno a la desgracia de la que había sido portador, hasta que cumplió ocho años, fecha ésta en la que su tío decidió ingresarlo en un tranquilo y apacible monasterio benedictino, emplazado en Weastmeaht, donde los monjes dividían sus días entre el trabajo y la oración. Al principio su tía se negó a aceptarlo pero cedió poco después convencida por los argumentos de su marido: el niño era un ser mimado que estaba creciendo medio salvaje. Andaba descalzando correteando por los prados o jugando con los animales y no seguía ninguna disciplina. – Lo cierto es – admitió por fin ella con un suspiro – que el niño se parece más al hijo de cualquier sirviente.

Sin perder tiempo su tío solicitó una entrevista con el abad e hizo los arreglos pertinentes: entregó a la abadía una considerable cantidad de dinero. Más de una rabieta tuvo que soportar su tío del pequeño, alejado cruelmente de los amorosos brazos de su tía hasta que al cabo de un mes fue entregado a cargo del abad pero después, ni una sola lagrima volvió a derramar tras llegar a la conclusión de que si bien su destino no estaba ni mucho menos escrito, en aquellos momentos poco podía hacer para cambiarlo. El joven muchacho destacó pronto del resto de los novicios por su inteligencia; estudió astronomía y física y aprendió con rapidez las lenguas antiguas llegando a ser un hábil traductor. Como una burla del destino se convirtió en maestro de novicios educando a los niños y jóvenes que entraban para tomar las órdenes.

— Por diversas razones hace muchos años me trasladé a Inglaterra aunque haya tenido que regresar ahora por ineludibles asuntos de familia pero te aseguro que desde entonces no he deseado tener otra vida que no fuera esta.

- Y decidme. ¿No os cansáis de estar siempre orando y en silencio?.

- Al contrario, cada nuevo día hay que agradecer algo a Dios.

- ¿Agradecerle qué? — dije sin poder contenerme —, ¿que estemos vivos?. ¿Acaso no nos puso Él en éste mundo para que viviéramos?. ¿Que tengamos vista y podamos caminar?. ¿No fuimos creados a imagen y semejanza suya?. Entonces, si tenemos que agradecerle a Dios esto, del mismo modo también debemos culparle de las desgracias que nos asedian.

El monje me miró con enfado tal como esperaba pero logró dominarse y simplemente me dijo:

- Sólo los ignorantes hablan así. Culpan a Dios de las enfermedades que les afligen y de las desdichas que sufren pero no ven más allá. ¿Piensas que el hombre puede hacer todo lo que se le ocurra, bueno o malo, y quedar impune?.

Y tranquilamente se alejó de mí.

Aquella mañana no amaneció; las nubes oscuras bordeadas por relámpagos cegaban el sol y la voz del mar, susurrante, se convirtió de pronto en un clamor que fue adquiriendo más y más fuerza. La lluvia caía en torrente y el capitán nos ordenó no movernos del camarote. Todos nos manteníamos en silencio escuchando los truenos desgarradores, tambaleándonos por las embestidas del mar embravecido mientras que el llanto asustado del hijo del comerciante martirizaba mis oídos.

Recuerdo aquella tormenta como la peor que he vivido en toda mi vida. ¿Cómo describirlo, para que os imaginéis cómo sufrí el estruendo, el clamor, la náusea y el

vértigo?. Ésta es una de las veces en las que añadir algo más es innecesario. El temporal duró todo aquél día y la noche y el día siguiente. Cuando por fin amainó, todos, incluido el capitán, teníamos los rostros amarillos a causa del mareo.

Ahora era la niebla quien había tomado posesión del reino marino y, poco a poco, retornó la actividad a la nave. Esto quiere decir que de nuevo volví a restregar el suelo de la cubierta inmaculada ahora por la lluvia pero ésta vez contento de hacerlo.

Ya al atardecer atracamos en el puerto de Ros Láir en donde nos aprovisionamos de alimentos y agua. A la mañana siguiente el capitán contempló con satisfacción el mar en calma mientras nos alejábamos de la costa.

De manera imperceptible me había ido acostumbrado a la compañía del monje y me deprimía la idea de llegar a puerto. Desde aquél día que me llamó ignorante comprendí que no había sido justo en exponerle mis pensamientos al igual que no se entra a una taberna y después se rechaza la comida con asco. Así pues, cuando durante el temporal me había sentado junto a él y preguntado si alguna vez había tenido una experiencia similar el monje me sonrió con los ojos comprendiendo mi miedo y me relató una terrible tormenta que vivió de novicio.

Faltaban cuatro días para arribar al puerto de Bristol y mi estómago se encogía al recordarlo.

- ¿A qué ciudad os dirigís? – pregunté intentando no pensar en ello.

- A Winchester, cerca de Salisbury –. Antes de exponer mi idea él la presintió -.
¿Por qué te interesas tanto por un viejo monje?.

PALACIO DEL VATICANO, ROMA

Otoño de 1547

Alessandro Farnese conocido por todos como Pablo III, caminaba por los vastos pasillos del Palacio del Vaticano seguido de cerca por el cardenal Umberto de Florencia. Penetró en el gabinete donde sobre la pulida mesa le aguardaban una pila de documentos para su revisión.

- Todos estos proceden de Francia, su Santidad – le apuntó el cardenal.

Pablo III hizo un gesto de asentimiento. Desde que su antecesor Nicolás V aumentó la Biblioteca Vaticana de trescientos cincuenta a nueve mil códices, él mismo se había propuesto continuar la tarea no por amor al conocimiento, sino más bien para proseguir con el papel de Papa reformista y preocupado por las artes. Después de admirar innumerables veces la Pietá había interrumpido el trabajo en Florencia del genial artista Miguel Ángel para encargarle dos obras: la primera la continuación de la decoración al fresco de la pared situada tras el altar de la Capilla Sixtina en la que el pintor había plasmado un magnífico Juicio Final y recientemente la dirección de las obras de la Basílica de San Pedro.

Adoptando el sistema del propio Nicolás había formado un ejército de hombres que se dedicaban a viajar por todo el continente en busca de libros y códices comprándolos si es que estaban a la venta y copiándolos en caso contrario. De nuevo habían aumentado los volúmenes de las estanterías, gracias al rey Enrique que había acabado con todos los monasterios ingleses beneficiando de éste modo a sus hombres que podían adquirir auténticas obras de incalculable antigüedad.

- Estos últimos pertenecen a la abadía de Saint-Denis – decía el cardenal Umberto señalando los legajos – cuyos monjes no accedieron a venderlos aunque si permitieron copiarlos y éstos otros los adquirieron en el archivo de la vieja iglesia de Languedoc y contienen información de los templarios. Esto es un obsequio – informó con complacencia entregándole un estuche de plata – que el rey Francisco le envía con especial agrado a vuestra Santidad. Según dice ha sido arrebatado providencialmente de las llamas de manos de la Orden del Santo Sudario cuyos miembros, al verse acorralados, pretendían su destrucción. Su majestad asegura que es una poderosa reliquia que el Vaticano se complacerá en poseer.

Si bien había paseado la mirada desinteresadamente sobre aquél montón de legajos sus ojos se detuvieron con insistencia en aquél estuche; lo mantuvo unos instantes entre sus manos como si estuviera sopesando su contenido.

- Encárgate de estudiar y clasificar los escritos – le dijo al servicial cardenal despidiéndolo con un gesto.

Una vez a solas abrió la arqueta que curiosamente tenía las esquinas dobladas y retorcidas a causa de las llamas que habían fundido la plata. De su interior sacó un lienzo cuyos extremos ennegrecidos mostraban las huellas del calor; al principio, confundido, no pudo distinguir nada. Más tarde, cayó de rodillas sobrecogido por la impresión.

LIBRO II

BRITANNIA

INGLATERRA

Otoño de 1520

Ya habían pasado más de dos semanas cuando atravesamos el canal de Bristol y desembarcamos en la ciudad a orillas del río Avon. Su puerto era uno de los más importantes pues era el centro de distribución de productos del interior del país y de los que llegaban desde el mar y el comercio de lana su actividad principal aunque la industria de la confección ya comenzaba a despuntar.

Cuando desembarcamos los comerciantes se adentraron entre los puestos y el peregrino se santiguó y echó a andar despidiéndose de nosotros con un ademán. El monje se cubrió la cabeza.

- ¿Qué piensas hacer ahora? – me increpó.

- Supongo que andaré unos días por aquí a ver si consigo algún trabajo – contesté con aplomo.

- Dudo que sirvas como mozo de carga – señaló observando mi cuerpo flaco –. ¿Cuántas monedas tienes?.

Se las mostré y frunció el ceño –. Eso apenas te alcanza para unas cuantas comidas decentes –. Sacó su bolsa y la abrió pero la volvió a cerrar –. Vamos – me dijo.

- ¿Adónde? – pregunté sorprendido.

- Buscaremos asilo. De algo te ha de servir estar en compañía de un monje.

Le expresé mi gratitud aliviado. Al menos, aquella noche podría dormir tranquilo.

La abadía de los agustinos se hallaba en el corazón de la ciudad y desde lejos se distinguía la torre del crucero rematada por pináculos al igual que las ventanas altas y alargadas. El monje golpeó el portón y tras las rejas aparecieron un par de ojos. El portero abrió la puerta.

- ¿Buscáis refugio?.

- En efecto, sólo para ésta noche.

El monje asintió y nos condujo hacia la hospedería situada en un lateral.

Uno de los monjes encargados de asistir a los peregrinos y viajeros nos ofreció comida y bebida y nos sentamos frente a la mesa alargada. Después de la monótona comida del barco aquél plato me pareció delicioso aunque era un simple guiso.

- ¿Cuánto tiempo os llevará llegar hasta el monasterio?.

- Mañana recogeré mi animal y espero estar ahí dentro de seis u ocho días eso contando que no tenga problemas – respondió.

- ¿A qué tipo de problemas os referís?.

Lafcadio se explicó. En Inglaterra como en todas partes los caminos son inseguros y en muchos de ellos acechan salteadores y bandidos a la espera de robar a algún desafortunado viajero.

- No me preocupo mucho por eso – añadió-. Un monje no es una presa muy atrayente.

Comí con avidez como hacía tiempo que no lo había hecho, con el estómago agradecido de volver a pisar tierra firme.

- Nunca antes había visto a un monje beber vino – manifesté mientras devoraba la sabrosa hogaza de pan blanco -. El monje sonrió con indulgencia y manifestó:

- Tampoco lo habrás visto beber agua.

- Lo que quiero decir es que creía que los monjes tenían prohibido beber vino.

- Estás equivocado. ¿Acaso desconoces que Jesús transmutó el agua en vino?. Si fuera algo malo nunca lo hubiera hecho. Una hémina de vino _ lo permitido en nuestra regla _ no hace mal a nadie. El monje trabaja, se alimenta y bebe vino como una persona común; con esto se demuestra que hasta el hombre más sencillo puede alcanzar a Dios.

Su argumento me convenció y terminamos de comer en silencio. Fuera comenzó a caer una densa lluvia y el viento hacía batir los postigos de las ventanas. Me arrellané en el asiento y le pregunté que camino tomaría al día siguiente.

- Pasaré por Bath, la antigua Aquae Sulis de los romanos, donde se encuentran un priorato benedictino y los baños que la hicieron célebre en aquellos tiempos y ya de camino me detendré en Wells, sede de los obispados de Bath y Wells cuya hermosa catedral y palacio episcopal merecen ser vistos -. El monje sonrió para sí -. Tantos años viviendo en Inglaterra y hasta ahora no se me había presentado la oportunidad de conocerlos.

Dormimos en una habitación compartida por otras cuatro personas más y nos levantamos al amanecer. El monje fue a los establos y recogió la mula mientras yo le esperaba en la puerta.

- Bueno Ian – dijo llamándome por primera vez por mi nombre – ¿Quieres conocer la antigua Aquae Sulis de los romanos?. Está muy cerca y de todas formas no creo que tengas que hacer mucho aquí.

Con una sonrisa me subí a la grupa y tomamos el camino hacia Bath.

Lafcadio ladeó la cabeza para que le oyera.

- Según la tradición – me contó – el príncipe Bladud, hijo de Lud Hudibras, fue quien descubrió las propiedades curativas del agua. Estando enfermo de lepra observó que los cerdos que sufrían enfermedades en la piel se frotaban con el barro y más tarde se curaban. Él hizo lo mismo y quedó sanado. Desde entonces Bath fue conocida por sus aguas termales; los romanos ya habían construido baños mucho antes para aprovechar ésta circunstancia.

Bath era próspera por su comercio de lana. Tomamos la calle principal que discurría junto al río Avon y que conducía a la abadía. De camino pasamos ante la iglesia de majestuosa fachada en la que se alzaba un gran ventanal dividido en vidrieras y a ambos lados de éste unas escalas esculpidas en la piedra que conducían al cielo y por las que ascendían varios personajes; nos detuvimos a contemplar las torrecillas coronadas por almenas y pináculos y la rodeamos. Detrás de ella se hallaban los nuevos baños construidos por el obispo de Somerset pero pobremente mantenidos. Por fin nos detuvimos en la hospedería para descansar.

- Bien, muchacho. He de ponerme en marcha si quiero llegar a Wells esta noche.

- ¿No podría acompañaros?. Me gustaría seguiros hasta el final del viaje.

El monje se me quedó mirando fijamente.

- ¿Para qué? – me dijo –. ¿Y qué harás cuando llegue al monasterio?.

- Seguro que hay muchas cosas que puedo hacer. Ocuparme de los establos, ayudar en la cocina y en la cervecería; nuestra taberna es famosa por su cerveza y era yo quien la elaboraba.

- Ya hay quien se encarga de eso, los novicios y los propios monjes.

Agaché la cabeza, consternado. – ¿Y no podría hacerlo yo también?.

Lafcadio me miró con resignación.

- Yo soy maestro de novicios. Dadas las circunstancias especiales en las que nos hemos conocido y siendo consciente de los motivos que te han puesto en ésta situación sí podría llevarte al monasterio...

- ¿Estáis diciendo que sí?.

- ...como aspirante a monje.

La sonrisa desapareció de mi cara y sentí que él se estaba divirtiendo con esto.

- Servís a Dios predicando las cualidades de misericordia y bondad pero me negáis vuestra ayuda.

- No, Ian, no es así. Podemos alimentar y dar cobijo a aquél que lo solicite pero no acogerlo; la nuestra es una comunidad dedicada a Dios no una hospedería para pobres. No son tantos los jóvenes que tienen la oportunidad de acceder a un

monasterio. Tú no procedes de una familia rica ni tienes influencias. Dado mi cargo puedo llevarte conmigo e iniciarte pero dudo que ese sea tu camino. Ya sé lo que piensas acerca de Dios.

Nunca había imaginado hallarme en ésta disyuntiva. De lo que estaba seguro es que me daba pánico verme en la condición de un miserable, sin hogar y sin amigos. Al menos el monje se había tomado interés por mí y ahora me estaba proponiendo convertirme en novicio. Entonces me di cuenta de mi propia hipocresía. ¿Acaso no desdeñaba a Dios sobre todas las cosas?, ¿cómo estaba considerando en pasar el resto de mi vida en un lugar donde se le alababa y ensalzaba continuamente?. Tampoco es tan grave, decidí al fin. Es una manera como otra de asegurarme el pan. Tal como Él se beneficia de la debilidad de los hombres para golpearlos cuanto más necesitados están de su bondad, del mismo modo yo puedo obtener favor de los ignorantes temerosos que le sirven. Después de todo, cuando esté en Winchester, siempre puedo buscar un trabajo. Así me conformé y decidido le contesté:

- Desde éste momento me pongo en vuestras manos.

Lafcadio no pudo ocultar su sorpresa ni tampoco su satisfacción. Creía que había convertido a otro hombre a la causa de Dios.

-¿Pretendes ingresar en un monasterio solamente para salir del atolladero en el que te has metido? – me recriminó seguidamente.

No tuve valor para mentirle; encogí los hombros y me mantuve en silencio.

- De momento está bien. Ya averiguaremos de camino a Winchester cuál es tu verdadera vocación.

En el trayecto a Wells nos encontramos con un grupo de malabaristas y bufones y les pregunté sin conocían la existencia de bandidos; afortunadamente no se habían encontrado con ninguno. Entramos en la ciudad y atravesamos Pennyless Porch dejando atrás la plaza del mercado y siguiendo la calle que desembocaba en el atrio de la catedral. Era cierto que merecían ser visitadas pues tanto la catedral como el palacio formaban un conjunto grandioso apropiado por su magnificencia para albergar a su ilustrísima eminencia. La catedral, cuya característica sobresaliente era su anchura y no su altura, se mostraba compacta y a la vez etérea con una insistente verticalidad, tanto de sus ventanas ojivales como de sus torres y pináculos, que incitaba a dirigir la vista al cielo.

La catedral había sido consagrada al culto de san Andrés, uno de los apóstoles más cercanos a Jesús, según me explicó el monje. Penetramos por la puerta de la fachada oeste ricamente ornamentada con esculturas policromadas a un interior sumido en la penumbra donde unos cuantos fieles oraban en silencio y en donde un

monje, franciscano a juzgar por el hábito marrón, se encargaba de encender los hachones de los muros. Lafcadio entabló una conversación con él mientras que yo tiritaba bajo mis ropas mojadas por la fina lluvia que había caído. De nuevo sentí esa pequeñez que me embargaba cuando me hallaba en aquellos enormes templos levantados por la frágil mano del hombre.

Cuando me aproximé a ellos el franciscano le estaba explicando a Lafcadio el motivo de los arcos invertidos y entrecruzados que sustentaban la nave central: fueron levantados para contrarrestar el peso de la nave que había comenzado a inclinarse y evitar que la torre se derrumbara. Tras unos breves minutos que Lafcadio dedicó a la oración abandonamos la iglesia no sin antes echar una mirada desde el exterior al hermoso palacio episcopal rodeado por un foso y cuyas fuentes diseminadas entre el espléndido jardín habían dado nombre a la ciudad.

La lluvia persistía cuando entramos en la hospedería para pasar la noche; devoré con apetito el plato de comida que me ofrecieron, no muy buena pero abundante.

La habitación aún estaba sumida en la oscuridad cuando Lafcadio me sacudió para despertarme. Me puse en pie destemplado, mirando con pena el cálido y mullido lecho de paja y tras adquirir dos hogazas de pan recién horneado y generosos trozos de queso nos pusimos en camino.

Atravesar la llanura de Salisbury era como aceptar un desafío contra el diablo; un viento frío y desgarrador nos azotaba constantemente y apenas podíamos avanzar. Pero lo que me erizó el vello fue contemplar una serie de enormes piedras grisáceas que se alzaban al cielo misteriosamente como invocando una especie de poder.

- Observa esto, muchacho. El círculo de Stonehenge.
- ¿Qué significado tiene? – le pregunté sin estar seguro de querer saberlo.
- Era un lugar mágico para los druidas que lo utilizaban para llevar a cabo sus ritos y ceremonias aunque nadie sabe quién las levantó.

El viento producía extraños sonidos al deslizarse entre aquellas piedras y aún a riesgo de parecer cobarde le pedí al monje que espoleara al animal.

La noche siguiente dormimos en el convento benedictino de Wilton, lugar donde el rey Alfred había perdido la batalla contra los daneses y por la mañana recorrimos las pocas millas que nos separaban de Salisbury, antiguamente conocida por New Sarum, asentamiento de monjes cirtencienses y de larga tradición eclesiástica. A la entrada de la ciudad, a orillas del río se habían congregado un gran número de personas y nos acercamos para ver lo que ocurría. Los gritos de una joven llamaron nuestra atención; la habían introducido en un barril al que cubrieron con la tapa asegurándola con clavos.

Estupefacto contemplé cómo dos hombres cogían el barril y lo arrojaban al río; el barril no se hundió en el fondo sino que flotó y la multitud enloquecida comenzó a gritar: *"muere bruja"*. Entonces lo comprendí todo. La joven había sido acusada de brujería y sometida a una de las habituales pruebas; el tonel no se había hundido y eso significaba que era culpable de herejía. A pesar de que la persecución de la hechicería había cesado hacía años fue una bula del Papa Inocencio VIII y un libro, el *Malleus Maleficarum*, el Martillo de las Brujas, los que reabrieron la caza de brujas. Así pues, con la bendición de la iglesia, se habían cometido numerosas matanzas, aunque pocas veces se pudiese demostrar siquiera la práctica de ritos invocados por los campesinos para la fertilidad o inocentes sortilegios para atraer amor o dinero. *"A la hechicera no la dejarás con vida. Todo el que peque con bestia morirá"*. Ésta cita del Libro del Éxodo concedía a la iglesia la potestad de asesinar impunemente.

Mi recuerdo de aquél lugar no es nada agradable. Atravesamos las calles empujados por una multitud enfurecida hasta llegar a la plaza del mercado donde se había dispuesto una pila de leña alrededor de un grueso tronco. La infeliz fue atada mientras proclamaba su inocencia avivando los insultos de la gente y a la orden de *"arde bruja"*, un hombre prendió el fuego; pronto, las leguas rodearon el cuerpo y sus últimos gritos fueron sofocados. La llameante pira comenzó a despedir un olor hediondo a medida que la carne era consumida por el fuego y no pude evitar vomitar. Acabado el espectáculo la concurrencia se disolvió volviendo cada cual a sus ocupaciones y Lafcadio me dio una palmada en el hombro anunciando que proseguíamos el viaje.

A la salida del pueblo nos unimos con una caravana de mercaderes que se dirigían a la popular feria de Stourbridge, una de las citas más importantes entre los comerciantes de toda Inglaterra que se celebraba cada año en los alrededores de Londres y en donde se podía encontrar variedad de productos como la preciada arcilla de Devon, la mejor para la fabricación de loza y los mejores paños del país.

A mediodía nos detuvimos para reponer fuerzas bajo el pálido sol que se abría paso entre los nubarrones y mientras comíamos incordié al monje de nuevo con mis preguntas.

- Si el monje busca alcanzar a Dios, ¿por qué motivo tiene que retirarse a un lugar apartado del mundo?, ¿es que no puede hallarlo en la monotonía de todos los días y necesita hacer algo especial?.

- Últimamente tus preguntas son más agudas y perspicaces – respondió con un deje burlón -. Intentaré responderte lo más acertadamente que me sea posible pues veo que lo que te diga ahora influirá en gran parte en tu juicio sobre la vida monacal –.

Sorbió un poco de caldo y continuó -. Cuando un hombre siente la llamada del Señor en su corazón no puede desatenderla ni olvidarla y busca ahondar más y más en lo que hasta entonces sólo había sido un presentimiento; ya sabes que la forma de comunicarse con Dios no es el ruego ni la plegaria sino la oración y con la oración se consigue una comunicación plena y absoluta. Esto le basta a un hombre ordinario: actuar con ecuanimidad y vivir dentro de la ley del Señor -. Hizo una breve pausa y miró al cielo que amenazaba con una nueva tormenta -. Pero hay otras personas que no se conforman con ello y deciden vivir una vida plenamente dedicada al servicio de Dios. El monasterio está habitado por éstas personas que se despojan de todos sus bienes atendiendo la llamada del Altísimo en sus corazones. Allí es donde verdaderamente nace y crece la fe cristiana, en el estudio y meditación de las Sagradas Escrituras, en esa búsqueda constante e incansable de comunicación y comunión con Dios que hace que se desatiendan los caprichos y deseos del cuerpo y enaltece el espíritu al escuchar el silencio. Por eso una de nuestras principales reglas es el silencio: silencio para oír los requerimientos y consejos que nuestro Señor nos hace y evitar el pecado pues, como dijo el profeta: *"Guardaré los caminos para no pecar con mi lengua, puse freno a mi boca, enmudecí y me abstuve de hablar aún cosas buenas"*. Si finalmente tu decisión es ingresar en el monasterio mantén la regla del silencio desde el primer día aún cuando los demás novicios se empeñen en no cumplirla y tú también podrás escuchar Su Voz.

- Pero ¿qué ocurre con vos?. En vuestro caso no oísteis ninguna voz ni sentisteis la llamada en vuestro corazón sino que vuestro tío decidió ingresaros en la orden cuando erais un niño - dije poniendo el dedo en la llaga.

El monje sonrió consciente de que la razón me asistía. Aún así, como siempre, consiguió dar una respuesta satisfactoria.

- En mi caso me facilitaron el camino y pude acceder mucho antes que otros al ministerio de la fe.

Así quedó zanjada la cuestión aunque yo sabía que muchos niños eran entregados a las comodidades de la vida monacal y nunca llegarían a sentir ni una parte de lo que Lafcadio describía.

Proseguimos el viaje y por si acaso decidía seguir el consejo de Lafcadio sobre el silencio entablé conversación con los mercaderes consciente de que pronto llegaríamos al monasterio.

Al cabo de un día nos separamos de la caravana y nos adentramos en las tierras de los Downs, una línea de ondulantes colinas de terreno de marga que impedía su

cultivo aunque las laderas estaban cubiertas de árboles y las tierras altas eran idóneas para el pasto de ovejas.

Avistamos Winchester rodeada por la antigua muralla romana. La ciudad había sido la antigua capital del país en tiempos de los anglosajones y prueba del esplendor de su pasado era la catedral cuya nave continuaba siendo reformada por el cardenal Henry Beaufort. En aquella ocasión no pudimos entretenernos en admirarla por dentro. Habíamos llegado a la abadía.

- Bueno, Ian. ¿Qué has decidido finalmente?.

Le miré a la cara pero su expresión era hermética. Durante todo el camino había estado preguntándome qué es lo que haría cuando llegara pero en aquellos momentos continuaba sin estar seguro de querer ingresar en el monasterio y nada había cambiado; sin embargo, me aterraba la idea de hallarme sólo y sin recursos.

La respuesta que ahora daba influiría en el resto de mi vida y, sin embargo, en aquél momento no fui consciente y simplemente pregunté:

- ¿Son abundantes las comidas en el monasterio?.

El sudario en el que fue envuelto el cuerpo de Jesús y que se halló en el sepulcro fue mencionado en las Sagradas Escrituras y al extenderse el cristianismo el conocimiento de la Biblia hizo proliferar la aparición de presuntas reliquias. En la antigua ciudad de Edesa en Turquía en el siglo VI se veneraba un lienzo con la imagen de Cristo el *Mandylion acheiropoietón* que significa “pequeña tela no pintada por mano humana”. La leyenda continúa hasta que en mil trescientos sesenta y siete un caballero francés, Godofredo de Charney, perteneciente a una antigua familia de cruzados, legó a la iglesia de Lirey un lienzo en el que se advertía una figura, reliquia que supuestamente había sido arrebatada de Constantinopla. Paralelamente en la Baja Edad Media aparecerían más de cuarenta sudarios de Cristo – inspirados en el Mandylion – que proclamaban su autenticidad.

El sudario de Lirey fue declarado falso por el obispo de Troyes en 1389 y Clemente VII, el antipapa, prohibió su exhibición como reliquia. Fueron los subsiguientes papas, a partir de Julio II, quienes restablecieron su autenticidad. La reliquia de Lirey fue regalada a la familia Saboya en mil cuatrocientos cincuenta y tres. En 1578 el duque Enmanuel-Philibert transfiere el sudario a Turín – que se había convertido en capital de Saboya – para acortar el viaje del Secretario de Estado del Vaticano y cardenal de Milán, Carlo Borromeo que, en peregrinaje, atraviesa los Alpes a pie con el fin de venerar la Sábana. Pero el propósito del cardenal Borromeo no es sólo el de rendirle culto al lienzo sino compararlo con otro sudario que él posee. Confrontados entre sí las diferencias son evidentes: el paño de Lirey presenta un aspecto más reciente, la tela es más suave y se ve más elaborada. En donde todos aseguraban ver la figura de Jesús, el cardenal Borromeo sólo vislumbra unas líneas más oscurecidas que el resto de la tela que conforman una imagen. ¿Acaso no parecían estar dibujados con pigmentos colorantes?. Tras raspar la tela llega a la conclusión de que se trata de pintura bermellón y rojo de rubia.

El lienzo que él tiene, posesión del Vaticano, es una pieza de lino de un marfil descolorido en la que está marcada una silueta rojiza y a simple vista se distinguen las marcas de las heridas en la cara, pies y manos. El cabello largo enmarca un rostro noble y bello.

A Carlo Borromeo no le cabe ninguna duda, el que él posee es el auténtico sudario en el que fue envuelto Jesús después de su crucifixión. Todos los demás son falsificaciones.

El Vaticano ya tenía suficientes tesoros por los que vanagloriarse, algunos arrebatados de las manos de los infieles; el lienzo de Lirey continuaría siendo el sudario de Cristo porque él, Carlo Borromeo, se había encargado de autentificarlo.

Desde mil quinientos setenta y ocho la Sábana Santa de Lirey es conservada en la catedral de Turín aunque durante la segunda guerra mundial es trasladada a la abadía benedictina del monte Vergine, en Avellino. En mil novecientos ochenta y tres es legada por los Saboya al Papa Pablo II. El sudario regresa a su anterior dueño.

Un año después, en la Capilla della Santa Sindone de la Catedral de Turín obra de Guarino Guarini se halla un relicario de cristal; el arzobispo de Turín, por orden directa del Santo Padre ha extraído el lienzo. Como supuestamente y a todos los efectos la Sábana Santa continúa hallándose en el interior, ahora la pieza de seda roja envuelve una tela ordinaria de 4.37 m de largo y 1.11 m de ancho acondicionada para tal fin; de nuevo la Sábana Santa está siendo objeto de investigaciones pero nadie, a excepción de unas cuantas personas – las más allegadas al Papa – tienen conocimiento. En ésta ocasión no se pretende demostrar su autenticidad como tantas otras veces.

Después de analizar genéticamente las muestras de sangre que corresponden al grupo AB – el más corriente entre los hebreos – y que demuestran de una vez para siempre que las huellas impresas en la síndone proceden de un ser humano y no son una mera falsificación _ los estudios están encaminados a determinar el ADN.

El proyecto está a cargo y coordinado por su eminencia el cardenal Lorenzo D'Angelo, destacado miembro del Colegio Cardenalicio. En realidad, la idea partió de él y después de convencer al Santo Padre de *“la ventaja de una investigación que vaya por delante del conocimiento público para que, sea cual sea el resultado la Iglesia esté preparada”*, ha obtenido el permiso que le otorga carta blanca para investigar la Santa Síndone en el más absoluto secreto.

Tras barajar varios nombres el cardenal y su reducido grupo de colaboradores se decidió por Laboratorios Scan del Reino Unido cuyos doctores poseen una reputada fama.

Los análisis de ADN se están llevando a cabo en el más estricto secreto puesto que, más tarde, se encargarán de nuevo las pruebas a varias entidades y se harán públicos los resultados sean o no favorables. Como el cardenal D'Angelo había argumentado ante al Santo Padre: *“El Vaticano, que es la sede de Dios, debe ir con un pie por delante del resto del mundo”*.

Así, mientras cientos de peregrinos llegaban hasta Turín con la idea de venerar el Santo Sudario, el cardenal D'Angelo esperaba pacientemente un aviso de correos cuyo envío procedía del Reino Unido.

Y a los pocos días lo recibió.

Recogió el sobre en una oficina de correos próxima a Piazza Adriana pues no quería despertar especulaciones en el Vaticano. Cuando regresó guardó la carpeta bajo llave y resolvió unos cuantos asuntos pendientes. Después de almorzar estuvo trabajando durante toda la tarde; sólo un par de veces se aventuró a imaginar cuales habrían sido los resultados. Durante siglos la Sábana Santa era una cuestión de fe; ahora, con los nuevos avances y el uso de la ciencia se pretendía respaldar otra opción: que era un invento de la Edad Media. Que aquél sudario era auténtico o una falsificación aún no había podido darse por sentado dado que ni sus detractores ni sus defensores habían obtenido pruebas concluyentes; por increíble que resultase ningún grupo podía pronunciarse con veracidad en ningún sentido. Lo que aquél análisis desvelase, creyentes y no creyentes lo habían estado esperando durante siglos.

El Vaticano ya había aceptado públicamente la prueba de Carbono 14 que aseguraba que era falso y adoptó su postura: El Sudario es uno de los mayores símbolos de fe y para los creyentes su autenticidad ocuparía un segundo plano. Tras abrirse la polémica y rebatirse la fiabilidad de la prueba del Carbono 14 la Iglesia continuaba sin pronunciarse al respecto, pero con las próximas investigaciones de ADN se esperaba hallar la conclusión definitiva.

Y ésta se encontraba en una carpeta en el escritorio del cardenal D'Angelo.

No se había apresurado a conocer el resultado pues prefería hacerlo tranquilamente y sin interrupciones en su apartamento. De todos era conocida y envidiada su paciencia.

Cuando llegó a sus habitaciones se sirvió un whisky con mucho hielo y se tendió en el sofá con la carpeta a su lado; sintonizó el canal de música clásica y rasgó el sobre blanco con el sello del laboratorio. Pasó las hojas hasta llegar a las letras rodeadas por un círculo: 46: XY. Los resultados de ADN correspondían a un hombre normal.

Aquella noche su eminencia no pudo conciliar el sueño; vagó como un sonámbulo y salió a la terraza, a pesar del frío de la madrugada, para meditar frente a la silueta enorme de la cúpula de San Pedro.

Nunca jamás había pensado en otra posibilidad. Incluso él mismo no tenía muy claro que el lienzo con aquella silueta en la que se distinguía un rostro hermoso y sereno no fuera la obra de un magnífico pintor guiado por su imaginación e inspirado en las Sagradas Escrituras. Que fuese auténtico o no, ¿qué importancia podía concedérsele cuando al contemplar el lienzo, creyentes o agnósticos experimentaban una intensa fascinación que emanaba, como no, de aquella poderosa imagen profundamente espiritual?.

Pero aquella noche acababan de cerrarse un abanico de posibilidades. Y de oportunidades. De momento él poseía la prueba de que la Sábana Santa era el sudario de un hombre, ¿tal vez Jesús?. Le había dicho al Santo Padre que le informaría de los resultados en cuanto los obtuviese y lo haría al día siguiente. Pero, ¿acaso podría aprovechar aquella información de otro modo y hacer enmudecer a aquella pandilla de aprendices que se hacían llamar científicos?.

ORDO SANCTI BENEDICTI

El priorato de san Swithin se hallaba junto al espacio catedralicio; había sido erigido en el siglo séptimo por unos monjes provenientes de Monte Casino, un siglo después de que el Papa san Gregorio el Grande aprobara la orden fundada por san Benito; los doce monjes que lo habitaban primitivamente habían ido aumentando su número.

Hay muchas formas de servir a Dios y a los hombres y una de ellas es preservar la sabiduría antigua y hacer llegar incólumes las enseñanzas de Nuestro Señor. La Orden de san Benito promueve la oración, el cumplimiento de las horas consignadas a ella y el servicio destinado al trabajo y al estudio. La comunidad que habitaba el monasterio estaba integrada exclusivamente por monjes copistas, iluminadores de manuscritos y pensadores. El monasterio ya había sido antiguamente célebre por la elaboración de manuscritos miniados y el mejor exponente de ello una Biblia elaborada en el siglo XII.

- Bien, nuestro viaje ha tocado a su fin – dijo Lafcadio animado por la visión del priorato adyacente a la catedral. En cambio, a mí me produjo un nervioso cosquilleo en el estómago.

Atravesamos la Calzada de los Peregrinos que conducía a la fachada principal y Lafcadio golpeó la pesada puerta. Después de unos minutos asomó tras la rejilla el monje encargado de la portería el cuál nos invitó a pasar dándonos la bienvenida.

El edificio principal encerraba un amplio patio rodeado por un claustro construido a dos niveles. En la planta inferior, en el costado norte se levantaba la iglesia, la construcción más grande del monasterio; la cara adyacente a la nave de la iglesia estaba dividida en celdas individuales donde los monjes copiaban e iluminaban manuscritos y frente a ella, aislándola de ruidos y olores estaban dispuestos la cocina y el refectorio. En la planta superior sobre el refectorio se extendía el dormitorio. Al lado este estaba la sala capitular y en el oeste las habitaciones de provisiones. Adyacente al edificio se encontraban el noviciado, la hospedería, los baños, la enfermería y los establos.

Atravesamos una arcada y cruzamos el claustro en dirección a la sala capitular donde el abad Ruthven dedicaba unos minutos a unos jóvenes novicios. Yo me quedé observando sus hábitos blancos y sus apacibles ademanes y me sentí sucio y desaliñado.

El abad de un monasterio es el encargado de velar por el cumplimiento de la regla; tiene el deber de conocer a cada uno de sus monjes como un padre a sus hijos y reprenderlos o, en su caso, castigarlos por sus malas acciones.

- Espero que hayáis resuelto positivamente vuestros asuntos. ¿Quién es el chico? _ preguntó tras saludarle.

- El muchacho – dijo Lafcadio empujándome hacia delante – me ha acompañado desde Irlanda. No tiene a nadie y ha mostrado sus deseos de convertirse en un hombre de Dios –. Aquí hizo una interrupción que a mí se me antojó excesiva –. ¿Qué opina vuestra excelencia?.

El abad mostró una sonrisa.

- ¿Quién soy yo para negar a nadie la senda del bien?. Demos gracias al Señor por éste nuevo pupilo que ha escuchado su llamada – dijo alzando los ojos –. Únicamente contamos con cinco novicios y algunos de nuestros monjes ya se están haciendo viejos - explicó a Lafcadio.

Continuaron conversando sobre el tema hasta que sonaron las campanas; salimos al claustro donde los monjes formaban en silencio una ordenada cola hasta el refectorio.

- Suerte que hemos llegado a tiempo de comer – le susurré.

El claustro estaba formado por una multitud de arcos de medio punto sostenidos por columnas cuyos capiteles labrados mostraban animales fantásticos y toscas cabezas humanas que se intercalaban con un espeso follaje. Comencé a sentir una extraña aprensión mientras contemplaba a aquellos seres mitológicos y rostros humanos retorcidos en grotescas expresiones. El abad invitó a Lafcadio a unirse a él mientras que yo les seguía a corta distancia, la suficiente como para escuchar su conversación:

- Decidme, ¿habéis tenido algún incidente en vuestro largo viaje?.

- Ninguno, gracias al Cielo. Hemos tropezado con buena gente aunque, como siempre, el mundo no está exento del mal y hemos podido ver las cabezas de los asesinos adornando los muros de las ciudades.

- Últimamente la sombra del diablo anda agazapada en todos los rincones – continuó con expresión contrita –. Incluso aquí mismo, en Winchester, tengo entendido que los asesinatos se cometen a la luz del día. Hace poco un pastor y su hijo aparecieron degollados en el bosque.

No he de decir que la mención del diablo me produjo un agudo escalofrío que a partir de entonces se hizo continuo, creo yo, a causa de la humedad que rezumaban los muros del antiguo monasterio.

Entramos al refectorio, una espaciosa sala abovedada con largas mesas que formaban un rectángulo y una fuente octogonal en el centro donde nos lavamos las manos. Cada cuál ocupó su lugar y a mí me hicieron un hueco entre dos novicios, en un lugar más apartado.

Aunque la regla benedictina dicta que las comidas deben realizarse con luz natural, a pesar de ser temprano la inesperada tormenta había obligado a encender las velas como algo excepcional.

Toda la comunidad en pie escuchó la oración de bendición de la comida; yo andaba distraído observando el artesonado de madera del techo iluminado débilmente por las sombras de las velas que conferían un vago movimiento a los cuatro animales tallados en quienes eran simbolizados los apóstoles.

Al "*benedicite*" del superior los demás contestaron al unísono "*Deus*" y tomamos asiento. Unos monjes comenzaron a servir la comida y el delicioso aroma del guiso hizo que mis músculos se relajaran, aunque ésta sensación no duró mucho pues seguidamente una voz grave comenzó a pronunciar palabras en latín. Al principio quedé estupefacto y miré a los demás sorprendido pero me percaté de que yo era el único extrañado. Entonces vi que un monje estaba leyendo un libro en voz alta; miré a Lafcadio que comenzaba a comer tranquilamente y seguí su ejemplo.

Una vez finalizada la comida salimos fuera donde alcancé a Lafcadio que me estaba esperando con un monje rechoncho y de andares pausados. Era Hugo, el mayordomo del monasterio y encargado de proveer a los monjes de la ropa de cama y los hábitos.

- No tienes de qué preocuparte – dijo Lafcadio revolviéndome el pelo –. A partir de éste momento te unirás a los demás novicios y comenzarás tu formación como monje.

Abandonamos el edificio y nos encaminamos al noviciado, una construcción alargada y no muy grande en donde dormían los novicios hasta que pronunciaban los votos. Hugo reapareció con las manos cargadas y me dio la ropa de cama que consistía en una estera, una almohada, una manta y un cobertor.

En unos instantes acomodé mi lecho mientras que las campanas de la iglesia abacial anunciaban completas. En medio de la noche el sonido lúgubre me produjo inquietud y por unos instantes deseé que nuestro viaje no hubiera finalizado y encontrarme durmiendo bajo el lecho de cualquier posada.

Salvamos la distancia que nos separaba mientras yo intentaba en vano reprimir el castaño de dientes debido al helado viento que nos azotaba y penetramos por el pórtico sur donde recibí el abrazo del olor a incienso y cera de las velas. Las naves

laterales quedaban sumidas en la penumbra pero advertí la robusta armadura pétrea de la capilla; el coro estaba dispuesto a ambos lados y los asientos de los monjes tallados elaboradamente.

Lafcadio me indicó que me sentara con los demás novicios en los bancos de madera mientras que los monjes ocupaban sus asientos; los de más antigüedad se dispusieron en los primeros sitios.

Los monjes comenzaron a entonar el *Nunc Dimitis* interpretado con un sonido de voces armoniosas que se elevó por todo el templo y me cortó la respiración. Nunca antes había escuchado un coro entonando con tan profunda devoción el canto de alabanza a Dios y nunca después volví a sentir la paz que me embargó, que como las voces, me envolvía y me hacía desear ser uno de esos ancianos monjes que con toda su fe ofrecían su alma a Dios.

El oficio finalizó pero aquél sentimiento permaneció en mi corazón. Ahora, con sesenta y ocho años más y una fe con la que antes no contaba desearía poder revivir, aunque solo fuera por un instante, aquella intensa emoción.

Los monjes salieron por una puerta que comunicaba con el dormitorio y Lafcadio nos abrió camino enarbolando una lámpara mientras que la helada de la noche nos envolvía con su abrazo casi invernal.

Como observa nuestra norma no nos despojamos de las ropas para dormir aunque yo aquello no lo sabía y fue Lafcadio el que me indicó que a partir de entonces debería acostarme totalmente vestido.

Cerré los ojos en el lecho y os aseguro que fue el sueño más dulce que dormí jamás.

Winchester continuaba siendo una ciudad importante y atraía numerosos visitantes y peregrinos. Entre sus principales actividades estaban las de fabricación de textiles y elaboración de cerveza. También contaba con una escuela masculina fundada en 1382 por William de Wikeham.

La catedral era visitada continuamente por peregrinos que se desplazaban hasta allí para venerar a san Swithin, el obispo sajón y contemplar la losa bajo el coro en donde estaba enterrado Guillermo II el Rojo, hijo del famoso Guillermo el Conquistador, el cuál ordenó censar las tierras de su reino creando el famoso Domesday Book. Yo solía observarlos con curiosidad en las raras ocasiones en que salía al exterior. Porque ahora mi vida se consagraba por entero a mi formación como hombre de Dios.

Después de aquella noche, los siguientes años los recuerdo como una sucesión de días tranquilos destinados al estudio y a la oración. De mi mente desaparecieron los recuerdos de la miseria, el hambre y los rostros decrepitos, de la maldad de los hombres y de las enfermedades que consumen el cuerpo pues mis ojos sólo se posaban en libros repletos de sabiduría y se empapaban de la fugaz belleza del sol que, al ponerse tras el horizonte, irradiaba gloriosos tonos bronce, dorados y ocre.

Los monjes dividen sus horas, unas en trabajos manuales y otras se entregan a la lectura de libros santos, pues, como dicta nuestra regla la ociosidad es enemiga del alma. Así pues, al comienzo de la Cuaresma cada monje recibirá un libro de la biblioteca el cuál deberá leer íntegramente.

Pero eso sólo es una parte de la labor. La escolástica es la principal enseñanza en un monasterio y Lafcadio, como maestro de novicios, era un estudioso filósofo escolástico y eminente teólogo.

Nuestras horas de enseñanza estaban divididas en el estudio de la filosofía y sus métodos. Aprendíamos a razonar por medio de la lógica y usábamos el vocabulario filosófico de Aristóteles. También leíamos importantes textos teológicos como el *Sententiarium Libri Quator* de Pedro Lombardo o la Biblia. Para aprender latín utilizábamos el *Colloquy*, un catón con escritura paralela en inglés y latín escrito por Aélfrico, monje que perteneció al monasterio alrededor del año mil y de Santo Tomás de Aquino traducíamos la *Summa Theologica*.

Aparte de éstas materias también fuimos iniciados en física aunque yo mostré una especial inclinación por la música. En efecto, desde mi ingreso en el monasterio, en los escasos momentos que teníamos libres los utilizaba para hacerme con algún texto que me facilitaba Lafcadio de la biblioteca. *Micrologus* de Guido d'Arezzo fue uno de los más estudiados junto con el Tropario elaborado en el monasterio y que incluía cincuenta y tres posibilidades melódicas de interpretación para una sola voz organal. Llegué a crear varias antífonas que únicamente se las mostré a Lafcadio y me sugirió que siguiera estudiando y perfeccionándolas pues, tal vez, algún día pudiera escucharlas sonar en la iglesia aunque me advirtió que aquello sería difícil. La razón era que en nuestros monasterios basados en una misma práctica existía únicamente un modelo de libros de canto que eran copiados de la Casa Madre con el fin de acabar con las distintas formas locales e implantar una unidad litúrgica y por éste motivo, cada año recibíamos la visita de un litúrgico que comprobaba nuestros libros de canto.

Mi primer año de vida en el monasterio fue como un regalo pues además de recibir una elevada enseñanza que me permitió pensar por mí mismo y elaborar razonados juicios sobre la religión y la vida en sí misma, tuve la oportunidad de acceder a una visión más elevada de las cosas que un muchacho de mi edad, en otras circunstancias, no le hubiera sido posible, aunque nunca me vi envuelto en un sentimiento de anagogía.

No por la situación especial que había unido nuestros caminos Lafcadio me brindaba un trato de favor. Muy al contrario, era tan exigente conmigo como con los demás aunque sí es verdad que siempre disfruté de sus conversaciones y consejos. Continuamente lo abordaba con preguntas sobre Dios, el Paraíso o el Demonio y ante mis pretensiones de comprenderlo todo, él me contestaba con un pasaje de Corintios: *“Ahora vemos por un espejo y oscuramente, pero entonces veremos cara a cara. Al presente conozco sólo parcialmente, pero entonces conoceré como soy conocido”*. Y con una sonrisa daba por finalizada la conversación.

Recibí con gusto todas las enseñanzas que me ofrecían pero tardé en acostumbrarme a la vida monacal; me costaba obedecer constantemente la regla de silencio, echaba de menos los paseos por las calles abarrotadas de Dubh-Linn y ansiaba saborear de nuevo una buena chuleta asada.

Según la época del año, la comida se realizaba a distintas horas. Siguiendo lo establecido por nuestro fundador, desde el catorce de septiembre hasta el principio de cuaresma la comida se realizaba a hora nona y consistía en dos platos cocidos a los que se añadía un tercero con verduras y la fruta. Teníamos asignada una libra de pan diaria y el mayordomo reservaba una tercera parte para la cena.

Para quien lo desconozca diré que nuestra regla prohíbe comer carne de cuadrúpedo excepto a los monjes enfermos y a los de mayor edad; en el monasterio esto siempre fue respetado aunque conozco otras comunidades en la que se las ingeniaban para desviar la regla sin desobedecerla. Tal era el caso de los monjes que para beneficio de su salud o por enfermedad ingresaban en la enfermería a menudo para hacerse sangrías y después de esto quedaban debilitados de tal manera que el abad permitía la ingestión de la carne para reponer sus fuerzas. De esta manera la regla era burlada hábilmente sin incurrir en una falta. Había también abades que aprovechando la llegada de huéspedes de fuera del monasterio y para mostrar las delicias de sus granjas hacían llegar hasta su mesa la exquisita carne, eso sí, servida con una generosa guarnición de verduras.

Pero ya digo, para mí los platos de verduras cocidas y la escasa carne de ave que nos era permitida me resultaba insuficiente aunque poco a poco, mi estómago y yo

nos fuimos acostumbrando. De todas formas podría haber sido peor. En algunos monasterios sólo se realizaba una comida diaria así que, después de todo, tenía que dar gracias por encontrarme donde me hallaba.

El pequeño pueblecito de Asisi enclavado en una verde colina y rodeado de viñas en la región de Perugia fue el lugar elegido por el cardenal Lorenzo D'Angelo para que transcurriera la infancia del futuro Mesías. La encargada de darle un hogar al pequeño fue una familia sencilla y respetada en el pueblo que destacaba por su fervor religioso y caridad cristiana. Para el matrimonio, que el Señor había bendecido con un único hijo, fue una alegría que uno de los cardenales de la santa iglesia de Roma le confiara a ellos la crianza de su sobrino, cuyos padres habían muerto recientemente, ya que el mismo no podía hacerse cargo de la criatura y deseaba que creciera en el seno de una familia. Cuando el niño tuvo edad de comprender su tío le explicó la verdad y cuánto debía a aquellas dos apersonas que lo habían criado como a su propio hijo. Esto no cambió en nada el amor que sentía hacia sus padres y siguió creciendo lleno de alegría. El niño recibía asiduamente las visitas del cardenal y algunos viernes, al salir del colegio, él le estaba esperando; estaba imponente, su robusto cuerpo envuelto en púrpura. Juntos se iban a casa seguidos por la mirada de admiración de las personas que se encontraban a su paso. Por la noche antes de dormir le contaba historias del niño Jesús y le hablaba de la gran labor evangélica que la iglesia realizaba. Todos sabían lo que quería ser de mayor; el niño siempre respondía: *"Seré cardenal, como mi tío"*.

El tiempo pasó rápido y poco después de la muerte de su padre abandonaba el pueblo para ingresar en el Seminario de Estudios Teológicos de Roma donde comenzaría una larga carrera cuyo fin sería, como siempre había soñado, el Vaticano.

LAPIS ELIXIS

Las virtudes de Lafcadio eran muchas como pude comprobar. Un día, el anciano monje que se ocupaba de cultivar las verduras y hierbas en el pequeño huerto resbaló y se fracturó una mano. Cuando Lafcadio se enteró acudió con un jugo que le hizo beber durante varios días y asombrosamente, el hueso se curó mucho antes de lo previsto. El monje sorprendido le preguntó qué era lo que le había dado.

- La medicina está en vuestro propio huerto. Se llama *Symphytum* aunque la podréis reconocer como Consuelda y su zumo es valioso para curar úlceras, heridas o fracturas – respondió alegremente.

- Así pues, hermano Lafcadio, deduzco que conocéis las virtudes de las plantas. ¿No es así?.

- Soy un amante de la naturaleza y pienso que al igual que existen enfermedades, para cada una ha dispuesto Dios un remedio para su curación.

- Vuestro pensamiento no carece de lógica –. Y tras unos instantes de reflexión continuó_. Decidme, ¿estaríais dispuesto, es decir, si vuestras obligaciones os lo permiten, a compartir conmigo vuestro saber? –. Y sin esperar una respuesta prosiguió – Soy viejo y mi memoria me abandona al igual que mis fuerzas y las malas hierbas se están adueñando del huerto...

- Podéis contar conmigo – le interrumpió Lafcadio –. Os ayudaré a plantar nuevas hierbas y pondremos al día el herbolario.

El entusiasmo se dibujó en la cara del viejo monje.

- Podréis utilizar la torre para preparar las medicinas como yo hacía antaño, antes de que mis piernas me impidieran subir las escaleras.

Así quedó acordado y aquella misma tarde Lafcadio, tras obtener permiso del abad, comenzó a trabajar en el huerto donde, poco a poco fue limpiándolo de matorrales indeseables y cultivando nuevas hierbas de valiosas cualidades.

La Torre del Herbolario se alzaba sobre un pequeño edificio situado junto a las cocinas y la vista que desde allí se dominaba era la del huerto medicinal y la pequeña huerta que abastecía al monasterio de verduras durante todo el año.

Lafcadio observó la habitación circular cubierta de anaqueles polvorientos donde se acumulaban toda clase de vasijas de licores y botellas, morteros, alambiques y otros instrumentos para destilar líquidos. La única mesa existente ocupaba el centro de la habitación y sobre ella había frascos de hierbas y raíces con escritura de su contenido. Pero lo que le sorprendió realmente fue hallar algo que le era especialmente conocido: una especie de cazuela honda llena de cenizas. Lafcadio pensó que el

monje herborista, en su día, debía haber sido un hombre muy activo. Y no se equivocaba, como supimos más tarde.

Quien esté leyendo esta historia deberá disculpar mi obsesión por contar hasta los detalles más pequeños o las conversaciones insignificantes pero éstos recuerdos son los únicos que me permiten esbozar una leve sonrisa. Soy un viejo. Las manos que otrora trazaron firmemente deliciosas miniaturas, arabescos y droslerías hoy no pueden mantener una jarra de agua sin que se derrame su contenido. Pero aún continúo en el scriptorium, entregado a la tarea de hacer permanecer los hechos y así arrebatarse al diablo mi alma condenada pues aunque nos apartemos de la voluntad del Señor, ya que hemos nacido libres, siempre conservaremos la facultad de elegir la voluntad del Padre y así somos nosotros los verdaderos artífices de nuestro propio destino. Yo, como dueño del mío, elijo la verdad aunque algún día ésta pueda matar de nuevo.

En el invierno de mil quinientos veintiuno inauguré la toma del hábito tras un año de novicio y abandoné mi nombre para recibir el nombre de religión que fue Thomas. Tres años más tarde me convirtieron en profeso de votos simples y con veinte años pronuncié los votos solemnes de la regla que son estabilidad, conversión de costumbres y obediencia.

El scriptorium se convirtió en el lugar donde pasaba la mayor parte del tiempo, traduciendo textos del griego y copiándolos en hojas de pergamino que más tarde yo mismo decoraría y encuadernaría.

La conversación con Lafcadio se hizo más asidua y me percaté de que él escuchaba con atención mis opiniones y contestaba con interés mis preguntas. Casi podría decir que entre nosotros se desarrolló un lazo especial de afecto y mutuo entendimiento que creció a medida que me hacía mayor. El diálogo cuando yo era un niño le había entretenido pero ahora compartía conmigo todos sus pensamientos aunque debo admitir que a veces me costaba estar a su altura. Tenía la sensación de que él podía hablar con conocimiento de todos los temas, tal era el respeto y admiración que sentía por él.

Una tarde lluviosa, aprovechando la traducción que estaba llevando a cabo acerca de un texto de recopilación de hierbas medicinales subí hasta la torre donde sabía que lo encontraría entregado a la tarea de obtener preparados y remedios naturales. La puerta estaba entreabierta y allí se hallaba él, en medio de un ordenado caos, rodeado de extraños instrumentos.

- Magister, ¿os interrumpo? -. Su concentración era tal que se sobresaltó al oír mi voz.

- Ven aquí, Thomas y siéntate – dijo señalándome un taburete.

Lafcadio estaba inclinado sobre una especie de hornillo en forma de prisma. Sobre él, calentada por un fuego suave, una vasija contenía un recipiente de vidrio con una sustancia esponjosa. Ante mi cara de asombro contestó a la pregunta no formulada.

- Esto que miras con extrañeza es un atanor, instrumento indispensable en cualquier proceso de alquimia.

- ¡Alquimia! – repetí sin querer –. Muchos han sido acusados de herejes y condenados por su practica.

- Desgraciadamente, el hombre tiende a destruir lo que no comprende – replicó con un deje amargo en la voz.

Miré a mi alrededor. Sobre la mesa había desplegado un libro cuyas páginas amarillentas hablaban de sol líquido y fuego que no quema. Así pues, mi maestro había convertido la torre en un laboratorio alquímico.

Una mezcla de miedo y ansias de saber se apoderó de mí. Hasta entonces me había contentado con el estudio de libros de teología que deberían haber saciado mis deseos de conocimiento aunque de momento no lo habían hecho. Pero en aquél instante sólo me interesaba conocer una ciencia que muchos pugnaban por mantenerla en la oscuridad. Titubeé unos instantes antes de preguntar.

- ¿Es cierto que mediante la alquimia se pueden transmutar los metales en oro?.

Lafcadio observó mi expresión ansiosa y negó lentamente con la cabeza.

- Quien piense que la alquimia le servirá para conseguir riquezas y obtener el elixir de la eterna juventud sólo podrá recoger decepciones; no se alcanza la sabiduría si el anhelo está iluminado por un astro de oro. El único camino es el del estudio apoyado por un inconstante deseo de poner el conocimiento al servicio del hombre y para eso es necesario un corazón puro y una mente despejada que olvide todo lo aprendido. Porque el camino sólo puede ser recorrido una vez y dependerá de nuestra perseverancia y buena fe el llegar con éxito al final. Aquél que no se mueve por éstas razones termina vagando perdido en un laberinto –. Entonces alzó la mirada y sus ojos chispearon –. ¿ Pero acaso no es éste motivo suficiente para entregarse con todo el ardor que dispongamos a la tarea de comprender una ciencia que nos desvele las verdades más altas y poder así vislumbrar, aunque sea fugazmente el rostro de Dios?.

Habló con tanto ardor que tardé unos segundos en contestar.

- Magíster, vuestras palabras despiertan un anhelo en mí. ¿No sería posible que me iniciaraís en éste misterio con el fin de poder servir yo mismo a los hombres?.

- La naturaleza nos ofrece toda su sabiduría pero tiene que ser el espíritu ávido de conocimiento el que nos impulse para alcanzarla y no todos poseen esa fuerza. Si tu deseo es sincero te tomaré como discípulo.

Avivado por éstas palabras puse todos mis esfuerzos en mostrar mi buena fe a Lafcadio. Con su ayuda e indicaciones me construí el atanor, ya que cada maestro debe construirse el suyo y estudié los libros que él me facilitaba: *De alchemia traditio summae perfectionis in duos libros divisa* de Geber, *Espejo de la Alquimia*, de Roger Bacon, *De Alchimia* de Alberto el Grande y muchos otros que de no ser por las copias realizadas por los monjes habrían desaparecido bajo manos ignorantes.

- El fin de la alquimia –me decía Lafcadio – es transmutar al ser humano. Todo en la alquimia es simbólico; cuando se comienza la Gran Obra, en realidad, se comienza a trabajar contigo mismo. El atanor alquímico, el crisol, es el propio ser humano y la alquimia lo que en realidad pretende es dominar las pasiones y deseos del ser humano y elevarlo a su primitiva condición. Así es como simbólicamente se llega a transmutar el metal en oro. Este y ningún otro es el objeto de la alquimia.

- Si es así como decís, ¿para qué necesitamos entonces trabajar con metales, matrices y hornos?, ¿por qué tanto oscurantismo?.

_ Es más fácil para el hombre trabajar con algo visible que con lo invisible aunque, en realidad, se llevan a cabo los dos trabajos. Por una parte el proceso alquímico no es sino el mero reflejo de nuestro trabajo interior; la materia se vierte en el crisol y mediante complejos procesos se obtiene de ella la sustancia pura. Esto es, el hombre que es simbólicamente el crisol alquímico se trabaja a sí mismo para transmutar sus pensamientos, sus bajas pasiones y sus deseos y alcanzar un control sobre los caprichos de su cuerpo mortal. Trabaja día tras día con ellos hasta dominarlos y al fin hacerlos desaparecer obteniendo un cuerpo perfecto con ausencia de enfermedades y degeneraciones y una mente pura con plena conciencia de su espíritu divino. Esta es la culminación del trabajo alquímico aunque por culpa de muchos han ido degenerado ésta ciencia tratando de convertirla en el modo de obtener oro de un simple metal. Los que esto pretenden se aprovechan de la sabiduría transmitida por los maestros robando el conocimiento en provecho propio; para proteger ésta ciencia milenaria los maestros alquímicos han transmitido su saber disfrazando los procesos químicos con complicados símbolos que sólo unos pocos reconocemos.

Y así fue cómo de manos de Lafcadio, fui introducido en ese mundo secreto cuyos arcaicos orígenes se remontaban, tal como dijo, en el antiguo y misterioso Egipto.

ROMA

Invierno del 2000

Monseñor Ridolfo Baglioni procedía de Roma y su condición como biblista, paleógrafo y traductor de lenguas muertas le había llevado hasta el Vaticano donde el cardenal Lorenzo D'Angelo, uno de los miembros a cargo del Archivo Secreto, le había tomado a su servicio.

Los archivos vaticanos contienen valiosas obras, algunas de valor incalculable e importantes documentos, muchos de ellos clasificados por fechas y autores. El Vaticano cuenta con cuarenta y cinco personas y ochenta biblistas que trabajan permanentemente en el Archivo. Debido a las repetidas equivocaciones que pudieron observarse en el pasado, pertenecientes a un error de catalogación o simplemente por no haber sido traducidos algunos de ellos, muchos documentos son revisados todos los años por un reducido grupo de personas con el fin de subsanar, en la medida de lo posible, estas incorrecciones.

Monseñor Baglioni era uno de esos pocos privilegiados; era experto en paleografía, una ciencia que se encarga del estudio y análisis de documentos en los que se han descubierto las huellas de una escritura anterior bajo otro nuevo texto. Esto era corriente en la edad media ya que al aumentar significativamente el número de libros, disminuyeron proporcionalmente los materiales y la escasez llevó a los autores a recurrir a otros manuscritos ya escritos en los que la escritura se borraba con una esponja o se raspaba superficialmente. Actualmente, mediante el uso de rayos ultravioletas, los paleógrafos pueden descifrar la primitiva escritura y gracias a ello recuperar escritos e importantes obras de autores clásicos.

Su trabajo requería una buena dosis de discreción pues el Archivo Vaticano es uno de los más importantes del mundo y en él se encuentran innumerables documentos históricos, algunos sumamente delicados y comprometedores para la Santa Madre Iglesia.

El lugar de trabajo de monseñor Baglioni era un laboratorio de reducidas dimensiones situado cuatro pisos bajo tierra. Ningún laico tiene acceso a ésta zona considerada como la más secreta de todo el estado del Vaticano. Las instalaciones de los Archivos Vaticanos semejaban los dominios del Hades, aquél mundo subterráneo, dominio de la muerte en la Grecia clásica, pues éstas también se extendían en las profundidades de la tierra.

Éste particular Hades también tiene sus guardianes, pensó Baglioni mirando las cámaras de vídeo vigilancia dispersas por todas partes y que custodiaban aquél lugar como Cerbero.

Como los que atravesaban el Leteo, el río del olvido, y bebían de sus aguas, cada mañana, monseñor Baglioni se sumergía en el olvido y, haciendo a un lado su condición de religioso, se abandonaba a la traducción de epístolas o documentos, sin prejuicios ni limitaciones de ningún tipo.

Hoy comenzaba un nuevo trabajo; le habían sido asignados los archivos del Papa Gregorio XIII que databan del siglo dieciséis entre los que se habían encontrado diversos documentos anónimos que él tenía que traducir. La tarea se le presentaba monótona: revisaría y traduciría aquellos que no estaban identificados como pertenecientes a aquél papado escritos generalmente en latín o en griego y si finalmente no tenía pruebas por su contenido de que correspondían a aquél papado los catalogaría según su entendimiento.

Y a esto fue a lo que se dedicó los días siguientes.

FUGE QUARERE

El hecho que cambiaría mi vida y mis creencias y precipitaría la muerte de Lafcadio tuvo su inicio en otoño del año del Señor de mil quinientos veintisiete. Por esa época yo ya ocupaba un lugar en el scriptorium y bajo la vigilancia de Lafcadio, mis trabajos de alquimia progresaban a la vez que crecía interiormente.

Los siete años transcurridos desde mi pronunciación de votos no habían hecho apenas mella en Lafcadio, pero en mí el cambio había sido radical. Había crecido hasta alcanzar una altura nada despreciable aunque seguía estando tan delgado como siempre; el pelo castaño y redondeado enmarcaba mi cara pero se me había borrado esa expresión de inocencia, debido en parte a mis chispeantes ojos que me conferían un aspecto de vitalidad y agudeza.

Había abandonado el hábito blanco de novicio y en su lugar vestía una túnica negra sujeta a la cintura con un ceñidor de paño; el escapulario abarcaba la anchura de los hombros y me llegaba hasta las rodillas y me cubría la cabeza con una capilla. La cogulla sobre el hábito ordinario sólo la utilizábamos en contadas ocasiones, en el coro, en el capítulo o en un acto importante.

En nuestra regla el trabajo diario viene dividido en tres partes proporcionales: después del descanso nocturno que se extiende de siete a ocho horas dependiendo de la época del año, durante el día cinco son utilizadas para la liturgia y oración, otras cinco para el trabajo manual y doméstico (todos los monjes nos rotábamos para trabajar en las cocinas y leer en el refectorio) que incluía trabajar la tierra y cuidar los jardines y otras cinco horas destinadas a la lectura y estudio de la Biblia y Sagradas Escrituras y la iluminación y copia de manuscritos, pues como ya he dicho, nuestra labor es preservar la antigua sabiduría que nos llega plasmada en textos y traducirla y copiarla para que perdure a través del tiempo. Con esto cumplíamos fielmente los dictados de nuestro fundador que son dedicación al estudio, trabajo y oración.

Aquella mañana me encontraba en el scriptorium finalizando la portada de la obra *De Materia Medica* de Pedáneo Dioscórides. Cogí varias láminas de oro y las metí en un recipiente de metal, batiéndolas hasta que quedaran finas y para darle la semejanza del oro macizo utilicé una capa de cal y la cubrí con bolo, con lo que así se conseguía realzar el oro. Después apliqué cuidadosamente el pan de oro al pergamino uniéndolo con clara de huevo.

Mientras esperaba a que la mezcla se secara observé que la mesa que ocupaba Lafcadio frente a uno de los ventanales estaba vacía. Me sorprendió que hubiera

abandonado el trabajo a esas horas y pensé que quizás se hallaría en la biblioteca consultando alguno de los volúmenes.

Ahuyentando la distracción comencé a bruñir el oro con un afilado diente de vaca y me dediqué a la tarea de labrar a su alrededor una tira de dibujos florales y pájaros. De cuando en cuando levantaba la vista hacia la mesa.

Había ocurrido después de laudes. Cuando se dirigía al scriptorium, el abad llamó aparte a Lafcadio y le pidió que se reuniera con él en la sala capitular donde le ofreció un asiento junto al banco adosado al muro.

- Hermano Lafcadio, sois un erudito y me consta que habéis estudiado y domináis muchas lenguas. He recibido una carta de Richard Whiting, abad del monasterio de Glastonbury, comunicándome el hallazgo de un pergamino escrito en un lenguaje parecido al hebreo que han identificado como algún tipo de lengua semítica -. A medida que escuchaba el relato crecía la expectación en Lafcadio -. Parece ser que nadie es capaz de traducirlo y se pregunta si alguno de mis monjes posee conocimientos de éste idioma. Si así es me ruega que lo envíe a la abadía con el fin de intentar traducir el escrito pues puede ser de suma importancia, dada la particular historia de Glastonbury. He pensado en vos, Lafcadio, como única posibilidad. ¿Qué me decís?.

- Es cierto que poseo conocimientos sobre el lenguaje semítico – contestó entusiasmado por la oportunidad que se le ofrecía de conocer una de las abadías más ricas y célebres -. Si vuestra excelencia cree que puedo ser de alguna utilidad mi humilde persona está dispuesta a partir cuando dispongáis.

- Os echaré en falta – declaró tras unos instantes.

Después de abandonar la sala capitular, Lafcadio regresó al scriptorium y posó la mano sobre mi hombro cuando me hallaba enfrascado en la delicada tarea de bruñir el oro. Sorprendido, di un respingo hacia atrás.

- Es importante que te reúnas ahora mismo conmigo en el claustro -. El brillo de su mirada me advirtió de que sucedía algo importante y al instante pensé en la obra de alquimia en la que estaba trabajando.

Deben de ser buenas noticias, pensé apresurándome a seguir a mi mentor.

Lafcadio me esperaba bajo el sol invernal que a esas horas bañaba una parte de la arcada.

- Magíster, ¿qué sucede? – pregunté con un ademán de impaciencia.

En pocas palabras me resumió la entrevista con nuestro abad mientras que yo abría desmesuradamente los ojos al escuchar la interesante tarea que le había sido

asignada –. Esta es una oportunidad única pues Glastonbury posee una de las bibliotecas más ricas y alberga la mayor colección de libros conocida después de la de Alejandría y yo tendré la oportunidad de acceder a ella. ¿Te das cuenta de todo el saber que debe haber allí almacenado? –. Asentí intentando compartir su entusiasmo –. Pues bien, como necesitaré a alguien como ayudante el abad no ha tenido inconveniente en que seas tú, así pues, Thomas, apresúrate, pues mañana a la amanecida nos pondremos en camino.

- ¡Maestro! – exclamé sorprendido y feliz.

El sol comenzaba a iluminar con sus primeros rayos cuando descendimos por la Calzada de los Peregrinos, tras recibir las últimas instrucciones del abad y nos encaminamos hacia el condado de Somerset, donde estaba emplazada la abadía.

Casualmente – aunque ésta palabra no era válida para Lafcadio ya que defendía que el destino del hombre está predeterminado desde su nacimiento y que, al ser Dios la razón y causa primera, el mundo está sometido a su providencia que nos encamina a su gloria - tras siete años desde nuestra llegada al monasterio, de nuevo recorríamos el mismo camino, ya que Somerset se hallaba a diez millas al sur de Wells. Este fue un tema de debate que mantuvimos durante todo el viaje y que nos hizo soportar con mejor talante las inclemencias de un invierno que comenzaba a vislumbrarse en toda su crudeza.

- Todo mantiene un orden natural, el orden que Dios ha dispuesto en el Universo y nada puede escapar a ello; todo está sometido al soberano influjo de la Providencia. El sol sale y se pone todos los días – decía mirando al cielo con vehemencia – la primavera precede al verano, el niño nace tras nueve meses y la fruta crece y madura. ¿Cómo puedes defender que no existe un equilibrio en todo esto?.

- Con todo mi respeto, magíster, os apoyáis en unos argumentos muy simples pero os invito a que profundicéis un poco. Si propugnáis que todo está determinado de antemano y que Dios mantiene al mundo tal como es: ¿estáis afirmando que es Él quien arroja las plagas sobre las ciudades o arrasa la cosecha de trigo del pobre o deja huérfano a un niño?. ¿Ese es el concepto que tenéis del ser que creó el Universo?.

- No pretendas abrumarme con tu oratoria que, por cierto, muy hábilmente has aprendido de mí. Dios, ese ser cuya existencia no puede definirse pues su naturaleza es inabarcable e incomprensible para el hombre y cuyo pensamiento ningún ser humano puede alcanzar, Dios, como te digo, no ve a Thomas y piensa: “Aquél es un buen monje así pues, haré que su vida sea larga y magnífica”. Dios no se preocupa de

esas nimiedades. No Thomas, Dios nos ha puesto en éste mundo para que actuemos según nuestra conciencia.

- ¿Veis lo que estáis diciendo?. Si Dios no se preocupa de esas insignificancias somos nosotros quienes determinamos las consecuencias según el acto.

- Lo hacemos nosotros pero siguiendo un camino previamente señalado y del cual no podemos apartarnos.

- ¿Realmente defendéis que el niño nace asesino o mártir según sea su destino?.

- Por supuesto, dependiendo de su educación, procedencia social, actuación en la vida y otros factores determinantes.

- Y también según elija la senda del bien o del mal...

- El niño está predestinado desde el día de su nacimiento – me interrumpió – y por mucho que intente variarlo jamás podrá cambiar su fin.

- El teólogo irlandés Juan Escoto Eriúgena considerado como uno de los primeros escolásticos, en su tratado *De Divina Praedestinatione* sostiene la creencia defendida por el arzobispo de Reims sobre el destino final del ser humano afirmando que éste no depende de forma absoluta de Dios sino que el individuo, por medio de su voluntad, puede acceder a la salvación o bien a la condena.

Lafcadio alzó la ceja de manera cómica.

- Tratado que por cierto fue condenado en los Concilios de Valence, Langres y Vercelli.

Dios nos ha puesto en éste mundo para que actuemos según nuestra conciencia. Los mortales gozamos de la libertad que el Creador nos ha otorgado aún para infringir sus propias leyes pero no hasta el punto de apartarnos de su voluntad creadora. Sea como sea, Thomas afirmó que el destino del hombre descansa únicamente en las manos de su creador.

- Las Sagradas Escritura nos dicen que Dios creó al hombre y le concedió libre albedrío para actuar en la vida y según sus obras alcanzar el paraíso o descender al fuego eterno; si el destino está en manos de Dios que finalmente le conduce al paraíso, a vuestro entender en quién descansa la verdad, ¿en Dios o en la Biblia?.

- ¿Olvidas, Thomas, que el pensamiento de Dios no puede ser entendido por la mente simple del ser humano?.

En los días de viaje no hubo ningún incidente digno de mención, a excepción de una constante lluvia que nos acompañó durante todo el recorrido; el sol estaba oculto

por un cielo que descargaba toda su negrura sobre la tierra y nuestro avance era lento. A la tarde del cuarto día avistamos, encajada en medio de las colinas, la enorme y hermosa abadía a orillas del río Brue. Conforme nos acercábamos observamos que las tierras que la rodeaban habían sido ganadas al río, drenadas y convertidas en terreno fértil; los pastos y cultivos se extendían como una tupida alfombra verde y allí en medio, como una enorme roca brillante surgida de la tierra se alzaba Glastonbury. Más allá, en una de las colinas más altas, solitaria y majestuosa, se exhibía Tor, una curiosa construcción circular semejante a una torre que antaño había formado parte, según supimos después, de la antigua iglesia de San Miguel.

- La abadía que estás viendo – dijo Lafcadio – tiene una historia muy peculiar. Sus orígenes se remontan a la ocupación celta y se han formado muchas leyendas en torno a su fundación. El relato más reciente lo recoge un monje de la abadía, John de Glastonbury en *Cronica Sive Antiquitates Glastoniensis Ecclesiae* – continuó explicando –. En ella se afirma que José de Arimatea abandonó el país tras su muerte y junto con otros apóstoles llegó hasta Glastonbury trayendo consigo unos recipientes que contenían la sangre y el sudor de nuestro Señor. Su presencia en el país está históricamente atestiguada; hasta en el Concilio de Pisa se debatió si la figura de José en Occidente había sido anterior a la de Magdalena.

- ¿Creéis que tendremos la oportunidad de contemplar las reliquias?.

Al ver mi emoción, Lafcadio se apresuró a añadir:

- Guarda tu entusiasmo. Las reliquias no son más que objetos y la gente a menudo cae en el error de venerar el objeto y no al santo.

Entonces no comprendí el significado de sus palabras pero después supe lo que quería decir; las numerosas reliquias que forman parte de monasterios e iglesias son, en realidad, objetos de poder pues se convierten en el principal motivo de peregrinación. No era pues de extrañar que muchos monasterios proclamaran el hallazgo de los restos del santo fundador para obtener prestigio y crear un motivo de veneración.

- También el rey Arturo, fundador de la Tabla Redonda – prosiguió - cuya tumba según afirman los monjes fue hallada en el cementerio de la abadía, forma parte de la leyenda e incluso está ligado genealógicamente a José. Como ves estamos ante una de las abadías más importantes y visitadas de Inglaterra.

Así era, en realidad. Y en aquellos días en que el país estaba siendo sacudido por la idea de una Iglesia única procedente de Inglaterra y no derivada de Roma, Glastonbury se alzaba como la responsable del inicio del cristianismo a través de José

de Arimatea y proclamaba su supremacía sobre los demás monasterios, hasta el punto de que era conocida como *"Roma Secunda"*.

- ¿Y vos creéis esa historia? – inquirí acicateado por la curiosidad.

- No estoy en condiciones de afirmar ni de negar nada – contestó tras una leve pausa – así pues no precipitaré mi juicio pero estoy seguro de que ésta visita nos sacará de dudas – puntualizó finalmente.

Ciudad del Vaticano

Después de tres semanas de traducción de documentos epistolares y de otros asuntos relacionados con la Iglesia aquél lunes, monseñor Baglioni descubrió un palimpsesto. El manuscrito era supuestamente una epístola atribuida a Apolo, colaborador de san Pablo, pero a través del microscopio de luz ultravioleta Baglioni pudo descifrar su primitiva escritura en griego. Cuando hubo traducido el fragmento no lo archivó con el resto de documentos ya que por su particular contenido era necesario enseñárselo a su superior. Salió apresuradamente de su despacho y se lo mostró al cardenal.

Escribo esto como Gregorio XIII, sucesor del trono del Príncipe de los Apóstoles.

Ha llegado hasta mí un documento perturbador, el legado de unas memorias. Pero qué digo, desdichado de mí, fui yo mismo quien ordenó remover la cripta de un monasterio español hasta dar con lo que ahora es el objeto de mis desdichas. El hombre que lo escribió guardó con celo y hasta el día de su muerte un manuscrito de siglos de antigüedad que bien podría denominarse como el Testamento de Jesús; según su testimonio en él se revelan cosas increíbles y se pueden leer las palabras intactas de su autor, José de Arimatea, aquél hombre que descendió a nuestro Señor Jesucristo de la cruz y le dio sepultura en su sepulcro.

A pesar de haberle dedicado todo el tiempo y esfuerzo que estaba en mi mano para hallarlo no he podido dar con él y después de muchas noches de desvelo he tomado la decisión de dar por terminada su búsqueda a sabiendas de que, o bien puede haber sido destruido o permanecer en su escondrijo para siempre sin que nadie sepa nunca de su existencia.

Respecto al testimonio no he tenido ni fuerza ni valor para destruirlo, tan sobrecogedora es la verdad que se revela y quisiera gritársela al mundo pero he de ahogar mis sentimientos; no puedo imaginar que sería de nosotros y del Ministerio de la Santa Madre Iglesia si alguna vez se llegara a tener acceso a esta evidencia.

Después de largos días de reflexión he decidido su destino que sea el mismo que le había dado su autor: será enterrado conmigo cuando muera y sólo ha de salir a la luz si ese es su destino.

Esta es, pues, mi voluntad. Que así se cumpla.

El ánimo del cardenal D'Angelo pasó por varias fases: primero sintió una indiferencia rayana en el desprecio que fue sustituida por un inminente interés al leer el

nombre de José de Arimatea y que terminó en culminante regocijo al averiguar el paradero de tan inquietante documento.

Los días siguientes al descubrimiento fueron un alboroto en todo el Vaticano. Todos los cardenales coincidían en que debía exhumarse la tumba del Gregorio XIII, que se hallaba en una capilla en la cripta bajo la iglesia de san Pedro, para rescatar algo que supuestamente era vital para la iglesia. Si su autor era como se afirmaba José de Arimatea, el Vaticano contaba con un nuevo y valioso testimonio, el de un santo, que pasaría a engrosar las listas de documentos sagrados. El Santo Padre concedió el permiso.

Así pues, varios días después de la traducción del palimpsesto, varios cardenales y ante todos D'Angelo se arremolinaban en torno a la tumba de piedra expectantes, mientras dos jóvenes sacerdotes armados con palancas, luchaban por mover la tapa del sepulcro. Finalmente ésta cedió y comenzaron a descorrer la pesada piedra a la vez que el grupo de pontífices apretados unos contra otros se asomaban al interior. El esqueleto asomaba entre las vestiduras ennegrecidas por la descomposición. D'Angelo revisó los jirones de tela y tanteó las esquinas; su mano se enrolló en torno a un objeto que yacía bajo la cabeza y a tirar de él el cráneo se ladeó grotescamente hacia un lado. Acompañado por un murmullo de voces exhibió el cartucho de plata apagada por el tiempo, y sus dedos liberaron su contenido: un ajado rollo de pergamino cuya apariencia atestiguaba su antigüedad.

Mientras que los dos curas se apresuraban a sellar de nuevo el sepulcro, el cardenal D'Angelo, precedido por el murmullo de los testigos y recogiendo para él el éxito del hallazgo se aprestó, cartucho en mano, a informar al Santo Pontífice. Después convocó a Baglioni en su despacho.

- Su Santidad está expectante por conocer el contenido – declaró con un tono orgulloso en la voz.

Baglioni supuso que su eminencia habría recibido las felicitaciones del Santo Padre, cosa que distinguía por el brillo de sus ojos y en el avivado color de las mejillas. Un acontecimiento como este era justo lo que necesitaba el cardenal D'Angelo para su promoción como posible papable, cuestión que últimamente y debido a la precaria salud del Papa llevaba de cabeza a la mayoría de los prelados.

_ Está de enhorabuena, monseñor. Usted será uno de los tres privilegiados en conocer el contenido de éste manuscrito.

_ ¿Uno de los tres? _ repitió él sorprendido.

_ Ya lo ha oído; se ha decidido que debido a su importancia el manuscrito sea dividido en tres partes que les será entregado a tres traductores diferentes, usted uno

de ellos, y desde éste momento le pido su voto de silencio. Ninguno de los tres sabrá quienes son los que trabajan en esto.

Monseñor Baglioni no supo qué decir.

- Dése prisa en empezar cuanto antes y no deje de informarme de cuanto averigüe –apuntó antes de que cerrara la puerta.

DE ANTIQUITATE GLASTONIENSIS ECCLESIAE

Glastonbury

Invierno de 1528

La enorme abadía alzaba sus muros grises hacia un cielo que ya comenzaba a oscurecerse. Cruzamos el puente de entrada pasando delante de las casas de limosna situadas fuera de los muros de la abadía y aguardamos bajo el arco de acceso. Tocó la aldaba y cuando acudió el portero Lafcadio entregó la misiva y pidió hablar con el abad.

La abadía ostentaba de su importancia. Sus dependencias ocupaban una amplia extensión pero sin duda alguna, el edificio de mayor tamaño era la iglesia o, más bien, la catedral, pues sus seiscientos pies de largo la convertían en la segunda más grande del país, después de la grandiosa catedral de San Pablo, y permitía albergar en ella a cientos de peregrinos que en determinadas festividades se congregaban para rendir culto.

La iglesia abacial era una de las más impresionantes que jamás vi; al contrario de las antiguas construcciones, de anchos muros y temerosas de altura, ésta elevaba sus torres al cielo gracias a los contrafuertes aligerados y las bóvedas de cruja y era, en verdad, un canto de alabanza a Dios transmitido por el lenguaje de la piedra. Mientras el monje nos conducía al interior de los muros, me deleité contemplando a cierta distancia la elevada nave cubierta con techo de madera, las esbeltas arcadas inferiores, los elegantes ventanales de la planta superior y los estilizados contrafuertes. Todo el templo daba una sensación de compacta ligereza _ a pesar de la anchura de los grandes pilares que lo sustentaban _ y una remarcada verticalidad acentuada por la torre central rematada con pináculos.

Seguimos al monje a la capilla de santa María conocida también como el Altar de Nuestra Señora de Glastonbury. Según nos explicó ésta capilla había sido levantada durante el periodo del abad Richard Beere sobre la primitiva iglesia construida con zarzas y barro por José de Arimatea y algunos de los seguidores de Jesús. Los muros estaban cuidadosamente ornamentados; el pórtico norte mostraba escenas de la vida de Jesús; esculpida en relieve se veía a la virgen María arrodillada ante un ángel y también pude distinguir a los tres Reyes Magos y a Herodes. Lafcadio también se detuvo para admirar éstos detalles y el monje nos aguardó en la entrada visiblemente orgulloso.

- La iglesia está en mal estado y para ello el abad contrató a una de las cofradías de constructores de Bristol; en éste momento están siendo sustituidas las vidrieras del extremo sur – nos dijo.

Lafcadio asintió y yo dirigí mi atención por un momento a los hombres subidos en andamios que picaban alrededor de los ventanales dejando al descubierto el armazón pero ambos sucumbimos al instante a la belleza del interior, armonioso y exquisito, con vistosas columnas de capiteles tallados profusamente y muros decorados con arcos ciegos entrelazados. Nos acercamos a contemplar la estatua coronada de la virgen que sostenía al Niño en un brazo y un arbusto floreciente en la otra y tras hacer una genuflexión ante el altar de piedra salimos por la puerta sur desde donde se podían contemplar las posesiones de la abadía: frente a nosotros se extendían las dependencias del abad, al este el cementerio y tras él el claustro.

- Si observáis el muro de Lady Chapel podréis ver unas palabras – nos advirtió.

- “*Jesús María*” – leí en voz alta.

- ¿Qué significado tiene? – preguntó Lafcadio.

- Ésta piedra en su memoria es una de las reliquias más veneradas de la abadía y forma parte de una de las catorce estaciones del calvario. Muchos peregrinos vienen a Glastonbury únicamente para contemplarla.

El monje abrió la puerta que daba al claustro. Éste estaba formado por arcadas abiertas y cubierto por un techo saledizo de madera; una serie de ventanas acristaladas lo protegían en la zona superior del exterior y aportaban luminosidad al pasaje abovedado.

El claustro era el espacio comunicativo entre las distintas dependencias, el centro monástico y una zona de expansión para los monjes; cuando hacía buen tiempo paseaban por los jardines y si no era así se cobijaban bajo el refugio de los arcos. Cada uno de los lados del claustro estaba consagrado a distintos fines: el septentrional lindaba con la nave de la iglesia y conectaba el resto de la abadía con el templo. La cara oriental albergaba la sala capitular, lugar de reunión de los dignatarios de la abadía y centro de negocios. La cara austral abarcaba el refectorio y por ella se accedía al dormitorio; bajo el refectorio había una habitación destinada al almacenamiento de provisiones. El lado occidental contenía el edificio destinado al scriptorium y la biblioteca.

Entramos a la sala capitular situada en la cara este adyacente al cancel de la iglesia; era una habitación en forma circular, espaciosa e iluminada gracias a las hermosas ventanas de tracería, con un gran pilar en el centro que sostenía el techo abovedado en forma de abanico. Bajo los vanos de los ventanales discurrían los

asientos de piedra. Había dos hombres conversando allí; el monje se acercó a uno de ellos y le susurró unas palabras al oído. Entonces se acercó a nosotros y se presentó como Robert Clarks, prior de Glastonbury y tras darnos la bienvenida nos dijo:

- En este momento mi señor abad no puede recibirnos y seré yo quien os atienda aunque quizá ésta noche o mañana podáis entrevistarnos con él. Mientras tanto permitidme que os ofrezca nuestra hospitalidad.

El prior avisó al mayordomo quien nos mostró el camino hacia los alojamientos.

La abadía de Glastonbury era como una pequeña ciudad; la comunidad estaba formada por unos cincuenta monjes sin tener en cuenta a los novicios y los sirvientes legos. A ellos se añadían los estudiantes de la famosa escuela, los peregrinos e invitados ilustres de la abadía. El resultado era una gran cantidad de gente que iba de un lado para otro, cada uno con un fin preciso.

Las dependencias del abad estaban situadas próximas a la puerta de entrada del monasterio, desde donde se controlaba la única apertura al patio exterior y en donde estaba permitido el paso a los concurrentes; éstas constaban de sus habitaciones privadas, la casa de los invitados, la sala de festines y un edificio aparte de forma octogonal y adornado con gárgolas en el que estaba instalada su propia cocina y en donde era preparada su comida y la de sus invitados. He de admitir que me sorprendió gratamente que fuéramos considerados personajes apreciados y alojados en éste lugar y a juzgar por la expresión de Lafcadio él tampoco esperaba tal recibimiento.

El mayordomo nos mostró nuestras habitaciones individuales y comunicadas entre sí; la de Lafcadio mucho más espaciosa y confortable que la mía pues contaba además de la cama y un arcón, con una escribanía, un reclinatorio y, por supuesto, una chimenea de la cual mi pequeño cuarto carecía. Supuse que estaba pensado pues, para alojar al sirviente del invitado. Ambas tenían el suelo cubierto de alfombras y ventanas con vistas a un pequeño huerto medicinal.

- ¿No os parece extraña la actitud por parte del abad? – le pregunté cuando el mayordomo se hubo marchado.

- Pienso igual que tú, Thomas – contestó __. No entiendo por qué no hemos sido alojados en la hospedería o con el resto de la comunidad.

Las campanas anunciaban vísperas y nos apresuramos a acudir a los oficios. Bajo la brumosa luz del atardecer se perfilaban los contornos de la iglesia abacial aunque su torre quedaba velada por la neblina. Una vez en el interior avisté el enorme y suntuoso espacio en donde el techo de las naves se perdía en la penumbra y las columnas y arcadas se desplegaban hábilmente para sustentar tan grandiosa obra. Alcancé a ver las molduras de las ventanas guarnecidas con cheurón, un tipo de

ornamentación en forma de zig-zag, el reflejo del mármol y las ricas capillas a ambos lados del transepto. Los pilares eran enormes y las columnas anchas, con la éntasis profusamente decorada. Destacaban las tallas de piedra de reyes y santos en donde, hasta el último detalle, aunque este se encontrara oculto, había sido elaborado con el mismo afán y perfeccionamiento. El coro de madera deliciosamente esculpido brillaba al ser tocado por la luz y Lafcadio aseguró que jamás había contemplado tan majestuosas proporciones. Yo no había estado nunca antes en tan excelsa catedral y pensé que, en verdad, Glastonbury era una de las más fabulosas abadías.

La espléndida arcada central alumbrada con la temblorosa luz de los hachones iluminaba el camino a los monjes que se dirigían en procesión al coro. Cada uno ocupó su lugar y dio comienzo el servicio oficiado por Richard Whiting, abad de Glastonbury.

Ocupamos los bancos junto a peregrinos y demás invitados y sólo unos pocos monjes nos dirigieron una breve mirada, ya que el resto no se percató de nuestra presencia.

Aquella noche no pude hacerme una idea de su majestuosidad pues las inmensas naves y los elevados techos quedaban oscurecidos a pesar de las velas. El templo envuelto por el aroma que despedían los turíbulo rebosaba de devoción aunque a mí me costó concentrarme en las oraciones y cuando el oficio finalizó nos dispusimos a regresar.

En ese momento el prior se aproximó a nosotros y nos dijo que nos sentaríamos en la mesa del abad, pues tal y como indica la *Regla Sancti Benedicti*: "*La mesa del abad debe estar asistida en compañía de huéspedes y peregrinos*".

En la abadía se realizaba una única comida que tenía lugar a las dos de la tarde tras una larga jornada de trabajo de doce horas. Pero el abad y sus invitados disfrutaban de ciertos privilegios.

La Gran Sala del Abad estaba magníficamente iluminada y la mesa exquisitamente provista para el deleite de sus invitados; para nuestra sorpresa, nuestros asientos habían sido dispuestos próximos a él y los demás comensales nos miraron con curiosidad.

Richard Whiting parecía un hombre de noble temperamento, con un rostro agradable que dominaba una nariz aguileña y rosada a causa de pequeñas venas; tenía el cabello cano, marcadas arrugas a ambos lados de la boca de labios delgados y se expresaba con voz cadenciosa y pausada.

- Lamento no haber podido ocuparme personalmente de vuestro recibimiento – manifestó dirigiéndose a Lafcadio.

_ Su excelencia dirige una gran abadía cuyo nombre es conocido en toda Inglaterra; la escuela y la biblioteca son muy célebres. Sin duda, estaréis orgulloso de ellas.

- Así es – contestó con una sonrisa – y desde hoy mismo están a vuestra disposición. ¿Es éste vuestro ayudante el que os acompaña?– preguntó dirigiéndome una mirada.

Lafcadio asintió.

- Ingresó muy joven en el monasterio y es una prueba de inteligencia, humildad y consagración a Dios – contestó exagerando sin reparo mis cualidades –. Me es de gran ayuda.

- He de agradecer al abad Ruthven la prontitud con la que ha respondido a mi requerimiento. Espero que el alojamiento sea de vuestro agrado.

- Mi señor abad está complacido de poder serle útil – aseguró Lafcadio._ Su excelencia ha dispuesto más de lo que necesitamos.

Además de otras personas, la mesa también era compartida por un invitado de excepción por su importancia, Teobaldo Berthelot, capellán y confesor del cardenal Thomas Wolsey. Debido a su nombramiento como abad por parte del cardenal, Richard Whiting había acogido con especial agrado a Teobaldo, que había sido enviado a instancias del rey Enrique para elaborar una recopilación. El religioso de mediana edad poseía un rostro oblongo y la mirada taimada y escuchaba con discreción las palabras entre el abad y Lafcadio.

En ese momento mi atención se desvió de la conversación. Un monje comenzó a servir la mesa, primero al abad, después a Teobaldo y seguidamente a Lafcadio; me llenó la escudilla de caldo hasta rebosar y cuando la probé no podía dar crédito: ¡estaba aderezada con cortezas de tocino!. No pude reprimir mi entusiasmo y feliz, la engullí en un segundo.

Seguidamente la sala se impregnó de un olor delicioso a la vez que el monje disponía sobre la mesa una bandeja con dorados costillas de cerdo guisadas en una salsa de vino y especias. Mientras saboreaba la carne recordé a los monjes que comían un simple plato de garbanzos con patatas.

Muy al contrario que yo, Lafcadio no estaba disfrutando de la comida pues tenía todos los sentidos puestos en lo que Richard Whiting le susurraba:

_ Respecto al asunto por el que pedí ayuda es muy delicado – se interrumpió en éste punto y bajó aún más la voz. Yo dejé a medio camino la escudilla que me llevaba a la boca y agucé el oído_. Por su historia _ ya sabréis que Glastonbury fue refugio de santos _ es única y eso hace que cualquier hallazgo tenga una importancia especial.

Por eso necesito con urgencia alguien que sepa interpretar el escrito y qué menos puedo hacer que proporcionaos toda la comodidad que sea posible.

Lafcadio no supo qué decir. Jugueteó nerviosamente con una miga de pan hasta que acertó a responder:

- Su excelencia puede contar con mi ayuda para todo lo que dispongáis.

_ La necesitamos – replicó pensativo -. Bien, hermano Lafcadio, os pondré en antecedentes. El descubrimiento del pergamino se debió a un hecho meramente fortuito – declaró y seguidamente nos relató cómo había sido hallado.

Emocionado y visiblemente alterado metió los folios caligrafiados en una carpeta junto con el facsímil que le había proporcionado el cardenal D'Angelo. Era cerca de la hora de la comida pero confiaba en hallar al cardenal en su despacho; siempre era el primero en comenzar el trabajo y el último en abandonarlo.

Recorrió los pasillos ya silenciosos y golpeó la puerta. Su eminencia le indicó que pasara.

- Con su permiso.

- ¿Qué hay, monseñor?.

- He concluido la traducción – y el simple tono de su voz hizo acelerar el corazón del cardenal.

Monseñor Baglioni se sentía decepcionado; hacía días que había retornado a la rutina pero por más que había indagado discretamente entre el círculo de personas más cercanas al cardenal nadie le había sabido decir nada. Y lentamente el asunto del manuscrito quedó engullido por el olvido y el paso de los días.

Habían transcurrido dos semanas. Monseñor Baglioni se cruzó con el cardenal por las escaleras y forzado por la curiosidad le espetó: - ¿Vuestra excelencia ha averiguado ya si el manuscrito es de importancia?. Monseñor dejó caer la pregunta con absoluta inocencia. D'Angelo no lo entendió así. Los labios del cardenal se apretaron dejando entrever una mueca de disgusto antes de contestar:

- Como encargado de la Biblioteca y Archivo Vaticanos únicamente tengo que responder ante mis superiores y el contenido de uno de nuestros documentos no debería suscitarle ningún interés personal, monseñor.

Baglioni asintió abrumado por la respuesta y consciente del enfado del cardenal.

Días más tarde monseñor Baglioni recibió un asombroso comunicado: En las próximas semanas debería abandonar Roma pues había sido destinado provisionalmente fuera del país a un monasterio franciscano.

Por más indagaciones que hizo recibió la misma respuesta: los tres traductores habían sido suspendidos temporalmente de su cargo en el Archivo hasta nueva orden. La causa: debido al contenido excepcional del manuscrito era aconsejable aislar a los traductores para evitar una posible comunicación entre ellos. El fin: Lograr lo que Gregorio XIII no pudo llevar a cabo.

INTESTATO

Como ya habíamos visto, la cripta de Lady Chapel donde los monjes celebraban los oficios generalmente, se encontraba en mal estado; sus muros rezumaban humedad y a causa de un movimiento de tierra se había abierto una grieta. Así pues, el abad había contratado a un maestro de obras y varios oficiales que trabajaban en las reparaciones.

Aquél día dos de ellos estaban picando la pared cuando parte del muro se vino abajo; uno de los trabajadores resultó herido al desplomarse la piedra sobre él y lo que en un principio parecía haber sido más grave afortunadamente sólo quedó en una rotura de la pierna y unas cuantas magulladuras.

Pero entre los presentes hubo un gran revuelo cuando observaron que al otro lado del muro derruido parecía abrirse una cámara.

La misa que se estaba celebrando en aquél momento fue interrumpida por uno de los monjes que avisó al abad del descubrimiento. Decidido a conocer qué había al otro lado, a instancias suyas, el maestro de obras y dos monjes se hicieron con unas teas y penetraron en el interior; a la escasa luz descubrieron lo que parecía ser el principio de un corredor y espoleados por la curiosidad se aventuraron por el estrecho pasadizo. Durante un tiempo siguieron la galería que iba descendiendo gradualmente; a veces tenían que arrastrarse de rodillas y otras podían avanzar encorvados hasta que desembocaron en un amplio ensanchamiento en donde se alzaban los cimientos de la iglesia. Sobre el suelo y semienterrado había un arcón.

Los demás monjes exhalaban un suspiro de alivio cuando los vieron reaparecer y la cripta se llenó de murmullos al observar el arcón que arrastraban. Una vez en la sala capitular el abad lo observó detenidamente; a pesar de estar enmohecido se veía que era de cobre batido, sin dibujos ni inscripciones. En presencia del prior y del archivero introdujo una daga entre la tapa que mostraba un resquicio, presionando a modo de palanca pero la hoja de metal se rompió. Entonces cogió una aguja y hurgó hábilmente en la cerradura hasta que la abrió.

Ambos permanecieron mudos de expectación mientras que levantaba la tapa y miraba en el interior; sacó una pieza de tela vieja y gastada a juzgar por el color y la depositó sobre la mesa. El tejido, sin duda, hacía las veces de envoltorio y Richard Whiting lo retiró dejando a la vista un grueso rollo de pergamino.

El archivero apenas pudo reprimir una exclamación; ayudó a desplegarlo con sumo cuidado temiendo que se resquebrajara y aparecieron unos signos que ninguno pudo entender. Anselmo, que era además el encargado de la biblioteca y uno de los

monjes más eruditos pues conocía varias lenguas, fue interrogado acerca de aquella escritura. Tras observarla unos instantes explicó:

- Aunque soy incapaz de traducirla creo reconocerla, mi señor abad, como algún tipo de dialecto parecido al árabe

El abad quedó pensativo; en su abadía no había ningún monje que dominara aquella lengua. Sin embargo era muy posible que sí lo hubiera en otros monasterios; así pues, tomó la decisión de escribir a los más cercanos solicitando ayuda.

A la espera de recibir noticias, envolvió de nuevo el pergamino y lo guardó en la escribanía hasta que recibió la contestación del abad de Winchester.

_ Maese Lafcadio, mañana mismo podréis comenzar vuestra tarea. Como habréis reparado dispuse vuestro alojamiento cerca de mis dependencias para que llevéis a cabo la traducción en mi officium. De ésta forma me aseguraré de que nadie os moleste.

Lafcadio asintió dirigiéndome una mirada significativa.

_ Mañana os explicaré todos los detalles que debéis seguir en vuestra forma de trabajar; ahora terminemos la cena tranquilamente.

Después de aquello, asistimos a completas y nos fuimos al lecho impacientes por lo que nos depararía el día siguiente.

Después de maitines y a la espera de reunirnos con el abad que se encontraba resolviendo un asunto en la sala capitular, Avelino, uno de los monjes más jóvenes, se ofreció a enseñarnos el resto de la abadía.

- A la llegada de José de Arimatea a Glastonbury el rey Arvigaro le hizo la entrega de doce hides de tierra que nunca pagaron impuestos y que hasta hoy continúan formando parte de la abadía.

Agua, molino, huerta y el resto de cosas necesarias para la manutención de la abadía estaban edificadas de manera que quedaran cerca unas de otras; el monje nos mostró a lo lejos el huerto de manzanos de donde se obtenía la sidra y el estanque de peces, pues toda la comida procedía de los propios terrenos de la abadía. Los graneros estaban rebosantes de trigo y cebada, señal de la cantidad de tierras que poseía. Después se ofreció a enseñarnos a la luz del día la Capilla de St. Mary.

_ Ésta iglesia, conocida desde la antigüedad como *Ligneia Basilica* en alusión a la primitiva iglesia de madera, está dedicada a Nuestra Señora la Virgen María y al bendito san Patricio, primer abad de Glastonbury.

Con la claridad penetrando por las vidrieras recorrimos el interior de la iglesia; cada lado del transepto contenía dos capillas; en el transepto norte una de ellas estaba dedicada al santo Thomas Becket. Otra era la capilla Loreto, llamada así en honor al lugar en el que vivió María tras la huída.

Nos llevó hasta una esquina del oratorio y nos mostró un sarcófago de piedra en cuya tapa estaban inscritas éstas sobrecogedoras palabras:

“Ad Brittanos veni post Christum Sepelivi. Docui. Quievi”.

Que quiere decir: *“A los ingleses, vine después de que enterré el cuerpo de Cristo. Yo enseñé. Yo hallé mi descanso”.*

_ Lo que tenéis delante son los restos de José de Arimatea, que tras ser hallados al lado sur de la capilla, fueron colocados en un cofre de plata junto con los dos sagrados recipientes que contienen la sangre y el sudor de Nuestro Señor Jesucristo cuando estaba en la cruz. Este es el tesoro de la abadía, la reliquia venerada por los peregrinos. En cuanto a los restos del rey Arturo fueron depositados en un cofre policromado y enterrado en una tumba de mármol negro que se halla detrás del altar aunque la abadía posee más reliquias como los huesos de san Patricio o una astilla de la vara de Aarón.

Después de contemplar las tallas pusimos nuestra atención en las vidrieras fijándonos en el dibujo de las dos vinajeras que curiosamente no estaban expuestas y admirando especialmente una que representa a la virgen tal y como se mostraba en la estatua con el vestido azul y el Niño en brazos y la imagen de la iglesia de Glastonbury tras ella.

- Curiosa sensación la que provocan las vidrieras – comentó un hombre a nuestra espalda; vestía calzones, jubón y hopalanda y por su aspecto parecía un caballero. Mostraba un brazo en cabestrillo y andaba con la ayuda de un bastón.

- Este caballero es Philibert Myers de Flandes –. Nos explicó Avelino . Yo ya había reparado en él la noche anterior en la cena–. Era un rico y poderoso banquero hasta que el Señor le rozó con su mano y lo convirtió en un humilde peregrino cuya notable aportación a ésta abadía agradecemos.

- Así es – replicó el hombre acercándose a nosotros. Tendría unos cuarenta años y mostraba un rostro atractivo, con una nariz recta y labios sensuales; unos mechones de cabello castaño le caían con elegancia sobre la frente y la tez bronceada conjugaba con sus ojos de color miel –. Descubrí que los bienes materiales sólo sirven para atar al hombre en la tierra y le impiden alzar el rostro al cielo. Por eso decidí deshacerme de ellos y emplear mi tiempo en acercarme a Dios. Las iglesias son un buen lugar para conocerse uno mismo y comenzar a recorrer el camino.

Philibert Myers nos explicó que acaba de regresar de peregrinación a Colonia y Canterbury y se había detenido en la abadía de Glastonbury para reponerse de la rotura del brazo antes de continuar hacia Nuestra Señora de Walsingham en Escocia.

- He visto grandes maravillas levantadas por la mano del hombre: esbeltas catedrales que se alzan al cielo y en cuyo interior las hermosas vidrieras transforman la luz y dan profundidad al templo, convirtiéndolo en una joya de singulares matices según la hora del día, pero es gracias a la devoción de los maestros constructores por lo que podemos apreciar estas bellezas.

Lafcadio y yo quedamos sorprendidos por la profundidad de sus palabras y desde entonces, al admirar una vidriera, siempre he recordado sus palabras.

Cuando fuimos requeridos, Richard Whiting junto con el prior, el archivero y Teobaldo nos esperaban en su officium. De nuevo me admiré del lujo del que la abadía hacía gala y que se hacía patente en cada uno de sus rincones; una gran chimenea en la que ardía un fuego lento dominaba la parte más ancha de la pared; más allá estaba la amplia mesa de trabajo rodeándola varios sillones de respaldar alto y en el extremo opuesto al arco de la puerta se hallaba un pequeño reclinatorio de mullido terciopelo rojo frente a un crucifijo que pendía de la pared.

Sobre la mesa estaba el rollo que desplegó con cuidado sin poder evitar que se resquebrajasen los bordes.

- ¿Reconocéis ésta lengua? -. Todos miramos a Lafcadio expectantes. Tras contemplarla unos instantes declaró:

- Efectivamente, pertenece a la lengua semítica; es arameo, que está muy relacionado con el hebreo. La hablaban antes del nacimiento de Jesús y Nuestro Señor predicaba en ésta lengua – nos explicó con entusiasmo -. Pertenece al dialecto occidental, aquél que se extendió a Palestina y Galilea y que fue decayendo cuando apareció el árabe.

- Entonces ¿creéis ser capaz de traducirlo? – preguntó el abad visiblemente emocionado.

- El texto fue escrito en el periodo antiguo y me llevará algún tiempo pero no tengo ninguna duda al respecto. Llevaré a cabo la traducción.

El abad mostró una sonrisa de satisfacción.

- Tenéis a la disposición de ambos todo cuanto necesitéis de la biblioteca y con el fin de aprovechar todo el tiempo posible estaréis dispensados de la asistencia de los oficios las horas del día en que estéis trabajando en ello a excepción, claro ésta, de maitines, víspera y completas. Respecto al contenido del manuscrito seré muy estricto: lo que vayáis traduciendo nos lo iréis comunicando al ilustre Teobaldo y a mí mismo

con el fin de decidir si es relevante y si proseguís adelante con el trabajo. A nadie más excepto a nosotros deberéis hablar de ello. Yo por mi parte guardaré el pergamino en un lugar seguro.

Mientras concretaban los detalles Lafcadio me pidió que le consiguiera una pluma y varias hojas de pergamino y me apresuré al scriptorium donde un monje me los facilitó.

Cuando regresé había desplegado una parte del rollo y colocado un libro sobre el extremo superior para que éste no se enrollara. Mi tarea como ayudante era muy explícita: tendría que ir copiando lo que él fuera traduciendo, pero en las tres horas siguientes no tuve mucho que hacer. Lafcadio escribía palabras en la tablilla, las tachaba, quitaba o añadía signos hasta que se levantó y me pidió que lo acompañara a la biblioteca.

El scriptorium era una gran sala abovedada y de forma alargada que se extendía sobre la primera planta del lado oeste del claustro, carente de pilares y cuyo espacio estaba ocupado por pupitres individuales perfectamente alineados en donde los monjes se afanaban en su tarea.

Junto a éste y atravesando un corredor se accedía a la biblioteca que triplicaba el espacio del scriptorium; de forma oval y sostenida por arcos dobles de medio punto y numerosas columnas, las paredes estaban cubiertas de anaqueles en donde se hallaban libros encuadernados, rollos de pergaminos, códices minados y opúsculos clasificados según la materia: astronomía, astrología, física, aritmética, geometría, historia natural, botánica, medicina, teología, filosofía, música, gramática, retórica y dialecta.

Independiente de la biblioteca y del scriptorium se hallaba la escuela fundada por el abad Dunstano y que le había dado fama a la abadía.

Anselmo amaba el conocimiento y su mayor satisfacción era mantener aquella enorme recopilación de sabiduría a salvo de las humedades y del polvo, aunque esto último era cada vez más difícil, debido a que la edad no le permitía ser tan ágil como antes y a la vez por el creciente aumento de manuscritos. Aún así, se ocupaba de mantener un escrupuloso archivo de los libros, de agruparlos según las materias que trataban y de facilitar los que correspondieran al scriptorium y a la escuela. Nadie tenía permiso para entrar en la biblioteca y sacar un libro; era Anselmo quien lo procuraba, pero nunca el original, sino las copias que los monjes habían elaborado en el scriptorium.

Cuando llegamos se encontraba encaramado en lo alto de una escalera, afanado en quitar el polvo de los volúmenes. El monje bajó pesadamente con la frente sudorosa.

- ¿Venís con algún encargo en especial?. Mi señor abad ya me ha advertido de que os facilite cualquier cosa que solicitéis.

- Os agradezco vuestra ayuda. Sin duda tendréis conocimiento de si se haya en la biblioteca algún tratado de lenguas semíticas.

Nos condujo hacia una estantería reservada a la gramática y buscó unos instantes hasta que lo halló –. Aquí está, *De Rudimentis Hebraicis*, la primera gramática del hebreo redactada por un cristiano. ¿Os servirá esto?.

- Eso espero. Gracias –. Y Lafcadio se marchó como una exhalación.

- Eh, un momento, muchacho.

El hermano Anselmo me hizo volver y me advirtió que nadie en su biblioteca salía sin que él hubiese anotado antes un detallado registro del libro. Me condujo ante una mesa apartada en un rincón y tomó la pluma.

- ¿Título y autor?.

Le miré sorprendido.

- Ah, sí. – Y comenzó a escribir en el prontuario.

- ¿Nombre del solicitante?.

- Lafcadio de Leinster – me apresuré a contestar.

- ¿Cuánto tiempo lo tendrá fuera?.

- En éste momento lo desconozco pero se lo preguntaré y os lo diré cuanto antes –. Respondí intentando agradarlo.

- Eso debéis hacer – contestó satisfecho.

Después de comer, cuando disponía de un poco de tiempo libre, Paolo recogió su correspondencia como siempre escasa y salió al jardín aún con sol. Abrió con celeridad el sobre con la letra de su madre que le contaba lo de siempre: la vida en Asisi era monótona y conforme se iba haciendo mayor le echaba más en falta. Se obligó a sí mismo a responder aquella misma noche a la carta. El otro sobre marrón llevaba el matasellos de Londres, cosa que le extrañó pues no conocía a nadie que viviera en aquella ciudad. Su nombre y dirección estaban pulcramente escritos a mano con letra clara. Rasgó la solapa y extrajo un conjunto de folios grapados encabezados con las palabras “*Proyecto Galilea*”. Aun sin saber que contenía el nombre le produjo un cosquilleo en el estomago y cuando los ojeó le invadió una sensación de vértigo; se sentó en un banco intentando dominar el temblor de sus manos y leyó:

Proyecto Galilea

Segmento del Gen de Betaglovina clonado de la sangre del área occipital del Sudario

Con TCCTAAGCCA GTGCCAGAAG AGCCAAGGAC AGGTACGGCT
GTCATCACTT 1450

Shr GAAG AGCCAAGGAC AGGTNCCAAT GTCATCACTT
34

TCCTAAGCCA GTGCCA (PRIMER)

Con AGACCTCACC CTGTGGAGCC ACACCCTAGG GTTGGCCAAT
CTACTCCCAG 1500

Shr AGACCTCACC CTGTGGAGCC ACACCCTAGG GTTGGCCAAT
CTACTCCCAG 84

Con GAGCAGGGAG GGCAGGAGCC AGGGCTGGGC ATAAAAGTCA
GGCAGAGCC 1550

Shr GAGCAGGGAG GGCAGGAGCC AGGGCTGGGC ATAAAAGTCA
GGCAGAGCC 134

Con ATCTATTGCT TACATTTGCT TCTGACACAA CTGTGTTTAC
TAGCAACCTC 1600

Shr ATCTATTGCT TACATTTGCT TCTGACACAA CTGTGTTTAC
TAGCCAACCTC 184

Con AAACAGACAC CATGGTGCAC CTGACTCCTG AGGAGAAGTC
TGCCGTTACT 1650

Shr AAACAGACAC CATGGTGCAC CTGACTCCTG AGGAGAAGTC
 TGCCGTTACT 234
 Con GCCCTGTGGG GCAAGGTGAA CGTGGATGAA GTTGGTGGTG
 AGGCCCTGGG 1700
 Shr GCCCTGTGGG GCAAGGTGAA CGTGGATGAA GTTG
 268
 (primer) GTGGTG
 AGGCCCTGGG

A partir de una muestra de sangre de la Santa Síndone proporcionado por el cardenal Lorenzo D'Angelo a nuestros laboratorios se ha analizado la secuencia de ADN. Los resultados corresponden al de un ser humano normal de sexo masculino con cromosomas 46:XY. A partir de ésta muestra se pretende clonar a un individuo y obtener los mismos genes.

Resultados:

Individuo creado a partir de un tejido fetal

Ningún gen extra encontrado en el genoma humano

Negativo en el examen de PK o ESP

Vulnerabilidad a los virus

Sin apenas acabar de entender lo que había leído metió los folios en el sobre. Tardó tiempo en asimilar la información y comprender de qué se trataba todo aquello. Esa tarde fue una de las más largas de su vida; no asistió a las clases y se encerró en su habitación diciéndole a su compañero de cuarto que le dolía la cabeza. Tomó el Diccionario y buscó la definición exacta. Allí estaba. *Clon: Individuo obtenido a partir de una célula originaria mediante un proceso de reproducción asexual, de una manera perfecta en el aspecto fisiológico y bioquímico y, por tanto, idéntico genéticamente al organismo progenitor.*

Se sentía confuso y defraudado. El cardenal D'Angelo había contratado los servicios de un laboratorio del Reino Unido para llevar a cabo un experimento: la clonación de un ser humano _ le costaba identificarse a él mismo con ese individuo _ a partir de la sangre procedente de la santa síndone que, por otro lado siempre había creído que era el sudario original que había envuelto el cuerpo del Salvador y esto le

llevaba a una estremecedora conclusión: que él mismo llevaba los genes y la sangre de Jesús o, al menos, cabía esa posibilidad.

Comenzó a hilvanar los sucesos de su vida viéndolos por primera vez desde otra perspectiva: una vez que él había nacido fue entregado a la familia que le había buscado D'Angelo para criarlo manteniéndolo siempre cerca de él y bajo su mirada. Sus padres no habían muerto en ningún accidente; es más, estaba seguro de que las personas de la fotografía que él le había entregado cuando era un niño eran tan desconocidos para él como para el cardenal. ¿Qué sería lo siguiente en sus planes?, ¿llevarlo al Vaticano y coronarlo como Dios?.

Incapaz de enfrentarse un día más a la vida tal y como ahora la veía recogió sus pocas pertenencias y se marchó.

SECRETUM DOMINI

Desde el gabinete de estudio del abad se disfrutaba de una amplia vista de los terrenos abaciales. Cuando regresé encontré a Lafcadio al pie del ventanal con la mirada perdida y al oírme se volvió hacia mí con el rostro exaltado.

- Tenía que asegurarme antes de atreverme a afirmar algo tan importante.

- Pero decidme, ¿qué habéis averiguado? – pregunté impaciente.

Cogió la tablilla y comenzó a leer:

Yo, José de Arimatea, por la Gloria del Más Alto, me declaro iniciado en el conocimiento por el maestro Jesús, que fue instruido junto con otros, por los descendientes de Enoch, aquél procedente de una civilización anterior y de Hermes Trismegisto, rey de Egipto e inventor de todas las ciencias. Este es el Testamento de Jesús y yo dejo constancia de éstas verdades para que todos los que lo lean puedan Saber.

Escribo éstas verdades en las pantanosas tierras de Ynys Witrin, lejos del hogar que yo y muchos otros nos vimos obligados a abandonar...

Debido al descubrimiento tan especial, Lafcadio se lo comunicó al abad de inmediato. Cuando éste escuchó el nombre de José de Arimatea no pudo reprimir su entusiasmo.

- ¡Ynys Witrin! – repitió con emoción -. ¿Os dais cuenta?. Este era uno de los antiguos nombres de Glastonbury, cuyo origen derivó en *Glaestingabyrig* o *Glassy Island*, aludiendo a su apariencia de isla rodeada de agua. ¿Conocéis la historia de la abadía? -. Preguntó emocionado.

- He leído un poco sobre ella – contestó.

- Su nacimiento se remonta a los primeros años de nuestra era cuando José de Arimatea llegó a Glastonbury y levantó la primera iglesia de Inglaterra. En el siglo VII el rey sajón Ina fundó un monasterio benedictino y puso al frente a Beorhtwald, el abad sajón, y con él el monasterio fue creciendo y alcanzó una época de esplendor hasta que fue saqueado por los dinamarqueses en el siglo IX. Para entonces, Glastonbury era considerada como la cuna del cristianismo, su lugar de inicio y de expansión. En la *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum*, el monje escocés Beda el Venerable relata con extrema minuciosidad la historia del nacimiento del cristianismo y si estáis interesados, en nuestra biblioteca podréis encontrar un ejemplar de tan magnífico estudio – añadió con satisfacción -. El apóstol Felipe junto con José de Arimatea y

otros seguidores aparecen como fundadores de la antigua iglesia de Glastonbury, según lo confirman unos documentos que estuvieron perdidos en la abadía y que aparecieron en el siglo XII. Pero esto no es nada comparado con la confirmación del propio José de Arimatea. Este puede ser el hallazgo más importante en toda la historia de Glastonbury.

Su entusiasmo fue contagioso y Lafcadio estuvo trabajando en el manuscrito todo el día. Antes de la celebración de vísperas había desentrañado otra parte del mensaje que se apresuró a leer al abad, al prior, al archivero y a un expectante Teobaldo.

A mis sesenta y seis años y en su inmensa misericordia Dios quiso que escuchara su Mensaje de boca de su Hijo amado y su fe me transformó convirtiéndome en uno de sus más cercanos seguidores. Fui uno de los discípulos de Jesús, escuché sus enseñanzas que predicaban la verdad; siendo miembro del Sanedrín estuve presente en la acusación y tomé parte en su defensa y aunque cuarenta y cinco de los setenta miembros votaron por su libertad, el odio y la difamación contra Él pudieron más. Su injusta condena lo llevó a ser clavado en una cruz. Yo mismo pedí su cuerpo a Pilatos, mis brazos fueron los primeros en recibir su cuerpo y junto con Nicodemo lo trasladamos a un sepulcro de mi propiedad. Allí nos esperaba Simón el curador quién untó su cuerpo con una mezcla de mirra y aloe y después lo envolvimos en fino lino; este ungüento hizo que expulsara el veneno que él mismo le había administrado devolviéndole la vida.

A partir de entonces mi corazón acogió todas sus enseñanzas que guardo por escrito y hasta el día de mi muerte no cesaré de propagarlas.

Uno de los mensajes que con más ahínco proclamaba era éste: Procedemos de la misma fuente, no sólo Él sino Todos somos hijos de Dios. De Él venimos y a Él regresaremos cuando acabe nuestra singladura en la tierra. Él sabía muy bien lo que decía cuando se proclamaba Hijo de Dios; era plenamente consciente de esto y ansiaba que nosotros también lo fuéramos. De ahí su esfuerzo por defender la igualdad entre los hombres y concienciarnos de nuestra propia divinidad. A menudo le oí narrar una singular historia:

“Hubo un tiempo mucho antes de la era de las grandes pirámides en que los hombres vivían felices y en armonía. Eran conscientes de donde provenían y adoraban a un único Dios, no con ofrendas o sacrificios sino con acciones. Cada acto que realizaban era una obra de amor, de bondad, de comprensión. No conocían la pobreza pues lo poco que necesitaban era compartido entre todos de tal modo que ninguno

poseía más que otro. El trabajo diario era distribuido por igual y sus cuerpos no conocían la enfermedad; sus mentes estaban libres del miedo y del mal. Vivían muchos años y apenas envejecían y para ellos no existía la muerte como tal sino que era un regreso a la fuente de vida. Así fue por muchos siglos hasta que poco a poco los hombres fueron volviéndose cómodos y en su comodidad olvidaron dar gracias a Dios y al olvidar a Dios tuvieron la necesidad de llenar ese espacio con bienes terrenales, disputando, ofendiendo y robando a sus vecinos. Los robos desencadenaron en guerras y las guerras trajeron enfermedades y la decrepitud del espíritu trajo consigo la del cuerpo.

Este es el caos que envuelve a los hombres desde entonces. Estáis en éste mundo pero se os ha olvidado el motivo y yo he venido para recordaros ésta gran verdad: Que todos y cada uno de vosotros somos Hijos de Dios y que todos, al igual que yo, tenéis un lugar junto al Padre.”.

- ¡Intolerable! – rugió Teobaldo apretando los puños con furia -. ¡Arrojad ese maldito manuscrito al fuego y no permitáis que se pronuncien palabras impías!.

Por un momento esperé lo peor y en los ojos de Lafcadio, abiertos de par en par, se reflejaba el mismo temor. Por su parte, la primitiva satisfacción del abad se había ido transformando en decepción.

- No hay necesidad de apresurarnos – respondió con mucha más calma de la que esperábamos -. Siempre tenemos tiempo de destruirlo.

El prior fue el primero en exponer sus pensamientos.

_ ¿A qué vienen todas esas palabras acerca de iniciaciones y misterios egipcios?, ¿y qué significa eso de que expulsó el veneno que le habían administrado?.

_ El autor lo expresa claramente _ intervino Teobaldo de nuevo sin poder contener su indignación _. Lo que da a entender es que Jesús no murió en la cruz lo cual demuestra que el manuscrito es una falsedad de principio a fin. No será necesario continuar con la traducción.

_ He de reconocer que su contenido nos ha decepcionado a todos, primero, porque lo que nos narra acerca de Jesús es sencillamente impensable y segundo por la cantidad de cosas que no entendemos. Sin embargo, es preciso averiguar si el manuscrito tiene algo que ver con la historia de Glastonbury. Así pues, si vos, Teobaldo, no os oponéis, me gustaría que avanzara un poco en el relato con el fin de desecharlo definitivamente _ dijo Richard Whiting conmovido.

_ No es a mí a quien estáis haciendo perder el tiempo_ cuchicheó tras él, mirando a Lafcadio_. Haced lo que os plazca. Sin embargo, dado el carácter herético del documento me veo en la obligación de encargarme yo mismo de su custodia.

_ A partir de ahora está a vuestro cargo.

A pesar de todo felicitó a Lafcadio por la rapidez y la eficacia con la que estaba llevando a cabo la tarea encomendada y le dio nuevas instrucciones.

- A partir de ahora nos reuniremos todas las tardes antes de la celebración de vísperas y nos informaréis de lo hayáis traducido durante el día. Por último, también entregareis diariamente los resultados de la investigación a vos, Teobaldo.

- Así lo haré – contestó Lafcadio con solemnidad.

_ Las traducciones no me interesan _ respondió él clérigo con desdén.

_ Pues bien, entonces las guardaré yo mismo bajo llave.

_ ¿No creéis _ añadió dirigiéndose de nuevo al abad _ que sería conveniente reducir el número de personas que estén al tanto de esto? _ y dicho esto me miró descaradamente. Pero Lafcadio no titubeó_. Disculpe, su excelencia. Sin la ayuda de Thomas que se encarga de anotar y después copiar a la vez que voy traduciendo, la tarea se alargará indefinidamente.

_ Proseguid así de momento _ respondió Richard Whiting zanjando así la cuestión.

A la mañana siguiente, después de maitines nos reunimos de nuevo Lafcadio y yo. Como el lenguaje empleado era muy antiguo el trabajo de traducción se hacía lento, a pesar del conocimiento que poseía de esa lengua. Así pues, mientras hacía anotaciones en la tablilla le pregunté si estaba traduciendo algo importante.

- Desgraciadamente no puedo ir tan deprisa como quisiera – respondió.

- Ya que tengo la oportunidad – le dije – me gustaría conocer un poco más Glastonbury, si no me necesitáis por el momento.

- Ve, Thomas, ya me contarás luego lo que has visto – contestó distraídamente.

Pasé por delante del noviciado y de la enfermería que poseía capilla propia así como una cocina y refectorio, una casa de baños y jardines. La casa del médico se hallaba próxima a ésta con su gran huerto de hierbas medicinales y contenía reducidas habitaciones para los enfermos. Pero lo que me interesaba ver especialmente era el famoso espino blanco. Siguiendo las indicaciones de uno de los monjes fui hasta una de las colinas cercanas; allí crecía el arbolillo de ramas espinosas y olorosas flores blancas que, según la leyenda, había sido plantado por José de Arimatea.

Me senté sobre una piedra y comencé a meditar. Había sido educado en la fe cristiana aunque recibí mis votos desprovisto de ella pues no la conocía y hasta

entonces había acogido las enseñanzas de Dios sin la devoción que caracteriza a un auténtico monje. Así es como me había sentido desde mi ingreso en la comunidad aunque me guardaba muy bien de expresar mis sentimientos. Sólo Lafcadio conocía y comprendía mis turbaciones y me decía que el tiempo sería el encargado de dotarme de aquello de lo que carecía. Pero desde el día anterior que había escuchado las palabras de José de Arimatea y su testimonio inédito algo en mi interior me impulsaba a querer conocer más sobre Jesús, aquél ser que siempre había considerado tan lejano e irreal. Y tenía la certera intuición de que el manuscrito de José me ayudaría a ello.

Un ruido cercano me sacó de éstos pensamientos y me volví sobresaltado. Detrás de mí se encontraba un monje anciano con un rostro en el que se transparentaban finas venas azules y con la cabeza cubierta de una fina pelusa blanca que me dedicó una sonrisa con su boca mellada.

- Vuestra cara no me resulta familiar, ¿habéis ingresado hace poco en la comunidad? – me interpeló.

Le expliqué que pertenecía al monasterio de Winchester y que el abad de Glastonbury nos había convocado a mi maestro Lafcadio y a mí para un asunto.

Él asintió distraídamente.

- Este lugar es sagrado. Cuando José de Arimatea llegó a Glastonbury subió a ésta colina, ayudándose de un tronco de espino que utilizaba como báculo y lo hundió en la tierra, pronunciando la frase “*Weary All*”, refiriéndose al cansancio que sufría él y sus compañeros. Desde entonces éste lugar es conocido como “*Wirral Hill*” y el espino florece tanto en primavera como en Pascua.

Me llamaron la atención sus ojos que tenían una mirada fatua, como perdida.

— Glastonbury aún conserva la huella única y especial de sus primeros moradores, ¿no es así?.

- En efecto, he sido archivero durante muchos años y conozco todo lo que la abadía encierra. Aunque hay muchos que están empeñados en relegarlo todo a meras leyendas. A lo largo del tiempo han desaparecido algunos documentos y os aseguro que no ha sido la humedad ni las ratas las que han acabado con ellos.

El viejo monje parecía sentir un vivo resentimiento; sin despedirse de mí comenzó a bajar la colina ayudándose de su cayado.

Cuando regresé encontré a Lafcadio tal y como lo había dejado una hora antes. Me dirigí a la biblioteca donde le pedí a Anselmo el libro *Cronica Sive Antiquitates Glastoniensis Ecclesiae* escrito por John de Glastonbury, el mayor cronista de José de

Arimatea. Me había impactado tanto el testimonio de primera mano que nos había llegado sobre Jesús _ aunque todos, incluido Lafcadio, consideraran que fuera falso _ que quería saberlo todo sobre su fiel discípulo.

Anselmo me entregó una elaborada copia adornada con bellos dibujos y lo anotó en su libro. Lafcadio continuó trabajando el resto de la mañana mientras yo me hallaba embebido en el libro sobre José de Arimatea. De tanto en tanto se le escapaba un sonido de admiración o sorpresa y a pesar de mi curiosidad evité hacer preguntas, hasta que por fin me dijo:

- Coge tu pluma, Thomas, y continúa escribiendo:

Ciudad del Vaticano

- ¿Qué está diciendo usted?.

El cardenal D'Angelo había sido interrumpido en su descanso nocturno por una llamada efectuada desde el Colegio Católico. Ahora estaba totalmente despierto, incorporado en la cama apretando fuertemente el auricular.

- Padre Corelli, ¿qué ha sucedido para que haya hecho algo semejante?-. A la vez que hablaba su rostro se iba tiñendo de un rojo intenso de manera que cuando colgó se reclinó en el respaldo respirando profundamente.

Paolo había abandonado la residencia sin que nadie se percatara de ello. El director del centro se deshacía en excusas; no se imaginaba cual podía haber sido el motivo de semejante acción. El muchacho se había llevado sus pertenencias a excepción del crucifijo de oro que siempre llevaba al cuello, regalo de su tío y no se había presentado a la cena.

Lorenzo D'Angelo dio un manotazo y tiró al suelo la lamparilla de noche y el libro que estaba leyendo. En cuestión de segundos su sueño se había derrumbado.

La trayectoria del cardenal D'Angelo no había sido corriente y discreta y su particular carácter fuerte disimulado tras un rostro amable y excesivamente atractivo habían impreso magnetismo a su persona. Lorenzo D'Angelo procedía del sur y su carrera se vio catapultada al ser designado para ocupar un puesto en el arzobispado de Bolonia. A partir de entonces su ascenso, lento pero constante, le aseguraron su meta, y la meta no era otra sino Roma. Fue ordenado cardenal por el Papa y su creciente y personal amistad con Karol Wojtyla no pasó inadvertida entre los cardenales veteranos quienes pusieron las orejas firmes murmurando entre ellos. A ninguno le sorprendió pues, su nombramiento como Secretario de Estado del Vaticano, segundo puesto en la estructura jerárquica tras el Papa y un lugar de excepción en primera línea en la Curia.

Lorenzo D'Angelo pertenecía al cuerpo cardenalicio y era uno de los ciento cuatro cardenales con menos de ochenta años, candidatos al puesto de Papa. De todo el cuerpo únicamente diecisiete cardenales pertenecen a Italia; y de todos ellos Lorenzo D'Angelo es el que tenía más probabilidades para ocupar, en un futuro no muy lejano, la Silla de Pedro.

Era un hombre erudito y amante del estudio, un eminente teólogo y destacado profesor de derecho canónico; tenía cientos de parroquias a su cargo aunque sus actividades se extendían también a hospitales y orfanatos, siempre luchando en defensa de los derechos de los niños. Aquella persona culta y avisada, de ideas

conservadoras aunque con una amplia visión de futuro, inflexible en su juicio y siempre prudente había sabido granjearse simpatías consiguiendo que su nombre fuera mencionado como futuro Papa italiano.

Ahora éste hecho imprevisto podría hundir su carrera pues mucho se temía que la huída de Paolo estuviera relacionada con algún descubrimiento del proyecto y no se atrevió a imaginarse qué llegaría a suceder si se descubriera que un cardenal estaba amparando una clonación humana.

ARTIUM MAGISTER

Aunque perdido de vista, la huella dejada por el Maestro era difícil de borrar. Sus seguidores, que cada vez eran más, continuaron proclamando Su mensaje y la ira del Sanedrín explotó y decidieron encarcelar o suprimir a todos los simpatizantes de Jesús; yo mismo fui recluido aunque pude escapar. Resistimos durante cuatro años reuniéndonos en secreto y ocultándonos hasta que fuimos obligados a abandonar el país. María la de Magdala, Lázaro, Simón el Mago y otros iniciados fuimos arrojados en un barco a las costas de Palestina y durante días navegamos a la deriva hasta que alcanzamos Marsella. Siguiendo el río Brue hacia el este arribamos a una tierra rodeada de pantanos donde fuimos recibidos por el rey Guiderius en su país, Britania. Pocos días después de nuestra llegada el rey Arviragus, hermano de Guiderius e hijo de Cunobelinus, envió una delegación ofreciéndonos tierras sin tener que pagar impuestos por ellas y protección contra los romanos. Yo había viajado muchas veces con Jesús a Cornualles y Somerset cuando me dedicaba al comercio con estaño y me sentí feliz de hallar un destino; nuestro refugio sería Ynys Witrin.

Durante los inciertos días de travesía por un mar atormentado que azotaba nuestro barco como una pluma mecida por el huracán a menudo pensé que nuestro fin sería la muerte en aquellas aguas pero curiosamente no sentía temor. Me había encomendado a Dios y recordaba las palabras del Maestro sobre la muerte: “Esta es una verdad muy simple, al proceder de Dios somos inmortales, tal es la naturaleza del Creador del Universo, por eso, todo lo que de Él viene goza de éstas mismas leyes de eternidad. La muerte es un tránsito hacia la inmortalidad porque lo que llamamos muerte en realidad es el abandono del espíritu del cuerpo mortal pero es aquél el que verdaderamente contiene la vida y regresa liberado de sus ataduras a la Fuente Primitiva. Nada hay que temer en éste trayecto y nadie debe acelerar su marcha pues cada uno de nosotros tenemos una misión que cumplir y al no ser dueños de nuestra propia existencia no debemos disponer del momento de nuestra partida”.

Antes de la celebración del oficio de vísperas Lafcadio les relató las nuevas averiguaciones.

_ Ciertamente, toda la historia acerca de la llegada de José de Arimatea y la entrega de las tierras a la abadía por parte del rey Arviragus así consta en nuestros archivos _ dijo Richard Whiting animado de nuevo.

_ ¿Queréis decir con esto que dais crédito a éste manuscrito? _ preguntó Teobaldo con recelo _ . No olvidéis lo que escuchamos ayer.

_ Os doy la seguridad de que no lo olvido pero por ese motivo es adecuado averiguar qué más hay escrito. ¿No convenís conmigo en ello?.

_ Quizás tengáis razón; quién sabe, hasta es posible que pudiera serle de ayuda a nuestro cardenal e incluso hasta al mismísimo rey Enrique.

Como nadie echaría en falta mi presencia me arrebuje en el hábito y salí al exterior. Rodeé el edificio y fui hacia el cementerio con la idea de ver el lugar donde habían sido hallados los restos del rey Arturo. Poco a poco, la historia de la abadía me estaba atrapando y sentía deseos de conocer todos los detalles.

John, el sacristán, se hallaba aquella tarde en el cementerio aprovechando que no llovía y se afanaba en arrancar las enredaderas que comenzaban a trepar sin ningún orden; quitaba las malas hierbas y limpiaba las lápidas de los monjes que, desde la antigüedad, habitaron Glastonbury. Al verme se incorporó enjugándose las gotas de sudor de su rostro.

- Cuidado, el terreno está resbaladizo. Yo mismo he estado a punto de caer antes.

Asentí sonriendo, fijándome en los bordes embarrados de su hábito.

- Si tenéis un instante me gustaría que me mostrara el lugar donde fue hallada la tumba del rey Arturo – le pedí.

- Por supuesto, venid aquí – dijo, y mientras le seguía expresó el profundo orgullo que sentía de pertenecer a la abadía de Glastonbury por los santos que habían habitado en ella. Me llevó hacia el fondo y me enseñó el terreno cubierto de hierba sobre el que había una losa de piedra.

- Su descubrimiento fue un milagro. En el año mil ciento noventa y uno, durante el abadiato de Henry de Sully, el rey Enrique II contó que un bardo le había dicho dónde estaba enterrado el rey Arturo. Los monjes cavaron en el lugar señalado y, efectivamente, hallaron a dieciséis pies de profundidad, entre dos pequeñas pirámides, los restos del rey junto con esta losa cuya inscripción aún permanece.

La inscripción rezaba: *“Hic jacet Sepultus Inclytus Rex Arthurius In Insula Avallonia”*.

- *“Aquí yace enterrado el conocido rey Arturo en la Isla de Avalon”*. – Leí y sentí un escalofrío en la espalda.

- Los restos fueron trasladados a la abadía durante la visita de Eduardo I en mil doscientos setenta y ocho y allí permanecen como sabéis, venerados por cientos de peregrinos; en nuestros archivos guardamos una copia del permiso firmado por el rey.

Yo asentí pensativo.

_ Esta mañana, el anterior archivero me ha contado la historia del espino de Glastonbury. Es realmente sorprendente que sea el único espino de Inglaterra que florezca siempre en la época de Pascua.

- ¿El anterior archivero?, ¿de quién estáis hablando?.

- De un monje ya mayor que se ayuda de un bastón – contesté observando su sorpresa.

- Ese es Arnulphus. Es cierto que se ocupaba del archivo hasta que una noche desapareció. Más tarde, lo vieron vagando por los alrededores, y aunque nuestro abad tuvo un encuentro con él, no pudo convencerle de que volviera a la comunidad. Ahora ese viejo loco habita Tor, huyendo de la gente y algunas veces lo vemos merodeando por aquí. Está en manos del diablo; si os intenta hablar de nuevo, no se lo permitáis.

Llevaba menos de una semana en Glastonbury y ya me había acomodado a su plácida rutina. Todas las mañanas, después de maitines, Lafcadio y yo nos encerrábamos en el officium cedido por el abad y mientras él descifraba aquellos extraños signos yo me dedicaba a la lectura. Siempre que Lafcadio no requiriera mi presencia solía pasear por la abadía.

Aquella mañana de invierno la curiosidad me acercó hasta los talleres de los monjes en donde se llevaban a cabo distintas actividades. Estaba el lagar, los herreros, zapateros, esmaltadores y reparadores de barriles y toneles y también los fabricantes de pergaminos y vitelas. El proceso de producción de éstos últimos era simple: de las granjas recibían las pieles preparadas de ovejas, terneros o cabras sin curtir y después de lavarlas las sumergían en una solución de cal que conseguía arrancar el pelo. Tras rasparlas las igualaban por los lados y las desgastaban con polvos de piedra pómez aplicados durante un largo periodo. La vitela seguía el mismo proceso aunque las pieles eran de terneros, cabras y corderos jóvenes con lo que se obtenía un tipo de pergamino más fino.

Al lado, en una de las habitaciones, Hubert, el maestro de obras y vidriero había instalado su taller . Le pregunté si le molestaba que mirara como trabajaba y con un ademán me invitó a pasar.

Tenía extendidas sobre una gran mesa láminas de vidrio de diversos colores que estaba cortando cuidadosamente con una herramienta de hierro incandescente; uno de

sus hombres preparaba una mezcla de óxido de cobre, sales metálicas, cristal molido y otros minerales con lo que obtenía una pintura de esmalte de color negro.

- ¿Tenéis interés en aprender el oficio de vidriero? – me preguntó Hubert en tono jocoso.

- No – contesté – me contento con la iluminación de manuscritos.

- Las dos tareas son parecidas pues en ambos casos el resultado de la obra sólo depende de la maestría del creador. Vos plasmáis vuestro pensamiento en un pergamino y yo lo hago en la piedra y en el cristal.

- Así es, en efecto. Y decidme, ¿habéis adornado muchas iglesias con vuestro arte?

- En más de cuarenta años que llevo en el oficio ya he perdido la cuenta y no puedo quejarme de falta de trabajo aunque la competencia es cada vez mayor.

Un muchacho irrumpió en el taller y Hubert lo llamó.

- Asegúrate de que el joven William corta perfectamente las piezas.

El chico asintió.

- Es Oswald. Lo he tenido trabajando conmigo como aprendiz hasta que el año pasado lo ascendí a oficial. Está contento porque ahora cobra un sueldo fijo aunque él aspira a convertirse en maestro y a establecerse por su cuenta –. Hubert hizo un movimiento negativo con la cabeza –. La competencia es tal que ahora es obligado pertenecer a un gremio si se quiere ejercer el oficio; yo cuento con tres oficiales y cinco aprendices y cobro lo justo para mantenerlos.

Hubert me contó que ahora estaba satisfecho; el encargo del abad Richard que dirigía tan próspera abadía había sido muy oportuno y con lo que obtuviera por el trabajo se podría permitir renovar algunas herramientas y asegurar la compra de materias primas que se habían encarecido considerablemente. Debido a la gran demanda de fabricación de vidrieras que se llevaba produciendo durante varios siglos había sobrevenido una escasez de carbonato sódico y ahora los vidrieros se veían obligados a utilizar las cenizas de sus hornos como fundente y obtenían así un vidrio que contenía calcio y potasio.

Según me explicó, acababa de finalizar la primera fase de la realización de la vidriera que consistía en elaborar un boceto a gran escala con el dibujo y que, tras haber obtenido la aprobación del abad, había sido plasmado a tamaño natural con una punta de estaño sobre una tabla de madera o pergamino. En este punto el artista ya había seleccionado los colores con los que más tarde sería teñido el vidrio.

Las expertas manos del maestro vidriero comenzaron a dibujar con trazo hábil los rasgos de san Dunstano sobre la cara interna del vidrio, utilizando la pintura de

esmalte para delinear el rostro y los detalles de la composición. Más tarde, los fundiría cociéndolos en un horno.

Me despedí de él y volví junto a Lafcadio y antes de la comida ya me había dictado un nuevo fragmento.

Desde 1.997 Laboratorios Scan era uno de los colaboradores, junto con otros países, del Proyecto Genoma Humano aunque en realidad ésta no había sido su tarea fundamental. De lo que el Laboratorio Scan se ocupaba realmente era de sacar adelante el Proyecto Galilea, el mayor reto con el que jamás se había enfrentado. El proyecto Galilea había nacido hacía dieciocho años a partir de una casualidad. Sir Edward Norton, biólogo y genetista inglés y Premio Nóbel de Fisiología y Medicina y su ayudante el bioquímico Paul Foster fueron requeridos junto con otros dos laboratorios más para efectuar las pruebas de Carbono 14 a un fragmento de la Santa Sindone; Pero fue un hombre, el cardenal Lorenzo D'Angelo quien les suministró unas ampollas que contenían un polvo rojizo obtenido del propio Sudario. Los tres habían mantenido una interesante conversación.

- ¿Cuál es su objetivo, cardenal? –. Era Edward Norton quién formulaba esta pregunta tras recuperarse de la asombrosa proposición.

El cardenal D'Angelo miró directamente a los ojos de Sir Edward.

- Mi idea, profesor, es la siguiente: Pretendo hacer retornar de nuevo a Jesús.

Sir Edward y el doctor Foster cruzaron una significativa mirada y el silencio continuó hasta que D'Angelo habló de nuevo.

- Nunca antes en toda la historia de la humanidad el mundo se había visto envuelto en semejante caos y miseria. Los que no mueren de hambre son víctimas de las guerras y enfermedades y son un puñado de ricos los que mueven los hilos a su antojo. Es necesario el retorno del Mesías que conceda al mundo una época de paz y de iluminación espiritual. Eso es lo que la humanidad necesita.

Pero lo que realmente ansiaba se lo guardó para sí. Traer al mundo a una persona con los mismos genes de Dios, es decir, un ser que no procediera de éste mundo, con la consiguiente capacidad de realizar milagros y demostrar verdaderamente su origen divino. Con él la religión cristiana asentaría definitivamente su supremacía sobre el resto y él se hallaría en la cúspide de aquél imperio divino.

Los dos científicos estaban agradablemente sorprendidos. Aquél hombre tras esa idea descabellada les estaba proporcionando una valiosa oportunidad: analizar el ADN de la supuesta sangre de Jesús y copiar sus genes. Jamás la ciencia había tenido ante sí semejante desafío; el cardenal parecía olvidar que el Vaticano se encontraba entre aquellos poderosos que controlaban y dirigían a las masas por medio de la religión pero aquello no les concernía a ellos. Las razones que movieran al cardenal no eran de su incumbencia.

- Es un proyecto sumamente difícil el que nos está ofreciendo, eminencia. Nunca se ha realizado una clonación humana pero por lo que sabemos, es muy posible que el

individuo nazca con algún tipo de malformación o envejezca prematuramente. No tenemos idea de a lo que nos enfrentamos.

- Bien, en ese caso, ambos saldremos ganando. Ustedes serán los pioneros en la clonación humana con todo lo que eso supone y yo habré hecho todo lo posible por la salvación de la humanidad.

Sir Norton y el doctor Foster pensaron que el cardenal no estaba en su juicio.

- ¿Es una cuestión oficial lo que nos está proponiendo, eminencia? – le preguntó Foster.

- No estoy hablando en nombre del Vaticano sino en el mío propio por tanto, si aceptan, deberán llevar éste asunto con la máxima discreción y tratarán únicamente conmigo. Esta cuestión sólo nos concierne a nosotros tres, a ustedes por razones científicas, a mí por cuestiones religiosas –. El cardenal consultó su reloj con un ademán de impaciencia –. Bien, señores, no dispongo de todo el día. Espero una respuesta.

QUID IMPEDIT, NE VENIAS?

Cuando por la tarde el abad junto con Teobaldo que siempre le acompañaba se reunió con nosotros fui yo quien leyó en voz alta el fragmento:

“Arviragus formó una línea de defensa contra los romanos. Seguros y protegidos levantamos nuestras cabañas y construimos una edificación circular de pilares y armazón de madera y zarzas y techado con cañas, que convertimos en nuestro lugar de reunión. Allí rememoramos las palabras del Maestro y cumplimos Su voluntad; comenzamos a predicar a los habitantes del lugar sus palabras y pronto sus enseñanzas fueron conocidas por muchos y aunque la invasión de los romanos asoló el país ni un sólo soldado traspasó la línea de Ynys Witrin; los guerreros de Caractacus y del rey Arviragus nos mantuvieron a salvo.

Los habitantes del lugar se quedaban asombrados viendo a aquél grupo de hombres y mujeres defender con tanto ahínco la fraternidad entre todos los hombres, el amor al prójimo y cualidades como la bondad y el perdón. Más de una vez los ojos se me llenaron de lágrimas al observar aquellos rostros serios que escuchaban mis palabras con tanta atención como si quisieran hacerlas realidad y asentían levemente con un atisbo de esperanza en la mirada. Un día les hablé del perdón rememorando las palabras de nuestro Señor: Él nos decía: “Perdonar es avanzar en el camino, es borrar el mal del mundo. Cuando uno perdona a sus semejantes está reconociéndose como auténtico Hijo de Dios. Dios es amor y Dios perdona. El perdón es una de las armas más valiosas que posee el hombre para combatir el mal. Quien no perdona no ama y tenedlo por seguro, el Amor es el Único Camino. Errar es humano, perdonar divino”.

Al día siguiente, cuando fui a consultar un escrito que recogía comentarios sobre el Antiguo Testamento, Anselmo me pidió que avisara a uno de los preceptores de la escuela con urgencia pues necesitaba aclarar un tema relacionado con uno de los libros prestados. Subí las escaleras y permanecí durante unos instantes en el claustro escuchando el lejano murmullo de las voces.

Alcuino de Canterbury era un joven perteneciente a una acaudalada familia de aquella misma ciudad que había ingresado en la escuela de Glastonbury atraído por su fama; de cabello oscuro y piel blanca, con la frente despejada y la nariz recta, sonriente y despreocupado, Alcuino devoraba las enseñanzas que Roscelino, el hermano lego impartía sobre ciencia. Aquella mañana había una animada discusión entre los

alumnos realistas y los nominalistas con respecto al método científico a aplicar; Roscelino hacía de moderador aunque sin mucho éxito. Cuando le transmití el mensaje de Anselmo decidió finalizar el debate con unas conciliadoras palabras para ambas posturas:

- Ya sea basándonos en la filosofía de Aristóteles o siguiendo el enfoque platónico ambas vías nos llevan a descubrir unos hechos determinados y aunque los objetos participen de la universalidad o, al contrario, no compartan nada sino sólo dicho nombre, el mero estudio de su naturaleza nos llevará a su comprensión. Así pues, mantengamos como conclusión única y verdadera que la observación es el camino del conocimiento.

Con éstas palabras dio por finalizada la clase aunque los alumnos prosiguieron la discusión en los pasillos.

- ¿Podéis disponer de unos instantes para hablar con nosotros? – me increpó el joven Alcuino.

- ¿Puedo ayudaros? – le respondí.

- Veréis, habéis sido educado en la doctrina escolástica, ¿no es cierto?.

- Así es – asentí.

- ¿Habéis oído hablar de la nueva corriente que invade a Europa?. Comenzó en Italia y se está extendiendo a nuestro país desde nuestras universidades; es una creencia que defiende la dignidad del ser humano y su facultad innata para hallar la verdad. ¿Qué opináis?.

– Os referís al Humanismo, un movimiento que está desplazando a la doctrina escolástica de tal modo que ahora la enseñanza no es dominio único de las autoridades religiosas. Uno de los máximos defensores de ésta nueva corriente espiritual es Erasmo de Róterdam el cuál ha viajado varias veces a Inglaterra e impartido clases de griego y teología en Cambridge. Recientemente llegó a mis manos un libro, *De Hominis Dignitate Oratio*, en el que su autor, Pico Della Mirándola, realza la nobleza y virtudes del ser humano.

- Así pues, ¿no estáis en contra de aceptar nuevos dogmas? – preguntó sorprendido ante mi respuesta.

- Si contienen lo esencial de mis creencias no. Pienso que Dios ha dotado a todas sus criaturas de inteligencia propia y comparto la idea de que el hombre puede hallar por sí mismo el camino de su salvación.

- Al contrario que otros tenéis pensamiento propio. Robert, quien imparte teología, no transige en ningún punto; algún día, si disponéis de tiempo libre, me gustaría que me participarais de vuestros pensamientos.

Aquél muchacho me recordaba mucho a mí. Le contesté que cuando tuviera ocasión así lo haríamos.

Ese día habría transcurrido como cualquier otro de no ser por que al acabar la traslación, Lafcadio no me pidió que la copiase como todos los días sino que antes de la hora sexta pidió a un monje que avisara al abad.

- Thomas – me dijo mientras tanto – me parece que ninguno de nosotros estamos preparados para conocer éste testimonio.

- ¿Por qué decís eso?.

- Espera Thomas, toma asiento y espera – contestó con aire abatido.

Preocupado obedecí hasta que llegó junto con Teobaldo y el archivero. Entonces Lafcadio les pidió que escucharan lo que tenía escrito.

Yo era el hermano pequeño del padre de María, la madre de Jesús y aunque no fue su único hijo sí era el más especial. Él me acompañó en muchos de mis viajes a Cornualles y Somerset aunque también viajó a otros lugares; estuvo estudiando varios años en la India y vivió en Egipto donde fue iniciado en la antigua sabiduría de los grandes faraones. A propósito de la gente que le seguía y del tratamiento que le asignaban como líder decía: “No os he transmitido mi mensaje para que construyáis una religión que rivalice con la judía, la hebrea o con otras. Mis enseñanzas son válidas para todos los pueblos porque la verdad es sólo una”. Y a continuación explicaba: “La Casa de mi Padre tiene muchas moradas. La Verdad es una pero hay muchos caminos de hallarla. Nuestro Dios no ha concedido la razón ni el entendimiento a una única religión ni ha privilegiado a una sola raza. ¿Acaso Siddharta Gautama, apodado el Sabio y fundador del budismo no tenía razón al afirmar que con la renuncia de uno mismo se aniquila el deseo y el apego a los bienes materiales, modo éste de superar la ignorancia e ir más allá de las ataduras mundanas?. El profeta Zoroastro sostenía que los seres humanos tienen que elegir entre el Bien y el Mal pues a su muerte serán juzgados y quienes sigan a la Verdad habitarán el Paraíso y asimismo el maestro Confucio proclamaba: “No hagas a otros lo que no quieras que te hagan a ti mismo”. Como veis todas ellas contienen una parte de la Verdad que no debe ser menospreciada.

La voz grave de Lafcadio dio paso a un pesado silencio. Perplejo por lo que acababa de escuchar observé al abad; su rostro se había vuelto pétreo y no mostraba ninguna expresión.

Lafcadio mantenía la vista fija en la tablilla. Incómodo, me removí en el asiento. Fuera, las gotas de lluvia golpeaban con fuerza los ventanales como dedos invisibles.

- ¿Sois conscientes de la gravedad de la situación? – se levantó furioso Teobaldo - . Tales aseveraciones hacen tambalear los cimientos del cristianismo. Afirmando que nuestra Señora, la Madre de Jesús, tuvo más hijos pone en entredicho la paternidad divina de Jesús y regala un excelente argumento a los blasfemos arrianitas; que José de Arimatea fuera indirectamente tío de Jesús o no, eso no afecta nuestras creencias pero sí las destruye el hecho de negar abiertamente que Jesús fundara la religión cristiana.

- Hermano Lafcadio – dijo por fin el abad - ¿estáis seguro de que habéis traducido correctamente el texto? – preguntó y su voz denotaba cansancio.

- Juzgadme severamente si lo consideráis inverosímil pero eso es lo que está escrito. Me hago cargo, mi señor – dijo ignorando por completo a Teobaldo – de las terribles consecuencias que pueden desencadenar éstas palabras. Que yo vea, sólo existen dos hipótesis en las que podemos movernos.

- Os escucho – dijo cruzando las manos sobre el hábito.

Y mientras que una tormenta descargaba sobre Glastonbury fui testigo mudo de aquella particular disquisición.

- Primero – comenzó Lafcadio - puede que el manuscrito sea una falsificación. Con esto quiero decir que alguien lo hubiera escrito en nombre de José de Arimatea con la intención de perjudicar a los seguidores del Maestro contando tales blasfemias para fomentar la duda y la consecuente destrucción del cristianismo.

- Pero olvidáis que las enseñanzas coinciden con las que recoge la Biblia que fue escrita posteriormente como sabéis - rebatió Richard Whiting – y que sólo alguien muy allegado a Jesús podía conocer. Además todos los datos que proporciona, que yo sepa, son correctos .

- Vuestra excelencia está en lo cierto. Y eso nos lleva a contemplar la segunda alternativa: que aún habiendo sido escrito por él hubiera cambiado algunos hechos por alguna razón desconocida.

- Eso es aún más disparatado si cabe – rechazó Teobaldo con aire luctuoso -. ¿Qué extraño motivo podría haber existido?. José se había convertido en uno de los discípulos más entregados después de que descendiera sobre él el espíritu de Pentecostés.

_ Eso según nos cuenta la Biblia _ apuntó Lafcadio.

Fue el abad quien expresó nuestro común pensamiento.

- Sólo nos quedaría aceptarlo como auténtico pero eso sería como negar al propio Cristo. Debe haber una explicación que escapa a nuestro razonamiento y tarde o temprano llegaremos a ella. Ahora más que nunca os conmino a que os apresuréis en finalizarlo.

El abad Richard parecía haber envejecido de repente; antes de salir me pidió que copiara la tablilla y se la entregara inmediato. Tras hacerlo se apresuró a guardarla bajo llave junto con sus documentos más importantes.

Cuando salieron Lafcadio se reclinó en el sillón y dejó escapar un suspiro. Fui yo quién rompió el silencio:

- ¿Qué opináis de todo esto?, ¿creéis verdaderamente en la autenticidad del manuscrito?.

- Muy a mi pesar, Thomas, temo que sí. Y sólo Dios sabe que otras revelaciones nos aguardan –. Contemplé su rostro; por primera vez vi la mirada de Lafcadio velada por la duda. Y tuve la certeza de que sentía miedo.

Acabamos el día tristemente; Lafcadio apenas pronunció palabra, absorto en sus pensamientos. Un sentimiento inquietante se cernía sobre nosotros, los conocedores del secreto de José; yo era el menos afectado pero Lafcadio, que había crecido arropado por aquellos dogmas y convicciones veía cómo de la noche a la mañana se derrumbaban sus fundamentos.

Setenta y dos horas después de abandonar Roma el rostro de Paolo aparecía en las noticias de todas las cadenas de televisión del país denunciando su desaparición. Tal como el cardenal D'Angelo contó a la policía, su sobrino, un estudiante de teología sumido en una profunda depresión, había abandonado la residencia sin que se supiera nada más de él. El joven estaba siguiendo un tratamiento y se temía que empeorara.

Poco después una azafata del aeropuerto Leonardo Da Vinci comunicó la policía que, hacía algunos días, ella misma había vendido un pasaje de avión a Paolo. El cardenal D'Angelo habló con ella personalmente y así supo que había comprado un billete con destino a Israel.

D'Angelo estaba sorprendido; al fin y al cabo él había sido como un padre para el muchacho, le había dado todo lo que necesitaba e incluso a lo largo de aquellos años le había tomado cariño. ¿Qué había pasado por la mente del muchacho para abandonarlo todo, las personas que quería y el único hogar que había conocido y marcharse a Israel?.

NOSCE TE IPSUM

Alumbrado por la luz de los candelabros, pues era temprano y el cielo plúmbeo no permitía pasar la claridad, Lafcadio trabajaba en un nuevo fragmento. Concentrado en las letras me pidió que asistiera por él al oficio puesto que, de momento, no me iba a necesitar. Como aún era temprano ayudé al monje encargado del cuidado de la iglesia a reponer las velas. Philibert Myers, el caballero peregrino oraba en silencio. Después de hacer una genuflexión ante el altar mayor se encaminó hacia las reliquias contemplándolas con deleite.

- ¿Mejora vuestro brazo? – le pregunté.

- Esta continua humedad no es buena para los huesos – respondió alegremente.

Animado por su carácter abierto di rienda suelta a mi curiosidad.

- Vos, que habéis visitado los principales centros de peregrinaje, decidme ¿qué reliquia es la que más os ha impresionado?.

- He de deciros que cada iglesia o monasterio se precia de tener su particular tesoro; en Alemania contemplé el Santo Manto de Tréveris, el manto sin costuras de nuestro Señor, en Colonia un clavo de la cruz, en Roma su prepucio aunque os advierto que a lo largo de mi camino he tropezado con sus dientes de leche que suman decenas y clavos de la cruz hay suficientes como para haber crucificado a cien hombres.

Yo asentí con una sonrisa en el rostro.

- Lo que demuestra – continuó diciendo – que las tradiciones ejercen una poderosa atracción en el hombre. A pesar de todo, yo mismo no escapo de ellas y dentro de unos días pienso peregrinar al santuario de París para ver el madero donde fue crucificado.

Finalizado el oficio los monjes tenían unos minutos para pasear y meditar y yo utilizaba ese tiempo para poner en orden mis pensamientos.

El claustro románico presentaba temas vegetales y simbólicos; ningún capitel era igual a otro y las tallas no mostraban la característica rigidez sino que parecían estar a punto de cobrar movimiento en cualquier instante. Me encontraba tan ensimismado que no me di cuenta de que el clérigo Teobaldo Berthelot estaba tras de mí.

- Thomas, ¿dónde se encuentra maese Lafcadio?.

- A éstas horas debe continuar trabajando en el officium – repliqué con desgana.

-¿ Y qué creéis que opina finalmente de todo éste asunto? _ preguntó en tono perentorio.

- Ya lo escuchasteis vos mismo; al igual que el abad aún no se ha formado ningún juicio al respecto. Su eminencia el cardenal os ha encargado una elaborada tarea – continué harto de que el clérigo siempre llevara las riendas de la conversación a sabiendas de mi descarada falta de educación –, se nota que confía en vos.

Teobaldo mostró sus dientes pequeños y bien alineados en un asomo de sonrisa.

- En efecto – contestó –, puesto que hasta ahora nunca le he fallado y os aseguro que seguirá siendo así –. Hizo una breve pausa concentrándose tras mi interrupción –. Así pues os sentiréis privilegiado de poder conocer algo que en otras circunstancias jamás hubierais tenido acceso, ¿no es verdad? _ continuó retomando el tema.

Consciente de su poder tenía que medir mis palabras; con un simple sugerencia al cardenal Thomas Wolsey podía hacer que nuestro monasterio desapareciera de Winchester.

_ Me siento orgulloso de servir de utilidad a mi maestro, al abad de Glastonbury y por supuesto a vos.

- Aunque ya os lo hayan advertido antes os recuerdo que no debe salir ni una sola palabra de vuestra boca.

En aquellos momentos tuve la impresión de que, súbitamente, todos tomaban conciencia de la gravedad del asunto. Respiré hondo reprimiendo un odio interior que pugnaba por contestarle una grosería al abotagado clérigo y con una leve inclinación de cabeza me alejé de él.

Aquella tarde los habituales asistentes escucharon los detalles de los viajes realizados por José y el resto de los discípulos al interior de Inglaterra predicando la palabra de Dios y cuando Lafcadio finalizó, el prelado emitió un suspiro de alivio; no había habido ninguna desagradable sorpresa.

Antes de vísperas tuve un encuentro inesperado: encontré al viejo Arnulphus husmeando en los alrededores de la iglesia.

- ¿Buscáis algo en particular, hermano? - le espeté.

- No, pero vos deberías hacerlo _ me respondió como si tal cosa.

- ¿A qué os referís?.

- Aquí hay muchas verdades ocultas; id a la cripta del templo normando y podréis contemplar otro de los secretos de Glastonbury.

Aún con el agravante de ser consciente confieso que mi curiosidad supera en mucho a mi prudencia, defecto que a lo largo de la vida me ha reportado no pocos problemas aunque también ha sido la causa de insospechados descubrimientos.

Los artesanos ya habían cubierto cuatro ventanas y estaban encaramados en una plataforma colocando el armazón para la quinta vidriera. Tomé un cirio y me encaminé hacia el principio de la escalera.

De todos los lugares de la iglesia la cripta es el más impresionante pues ella sostiene todo el edificio; sus espacios abovedados son el sosegado refugio de ascetas, seres ilustres y santos que reposan en elaborados sarcófagos de piedra o en simples nichos de superficie gastada que el tiempo se encarga de preservar alejándolos de la mano de los hombres. Al contrario de las esbeltas y graciosas columnas que se elevan hacia el techo de la iglesia, mostrando sus capiteles de ricos ornamentos y ostentando de su elegancia, los pilares que sostienen las criptas son anchos, enormes y toscos pues su fin no es otro que el de soportar y repartirse todo el peso del edificio.

Quien traspasa la entrada de una cripta notará un soplo en el rostro, un hálito de vida que no se sabe de dónde procede pero que lo recibe advirtiéndole de que se encuentra en los dominios del silencio; esas cámaras subterráneas, pasadizos secretos horadados en el interior de la tierra transportan la corriente de los siglos y el aliento de los muertos.

Tales son mis pensamientos ahora al recordar mi intrusión en la cripta. Recorrí aquellos espacios abovedados acompañado por el eco de mis pasos y por el fulgor de la vela que parecía que iba a ser engullida por aquella oscuridad. Mis manos se posaron sobre la fría piedra y me deleité con la maestría del tallado de los sepulcros.

Pero no todo era oscuridad; advertí un parpadeo de luz al final de un corredor y temí no estar solo. Me acerqué sigilosamente ocultando la vela con mi mano. Y de repente la vi; en el ángulo de una de las galerías subterráneas, sobre una tosca columna reposaba una pequeña estatua de piedra. Representaba el busto desnudo de una mujer con la piel pintada de rojo y llevaba la cabeza cubierta por un velo negro; estaba sentada sobre un trono con un cetro y una corona y rodeada de un halo de estrellas. El zócalo mostraba la siguiente inscripción: *"A la reina María de Migdal, esposa de Jesús, la mujer que conoce el Todo, portadora del Grial"*. A los pies de la estatuilla ardía una lamparilla.

Mi desconcierto no tenía límites: en la cripta se rendía culto a una imagen profana y no a la madre de Jesucristo.

Desanduve el camino y me apresuré a subir las escaleras. Amparado por las sombras que ocultaban los contornos del templo salí al exterior sin que nadie me viera. Justo a tiempo. Las campanas anunciaron vísperas y los artesanos se apresuraron a abandonar sus instrumentos de trabajo y cerraron las dobles puertas con llave.

Corrí hacia la iglesia y ocupé mi sitio. El tiempo transcurrió lento hasta que terminamos y pude hablar con Lafcadio.

_ Pero Thomas, ¿cómo puedes hacer caso de lo que te dice un loco? – me reprendió suavemente. Pero cuando comencé a contarle lo que había visto su actitud cambió y me pidió que la describiera exactamente.

_ Nunca antes había contemplado una imagen semejante _ finalicé tras su descripción.

_ ¡Una virgen negra!. Creí que su culto había desaparecido – exclamó.

- Así es, magíster. Y eso no es todo; está consagrada a la reina María de Migdal , esposa de Jesús y no a la madre de nuestro Señor. Tiene a sus pies una lamparilla que arde constantemente. ¿Por qué el abad no nos habrá mencionado algo tan excepcional?.

_ ¿María de Migdal?, ¿la imagen está dedicada a María Magdalena?.

_ ¿A María Magdalena decís?.

_ María de Migdal es María la de Magdala, la prostituta de los Evangelios, de la que fueron expulsados los siete demonios de su cuerpo, según narra san Lucas.

_ ¿Y por qué en ésta abadía se la santifica y adora, suplantando la figura de la Madre de Dios?.

_ No sé, Thomas, pero el viejo Arnulphus parece tener razón; los secretos de Glastonbury son más de uno.

Aquella noche cayó una nevada sobre Glastonbury y a la mañana siguiente, por primera vez desde nuestra llegada, el sol brilló sobre la abadía.

Me apresuraba al officium ya que Lafcadio se había adelantado con el abad pero no entré; mi mano se quedó inmóvil en el puño de la puerta sorprendido de oírlos hablar acaloradamente y cuando, tras recibir su permiso pasé, ambos callaron.

El aeropuerto internacional Ben Gurión se encuentra a unos cincuenta kilómetros de Jerusalén. Paolo se enfrentó a la incesante marea humana que discurría por los pasillos y tomó uno de los taxis que aguardaban a la entrada. Para él era su primer vuelo a tierra santa y a pesar de todo se sintió fascinado. No había dudado ni tuvo ningún remordimiento al abandonar el Colegio Apostólico; el recuerdo del cardenal que durante toda su vida había representado el papel de tío únicamente le suscitaba ira. Con la mochila que contenía parte de su ropa y efectos personales se había dirigido al aeropuerto y aquella misma tarde cogió un vuelo para Israel. Ese lugar, se dijo a sí mismo, sería el único en el mundo en donde podría aclarar sus ideas.

La emoción que sentía se vio acrecentada conforme iban aproximándose a la antigua ciudad de Jerusalén. Pasaron cerca de Jericó y el taxista le señaló los asentamientos de colonos situados en las cimas de las colinas; a lo lejos comenzaban a perfilarse los primeros barrios de la ciudad. Habían sido cuarenta minutos de viaje por la autopista y una vez en Jerusalén le pidió al taxista que le aconsejase un hotel.

- Hay hoteles muy buenos a las afueras: el Seven Arches en el Monte de los Olivos ofrece una vista espléndida.

- No me importa que sea modesto, lo que me interesa es que esté dentro del casco antiguo.

- Entonces conozco uno que le agradará.

Como toda la ciudad antigua es peatonal el taxista le dio las señas del hotel indicándole la dirección y recordándole que podía llamarle por teléfono si requería sus servicios.

El hotel Hashimi se encontraba situado a unos 20 metros de la VII estación de la Vía Dolorosa y a unos 200 metros del Santo Sepulcro. Aunque barato, el hotel ofrecía las mínimas comodidades; la habitación no disponía de televisión ni teléfono, cosa que Paolo agradeció en su deseo de desconectarse del exterior. Las sábanas y la manta se encontraban dobladas sobre la cama pero tuvo que pedir por dos veces una toalla para poder darse una ducha. El taxista que se lo había aconsejado se tomó muy en serio aquello de que no le importaba que fuese sencillo.

Después de refrescarse se dispuso a dar su primer paseo para hacerse una idea aproximada de lo que le rodeaba.

Eran las siete de la tarde y había una actividad frenética. Las calles eran muy estrechas, algunas casi se podían abarcar extendiendo los brazos, y la mayor parte

cubiertas por los toldos de las tiendas que ofrecían todo tipo de mercancías: pan recién horneado, carne de cordero y ternera, especias, ropa y souvenir.

Le llamó la atención un tractor muy pequeño con remolque que iba recogiendo la basura. A su paso tuvo que refugiarse en un establecimiento para deleite del vendedor que le abrumó con la exhibición de sus productos.

Tomando un punto de referencia, las estaciones VII y VIII, buscó su continuación hasta el Santo Sepulcro aunque poco después se detuvo desorientado por las callejuelas. Preguntó a un hombre que, afortunadamente, hablaba algo de inglés, el cual se ofreció a acompañarle hasta la iglesia. El griego, llamado Nicola, le comentó que era odontólogo y que trabajaba cerca de allí. Se despidió de él frente al Santo Sepulcro agradeciéndole su amabilidad. A estas horas ya no se permitía la entrada aunque sin saberlo iba a asistir a un curioso espectáculo: los policías israelíes que guardan la entrada al sepulcro sacan una escalera de la iglesia y un hombre asciende por ella con un manojo de llaves; cierra con siete llaves la cerradura de la puerta del Santo Sepulcro que el mismo volverá a abrir mañana por la mañana. Según le explican es un *Nuseibah*, un miembro de las antiguas familias árabes conquistadoras. Extraña paradoja _ pensó _ que las distintas confesiones cristianas no se pongan de acuerdo en algo tan simple como la custodia de las llaves de su Iglesia. Acabado el ritual la gente se dispersó y Paolo decidió regresar al hotel pues hasta ese momento no fue consciente de lo cansado que estaba.

Después de cenar Paolo permaneció en la cafetería deleitándose con la vista nocturna de la ciudad en la que destacaba la cúpula dorada e iluminada de la Mezquita de Omán. Por unos instantes cerró los ojos y se abandonó en aquél ambiente casi mágico.

Los comerciantes han cerrado sus tiendas. Ya ha anochecido. La ciudad se va quedando desierta poco a poco. Sólo unas cuantas personas recorren presurosas las calles. Paolo respira casi con ansiedad el aire de esa ciudad desconocida captando el aroma a especias de una casa próxima, escuchando el rumor de voces lejanas. Con inquietante serenidad se dice a sí mismo que no añora su antigua vida. No la añora en absoluto porque nunca antes había vivido.

El canto del muecín lo despertó a las seis y media. Hacía poco que había amanecido. Se dio una ducha y aguardó hasta la hora del desayuno. Mientras tanto se

dedicó a planear los próximos días; lo único que tenía claro es que quería conocer y recorrer todos los lugares por donde había estado Jesús; esta era una manera de sentirse un poco más cerca de El y quizás poder hallar, en algún sentido, un poco de paz consigo mismo.

A las siete y media la ciudad ya había despertado; Paolo entró en una panadería y compró una especie de rollo relleno de canela y miel. Caliente y recién hecho lo reconfortó.

Había decidido dejar el recorrido de la Vía Dolorosa para la tarde ya que la tenía situada cerca del hotel así que, teniendo en cuenta la hora temprana y el ambiente fresco, aprovecharía la mañana para pasear más allá de las murallas y disfrutar del paisaje.

Tras adquirir un plano de la ciudad se dirigió, ésta vez totalmente orientado, hacia la Puerta Dorada que le llevaría a extramuros.

Eran las ocho de la mañana cuando el taxista le dejó en uno de los miradores más espectaculares: el Monte de los Olivos. Desde allí se dominaba un paisaje muy especial: a sus pies se extendía el cementerio judío con tumbas que databan de tiempos inmemoriales y más allá, dentro de las murallas, la vieja ciudad. Consultando la guía leyó que en la ladera del monte donde ahora se hallaba la Dominus Flevit, una iglesia franciscana, ocupaba el lugar donde Jesús lloró por Jerusalén antes de entrar triunfalmente en ella.

Paolo sacó la Biblia que llevaba en la mochila y buscó hasta que leyó en voz alta: *“Así que estuvo cerca, al ver la ciudad, lloró sobre ella diciendo: ¡Si al menos en éste día conocieras lo que hace a la paz tuya!. Pero ahora está oculto a tus ojos. Porque días vendrán sobre ti y te rodearán de trincheras tus enemigos, y te cercarán, y te estrecharán por todas partes, y te abatirán al suelo a ti y a los hijos que tienes dentro, y no dejarán en ti piedra sobre piedra por no haber conocido el tiempo de tu visitación”.*

Paolo imaginó durante unos segundos la escena; aquella sentencia pronunciada supuestamente dos mil años antes le produjo un escalofrío.

Siguió el camino hacia el norte donde podría hallar el lugar donde Jesús ascendió a los cielos. Aquello tampoco era como había imaginado; allí se alzaba la Capilla de la Ascensión, hoy día convertida en una mezquita. Decepcionado, continuó el recorrido.

Volvió sobre sus pasos y ascendió hacia la Dominus Flevit; en la iglesia en forma de lágrima simbolizando su llanto eran notables unos ventanales que miraban a la ciudad y parte de un suelo de origen bizantino pero no había nada más que llamara la atención.

La mañana transcurrió en un suspiro y cuando el sol comenzó a apretar regresó a la ciudad. Aún había tenido tiempo de visitar la Tumba de Absalon y la Tumba de Zacarías, ambas apostadas a lo largo del arroyo del Cedrón y llegar hasta la Fuente de Guijón en donde había recobrado fuerzas para regresar al mirador. Como aún eran un poco menos de las doce decidió visitar el templo de Herodes el Grande, protagonista según san Mateo de la degollación de los inocentes, o al menos, lo que el hombre había dejado de él. De nuevo las calles atestadas. En la explanada de la mezquita un policía armado le impidió el paso; era viernes, día sagrado para los musulmanes, los cuales se dirigían en masa hacia al-Aqsa o Mezquita de la Roca para orar. Mañana lo intentaría de nuevo, se dijo a sí mismo. Siguió avanzando hasta el muro occidental, comúnmente conocido como Muro de las Lamentaciones. En su camino se cruzó con decenas de judíos ortodoxos, familias enteras, vestidos con sus levitas, algunos con sombreros y las características patillas con tirabuzones, que se encaminaban a cumplir su obligación. A ésta misma hora, los muecines de las mezquitas se pusieron de acuerdo para llamar a la oración. De nuevo, control de la policía y militares israelitas quienes registraban especialmente a los árabes; a él le hicieron un cacheo de arriba a abajo inspeccionando también la mochila; tras unos minutos al fin pudo penetrar al patio que se extiende junto al muro.

Se aproximó y observó hipnotizado el movimiento oscilante de los fieles que oraban; vestidos de negro y cubriéndose la coronilla con el peculiar sombrero, la kipá, en señal de respeto a Dios, algunos se golpeaban suavemente la cabeza contra la piedra. Alguien cerca de él comentó que lo hacían para no quedarse dormidos. Las mujeres también oraban frente al muro pero separadas de los hombres por una pequeña valla de piedra.

Una joven rezaba fuera del recinto sin parar de llorar lo cuál le hizo sentir una extremada tristeza. Fascinado abrió su mochila y extrajo la cámara de vídeo; apenas se la había acercado a los ojos cuando escuchó un torrente de palabras incomprensibles y recibió un fuerte empujón que lo arrojó al suelo. Aún sin comprender lo que pasaba vio atónito como aquél judío arrojaba la cámara varios metros por el suelo y se encaró con él. Paolo creyó que le iba a golpear.

Fue un hombre quien separó al acalorado judío y con gestos que le indicaban que se calmase lo alejó de él. Aún se dirigió a Paolo dirigiéndole improperios antes de volver junto al muro.

Uno de los turistas que se habían congregado en torno a él le devolvió la cámara. Paolo quiso mostrar su agradecimiento al hombre que le había defendido; era un religioso puesto que vestía hábito gris.

- Gracias por su ayuda – le dijo Paolo en ingles tendiéndole una mano.

El hombre la apretó y sonrió.

- Se encuentra en un lugar sacrosanto para los judíos y hoy es el shabat, el día de descanso sagrado para ellos. En general y especialmente en una de sus festividades les resulta ofensivo que la gente saque fotos o incluso tome notas - le respondió en el mismo idioma.

Paolo tomó conciencia de que estaba enrojeciendo.

- Vaya, no tenía ni idea.

El hombre agitó la mano en el aire restándole importancia.

- ¿Cuántos días lleva en la ciudad? – le preguntó.

- Llegué ayer por la tarde.

- Oh, bien. Pronto se acostumbrará al tumulto, al odio contenido entre unos y otros y por supuesto, a la grandeza de ésta ciudad. Tengo que dejarle. ¿Hacia dónde se dirige?.

- Creo que he tenido bastante ésta mañana. ¿Puede aconsejarme algún sitio donde comer cerca de la Vía Dolorosa?.

- Acompañeme. Voy de camino.

Mientras se alejaban del muro el religioso le preguntó si estaba de visita turística. En ese caso, le dijo, debería leer algo sobre las costumbres e historia de la ciudad para comprender Jerusalén.

- La atracción que ejerce sobre el visitante radica en la variedad de religiones que acoge. Para los musulmanes es sagrada pues creen que Mahoma ascendió a los cielos en el lugar donde posteriormente construyeron una mezquita. Ésta mezquita está dentro de la explanada del antiguo Templo de Herodes donde se halla el Muro de las Lamentaciones, lugar de suma importancia para los judíos pues simboliza su tierra natal y la grandeza de su pueblo. Para los cristianos también es una ciudad sacrosanta pues en ella vivió, predicó y murió Jesús.

Avanzaban por el Wad, la calle paralela al Muro.

- Es difícil que entre tantas culturas y religiones pueda haber una convivencia pacífica – comentó Paolo observando a los militares judíos.

- Usted mismo acaba de tener un ejemplo – y continuó –. El odio es palpable entre los árabes y los israelitas y la que convivencia a la que usted se refiere es muy difícil entre ellos. Cuando el rey Hussein tomó la ciudad en 1.948 prohibió a los judíos acceder al Muro, su lugar más sagrado. En 1.967 los judíos reconquistaron la ciudad y

expulsaron a 400 familias que vivían cerca, ocupando el barrio judío de nuevo. Quizá desconozca que la ciudad antigua está dividida en cuatro barrios: el musulmán, el cristiano, el judío y el armenio y como le digo, las hostilidades entre ellos están a la orden del día. A propósito, ¿dónde se encuentra usted hospedado?.

- En el hotel Hashimi. Me lo aconsejó un taxista aunque debido al tiempo que permaneceré en la ciudad tendré que buscar algo un poco más confortable.

- En ese caso yo puedo ayudarle. Los franciscanos regentamos Casa Nova, una hospedería de peregrinos al este de la ciudad. Está en el interior de las murallas, cerca de la Puerta Nueva y nuestro precio es módico y el servicio muy aceptable.

- Eso sería perfecto. ¿Cuál es la dirección exacta?.

Paolo apuntó las señas en su cuaderno y le agradeció su amabilidad.

- Supongo que aún no habrá tenido tiempo de visitar las Estaciones – comentó alzando la cabeza. Enfilaban la Vía Dolorosa con el consiguiente bullicio.

- Aún no – respondió Paolo.

- Nosotros realizamos una procesión que tiene lugar todos los viernes a las tres de la tarde y a la que acuden peregrinos cargando con una cruz. Es muy popular entre los turistas. No obstante le aconsejo que escoja un día tranquilo de la semana, a primera hora si puede ser, para recorrer la Basílica del Sepulcro tranquilamente. Hoy le resultará imposible.

Se paró ante la puerta de un restaurante llamado Papa Andrea, muy cerca del Santo Sepulcro y allí se despidieron.

- Probablemente mañana por la mañana me traslade a Casa Nova – le dijo.

- En eso quedamos pues.

- Gracias por todo – dijo estrechándole de nuevo la mano.

_ No ha sido nada – respondió -. Ah, cuando llegue a Casa Nova pregunte por mí, soy el padre Ridolfo Baglioni. Allí me encontrará.

O PATER OMNIPOTENS, O LESU BONE

El abad se levantó y avanzó pesadamente hacia la puerta y cuando pasó por mi lado me percaté de las gotas de sudor en su rostro. La mantuvo abierta y se giró hacia nosotros:

- Proseguid, magíster. Debemos llegar hasta el final, sea cual sea el resultado.
- ¿Más desafortunadas averiguaciones? – pregunté cuando se hubo marchado.
- Peor que eso, Thomas – admitió con desagrado – esto parece haber sido escrito por un apóstata. Escucha:

Sus palabras acerca de Dios, Su Padre, fueron éstas: “Dios no es el soberano severo que disfruta con hallar a sus hijos en el error y castigarlos, ni arroja plagas, enfermedades o desgracias sobre los hombres para hacerles pagar por sus pecados. Dios es el ser Supremo y Todopoderoso que ama a todos y a cada uno de sus hijos por igual y que siempre está dispuesto a perdonar”.

Muchos se empeñaron en proclamar Su muerte en la cruz; así era más sencillo de entenderlo para ellos: el esperado Mesías que por un acto de sacrificio se ofrenda a sí mismo para redimir el pecado de los hombres y obtener la salvación de la humanidad. Mientras tanto él se despedía de sus amigos y continuaba su camino en solitario a la búsqueda del Padre.

“Soy consciente de que ansiáis conocer a Dios nuestro Padre tal como yo lo conozco. Sabed una cosa: Dios es incognoscible incluso para mí. No puede ser revelado al hombre como tal pues Él escapa a las leyes del razonamiento. Él es el que no se puede nombrar porque no tiene nombre, el que es Todo, pero no es sólo Todo sino más que Todo. Con Él Todo empieza pero nada acaba. Aún así hay formas de acercarse a Él; aunque nunca pueda ser conocido en vuestras mentes si os puede ser revelado en vuestros corazones y cumpliendo su Voluntad Dios habita en cada uno de vosotros.”

- No veo nada escandaloso en ello – sentenció ante la insistente mirada de Lafcadio.

- Pero muchacho – dijo hablándome como un padre lo haría con su hijo descarriado – ¿no te das cuenta de que en estos escritos se están negando todos y cada uno de los principios y fundamentos de la doctrina cristiana?.

- Vos ya conocéis lo que pienso sobre la ira divina y el infierno; es la mejor arma que la iglesia tiene para controlar a su rebaño -. Y seguidamente le recordé cómo los canónigos amenazaban a los pobres incultos y se aprovechaban de ellos, obligándoles a entregarles parte de su comida y trabajo a cambio de orar por ellos y evitar que fueran consumidos en las llamas eternas.

Lafcadio asintió.

- Sí, sí, Thomas, pero esto es distinto. Estamos hablando de algo supuestamente escrito por un santo.

- Y el abad, ¿qué opina de todo esto?.

- Ya lo has oído tú mismo. Quiere llegar hasta el final.

- Pero la cuestión es: ¿sería conveniente?.

- ¿Qué quieres decir?.

- Pues que si él estará dispuesto a aceptar y dar por válido lo que aquí se dice aún yendo en contra del cristianismo.

Lafcadio contempló por unos instantes la nieve inmaculada y resplandeciente y como atisbando su propio destino me respondió:

- Lo único de lo que estoy seguro, Thomas, es de que esto no nos traerá nada bueno.

Ahora, cuando recuerdo su cuerpo mortalmente herido sobre una calle de París me doy cuenta de lo ciertas que eran sus palabras. La vida de un hombre es su mayor tesoro y, sin embargo, puede ser arrebatada en cuestión de segundos, sin el menor escrúpulo por las personas más ruines y miserables. No me avergüenza confesar que siento miedo de la muerte

y que a lo largo de mi vida he actuado de forma inconveniente por temor a ésta. Ah, me olvidaba. También me alegré de la muerte de aquellos de los que no pude vengarme en su día, pero ¿qué me podéis reprochar?. Si el hombre fuera un ser perfecto no estaría habitando éste mundo.

A media mañana, Alcuino de York y yo conversábamos apaciblemente paseando por el claustro de la escuela que a esas horas estaba parcialmente soleado. Como contaba con largas horas sin ningún asunto en particular con las que ocuparlas, mas que transcribir los fragmentos que me dictaba Lafcadio había comenzado a cultivar amistad con aquél joven en el que me veía reflejado y cuya vida me hubiese gustado llevar de no haberme convertido en un monje.

Intercambiábamos ideas sobre filosofía y ciencia, sobre el estado de la Iglesia y de las invasiones que amenazaban a Inglaterra y también descubrí que era un apasionado estudioso de la alquimia.

En aquellos días como ahora, la ciencia alquímica estaba mal vista y quién la ejercitaba era considerado un mago y podía acabar en la hoguera acusado de practicar magia negra y ritos diabólicos. Por eso nosotros, los hacedores de la Gran Obra, nos mantenemos ocultos en las sombras pues la crueldad del hombre es infinita y no encuentra mayor deleite que en destruir el conocimiento humano, legado de Dios.

- Así pues, ¿creéis que el Vellocino de Oro es una fábula que aparece velada como un trabajo hermético para llevar a cabo la obtención de la Piedra Filosofal? – me interpelaba con vivo interés Alcuino.

- Después de conocer todos y cada uno de los símbolos se descubre su significado inicial, hábilmente escondido de los ojos ignorantes. Para eso tenéis que estudiar y comparar y aflorará el conocimiento al exterior. Nada más os puedo decir, pues ya sabéis que el emprendimiento y desarrollo de la obra debe ser realizado por uno mismo.

Alcuino asintió con la cabeza.

- Cambiando de cuestión – continuó con aquella expresión risueña típica en él –, se rumorea que el abad está muy disgustado con el asunto del pergamino. ¿Es cierto?

Emití un profundo suspiro y se lo confirmé -. Así es. Tanto el señor abad como mi maestro están muy apesadumbrados pues parece ser que no han hallado las respuestas que anhelaban.

- ¿Acaso esperaban conocer el paradero de algunos de los objetos que han hecho famosa Glastonbury? – preguntó el estudiante con sorna.

- Ya sabéis que no me está permitido hablar sobre esto – contesté con expresión afectada.

- ¡Pero si todo el mundo lo hace! – protestó -. El caballero Philibert Myers afirma que el descubrimiento traerá increíbles consecuencias y yo me he apostado diez monedas a que ni siquiera nos enteraremos de lo que contiene. Vamos, hermano Thomas. ¡Decidme si voy por buen camino!.

Yo me encogí de hombros y me levanté.

- Ya veremos. De momento, yo que vosotros iría preparando el dinero.

Volví junto a Lafcadio pero antes hice una breve parada; el abad Richard paseaba por los jardines cogido del brazo del clérigo Teobaldo Berthelot, aprovechando unos breves instantes de calma y parecían mantener una interesante conversación. No pude evitar pararme disimuladamente tras una columna y escuchar sus voces.

- ¿Qué os puedo decir?. Más vale que jamás lo hubiéramos encontrado pues nos ahorraríamos muchos quebraderos de cabeza – se quejaba el abad.

- Pero, ¿estáis absolutamente seguro de su autenticidad? – preguntaba Teobaldo.

- De eso no hay ninguna duda – replicó tristemente.

- Y ese tal Lafcadio de Leinster...

Al escuchar aquél nombre mi corazón se aceleró y agudicé aún más el oído.

_ ...puede que se lo esté inventando todo. Como él sabe, no hay manera de comprobarlo.

El abad levantó la mano en tono de protesta.

- No, no es justo que queráis culparle. Él es un erudito maestro de novicios de un pequeño monasterio de Winchester y no tiene motivo alguno para cometer semejante barbarie.

Teobaldo se encogió de hombros y desde aquella distancia percibí su aspecto ridículo; la barriga comprimida contra el hábito negro, el cuello del hábito perdido entre los pliegues de su obesidad y aquellos ojos saltones que no miraban a los de su interlocutor sino que danzaban de un lado a otro excitados por la conversación.

- Así pues sólo dejáis camino para una afirmación: que verdaderamente todo aquello que está escrito es cierto.

Richard Whiting se paró y lo miró fijamente a los ojos.

- Ambos sabemos que eso es herejía.

El clérigo ya había previsto aquella contestación.

_ Entonces – replicó con astucia – tendréis que aseguraos de que jamás sea divulgado.

Aquella conversación, palabra por palabra, se la transcribí momentos después a mi magíster.

- El abad se enfrenta a una terrible decisión. O hace partícipes a todos del mensaje con inesperadas consecuencias o actúa como si nada hubiese ocurrido.

- Pero entonces estará ocultando hechos y enseñanzas que forman parte de la verdadera doctrina de Jesús.

Lafcadio se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

- Esperemos a saber cuál es su decisión.

Aquél día no fue desvelado ningún hecho trascendental y el abad se apresuró a guardar el documento deseando, en su fuero interno, que aquél desvarío terminara cuanto antes.

- ¿No te parece paradójico, Thomas?. Nosotros, dos humildes monjes de un pequeño monasterio somos elegidos por el destino para conocer las verdaderas y polémicas enseñanzas de Jesús.

- ¿Por el destino, magíster? – repetí en tono burlón.

- Me niego a creer que haya sido Dios quién nos ha guiado hasta aquí. ¿Por qué querría Él enfrentarnos ante semejante adversidad?.

– Quizás sea para probar nuestra fe. ¿No creéis?.

- Puede ser. Aún así desearía que esta situación nunca hubiese existido – aseguró.

- ¿Preferiríais entonces haberos mantenido en la ignorancia desconociendo hechos y enseñanzas fundamentales y poniendo vuestra fe en otras que bien pueden haber sido mera invención del hombre?.

La pregunta quedó sin contestar. El abad apareció con un gesto de alarma en su rostro.

- ¡Por el amor de Dios! – bramó manifestando una fuerza que no parecía poseer –. ¡Han desaparecido todos los escritos!.

- ¿Qué decís? – murmuró Lafcadio.

Yo mismo no pude reprimir una maldición.

- Como oís. La cerradura del escritorio está intacta pero en el interior no han dejado ni una sola traducción; sin embargo no falta ninguno de los documentos que guardo de la abadía. Quién quiera que haya sido sólo le interesaban las traducciones.

Lafcadio se puso en pie.

- ¿Os importaría, señor, mostrarnos la cerradura ?.

En la terraza situada en la tercera planta del restaurante Paolo ocupó una mesa bajo la sombra y comió con apetito una ensalada, patatas fritas y shwarma, una especie de kebab de cordero servido en pan de pita mientras se deleitaba con la impresionante panorámica que se veía desde allí.

Tras tomarse un café turco aún se quedó unos minutos gozando del sol y de la vista hasta que decidió irse. Estaba a punto de comenzar el Vía Crucis.

Un laberinto de callejuelas a cuál más estrecha. Es la Vía Dolorosa y aquí se sitúa el

inicio de la Pasión de Jesús. Siguiendo su curso hacia la fortaleza Antoniana van sucediéndose todas las estaciones; en algunas se ubica una iglesia, en otras, únicamente una señal en una puerta o un cartel indican la estación. Paolo, caminando detrás de la procesión cristiana encabezada por los franciscanos, como otros tantos cientos de devotos, lo observaba y grababa todo con su cámara, pero ésta vez con precaución. A la altura de la VI estación se cruzó con un grupo de españoles haciendo el Vía Crucis; tres mujeres portaban una cruz, en medio de un éxtasis colectivo. Cerrando el conjunto, un grupo de mujeres enjoyadas hacían el papel de figurantes. Judíos ortodoxos llevando a sus hijos de la mano se dirigían de nuevo al Muro maldiciendo entre dientes a los cristianos que ocupaban la calle y que no les permitían avanzar. Se percató de que un judío se cubría el rostro, movimiento que imitaron sus hijos para no salir en la grabación. Paolo se acercó y les pidió disculpas en inglés, diciéndoles que no pretendía molestarlos. Obtuvo una mirada de rencor por respuesta.

Casa Nova, situada entre la Puerta de Jaffa y la Puerta Nueva, se distingue a distancia por la elevada aguja que corona el campanario de su iglesia. La hospedería, un viejo edificio con más de cien años de antigüedad cuenta con un espléndido jardín interior.

Paolo se acercó al mostrador y preguntó por el hermano Ridolfo. Este apareció al cabo de unos minutos.

- Me alegro de volver a verle – dijo tendiéndole la mano.

Por ciento cincuenta shekel Paolo consiguió una espaciosa habitación doble, austera como correspondía al complejo franciscano y limpia.

Baglioni le mostró la terraza desde donde se dominaba una amplia vista de la ciudad, en donde las torres de las iglesias se mezclaban con los minaretes y cúpulas

de las mezquitas; el ambiente nebuloso envolvía los contornos de los edificios y los sonidos de la ciudad llegaban amortiguados por la distancia.

Después de comentarle que había estado en el Vía Crucis la tarde anterior Paolo le pidió que le recomendara qué hacer esa mañana.

- Puedes visitar la Basílica del Santo Sepulcro aunque si te esperas a ésta tarde tendré mucho gusto en enseñártela yo mismo.

Paolo le expresó su deseo de que le acompañara y decidió seguir las sugerencias del religioso, quién le comentó que a esas horas de la mañana era idónea la visita a la explanada de las mezquitas en donde podría contemplar, entre otras cosas, una huella del pie de Jesús.

Siguiendo sus explicaciones tomó la bocacalle de *Tarik el Wadi* que le llevó directamente a una de las puertas de acceso y tras pagar en taquilla accedió a donde una vez estuvo erigido el legendario Templo de Salomón. Según su guía explicativa los árabes lo denominan *El Haram el cherif*, el noble santuario y entendió por qué. El sol arrancaba destellos iridiscentes a la grandiosa cúpula dorada que se asentaba sobre un octógono, diseño tan original como místico y el tono monocromático de la cúpula de oro se animaba con el vivo colorido de los azulejos de sus muros. Era conocida como la Cúpula de la Roca por albergar la roca en donde el profeta Mahoma rezó y ascendió a los cielos y en donde, anteriormente Isaías iba a celebrar por mandato de su dios el sacrificio. En el interior Paolo se acercó a un guía que estaba dando explicaciones a los turistas en inglés. Alguien preguntó si al recinto podían acceder los judíos.

- Después de muchos siglos de estar bajo dominio musulmán, tras la Guerra de los Seis Días, la explanada del templo pasó de nuevo a sus manos pero los ultra ortodoxos consiguieron que se les prohibiera la entrada.

- ¿A ellos mismos?.

_ Así es. Para un judío es un sacrilegio pisar el santasantórum, el lugar más sagrado de su templo y como desconocen su antigua ubicación simplemente no pueden entrar en él para no profanarlo. Éste es el motivo de su lamento en el exterior del muro hasta que se cumpla su máximo anhelo: la reconstrucción del templo con la llegada del Mesías que entrará por la Puerta Dorada.

Paolo dio un respingo al escuchar éstas palabras y el vello se le erizó. Había sido la mención de un nuevo Mesías lo que le había hecho estremecerse y salió allí sin más ganas de escuchar explicaciones.

El Aqsa, la principal mezquita de la ciudad es el lugar donde se reúnen los musulmanes a rezar multitudinariamente el viernes, el día sagrado. Al fondo de la mezquita se encuentra la huella del pie izquierdo de Jesús que Paolo contempló con

escaso interés. No se encontraba con humor para soportar a los turistas que habían invadido el recinto y optó por pasear por las calles del casco antiguo.

Baglioni se había acostumbrado pronto a caminar entre el tumulto de las calles, algunas tan estrechas que había que abrirse paso a codazos. A Paolo le era más difícil rechazar a los vendedores que le abordaban con sus productos en la mano, rosarios, crucifijos y hasta coronas de espino.

- ¿Cuánto tiempo lleva viviendo en Jerusalén? – le preguntó.

- Apenas hace tres semanas aunque he de confesar que mi traslado no ha sido por iniciativa propia.

- ¿Su orden le ha destinado aquí?

- No ha sido el superior de mi orden sino un cardenal. Trabajo como ayudante de confianza del hombre encargado de los Archivos Vaticanos y mi retiro aquí es solamente temporal, por un asunto de seguridad _ finalizó dándole a entender que no podía hablar del tema.

¿Cómo es posible ésta coincidencia?, pensó desconcertado costándole aparentar indiferencia.

- Me alegro de que me hayan enviado aquí; desde mi juventud era uno de mis sueños volver a pisar Jerusalén.

Según le contó se estaba adaptando sin excesivo esfuerzo a la vida monástica de los franciscanos de san Salvador y pasaba la mayor parte del tiempo ocupado en la hospedería. Era una vida sencilla pero plena a la vez pues le permitía estar en contacto directo con gente a la que podía echar una mano.

Cuando llegaron a la Vía Dolorosa ésta estaba tomada como de costumbre por turistas, vendedores de artículos para turistas y en menor proporción por los cristianos de la ciudad.

La Basílica del Santo Sepulcro se halla dentro del recinto amurallado en el barrio cristiano y el edificio es el resultado de distintas construcciones y restauraciones llevadas a cabo a lo largo del tiempo. El acceso al templo se efectúa por el patio vigilado por tres soldados israelitas con las metralletas montadas y conduce a la puerta principal. Al acceder al interior, lo primero en lo que uno se fija es en el caos mal disimulado que se apodera de ella; las reformas llevadas a cabo por las distintas iglesias que se reparten el control de la basílica, la católica, la ortodoxa griega, la armonía, la copta, la etiópica y la siria, son las culpables.

Nada más entrar le llamó la atención una lápida rosada rectangular frente a la cuál la gente se arrodillaba y besaba.

- Es la Piedra de la Unción y constituye la XIII estación – repuso monseñor –. Indica el lugar donde fue embalsamado el cuerpo de Jesús tras la crucifixión, claro está, según la tradición. La piedra en sí data de 1.850.

- Entonces, ¿por qué la veneran como auténtica? – preguntó.

_ Para nosotros es como si lo fuera pues si no fue ésta misma piedra lo fue otra. Si te das cuenta todo se reduce a una cuestión de fe.

Baglioni le hizo una seña para que le siguiera por unas angostas escaleras situadas a la derecha y que desembocaban en dos capillas ricamente ornamentadas.

- Acabas de realizar el ascenso al calvario – manifestó recobrando el aliento -. La gente imagina un lugar al aire libre pero todo está bajo techo, muy cerca un sitio de otro.

Él, como muchos otros visitantes tenía una idea errónea del calvario.

Ésta capilla – comentó introduciéndose en la de la derecha – es la cristiana. Aquí se encuentra la décima estación, el despojo de las vestiduras.

Paolo asintió decepcionado.

En la otra capilla, la ortodoxa, la gente hacía cola; se arrodillaba y avanzaba hacia el altar, introduciendo la mano en un agujero para tocar la piedra donde supuestamente estuvo clavada la cruz.

- No es como te imaginabas, ¿verdad?.

- Es cierto que me ha defraudado un poco – admitió. – Se contuvo para no decirle del todo -. Siempre he imaginado el calvario como algo parecido a una colina, no una iglesia cubierta de capillas.

Baglioni ya se esperaba esa respuesta. Sin saber que Paolo ya conocía la historia comenzó a explicarle: _ Según la tradición, en el siglo II después de Cristo los romanos levantaron un templo a su diosa Venus en el lugar donde supuestamente fue enterrado Jesús. Posteriormente el Obispo de Jerusalén pidió al emperador de Roma Constantino el Grande, el cuál se había convertido al cristianismo, que devolviera a los cristianos el lugar sagrado donde una vez se halló el sepulcro de nuestro Señor. El emperador envió a su madre Elena la cual y siempre te estoy hablando según la tradición, localizó el punto exacto donde fue crucificado.

El lugar del Santo Sepulcro se halla bajo la Rotonda, un monumento romano circular, adosado de columnas y con una gran bóveda. Para acceder a él hay que pasar por una abertura que muestra la estrecha cámara cubierta por una losa de

mármol rosa. Uno de los sacerdotes ortodoxos, encargados de custodiar el lugar, vigilaba la fila de personas que pretendía acceder;

Paolo sólo tuvo unos segundos para observarlo y cuando lo hizo no sintió ninguna emoción: en ninguno de estos lugares llegaba a establecer semejanza alguna con los descritos en la Biblia.

Fuera de allí se encontró con más capillas: la del Ángel y otra perteneciente a los coptos.

- El Templo del Señor separado por distintas creencias – murmuró para sí mismo.

En la parte posterior del sepulcro monseñor le condujo hacia una puerta estrecha, apuntalada de maderos; dentro de la sala abovedada una pequeña abertura en la piedra conduce a una tumba, el sepulcro de José de Arimatea.

Paolo se asomó al interior. Arrodillado ante la tumba se encontraba un monje copto.

- Éste es nuestro lugar sagrado – le espetó malhumorado.

Salió y le quitó unas velas al Sepulcro poniéndolas en la tumba.

- Somos los cristianos pobres, no lo entiendes... - murmuró.

Continuó mostrándole las diferentes capillas aunque Paolo únicamente se interesó por la del Hallazgo de la Santa Cruz. Ésta se hallaba en un nivel inferior aunque se parecía mucho a las otras.

- En éste lugar, supuestamente, santa Elena halló tres cruces, la de Jesús y las de los dos ladrones. Para averiguar cuál era la de Jesús tomó a un niño muerto ese día y el niño volvió a la vida con la que fue considerada la verdadera.

- ¿Qué fue de ella?.

Baglioni resopló.

- Acabó dividida en varios fragmentos.

Casi era hora de cerrar y todo el mundo iba abandonando la iglesia. Mientras Baglioni hablaba con un fraile, pudo disfrutar de unos minutos de recogimiento. Fue entonces cuando fue totalmente consciente del montaje que las distintas tradiciones habían levantado en torno a la figura de Jesús. Reflexionó sobre las miles de personas de todas las religiones que habían dado su vida defendiendo los Santos Lugares, de forma tan inútil y estéril. En aquellos instantes sintió rabia e impotencia de ver que en nombre de Dios, Alá o Yahvé se había asesinado y cometido toda clase de barbaries. Ahora, tal como antes, Jerusalén se había transformado en una cueva de ladrones. Con éste sentimiento de tristeza abandonó junto al fraile la decepcionante iglesia del Santo Sepulcro.

- En su opinión, ¿qué posibilidades hay de que Jesucristo fuera realmente crucificado y enterrado allí? – le preguntó cuando estuvieron fuera.

- Lo que me planteas es difícil de contestar. Como cristiano respeto y venero éste lugar sagrado como tal; como creyente me hago algunas preguntas. ¿Es posible que en tiempos de Jesús la segunda muralla rodeara lo que ahora es el Santo Sepulcro?. Tal vez. En ese caso no es probable que éste sea el lugar pues los enterramientos debían situarse fuera de la ciudad. ¿Puede ser que ésta muralla siguiera un trazado mucho más pequeño y quedara fuera de los límites de la primitiva ciudad?. También es posible. Lo que sí puedo decirte es que dadas las veces que Jerusalén fue arrasada hablar sobre ello sólo es especular a menos que se haga un nuevo descubrimiento.

MEMENTO MORTIS

Las habitaciones privadas del abad se extendían sobre una planta. El dormitorio era una habitación de techo abovedado cuyas finas nervaduras se unían en el centro; una pesada cama, el arcón, una palangana para asearse y una mesa al pie del ventanal completaban los muebles del dormitorio. El frío era combatido por el fuego que ardía en la gran chimenea. A la otra sala, más grande que la primera, se accedía a través de un arco de medio punto; los asientos adosados a los muros poseían mullidos almohadones y una escribanía sobre una alfombra cubría parte de la habitación. El reclinatorio frente a un crucifijo ocupaba una de las esquinas. El suelo de ambas salas estaba cubierto con madera de roble para aislarlo del frío y de la humedad.

Richard Whiting se dirigió a un anaquel de madera ricamente labrado apartado en un rincón y nos mostró el interior: contenía varios legajos y pergaminos.

- Ved la cerradura – señaló – ni una raya o signo que muestre haber sido forzada.

_ ¿Cuántas llaves del armario hay?.

- Dos; yo siempre llevo una conmigo y el prior posee la otra.

- Puede que él los haya cogido por algún motivo – señalé.

_ Antes me hubiera consultado – corroboró -. Aún así, le preguntaremos.

Huginus, el prior se encontraba en la sala capitular y no pudo reprimir su asombro ante

la noticia. Teobaldo, con la cara descompuesta era incapaz de articular palabra.

- Las llaves no han salido de mi hábito en ningún momento – contestó a su pregunta y sacó un manojo de llaves balanceándolas delante de su nariz.

- Esto es un verdadero misterio – declaró Lafcadio -. Quien quiera que sea es capaz de abrir sitios cerrados con llave y entra y sale sin ser visto.

- Y lo más grave – continuó el abad – es que ahora posee una información devastadora.

Huginus meneó la cabeza.

- Tenemos que hallarlos antes de que sea tarde.

- Si están en la abadía aún es posible dar con ellos – aseveré -. Vuestra excelencia debe registrar todos los rincones.

- Thomas tiene razón. No puede haberse esfumado. Debéis apresuraros antes de que nadie la abandone_. Reitero mi ofrecimiento de ayuda para cualquier cosa que necesitéis.

Richard Whiting movió la cabeza ensimismado en sus pensamientos.

_ La desaparición de las traducciones me pone en una situación muy comprometida, ya que debo sospechar de cualquiera que se encuentra aquí _ dijo con circunspección_. Sin embargo, mi condición como abad y los años que llevo ejerciendo como tal me obligan a despejar cualquier duda sobre mis monjes; los conozco a todos y cada uno de ellos y también sus defectos, sus puntos débiles y sus flaquezas y así me hallo en condiciones de afirmar que ninguno sería capaz de llevar a cabo éste acto abominable_. Hizo una pausa pensando las palabras que iba a pronunciar a continuación_. Ahora bien, hay personas ajenas a la abadía y que por distintos motivos se hallan aquí y en éste momento me veo obligado a dirigir mis sospechas hacia ellas. Aún así hablaré con la comunidad y mañana buscaremos los escritos cuando contemos con luz. Ahora sólo nos cabe esperar.

La llegada del nuevo día no desveló nada nuevo y después de laudes todos los monjes permanecieron en sus asientos. El abad se situó ante el altar; él, que era el ejemplo de la calma y del sosiego no pudo ocultar su turbación; con el rostro marcado por la preocupación explicó los últimos acontecimientos.

- Lo más triste de todo es que debido a que el robo se ha producido en mis estancias y dado que nadie procedente de fuera tiene acceso a éste espacio conventual, las circunstancias señalan a una persona de la comunidad como autora de la fechoría_. El abad los escrutó en el silencio; sus caras mostraban asombro y duda.

_ Confío en que esté equivocado; ahora bien, si alguno de vosotros desea hablar conmigo _ prosiguió _ estaré aguardando durante unos minutos en la sala capitular; de lo contrario registraré todo el monasterio de arriba abajo hasta dar con lo que busco.

Sus palabras fueron acogidas con un creciente murmullo y algunos monjes de mayor edad movían la cabeza en señal de disgusto.

Richard Whiting se fue a la sala capitular minutos rezando en su interior para que ninguno de sus monjes tuviera nada que decirle. Lafcadio y yo nos percatamos de que uno de ellos fue tras él e intercambiamos una mirada significativa.

_ No adelantemos acontecimientos -. Recomendó.

El abad acompañado de Teobaldo estaba a punto de abandonar la estancia cuando se tropezó con Bernard.

- ¿Podría hablar un instante con vos? – le preguntó mirando al clérigo con recelo-. Me gustaría contaros algo.

Bernard era uno de los monjes más eruditos de la abadía y las copias que realizaba de los libros verdaderas obras de arte.

- Me ha costado decidirme – comenzó a decir tras tomar asiento – puesto que no sé si será importante -. El monje jugueteó nerviosamente con el extremo de su

escapulario –. Veréis, mi señor abad, ayer, antes de víspera fui en busca del prior pues quería consultarle un tema relacionado con el scriptorium.

El abad asintió; Bernard se encargaba de supervisar las copias que debían hacerse de los libros más importantes.

- Como no lo encontraba por ningún sitio me encaminé a sus habitaciones y al llamar a la puerta tardó en abrir; cuando lo hizo percibí un olor inconfundible, el del pergamino quemado. Entonces no le di importancia pero ahora, tras escuchar vuestras palabras he sentido la necesidad de comunicároslo.

- Habéis hecho lo correcto.

- ¿Su excelencia se lo dirá?. Podría enfadarse conmigo.

- Puedes estar tranquilo, Bernard – le aseguró.

- Un simple malentendido _ se aprestó a decir:

El abad nos sacaba de dudas tras haber hablado con Bernard. Era cierto que el prior había estado quemando unos pergaminos, viejos registros que ya no le eran útiles pero en ningún caso se trataba de las traducciones.

- Sin ninguna necesidad ha insistido en mostrarme las cenizas – nos contaba – aunque temo que le haya sentado mal el hecho de mencionarlo.

_ Un detalle sin importancia, aunque vuestro monje ha mostrado su nobleza al comunicároslo.

- Así es – asintió complacido pero su rostro se tornó grave –. Debemos empezar la búsqueda ya mismo.

El prior, el mayordomo y el archivero bibliotecario fueron los designados para el registro. Buscaron en el scriptorium y al no hallar nada miraron en todas y cada una de las celdas de los monjes; el rastreo se extendió a las cocinas, bodegas y dispensario e incluso hasta los talleres, la escuela, la enfermería y la hospedería. Se respetaron las habitaciones de los invitados ya que ningún monje tenía acceso a éste espacio. Fue en vano. Ningún indicio que apuntara o señalara a alguien.

Mientras tanto, Lafcadio y yo acompañamos al prior a la hospedería dónde estuvo conversando con el monje que se encargaba de recibir y acomodar a los peregrinos y visitantes de la abadía. Los peregrinos entraban y salían diariamente pero era improbable que uno de ellos se hubiese enterado del hallazgo de un manuscrito y penetrara en el recinto abacial con el fin de robarlo. El prior le dio instrucciones de que se mantuviera atento y le comunicara cualquier actitud inusual que notara por parte de cualquier extraño.

Aquél día en la mesa del abad comimos rápida y silenciosamente a la espera de algún acontecimiento que cambiase la situación, y después, cada cuál retomó el trabajo.

Mientras aguardábamos en el officium le conté a Lafcadio los pensamientos que me rondaban.

_ Las sospechas se han centrado sobre la comunidad pero nadie excepto nosotros, escapa a ellas.

_ ¿Cómo se te ocurre eso ahora?.

_ Veréis, magíster, si lo pensáis os daréis cuenta de que cada uno de ellos tiene un motivo.

_ ¿Querrás explicarme eso?.

_ Por supuesto, escuchad: El abad Richard está conmocionado y desbordado, no me extrañaría que primero se deshiciera de las traducciones y después del manuscrito.

_ No olvides que a él le conviene llegar hasta el final. Para bien o para mal esto es sólo fama para la abadía.

_ Eso es cierto. ¿Pero qué me decís de Teobaldo Berthelot?. Él si que está furioso desde un principio y deseoso de suspender el trabajo; podría haber sobornado a cualquiera de los monjes para hacerse con las llaves.

_ En eso también estoy de acuerdo pero entonces, ¿por qué no acabar directamente con el manuscrito?.

En ese momento llegaron Teobaldo y el abad.

_ No hemos encontrado ningún vestigio de los escritos en todo el monasterio y tengo la más firme convicción de que la comunidad no tiene nada que ver.

Yo no lo veía así. Muchas cosas pueden ser escondidas bajo los hábitos y lo digo por experiencia recordando los mendrugos de pan que a menudo he hurtado de la cocinas.

Nadie dijo nada por unos instantes hasta que Teobaldo rompió el silencio.

_ ¿Cómo explicáis entonces lo que ha ocurrido? – inquirió no tan satisfecho de aquella conclusión.

_ El autor del robo de las traducciones no pertenece a ésta abadía sino que está en ella

de paso. No sé cómo entró en mis habitaciones y abrió el mueble pero gracias a vos, que con muy buen juicio os ofrecisteis a custodiar el manuscrito, sólo ha conseguido unas cuantas notas.

— ¿Qué piensa hacer su excelencia a partir de entonces?. No podéis dudar de todos los estudiantes, peregrinos, invitados y demás personas que se encuentran aquí — le dijo Lafcadio.

- No, no puedo pero nos aseguraremos de protegerlo doblemente.

He de interrumpir la escritura. Los ojos llorosos hacen que mi caligrafía sea imperfecta y mis dedos, atacados por la artritis se resiente con el esfuerzo; además, mi mente empieza a divagar con los recuerdos. Permitidme unos instantes que repose y os continuaré narrando ésta extraña historia.

Shannon Brighman llevaba cuatro meses en Jerusalén y ya había comprobado lo que le advirtieron: aquí en Jerusalén ninguna persona podía ser ajena a la religión. El hecho de vivir en aquella tumultuosa y contradictoria ciudad era debido a razones de trabajo. Era escritora y animada por el éxito de su última novela había abordado otro nuevo y fascinante proyecto, elaborar una biografía sobre el emperador Constantino. Para ella, escribir un libro era una tarea sumamente enriquecedora: los personajes cobraban vida propia y como resultado se veía escribiendo unas experiencias y situaciones que no eran las pensadas en un principio. Ahora había descubierto un nuevo placer: la novela histórica era fascinante; la hacía sumergirse en un mundo del que poco sabía y tras un exhaustivo estudio, conocerlo y amarlo como si fuera el suyo propio.

Al pie del Monte de los Olivos, frente al huerto de Getsemaní donde Jesús había orado y llorado en su desesperación, contemplando los olivos de gruesos troncos, Shannon Brighman estaba inmersa en sus pensamientos. De toda Jerusalén este era uno de sus lugares predilectos, tanto más porque Jesús probablemente una vez estuvo allí. Se fijó en un joven apoyado en la baranda que protegía los olivos y que contemplaba, tan abstraído como ella, el pequeño huerto que a pesar de haber sido talado y quemado en repetidas ocasiones, había llegado hasta nuestros días; se quedó observándolo pues su cara le era familiar. Un impulso le hizo entablar conversación quizá porque, como ella, aquél muchacho parecía sobrecogido en aquél lugar.

- Parece que el tiempo se hubiera detenido desde entonces.

Paolo volvió el rostro hacia quien hablaba; parecía estar pensando en voz alta.

- Es cierto – contestó él sonriendo –. *“Entonces vino Jesús con ellos a un lugar llamado Getsemaní y les dijo: Sentaos aquí mientras yo voy a orar “.* De no ser por la iglesia –, dijo volviendo la cabeza hacia el cercano Templo de la Agonía – que atestigua la posterior huella del hombre.

Ella le devolvió la sonrisa.

- Los antiguos lo conocían como *Gat Shemanim* que en hebreo significa lagar de aceite - añadió él continuando con la conversación.

- ¿Conoces la lengua hebrea? – preguntó sorprendida.

- Solo un poco; estudio historia antigua _ contestó inventándose la respuesta -. Me llamo Paolo y vengo de Italia; apenas llevo un par de días aquí aunque es un viaje que quería hacer desde hace mucho tiempo – respondió tendiéndole la mano.

Ella correspondió al saludo y se presentó sin mencionarle que se había fijado en él antes; le comentó que era irlandesa y llevaba cuatro meses en Jerusalén.

- ¿Te hospedas dentro de la ciudad antigua? _ preguntó ella.

- Así es, en la residencia de Casa Nova.

- Ah sí, la conozco. Me han hablado bien de ella.

- Echarás de menos tu lluvioso y frío país – comentó Paolo levantando la cabeza hacia el cielo azul.

- Bueno, no precisamente el clima – contestó sonriendo.

- ¿Y piensas quedarte durante mucho tiempo?.

Ella se encogió de hombros.

- Eso depende – y agregó –. Estoy realizando un trabajo de investigación sobre la figura de Constantino el Grande e inevitablemente tenía que venir aquí. Como sabrás el mundo cristiano y, en particular Jerusalén, cambió con él. ¡Vaya!, espero que no seas un católico acérrimo – comentó contemplando su expresión de sorpresa.

- No, en absoluto – respondió él dejando asomar una franca sonrisa -. Mi viaje también tiene mucho que ver con el cristianismo. Quiero conocer personalmente la ciudad donde se desarrolló la historia que marcó a la humanidad. En realidad, he venido hasta aquí en busca de algunas respuestas.

- Jerusalén es un lugar para hacerse preguntas más que para obtener respuestas. Te deseo suerte. ¿En qué estás interesado concretamente? _ preguntó ella continuando con la conversación .

Él suspiró antes de contestar -. En Jesucristo, nada mas y nada menos.

- Bueno, en mi opinión, eso no tiene mucho que ver con la religión cristiana.

- No entiendo lo que quieres decir. No puedes negar que el cristianismo no existiría sin Jesús.

- Eso no lo dudo. Lo que creo es que Jesús sí existió sin el cristianismo - Shannon sonrió al ver su cara de desconcierto -. Te doy la razón en el sentido de que a partir de la figura de Jesús se creo una religión.

- Yo no creo que fuera después de su existencia. Él, en persona y en vida fundó el cristianismo. Nunca nadie antes de Él había predicado esas doctrinas...

- Que no son, en absoluto las mismas en las que se basa el cristianismo hoy en día – ella miró su reloj -. De todas formas, si quieres podemos continuar en otro momento con la conversación. Hace tiempo que no tengo la oportunidad de hablar con alguien occidental.

Él se rió por el comentario.

- ¿Has visitado ya la Tumba del Jardín?.

- Aún no. ¿De qué tumba se trata?.

- Para muchas confesiones es el auténtico sepulcro de Jesús. Merece la pena conocerlo. Podemos quedar mañana, si te viene bien y te lo enseño.

- Te lo agradezco. La verdad es que aún me encuentro un poco fuera de lugar y me da la sensación de que hay muchas cosas más que ver aparte de los santos lugares.

- No te equivocas. ¿Paso a recogerte mañana a la diez en Casa Nova?.

Paolo aguardaba a las diez en punto en recepción. El lugar de la Tumba del Jardín está ubicado fuera de la ciudad antigua, al norte de las murallas, próximo a la Puerta de Damasco, así pues, fueron dando un paseo mientras le explicaba el incidente que había tenido a su llegada en el Muro.

La famosa tumba recibe ese nombre por el espléndido jardín que rodea la gruta y está considerada por la tradición protestante como el auténtico lugar donde fue enterrado Jesús. Avanzaron por el camino que conduce a la cueva y como el lugar es estrecho aguardaron a que saliera un grupo de turistas. Dentro, y separado por una verja de hierro, se podía observar un espacio reducido de techo bajo y paredes de piedra desnudas, tal como Paolo había imaginado que sería un sepulcro. Allí no había nada más que ver, tan sólo creer o no que fuera el verdadero lugar.

Salieron al exterior y visitaron el jardín que, en realidad, es una huerta; las excavaciones habían dejado al descubierto un lagar y una cisterna. Según le contó ella, la Tumba del Jardín había sido una mina de piedra y, más tarde, un vertedero. El espacio había estado cubierto de escombros hasta el siglo diecinueve. En mil ochocientos sesenta y siete el general inglés Gordon descubrió desde la muralla el asombroso parecido de la colina situada frente a la Puerta de Damasco con la forma de una calavera. De ahí su nombre más común, Calvario de Gordon.

- *“Le llevaron al lugar del Gólgota, que quiere decir lugar de la calavera...”*, recitó.

- Siempre tienes la cita adecuada.

- Estudié en un colegio católico y ya sabes... Hay algo que no entiendo: los cristianos sitúan el sepulcro y el calvario en las cercanías de la Basílica del Santo Sepulcro y los protestantes aquí. ¿Es que jamás se han hallado pruebas contundentes que indiquen el lugar con absoluta certeza?.

Ella negó con la cabeza señalando la colina.

- ¿Qué más pruebas quieres? – y continuó – Según la ley de los judíos los muertos tenían que ser enterrados fuera de las murallas de la ciudad. ¿Cómo explicarías entonces que enterraran a Jesús dentro de la Ciudad Antigua?

Como le había contado ya el padre Baglioni, esta deducción era absolutamente razonable si las murallas existentes en tiempos de Jesús hubieran estado emplazadas de modo similar a las actuales con lo que la Basílica del Santo Sepulcro quedaría dentro del recinto de la ciudad y, por tanto, quedaría descartada como lugar de enterramiento. Paolo cabeceó mostrándose conforme con ella.

- ¿Quieres comprobar lo que te he dicho?.

Abandonaron el jardín y salieron hacia la muralla y cuando llegaron arriba él no pudo evitar un estremecimiento. Si yo hubiera vivido en aquellos tiempos – le dijo – también le habría llamado el lugar de la calavera.

- ¿Compartes conmigo que este lugar es más probable como sepulcro de Jesús?.

- Para mí sí aunque nunca se pueda tener certeza sobre ello.

_ Y si hubiera algo que pudiera cambiar el concepto que muchos tienen de Jesús como, por ejemplo, la aparición de su cuerpo, ¿ piensas que estaría el hombre dispuesto a aceptarlo?.

Paolo se lo pensó dos veces antes de contestar: - No, porque nunca existiría una certeza absoluta.

- ¿Por qué aferrarnos a lo que nos ha contado una parte de la historia y dar de lado el resto simplemente porque difiere de otras creencias y tradiciones?.

- A ver, Shannon, ¿me estas planteando la cuestión de si Jesucristo resucitó realmente?.

- No exactamente. Te estoy proponiendo la idea de que no muriera en la cruz.

Habían ido a comer a un restaurante que ella conocía. Estaban tan entusiasmados compartiendo sus diferentes puntos de vista que el tiempo se les pasaba volando.

- Lo que más tarde la iglesia cristiana calificó de heréticas fueron en realidad conocimientos que provenían de los judíos ebionitas, es decir, los judíos pobres que veneraban a Jesús como profeta mortal.

- Estamos de acuerdo - contestó él – pero al igual que determinados grupos lo veneraban como un simple profeta otros, en cambio, lo consideraron como a un dios. ¿Cómo podemos nosotros en éste momento y dejando a un lado la fe, discernir cual fue su verdadera naturaleza?.

- Tenemos que dar por sentado que hablando de éste tema podemos hacer conjeturas y llegar a una conclusión pero nunca a una seguridad. Lo que sí puedo darte son datos que apoyan mi postura.

- Estoy deseando escucharte pero, ¿podemos pedir primero el postre?. Me parece que voy a necesitar algo dulce.

Pidieron té de loto y dulces y mientras lo degustaban Shannon comenzó con su disertación .

- Como ya te he dicho, no se puede responder con certeza a determinadas preguntas pues las respuestas no están escritas en ningún sitio ni hay un sólo testimonio veraz en el que apoyarse pero puedo compartir, si es que estás dispuesto a escucharme, las conclusiones a las que he llegado por mi cuenta.

Apenas cien años después de la supuesta muerte y crucifixión de Jesús, Basílides proclamaba que no había muerto en la cruz ya que en el último momento había sido sustituido por Simón de Cirene. La postura que defendía no hay que tomarla a la ligera ya que Basílides, históricamente hablando, estaba muy próximo a Jesús y conocía las diferentes crónicas de los hechos que habían llegado hasta los países más cercanos, Egipto entre ellos, que se había convertido en refugio de cristianos y judíos.

- Adivino tus pensamientos; ahora me vas a hablar de los manuscritos del mar muerto.

- No tan rápido. En 1.945 un campesino egipcio descubrió una vasija de arcilla que contenía trece códices; estos papiros son una colección de textos bíblicos de origen gnóstico que datan del 400 después de cristo conocidos como códices de Naj'Hamadi. Algunos originales datan de mucho antes y son mencionados, fíjate qué contradicción, por los primeros padres de la iglesia. Su inmenso valor radica en que este primitivo documento cristiano es de una veracidad única ya que se salvó de la censura de la iglesia de Roma. Todo esto te lo digo porque en uno de sus códices, el Segundo Tratado del Gran Set, es el propio Jesús quien relata que no murió en la cruz.

- ¿Cuáles son sus palabras exactas?.

- Viene a decir más o menos que su muerte fue real para ellos pero sólo motivada por su incomprensión y ceguera . Ésta teoría de que no murió en la cruz y de que Simón de Cirene tuvo mucho que ver fue recogida también en el Corán que hasta el siglo VII conservó éste pasaje. Así que, tenemos por un lado los evangelios tradiciones en los que se relata la muerte de Jesús y por otro documentos, de mayor valor histórico puesto que se libraron de la censura, que argumentan que su muerte fue

tan solo aparente. Dejando a un lado los perjuicios, ¿a cuales concederías mayor credibilidad?.

- Así como lo planteas...

- Piénsalo más detenidamente. No hay datos históricos que avalen su muerte en la cruz y posterior resurrección; nadie presencié aquellos hechos. Jesús permaneció solo unas pocas horas crucificado y murió seguidamente cuando en las mismas circunstancias algunos pasaban el suplicio de una lenta agonía que les duraba varios días. En su caso, hasta Pilatos se extrañó de la rapidez de su muerte. De la herida del costado fluye agua y sangre cuando, en realidad, si hubiera estado muerto la herida no sangraría. Después de convencer a Pilatos para que les entregue su cuerpo, sus amigos se lo llevan al sepulcro y allí le aplican un ungüento conocido en la antigüedad por sus propiedades curativas; en la India es llamado "el ungüento de Jesús o

del profeta" y el propio Avicena menciona que fue aplicado a las heridas de Jesús cuando lo bajaron de la cruz.

- Reconozco que es una hipótesis muy aceptable la que propones pero, ¿qué hay de su posterior resurrección, de todas las personas a las que se les apareció?.

- ¿Que se les apareció o que lo vieron como te estoy viendo yo a ti?.

Él no pudo evitar sonreír ante su agudeza.

- Es curioso plantearse la resurrección desde otro punto de vista que no sea el de Pablo. Fue su afán de convertir a Jesús en dios lo que le hizo malinterpretar la resurrección; él defendía la resurrección de la carne, no del espíritu como decía Jesús. Para Pablo los muertos volverían a la vida con su mismo cuerpo material. Para él sería lógico que Jesús moviera la piedra que tapaba la puerta para salir del sepulcro, que diera muestras de tener hambre e incluso que comiera con ellos. Para mí el concepto de resurrección está ligado al espíritu, libre de cualquier necesidad orgánica, en ningún caso al cuerpo físico. Además, es un hecho muy significativo que cuando se les apareció mostrara las heridas de la crucifixión. Entonces dime, si le hubieran degollado, ¿cómo crees que se les habría revelado?. Claro que mostraba las heridas; había reaparecido al tercer días para hacer cumplir las escrituras.

Shannon se había expresado con vehemencia pero a Paolo le costaba desprenderse de sus ideas.

_ Si niegas la muerte en la cruz y su posterior resurrección estás diciendo que su misión fue un fracaso ya que su sacrificio era para demostrar la existencia de una vida eterna tras la muerte.

- Pero ya te digo, el cristianismo es la única religión que cree que la persona resucitada vuelve a la vida con su mismo cuerpo. No se basa en la trasmigración de las almas sino en algo puramente físico, es decir, material y por ello mortal. ¿Tú crees que a eso se refería Jesús cuando dijo “mi reino no es de éste mundo?”. ¿No ves que esto, como todas sus enseñanzas han sido malinterpretadas?.

- No es fácil, hacer a un lado creencias afianzadas a lo largo de los siglos y aceptar otras corrientes de pensamiento relativamente nuevas...

- Son nuevas porque hasta hace poco la censura de la iglesia no había permitido que se sacaran a la luz puesto que su reacción ante cualquier descubrimiento es silenciar todo aquello que surja contrario a su dogma creado, inventado y sostenido a partir de Pablo.

Así siguieron conversando animadamente mientras Paolo disfrutaba de poder escuchar algo totalmente distinto a todo lo oído durante años; finalmente ella le invitó al día siguiente a pasarse por su apartamento y prestarle un par de libros que estaba segura no le dejarían indiferente.

CAVE CREDAS

Después de aquello fue volviendo poco a poco la normalidad aunque se respiraba una atmósfera de recelo. Frente a la obligada seriedad de la comunidad monástica me entregaba, cuando el trabajo me lo permitía, a mis estudios personales o a agradables conversaciones con el caballero de Flandes y con el joven estudiante Alcuino.

Siempre he amado la belleza y por eso a menudo visitaba la gran iglesia animado a la vez, con la secreta esperanza de tropezarme con la persona que velaba y adoraba a la virgen negra.

Una tarde, Lafcadio, después de atender su cita diaria con el abad y el inflamable Teobaldo, me pidió que le mostrara la imagen puesto que deseaba ver con sus propios ojos la inusual talla.

En el templo, las obras habían avanzado y ya se podían admirar tres hermosas vidrieras; san Dunstano, el abad fundador de Glastonbury se alzaba sobre la fachada norte, justo frente a la entrada, proclamando su supremacía sobre el resto. Había sido representado como un anciano de pelo y barba blancos, símbolo de nobleza y sabiduría, vestido con el hábito de los benedictinos y sujetando la nariz de una especie de diablillo con unas tenazas, plasmando así el sometimiento del mal a través del conocimiento de Dios.

A su derecha, la segunda vidriera mostraba Glastonbury tal como había sido en un principio: una isla emergente en medio de terrenos pantanosos. En el centro de ésta se distinguía la edificación circular de pilares y techado con cañas, lugar de reunión y primitiva iglesia de los apóstoles.

A la izquierda de san Dunstano figuraba el escudo de Glastonbury; sobre un fondo verde destacaba una cruz blanca que lo dividía en cuatro partes. En el cuarto superior izquierdo se hallaba una virgen con el Niño en brazos y en cada uno de los tres restantes espacios una corona de oro.

Conduje a Lafcadio por las escaleras y empujé la puerta; una oleada de frío cargado del olor a humedad nos dio la bienvenida. Avanzamos por la galería que se dividía en dos y escogiendo siempre el corredor de la izquierda vislumbramos la claridad. Mi maestro se quedó boquiabierto y acercó su rostro, tanto como pudo, a la imagen. La lámpara seguía ardiendo, arrojando su luz macilenta al rostro de aquella estatua que bien podía tener cientos de años.

Lafcadio leyó en voz alta la inscripción con el rostro arrebatado por la devoción.

- Mira Thomas. ¿Cuántas personas, hombres y mujeres, ancianos y niños, crees que se habrán arrodillado ante éste rostro tan perfecto, delicadamente velado que no hace sino resaltar su hermosura, para suplicar su gracia y compasión?.

Yo miré a Lafcadio que se hallaba embelesado ante la figura y, sinceramente, creí que exageraba. No era eso. Simplemente sus ojos estaban empapados del sentimiento que nacía en su corazón y se extendía por todo su ser viéndose fielmente expresado, tanto en sus palabras como en sus obras. Nunca conocí, porque creo que nunca existió, otro hombre no igual, sino parecido a él; alguien capaz de actuar según sus convicciones respetando al mismo tiempo a los demás y con aquella capacidad de sacrificio. El sacrificio siempre ha sido uno de mis mayores temores y causa de incompreensión hasta que vi lo que Lafcadio consiguió con exponer su persona. Sigo siendo un cobarde pero ahora tengo el convencimiento de que si algún día, Dios no lo permita, me veo en la necesidad de ofrendarme a cambio de la verdad, estad seguros de que no saldré corriendo. Os lo garantizo por la memoria de Lafcadio, que es el mayor juramento que me oiréis pronunciar.

Pero si bien Lafcadio vio una muestra del paraíso en la cripta yo lo vi en el patio de entrada de la abadía.

Bajo la luz invernal su cabellera despedía reflejos castaños y caobas y sus hermosos ojos, oscuros y profundos, se clavaron en los míos.

Junto a ella el hombre más poderoso de Inglaterra después del rey, el cardenal Thomas Wolsey.

Un sirviente lego se apresuró a conducirlos al interior mientras que nosotros nos quedamos allí parados, junto a sus caballos y su escolta.

- El eminentísimo cardenal Wolsey, ¿qué lo habrá traído hasta aquí? – murmuró Lafcadio.

- ¿Creéis que Teobaldo lo habrá avisado?.

- ¿Por el asunto del manuscrito? – se encogió de hombros -. Pronto lo sabremos.

Aquella hermosa joven que le acompañaba era, por increíble que resultara, su sobrina lady Barclays, que había pedido acompañar a su tío a visitar la renombrada abadía para ofrecer una plegaria por su próximo matrimonio en tan sagrado espacio. El cardenal estaba pletórico pues había acordado para ella una excelente unión con un aristócrata francés cuyo casamiento se celebraría en primavera.

Después de que todos los invitados hubieran besado su sello, en la mesa del abad se sirvió un gran banquete en honor de tan insigne invitado: ternera asada y sazonada con especias, salmón fresco cocido con vino y guarnición de verduras, pan

recién horneado y tartaletas de crema con mermelada de frutas, todo ello servido con el mejor vino de la abadía.

Thomas Wolsey era uno de los hombres más astutos que dirigía a la sombra Inglaterra y el más poderoso después del rey. Ostentaba los cargos de arzobispo de York, cardenal y ministro de Hacienda, además de haber sido ordenado obispo de Lincoln y nombrado legado papal. Se había hecho construir Hampton Court, un magnífico palacio a orillas del Támesis si bien se lo había ofrecido al monarca dos años atrás para continuar obteniendo el favor real.

¿Veis que rápido fue su ascenso?. Igual de precipitada fue su muerte cuando iba a ser juzgado por traición.

La conversación no tardó en surgir y el tema central fue, como no, el polémico manuscrito. Agucé el oído sin poder distinguir las palabras aunque Lafcadio, que compartía un lugar más cercano, me transmitió después la conversación.

- Teobaldo me ha alertado sobre éste delicado asunto – comenzó a decir el cardenal -. No hay que dejar que se propaguen rumores y esto me ha decidido a venir hasta aquí antes de retirarme unos días a los pabellones de invierno con su majestad. Ya sabéis que adora la caza – puntualizó -. Y bien, abad Richard, ¿podéis contarme que hay de cierto en toda ésta historia?.

El cardenal posó sus ojos de hinchadas bolsas sobre él; su rostro ampuloso mostraba una sobresaliente nariz, labios gruesos, barbilla redondeada y un cuello con papada. El abad titubeó.

- Sabéis elegir a vuestros colaboradores – dijo mirando a Teobaldo, que se mostraba tan hinchado y orgulloso como un pavo real -. Vuestro clérigo ha obrado con buen juicio al advertiros del cariz que ha tomado lo que en un principio asumimos como el testimonio de un santo.

- Entonces, ¿es cierto que ese texto es una herejía? – masculló con la boca llena de comida.

- En efecto, pero en medio de toda esta apostasía creo que podemos hallar algunas respuestas...

-¿Acaso le concedéis crédito alguno?. – La airada voz del cardenal apelaba al abad.

- En ningún modo, su excelencia. Pero quizás entre las divagaciones de un loco encontremos algún dato interesante. No debéis olvidar que Glastonbury fue refugio de algunos apóstoles de Jesucristo y el escenario del rey más poderoso de toda la historia.

- Arturo, por supuesto.

- Así es. ¿No cree vuestra eminencia conveniente rematar esta cuestión?. Siempre podría quedarnos la duda.

La pregunta quedó flotando en el aire.

- Si me permitís mi opinión – habló Teobaldo procurando disimular su enfado – considero innecesario seguir procediendo con esto. Ya que está claro su contenido sacrílego, ¿por qué motivo tendríamos que dar crédito a cualquier otra revelación, sea de la índole que sea?.

El cardenal meditó unos segundos la respuesta.

- Vuestras palabras están cargadas de razón – respondió llevándose la copa de plata a los labios. Sorbió un trago y se limpió con la mano. – Aún así, ya conocéis el proverbio griego: “El que nada duda nada sabe”. Finalizada la traducción.

Cargado de alivio más que otros, Lafcadio aplaudió interiormente la decisión del cardenal.

Durante el desarrollo de la cena y dado que estaba siguiendo cada movimiento con sumo interés, desde mi alejado puesto percibí los dulces ojos de su sobrina posándose durante unos instantes en mi y aquél único gesto bastó para perturbar todo mi ser. Nervioso, parpadeé y bajé los ojos al plato. Después, cuando sin poder evitarlo mi mirada advenediza volvió a espiarla, bebía delicadamente de su copa observando el refectorio. Supuse que debía sentirse extraña en aquella austera atmósfera.

Cuando finalizó el banquete el cardenal se apartó de los demás y se acercó a Lafcadio.

- Maestro Lafcadio, quisiera hablaros.

- ¿En qué puedo servirlos, excelencia?.

Comenzaron a caminar bajo las arcadas del claustro, seguidos de cerca por el abad, lady Barclays y Teobaldo mientras que yo aguardaba a mi preceptor junto al muro. El porte de Lafcadio discordaba con el del cardenal, mucho más grueso y envuelto en ricas vestiduras.

- Sois monje benedictino y uno de los votos que pronunciasteis es el de obediencia a la regla y, en resumen, a vuestro abad.

- Su excelencia está en lo cierto – convino ocultando el desagrado que le producía.

- Como responsable de la traducción, ¿qué opinión os merece?.

- Al principio – comenzó Lafcadio – ya os podéis imaginar nuestro entusiasmo, creíamos poseer las memorias excepcionales de uno de los discípulos de Jesús. Más tarde, cuando comencé a traducir todas aquellas injurias sobre nuestro Señor Jesucristo mi ilusión se esfumó; aquél que escribía era un viejo – los años debieron

volverle loco – cuyo último acto fue el de mancillar el nombre de Dios. Soy de la opinión del abad, cuando acabemos con esto no debemos concederle más importancia; hay que devolverlo al silencio, de donde nunca debió salir.

El cardenal Wolsey satisfecho ante aquella manifestación de elocuencia dio por concluida la conversación y retornó al corro de personas que le aguardaban. A la mañana siguiente el cardenal y su sobrina visitaron los lugares que le habían dado fama a Glastonbury y al cabo de dos días abandonaron la abadía.

El tiempo pasaba inexorablemente y cada día, Lafcadio continuaba desentrañando las palabras abandonadas por los años de José. La organización de los discípulos en Glastonbury para proclamar el mensaje, las misiones y los viajes ya no interesaban ni al abad ni a ninguno de nosotros. En cambio, cuando dedicaba una mirada al pasado y a las supuestas palabras de Jesús, en la sala se cernía un ominoso silencio.

Justo lo que estaba ocurriendo en aquellos momentos.

Shannon tenía alquilado un apartamento próximo al barrio armenio. Mientras buscaba los libros lo invitó a sentarse en un sofá lleno de almohadones. Él recorrió con la mirada la habitación cuya decoración denotaba el carácter de su dueña; por una parte revelaban la procedencia irlandesa de Shannon un escritorio de marcado estilo victoriano y un conjunto de pluma y tintero sobre la mesa de trabajo. La influencia oriental quedaba patente en un narguile, una mesita de taracea sobre la que descansaba una tetera y vasos y un sahumerio. El suelo estaba cubierto de alfombras.

Paolo señaló la mesa situada frente al balcón con un ordenador portátil, un cuaderno y varios libros.

- ¿Es tu lugar de trabajo?.

- Sí, y esos son mis instrumentos de tortura – replicó ella sonriendo -. Toma, los libros de los que te he hablado.

_ *Textos de las Pirámides y Manuscritos de Naj'Hammadi* _ dijo él.

_ No es fácil cambiar la perspectiva de las cosas y menos cuando las tenemos arraigadas durante mucho tiempo.

- Para ti sí lo parece.

- No te creas. Fui educada en un colegio de monjas pero después, cuando me hice adulta, comencé a dejar a un lado todo lo relacionado con la religión, o mejor dicho, con la iglesia -. Shannon hablaba animadamente. Desde que se había instalado en Jerusalén no había hecho muchas amistades, a excepción de algunas personas que no dejaban de ser meros conocidos, y echaba de menos a su íntimo amigo y confidente que había dejado en Dublín. Paolo la escuchaba desde el otro lado de la mesa pendiente de sus palabras.

- A mí me pasó al contrario, conforme fui creciendo mis inquietudes me llevaron a interesarme de un modo especial en la religión cristiana.

- Yo estaba desengañada; las religiosas me habían inculcado sus valores con entusiasmo pero ellas nunca pudieron darme la respuesta a muchas preguntas. Por eso comencé mi búsqueda por mi cuenta. Lo único que tenía claro era mi total y absoluta creencia en Dios.

- Eso ya es mucho para una adolescente.

- Es cierto, ahora me doy cuenta de que sí. Comencé a leer libros de todo tipo, de teosofía, gnósticos, de la nueva era. Éstos últimos captaron mi atención. ¿De qué te ríes?.

- Es curioso. A mí nunca se me ha ocurrido ojear un libro de esos, no por nada en especial, sino porque los considero, o mejor dicho, los consideraba un manual de

magia para principiantes, ya me entiendes, con todo eso de proyecciones y pensamientos creativos.

- No hombre, no todos son así. Yo me enganché de tal modo que rechazaba todo lo que no estuviera relacionado con el tema pero llegó un momento en que yo misma me di cuenta de que vivía en otro mundo; un mundo demasiado tranquilo y perfecto en el que dejaba pasar sólo lo que yo quería y ver sólo lo que me convenía. Una persona muy especial me hizo ver que no todo es leer; fue ella la que me animó a mirar desde otro ángulo y a conocer otras opiniones.

- Es una persona muy sabia.

- Él me hizo ver que hay otros puntos de vista dignos de respeto. Después de esto, todo lo que caía en mis manos relacionado con la religión o filosofía lo devoraba. Comencé a interesarme por la meditación, la filosofía sufí o la zen, el Islam y la filosofía budista. De todas ellas he sacado cosas muy buenas. Con respecto al cristianismo he intentado separar lo bueno de lo malo que tiene. En fin, para que me entiendas te diré que actualmente no desecho ninguna religión o filosofía porque después de mucho leer me he dado cuenta que todas contienen una parte de verdad , un punto en común que no las hace para nada despreciables.

- Por lo que me dices, parece que tu búsqueda te está llevando por buen camino, al contrario de lo que me ocurre a mí; ahora mismo me siento bastante confuso y perdido y también desengañado. En muchos aspectos me doy cuenta de que las cosas no son como deberían ser.

- ¿Es por eso que has venido aquí?.

- Así es y ¿sabes qué?. Me asusta lo que veo. Existe el odio, la rivalidad, la lucha hasta en lo más insignificante. Han transformado lo más sagrado del hombre, su comunión con dios, en un instrumento de poder.

- Tienes razón. Aquí se puede ver todos los días.

_ Bueno, Shannon, gracias por el té. En cuanto termine de leerlos te los devuelvo.

_ No tengas ninguna prisa y para cualquier cosa, ya sabes donde estoy.

Al día siguiente el padre Baglioni lo había invitado a que lo acompañara al gran bazar pues tenía que hacer unas compras y supuso que le gustaría conocerlo. A él le conmovía aquella mezcla de inocencia y madurez que había descubierto en Paolo desde el primer día que lo conoció y desde su llegada a Casa Nova compartían agradables ratos de conversación ; se sentía cómodo con él y expresaba sus dudas y

pensamientos con tanta franqueza como respeto, hecho que lo convertía en una de las pocas personas sinceras con las que tenía el gusto de tratar.

El tema era siempre el mismo: Jesús. Para Paolo era primordial averiguar lo que era o no cierto; sin embargo, a él le bastaba con su fe. *¿Qué importancia tiene si fue enterrado en un sitio o en otro?*, decía a propósito del sepulcro. *Lo que interesa es que sabemos que resucitó después de la muerte mostrándonos el camino de la vida eterna y con eso a mí me sobra.*

Eran poco más de las siete y media cuando ambos se encontraron en la puerta del monasterio. El cielo estaba nublado y se respiraba una frescura que el padre Baglioni agradecía.

- Si nos damos prisa tendremos las compras hechas antes de que sea invadido por la multitud. A media mañana es imposible caminar.

Penetraron por la Puerta de Jaffa por donde se accede a los barrios judío y armenio y mientras paseaban, lo que Paolo le planteó era algo mucho más trascendental que la ubicación de una tumba: la autenticidad de los evangelios.

El padre Ridolfo le contó lo que él sabía acerca de eso:

- Conocemos la vida de Jesús gracias a los documentos que han llegado hasta nuestros días supuestamente escritos por personas allegadas a Él aunque siempre estará abierta la polémica de quienes fueron realmente los autores. De todos los escritos que hacen referencia en el Concilio de Nicea fueron seleccionados en el siglo IV aquellos verdaderos de los que no lo eran mediante métodos muy particulares y, sin duda, irrisibles en nuestros días.

_ ¿Como por ejemplo? – preguntó aunque ya sabía la respuesta.

- Uno de ellos fue poner los textos en un altar; cayeron al suelo los apócrifos mientras que los verdaderos quedaron sobre él. Sí, ya sé... – contestó antes de que protestara.

- Entonces todos los demás fueron declarados falsos por la iglesia aunque pudieran contener gran parte de verdad.

- E incluso preceptos y palabras de Jesús – añadió monseñor -. En ocasiones la Iglesia debería agachar la cabeza pero eso supondría duda y la duda no tiene cabida en la institución más poderosa del mundo -. Ahora no se dirigía a él sino que su mirada estaba absorta en un punto más lejano.

- Volviendo a la pregunta que le he hecho, padre. ¿Son fiables los evangelios como la palabra de Jesús?.

- Si eres un hombre que busca respuestas te puedo dar un consejo y es que ahondes en otros caminos. Al contrario que se ha dicho no todos los caminos

conducen a Roma pero sí te aseguro que todos los caminos conducen a un único Dios.

Paolo se quedó sin palabras. ¿Acaso no le estaba diciendo este hombre, un cura elevado a la categoría de monseñor por el Papa, que no se fiara del libro sagrado que la iglesia tenía como Palabra de Dios?.

El mercado oriental comenzaba en la calle principal frente a ellos y se extendía a lo largo de tres estrechas callejuelas cubiertas y a Paolo le pareció que se había trasladado a otra época. En cada una de las calles se encuentran el zoco o *suq* de los carniceros, de las especias o del algodón. Las tiendas habían abierto sus puertas unas junto a otras y exhibían con ostentación sus productos. Pasaron de largo por las tiendas de carne en las que las cabezas de cordero colgaban unas junto a otras sin ninguna consideración y se adentraron en el mercado de las especias que sobre los mostradores formaban verdaderas montañas aromáticas; pimienta molida o en grano, comino, jengibre en raíz o triturado, azafrán o pimentón, semillas de sésamo, canela, guindilla, clavo, nuez moscada, eneldo, cilantro, anís, mostaza y otras muchas que no identificó. También estaban dispuestas en sacos sobre el suelo variedad de hierbas aromáticas: hojas de menta, laurel, albahaca, romero, estragón, hojas de sen, salvia, orégano y frutos secos.

Baglioni lo alcanzó y adquirió dátiles y cacahuetes.

- Bien, no me he equivocado. Veo por tu cara que estás disfrutando – le dijo llevándose un dátil a la boca.

- Así es. Nunca había tenido la oportunidad de visitar un mercado tan singular. Acerquémonos a aquella tienda de incienso –sugirió.

A esas horas el mercado ya bullía de actividad; las mujeres, con sus atuendos negros y la cabeza cubierta cargaban con sus compras aunque la gran mayoría eran hombres.

Paolo compró un quemador y varios conos de incienso; mientras tanto, Baglioni iba de frasco en frasco aspirando el perfume de las esencias. Finalmente él también compró incienso para la iglesia. Después de esto salieron fuera y dejaron atrás las tiendas retomando la calle principal.

Una vez que pudieron caminar más tranquilos, acordándose de la conversación que había mantenido con Shannon quiso conocer la opinión del religioso respecto a un asunto: ¿creía él que la naturaleza de Jesús había sido divina desde el instante de su nacimiento?.

Baglioni tardó en responder.

- Ésta pregunta que me haces – comenzó – viene suscitando una gran polémica casi desde el principio mismo del cristianismo –. Sus ojos chispeaban de interés y sin darse cuenta había aflojado el paso –. La cristología, una parte de la teología que se encarga del estudio de Jesús, fue la encargada de denominar la naturaleza de Cristo e intentaron dar respuestas a determinadas preguntas: ¿Puede ser Jesús humano y divino al mismo tiempo?. Surgieron varios movimientos que defendían pensamientos diferentes; el aponilarismo negaba la humanidad de Jesús, los docetistas creían que únicamente tenía presencia física y también negaban cualquier humanidad, el nestorianismo defendía la idea de dos personas unidas al Cristo pero tarde o temprano estos movimientos fueron declarados herejes y perseguidos. En el Concilio de Nicea se constató la divinidad de Jesús y en el año 451 en el Concilio de Calcedonia declaró “dos naturalezas, una persona” aunque hasta ahora no ha quedado zanjada la cuestión –. Estaban llegando a Casa Nova y todo eso que le había dicho ya lo sabía; él quería conocer su opinión personal y finalmente se la dijo.

- De acuerdo con las Sagradas Escrituras, Jesús ya era un niño especial desde el momento de su singular concepción. Sus padres lo sabían y él, a medida que iba creciendo, fue adquiriendo noción de su divinidad. A menudo se dirigía a Dios como “mi padre” y afirmaba que procedía de Él; cada acto que realizaba, cada palabra que pronunciaba era la voluntad de Dios y siempre estaba en continuo diálogo con él. Mi opinión, y siempre te estoy hablando desde mi punto de vista personal, es que Jesús fue tanto humano como divino. Sufrió como un hombre pero actuó como un dios.

AD VITAE AETERNAN

El maestro no quería que se hiciesen imágenes suyas ni consintió en dejarnos ninguna de sus enseñanzas por escrito puesto que sabía que el hombre tiende a idolatrar y lo que pretendía era hacer perdurar su mensaje y no su persona. A éste respecto, y tras el interés de algunos en recopilar su vida y sus obras nos dijo: “ Sólo interesan los hechos, aseguraos de que mi Mensaje llegue a oídos de los hombres, que todos sepan que somos hijos del mismo Dios y que Su Reino les espera con las puertas abiertas” y al ver nuestra cara de desilusión añadió: “ no os apenéis porque no quiera que se relate mi vida y pensad con sinceridad qué es lo verdaderamente importante, ¿el mensajero o el mensaje?.

No he desoído Sus palabras pero hay otros que sí lo han hecho. Me estoy refiriendo a aquellos que tras su desaparición y con la intención de hacer aceptar Sus enseñanzas manifestaron escritos y admoniciones como las auténticas doctrinas dadas por Nuestro Señor, bebiendo de las fuentes de otras religiones para hacerlas más accesibles.”

No he de decir que Richard Whiting palidecía bajo éstas palabras que negaban con rotundidad los antiguos escritos y el evangelio y di gracias porque aquella misma mañana se hubiera marchado el cardenal. Thomas Wolsey era protestante al igual que su rey y ya sabéis que no hay nada más blasfemo para un protestante que negar el evangelio.

_ Si me hubierais hecho caso en un principio ahora no nos encontraríamos ante éste desastre. En éste momento una parte de las traducciones no están en vuestro poder y sabe Dios en qué manos han caído y lo que estarán dispuestos a hacer con ellas. Habéis olvidado que el manuscrito es un peligro; muchos lo podrían utilizar como arma anticristiana y vos mismo no estáis libres de ser acusado de hereje. Y recordad que yo sirvo a su majestad el rey Enrique – dijo pronunciando con énfasis el nombre.

- Os ruego no os precipitéis. Quién robó los escritos está con las manos atadas; nada puede probar pues no posee ninguna prueba y aunque quisiera difundirlos nadie le prestaría oídos. Lo único que pretendo es finalizar la traducción con el fin de comprobar si existen más alusiones a Glastonbury que puedan sernos útiles.

Teobaldo pareció tranquilizarse un poco. Mientras, Lafcadio y yo asistíamos sin pronunciar palabra a aquél debate.

- No he de negar que yo, como cristiano, también siento la curiosidad de llegar hasta el final de éste asunto – manifestó el clérigo convencido, sin duda, por la

conformidad de su cardenal –. Sin embargo, estoy dispuesto, ya os lo he dicho, a destruirlo sin ningún miramiento, haya sido escrito por un santo, si veo que puede llegar a perjudicar en lo más mínimo el ministerio de Nuestro Señor Jesucristo.

- Estamos de acuerdo – constató el abad–. Podéis tener la seguridad de que cuando todo esto acabe ninguno de nosotros volveremos a oír hablar del manuscrito de José.

Así dieron por finalizada la conversación y ambos salieron sin haber reparado apenas en nuestra presencia.

- ¿Habéis visto?. Teobaldo ha estado a punto de arrojarlo al fuego – dije a Lafcadio.

- Y eso hubiera hecho, de no ser porque el abad lo ha contenido. Este asunto no me gusta. Tengo la sensación de estar acercándonos a un abismo sin saber en qué momento vamos a caer.

- Es que, magíster, lo que aquí se dice son palabras muy graves – critiqué.

Lafcadio se levantó y paseó por la estancia moviendo la cabeza en actitud reflexiva.

- Palabras muy graves – repitió – y no carentes de razón.

- ¿Vos les dais crédito? – pregunté con incredulidad.

Lafcadio levantó la mano para acallar mi protesta.

- Escúchame Thomas. Desde hace cientos de años la iglesia ha estado debatiendo y aún no se han puesto de acuerdo en quienes son los verdaderos autores del Nuevo Testamento.

- ¿No? – dije arqueando una ceja –. Yo siempre he pensado que eran los cuatro apóstoles Juan, Mateo, Lucas y Marcos.

- Verás – dijo apoyándose en el filo de la mesa – los antiguos cristianos atribuyen al apóstol Mateo el primer libro del Nuevo Testamento pero hay otras opiniones en contra. Muchos sostienen que fue escrito por un autor judío para cristianos judíos basando éste argumento en la insistencia del autor de presentarnos a Jesús como el cumplimiento culminado del Antiguo Testamento. La tradición de la iglesia que data del siglo II nos presenta a san Marcos como el autor del segundo libro aunque dejan entrever que esto es para ahorrarnos quebraderos de cabeza, ya que pudiera haber sido escrito por un cristiano anónimo también llamado Marcos que basó su evangelio en un gran número de tradiciones.

- ¿Y con los demás apóstoles sucede lo mismo?.

- El tercer libro del evangelio atribuido a Lucas podría haber sido escrito por un gentil el cuál se inspiró en el Anuncio de Gedeón para redactar la Anunciación a María

al igual que hizo con las infancias de Sansón y Samuel para ayudarse a escribir la niñez de Jesús. En el caso del apóstol Juan hay opiniones que proclaman como autor a otro cristiano anónimo, un discípulo que se basó en parte, en las memorias de éste discípulo. Además, no debes olvidar que todos ellos fueron escritos a partir del año sesenta o setenta, es decir, bastantes años después de que sucedieran los hechos. Aunque verdaderamente hubieran sido escritos por los cuatro apóstoles todos contaban con una avanzada edad y en ese caso no habría que dejar de admirar, sin duda, sus prodigiosas memorias.

Aprecié el deje burlón de sus palabras y tuve la certeza de que Lafcadio nunca dejaría de sorprenderme.

- Pero debéis admitir que todos narraron fielmente los relatos.

- ¿Por qué estás seguro de eso?.

- Porque en todos se cuenta más o menos lo mismo.

- Excepto en el de Juan – me interrumpió – en el que se percibe la ausencia total de hechos biográficos e históricos y se advierten notables diferencias en algunas fechas, como la crucifixión de Jesús que según san Juan fue llevada a cabo antes de la pascua judía. Pero hay algo que salta a la vista: si todos narran los mismos hechos, ¿por qué no podemos admitir, como otros muchos sostienen, que todos los relatos están basados en uno, que a su vez pudo provenir de las tradiciones acogidas en aquella época?.

- Si el clérigo Teobaldo os escuchara...

- En ese caso – prosiguió como si no me hubiera oído – las palabras de José de Arimatea sólo estarían contando la verdad.

Titubeé unos instantes antes de hacerle una última pregunta.

- ¿Estáis afirmando que todo lo que hemos escuchado pudiera ser cierto?.

- ¿Tú no, Thomas? – me respondió tranquilamente.

En los días posteriores, mientras que él continuaba con las traducciones, despierta mi curiosidad, me sumergí en la lectura de textos teológicos, ahondando en los comienzos del cristianismo.

La Biblia cristiana y la ley judía comparten muchas semejanzas: los cinco libros del Pentateuco cristiano son los mismos contenidos en la Torá; los libros históricos y proféticos del Antiguo Testamento se corresponden con el de profetas (*Nevi'im*) y hagiográficos (*ketuvim*) de la Biblia judía. Del mismo modo, la exégesis del Antiguo Testamento es la Biblia del judaísmo más otros siete libros. La fuente en la que ambas bebieron era la misma hasta el punto que se consideraba herejía el aceptar como diferente al Dios de los judíos y al Dios de Jesús.

Sin embargo, lo que más me interesaba era el Nuevo Testamento y los inicios de la iglesia. A partir de la conversación sostenida por Lafcadio sobre el Evangelio mis estudios iban encaminados en esa dirección.

Si el Antiguo Testamento hacía alusión a la alianza entre Dios y el pueblo de Israel, el Nuevo Testamento manifestaba una nueva alianza: la de Dios con Jesús.

Los veintisiete libros del Nuevo Testamento fueron escritos según los eruditos desde el año cincuenta hasta el ciento cincuenta después de Cristo y contienen desde hechos biográficos hasta parábolas, proverbios y poemas. Sería imposible que hubiera llegado hasta nuestros días tal como se compuso en un principio por varias causas, teniendo en cuenta cuantas personas han metido su cálamo desde entonces; aparte de otras muchas versiones, a partir del siglo II fueron traducidas, de manera muy poco docta, al sirio, latín y copto debido a la creciente expansión del cristianismo. En los tres siguientes siglos todas éstas versiones creadas para una territorio específico tuvieron que ser de nuevo reemplazadas por otras más acordes con el fin de conseguir una mayor difusión. El Papa Dámaso I encargó a san Jerónimo – que ya había realizado anteriores revisiones y rectificado el Nuevo Testamento – una Biblia que supliera a las anteriores. Después de traducir los antiguos textos hebreos y corregir los evangelios y apoyándose en la Septuaginta griega y en textos hebreos elaboró Vulgata Editio cuyo texto fue el aceptado desde entonces.

El cristianismo tuvo su inicio en los judíos cristianos y se expandió con rapidez en los siglos siguientes. Los principales dogmas en los que se basa son el protagonismo de Jesús, el Bautismo, la Eucaristía y la Iglesia.

El manuscrito de José negaba con fuerza el protagonismo de Jesús y la iglesia. Eso de momento. No era pues de extrañar que todos pugnaran por destruirlo.

Los textos que formaban parte de nuestra liturgia eran tomados como la revelación de Dios a un humano, pero ¿y si no fuera así?, ¿y si los milagros realizados por Jesús fueran sólo simbólicos y las parábolas meras alegorías?.

- ¿Te pasa algo, Thomas?. – La voz de Lafcadio interrumpió el hilo de mis pensamientos y me di cuenta de que durante un buen rato había estado con la mirada perdida en el grueso volumen.

- ¿Os acordáis de lo que os confesé aquel día, poco después de haber jurado votos?.

Lafcadio contuvo una sonrisa y evocó aquella conversación:

- Cuando me revelaste tu falta de fe en nada que no fueses tú mismo no me cogiste por sorpresa. Tú eras un muchacho que conocía la vida aunque no hubieras sufrido gravemente sus traiciones y la paz del monasterio no te empujó a refugiarte en

Dios. Siempre he sabido una cosa – continuó con aire despreocupado – si aún llevas el hábito de monje es por tu pasión por los libros y tu amor por el conocimiento.

- Sois la única persona que me ha conocido realmente – aseguré –. Es cierto lo que decís de mí; lo que siempre me ha atraído de la vida monacal es la posibilidad de poder estudiar manuscritos; el scriptorium siempre ha sido mi lugar predilecto.

- Que es mucho más de lo que otros, camuflados en lujosas vestiduras, pueden decir.

Se refería al cardenal que nunca se había preocupado por disimular sus riquezas y cuyas ostentaciones de poder eran un insulto para el pueblo.

- ¿Vos me comprendéis?.

- Sí, Thomas, te comprendo. Ahora más que nunca.

Cuando Paolo regresó aquella noche a Casa Nova Baglioni le estaba esperando; eran poco más de las nueve y le propuso dar un paseo por el jardín, solitario a esas horas.

- Tu foto ha salido esta noche en las noticias del canal internacional; tu tío te está buscando.

La mirada que él le devolvió fue de absoluta perplejidad_. ¿Mi tío?.

- Su ilustrísima, el cardenal Lorenzo D'Angelo, nuncio del Vaticano, una de las personas al frente de los Archivos Secretos. Tú sabías de quién te estaba hablando.

Paolo se paró en medio del sendero con la mirada perdida más allá de la vegetación -. Es cierto, monseñor, pero no consideré oportuno mencionarle esa relación...

- Ni tampoco que estés a punto de convertirte en cura -. Monseñor calló y relajó la expresión -. Según su eminencia estás pasando por una profunda depresión que hace temer por tu vida.

- Más que depresión yo lo llamaría crisis existencial. En ningún momento he contemplado la posibilidad de quitarme la vida – y con ojos chispeantes añadió – tengo muchas respuestas que encontrar.

- Respeto los motivos por los que hayas decidido alejarte pero si tu propósito es pasar desapercibido has de recordar que Jerusalén es como una segunda sucursal del Vaticano; la ciudad está llena de personas relacionadas de un modo u otro con la santa sede y que pueden avisar a tu tío en cualquier momento. Buenas noches.

Monseñor se alejó despacio hacia el edificio iluminado y Paolo supo que se sentía dolido con él.

Shannon lo invitó a pasar al tiempo que se recogía algunas greñas del moño; era temprano y estaba trabajando frente al balcón con las puertas abiertas.

- Perdona si te molesto; sólo he pasado un momento para devolverte los libros.

- No tengas tanta prisa y cuéntame qué te han parecido.

- Pues sinceramente en estos días he pensado cosas que nunca antes se me habían pasado por la mente – contestó tomando asiento _. En éste momento considero a Jesús como un profeta más.

_ Tú lo has dicho, uno más no el único.

_ Exactamente, entonces, ¿por qué tuvo tanta relevancia?. Había otros como él que predicaban el amor, la justicia, la fraternidad. En la India, en Israel y en todos los

puntos del mundo había personas que defendían aquellos ideales. ¿Qué tenía él de especial?.

_ Yo no creo que fuera especial; era sencillamente un hombre normal que poco a poco fue adquiriendo conciencia de su persona.

- ¿Qué quieres decir con eso de que adquirió conciencia?.

Ella cambió de postura y durante unos segundos permaneció en silencio mirando el cielo límpido de aquella mañana.

- Él, como otros hombres, se planteó las grandes preguntas que desde el principio de los tiempos ha perseguido la humanidad y halló las respuestas. Mediante el conocimiento llegó a intuir a Dios e intentó sacar de la ignorancia a los que le rodeaban; les habló del reino de su Padre y les mostró el camino aunque la mayoría se quedaron rezagados. Muy pocos entendieron realmente lo que les estaba ofreciendo. Antes de Jesús naciera, la tierra conoció una de las etapas más oscuras de todos los tiempos pero Él nos dejó un legado único que aún hoy en día es nuestro consuelo; su victoria sigue con nosotros y con ella nuestra esperanza.

Él suspiró, se incorporó hacia delante y entrelazó los dedos.

_ Sinceramente no te entiendo. Desde que te conocí me has desmontado todas las teorías de Jesús como salvador de la humanidad y ahora me hablas de su victoria, ¿no te estás contradiciendo?.

_ En absoluto, te he dicho Él como otros hombres.

_ Y entonces, ¿por qué fue tan importante?.

_ Fueron las personas que lo rodeaban a quienes les convino darlo a conocer de un modo muy especial: presentándolo como fundador de una nueva y revolucionaria religión que se expandiría y cambiaría el mundo y quienes fueran seguidores de ella también participarían de su poder. Al contrario de lo que la mayoría de la gente cree, el cristianismo no fue una religión creada por Jesús; apareció a partir de Él pero no fue fundada por Él. Fue uno de sus apóstoles, no elegido por Jesús, sino “convertido” oportunamente después de su desaparición, el que fundó y transformó sus enseñanzas en el cristianismo, en una religión basada en un objeto de culto: Jesús Resucitado y Glorificado.

_ Por supuesto, me estás hablando de Pablo.

_ Tú que tienes una educación católica y te habrás leído alguna vez el Nuevo Testamento haz memoria y dime si no abunda la opinión de Pablo en casi todas las materias y se anula prácticamente la vida y enseñanzas de Jesús, que eran el verdadero ejemplo a seguir para los hombres. Pablo se erigió de una manera calculada como apóstol del futuro Mesías.

En la cara de Paolo se dibujó una sonrisa y poco después estalló en una sonora carcajada que dejó a Shannon con la boca abierta.

_ Pero bueno, ¿qué he dicho que te hace tanta gracia?.

Él se levantó y le pasó cariñosamente la mano por el rostro.

_ Eres una persona muy especial, ¿sabes?.

_ Pues anda que tú. De todos modos si es un halago, gracias_. Ella lo acompañó hasta la puerta -. A propósito, ¿tienes algo que hacer ésta noche?.

- Nada más que leer.

- Me gustaría enseñarte otro aspecto de Jerusalén: la zona de copas.

- ¿En serio?.

- ¿A que no te lo imaginabas?. Como tendremos que ir en taxi pasará a recogerte a la residencia. A las ocho.

Dejaron el taxi en la calle *Ben Yehuda* que se encuentra fuera de la ciudad antigua y desde allí la recorrieron pasando por delante de discotecas, bares y restaurantes. Shannon lo llevó hasta una pizzería donde pudo recordar vagamente el sabor aunque no se pareciera mucho, de una de sus platos preferidos. Después fueron a uno de aquellos bares atestados de gente donde tras un rato de espera pudieron ocupar una mesa y pidieron una cerveza.

_ En esté momento parece que estoy en cualquier ciudad europea, con el McDonalds allí enfrente y la gente sentada en las terrazas.

_ Parece que no tiene importancia pero hoy es *shabbat* y cerca de aquí está *Mea Shearing*, el barrio de los judíos ultra ortodoxos. Para ellos todo esto es una provocación y un insulto a su religión. ¿Te das cuenta de lo que pueden llegar a enfrentar distintas creencias?.

Shannon sabía que sí; ella había tardado treinta años en cuestionarse seriamente su fe y él, que no debía de tener más de veinticinco, se planteaba diariamente las interrogantes más transcendentales y aclaratorias para llegar a entender a Jesús. Otras personas, en su vida, jamás llegarían a pensar siquiera en ello.

_ Nunca lo entenderé. En la antigüedad, aunque eran muchos los dioses que componían cualquier religión, al menos las personas no eran discriminadas por rendir culto a uno u otro. Pero ahora, ¿hemos evolucionado a una religión monoteísta para llegar hasta ésta situación, en donde te juzgan según seas judío, musulmán o cristiano?.

Shannon estaba de acuerdo con él pero como le dijo, *“los prejuicios son el mal del mundo”* y les gustaran o no estaban en todas partes.

Tuvieron tiempo de tomar otra cerveza antes de que se pusiera a diluviar y cogieran un taxi para regresar.

La lluvia se abatía sobre Jerusalén; el aire traía el olor a tierra mojada cuando dejó a Shannon en la puerta de su casa. Se alejó caminando despacio bajo la lluvia que encontraba cálida y agradable, reflexionando sobre sus convicciones. Ahora dudaba al pensar en el dios de los cristianos, que hasta hacía muy poco había sido incondicionalmente su dios; había dejado de verlo como un ser divino y ahora era un hombre normal y corriente, simplemente uno de tantos profetas que habían pisado la tierra desde entonces. Cada vez se sentía más confuso y alejado de la cómoda certidumbre que la iglesia le había proporcionado.

Aquella noche la tormenta quebraba el habitual silencio de Casa Nova y Paolo daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Recordó a Baglioni quejándose de la humedad que le perjudicaba a sus huesos y sonrió. Se sentía en deuda con aquél buen hombre y se planteó contarle la verdad. ¿Para qué?, se dijo en aquél momento. ¿Para que le diera su compasión?. Quizás su comprensión. Eso sí que necesitaba.

Se giró de un lado y de otro y poco a poco el sueño le fue venciendo sumiéndolo en un estado de semiinconsciencia. El sonido de la tormenta dejó de pertenecer a la realidad para tomar parte de su sueño. Se encontraba en el Vaticano, en el despacho de su tío y en la pantalla del ordenador portátil, en letras muy luminosas, parpadeaban dos palabras: PROYECTO GALILEA. Como había sucedido antes, pero ésta vez en sueños, volvió a leer su nombre y su historial y a medida que avanzaba fue presa del pánico. Despertó sobresaltado y con un miedo irracional que atenazaba toda su persona; la tormenta se estaba alejando y sólo una débil llovizna atestiguaba su paso. Encendió la lamparilla y miró su reloj: eran casi las cinco de la madrugada. Fue cuando se decidió.

Nada más amanecer se vistió y fue en busca de Baglioni que a esas horas se encontraba en la iglesia. Aguardó a que se desocupara y pidió hablar con él. Cuando contempló sus ojeras y su cara de preocupación monseñor se alarmó. Lo introdujo en un despacho y cerró la puerta tras de sí.

- ¿Qué te ocurre, muchacho?. ¿No te encuentras bien?.

Paolo, en su nerviosismo, no cesaba de andar de un sitio para otro en la pequeña salita; tomó asiento frente a él y al fin se atrevió.

- Le pido disculpas, monseñor; no era mi intención que se sintiera engañado. Nada más conocernos usted mencionó el Vaticano. ¿Quién me asegura que no está al tanto de los planes de D'Angelo y confabulado con él?

Baglioni asintió comprensivamente. Entonces Paolo se sinceró; le contó dónde había sido criado y educado y, por último, el descubrimiento que alguien había querido que hiciera del Proyecto Galilea. Al escuchar aquél nombre Baglioni lo interrumpió por primera vez.

- ¿Proyecto Galilea? – repitió sorprendido.

— A nadie más que a usted se lo contaría porque confío en que conociéndome no me tomara por loco – y dejando a un lado sus temores le explicó –: El doctor Norton y su colega fueron dos de los científicos elegidos para realizar la prueba del Carbono 14 al Santo Sudario. ¿Se acuerda usted de eso?

- Ciertamente, fue en el año 1.988. El resultado obtenido por varios laboratorios fue el de un lienzo perteneciente al siglo XIII o XIV pero los datos no fueron concluyentes. Los propios laboratorios como otras tantas veces, conocedores de los fallos que ocasionalmente puede suministrar ésta prueba no se atrevieron a darla por totalmente válida. Dime, ¿acaso han continuado investigaciones ocultas?

- Así es, pero no en el sentido en el que usted se imagina. Bajo el Proyecto Galilea se amparó una clonación humana que yo sepa, la primera de la historia. El material utilizado fueron muestras de sangre obtenidas de la Santa Síndone y el resultado, yo mismo.

Baglioni se puso en pie como accionado por un resorte. Hizo un intento de hablar pero al final optó por aflojarse el alzacuello y sentarse de nuevo.

- ¿Se encuentra bien? – preguntó alarmado.

- No del todo, muchacho, no del todo.

Paolo salió de la estancia y regresó con un vaso de agua.

- En toda mi vida he escuchado semejante barbaridad – repuso tras recuperarse un poco -. El Sudario de Turín no es un objeto al que la gente tenga acceso. Para obtener la autorización de un experimento de tal magnitud debería someterse a consejo y ante el Papa si es que existiera la remota posibilidad de concebir semejante locura.

Paolo nunca antes había visto a monseñor perder los nervios y observó que tras aquél rostro apacible había un hombre de gran carácter y como tal, poco apropiado para ser utilizado como simple peón en el tablero del Vaticano. Entonces entendió por qué había sido eliminado del escenario.

- Monseñor, veo que me está malinterpretando y dentro de unos minutos afirmará que me lo he inventado todo pero escuche antes lo que voy a decirle. No sé si fue con o sin el consentimiento del Vaticano pero el hecho es que al doctor Edward Norton le fueron suministradas unas ampollas, a saber, con muestras procedentes del Sudario de Turín, y esa persona no fue nadie ajeno a ese mundo sino, muy al contrario, un cardenal, aquél D'Angelo que usted ha mencionado en alguna ocasión.

- Pero, ¿cómo puedes estar seguro de eso?.

- Su nombre constaba en el informe del Proyecto Galilea como el hombre que proporcionó al laboratorio las muestras – respondió -. Es así, por increíble y casual que le parezca.

Monseñor se llevó las manos a la cabeza, apoyados los codos en las rodillas. ¿De quién podría proceder esa idea tan descabellada?, ¿del Papa, aconsejado por algunos cardenales?, ¿de un reducido grupo de prelados confabulados unos con otros o de un solo hombre?.

- ¿De qué fecha estamos hablando? – inquirió.

- Desconozco durante cuánto tiempo llevaron forjándose los planes. Si le sirve de algo le diré que hace poco cumplí dieciocho años.

- ¿Dieciocho? – repitió sorprendido -. Pareces mayor.

Él se encogió de hombros. – Recuerde que soy producto de un experimento.

Durante todo el día Baglioni no pudo pensar en otra cosa. Intentó recordar aquella época; le constaba que entre otros laboratorios europeos había sido seleccionado uno inglés y se estremeció al pensar que pudiera haber estado manipulando los restos del Sudario facilitados por su superior. En éste punto se detuvo; ¿hasta dónde podría ser todo esto cierto?. Era poco probable que Paolo se hubiera inventado aquella retorcida historia pues, aparentemente, no tenía ningún motivo. Por otra parte, durante todos los años que pasó en el Vaticano y rememorando las distintas fechas de datación del Sudario nunca había oído ningún rumor al respecto. ¿Sería posible que se hubieran estado llevando a cabo experimentos en riguroso secreto?. Nadie mejor que él mismo para contestar esa pregunta. Sí, era posible.

Ya por la tarde, una vez liberado de sus obligaciones, se acercó hasta el albergue en busca de Paolo pero el muchacho no estaba. Mientras lo esperaba echó una mano

en recepción y estuvo conversando un rato con el franciscano. Cuando volvió le preguntó si podía invitarlo a tomar algo; fueron hasta un café y se sentaron afuera.

- Quería disculparme contigo. Ésta mañana reaccioné mal.

- No tiene que hacerlo. Entiendo que le pilló por sorpresa.

El camarero depositó un par de refrescos y monseñor pagó la cuenta.

- ¿Cuánto tiempo hace que te fuiste de Roma? – le preguntó.

- Vine directamente aquí. Al día siguiente le conocí a usted.

- ¿Y por qué has esperado hasta ahora para contármelo?.

- Como usted supondrá no es algo que pueda ir diciendo así como así.

Hasta que no le

traté un poco mejor no sabía si se podía confiar en usted. Nada más conocernos mencionó el Vaticano, ¿quién me aseguraba que usted no estuviera al tanto de los planes de D'Angelo?.

Baglioni asintió comprensivamente.

- Éste asunto es inaudito. He estado pensando todo el día en ello y he llegado a una desagradable conclusión. Conozco al cardenal desde hace muchos años y he trabajado bajo sus órdenes. Sencillamente, me inclino a pensar que fuera él mismo quien concibió éste proyecto y casi estoy seguro de que el Vaticano no tiene conocimiento alguno.

Paolo se encogió de hombros. – En realidad, que el Vaticano esté al tanto o no, no me importa mucho.

- En éste punto te equivocas. No es lo mismo tener a todo el Vaticano a tus espaldas que a un solo hombre. ¿O acaso desconoces hasta dónde llegan sus tentáculos? –. Y viendo su expresión continuó explicándole –. Por esto precisamente he llegado a ésta conclusión; si el Vaticano tuviera algo que ver en esto da por seguro que ya te habrían encontrado. El franciscano se inclinó hacia él mirándolo fijamente.- Escúchame, puede que en estos momentos estés en verdadero peligro. Tu tío, quiero decir, el cardenal D'Angelo no debe de estar cruzado de brazos y lo más probable es que esté moviendo sus contactos aquí, en Jerusalén. No puedes continuar andando por ahí, necesitas ocultarte durante un tiempo y darme a mí tiempo para pensar qué hacer.

- Le agradezco de todo corazón sus palabras pero, ¿cómo podrá usted ayudarme?.

Baglioni se encogió de hombros.

- Lo que no puedo es quedarme impasible ante toda esta locura; hay muchas jugadores en esta partida y una sola víctima. Hace dos días he recibido una

información sobre el manuscrito que está investigando el Vaticano y de repente me he dado cuenta de que puede sernos útil; estoy madurando una idea en ese sentido. De momento te pediría que mañana no te dejes ver mucho, ¿estás de acuerdo?.

Paolo asintió.

- No te preocupes, ya encontraremos alguna solución.

IGNUS FATUUS

Desde la ventana del officium distinguí a Arnulphus merodeando por los alrededores y de repente tuve un presentimiento. Dejé a Lafcadio concentrado en los legajos y fui tras él.

Cuando el monje me vio echó a andar rápidamente, tanto como sus piernas se lo permitían.

- ¡Eh, Arnulphus, necesito hablaros!

Él ni siquiera se dignó a mirarme y apretó el paso en dirección a las colinas. Mi interés por él era más que una mera conversación: quería que confirmara mis sospechas.

- ¿Qué os ocurre? – le grité al ver su pasividad—. Os estoy diciendo que quiero conversar unos instantes con vos.

- No tengo tiempo – me espetó—. Los jóvenes, ignorantes y pretenciosos, pensáis que tenéis todo el tiempo del mundo y lo gastáis tontamente – dijo blandiendo un dedo ante mí en señal de desaprobación—. Yo soy un viejo y la muerte aguarda todas las noches agazapada a mis pies esperando la señal del Todopoderoso para llevarme de éste mundo.

- Es curioso – continué desoyendo sus palabras – hace un rato os he visto deambulando por ahí como si no tuvierais nada mejor que hacer y se me ha ocurrido algo.

- ¡No me interesan vuestros pensamientos!. ¡Dejadme en paz!.

Yo apenas podía hablar; estaba exhausto subiendo la pendiente tras aquél anciano que se movía con la agilidad de un niño. La colina estaba formada por terrazas escalonadas y erosionadas y no cesaba de jadear.

- Aunque os habéis apartado de la vida monacal no lo habéis hecho de la abadía. – El monje apenas me escuchaba; aún así continué insistiendo—. Sin duda estáis al tanto de todos los asuntos que ocurren en ella, ¿no es cierto?.

- Habláis en vano. Cuando lleguéis a mi edad espero por vuestro bien que hayáis aprendido algo: no se pueden cambiar los hechos; en estos momentos el hecho es que estáis gastando parte de vuestro tiempo hablando sólo en voz alta.

Aquél loco me hacía desesperar y por unos instantes estuve tentado a dejarlo a solas con su desvarío.

- Veréis – dije haciendo acopio de mi paciencia – poco después del descubrimiento del manuscrito de José de Arimatea las traducciones que se llevaban a cabo y que eran guardadas por el abad fueron robadas. Él no se explica cómo pero no

tiene duda de ninguno de sus monjes _ como no me hacía caso me puse delante de él impidiéndole el paso -. Tengo la certeza de que vos tuvisteis algo que ver en ello – ambos nos miramos a los ojos y vi reflejado su dolor.

- Soltáis frases sin sentido como un ciego anda a trompicones.

Habíamos llegado a la cima de Tor, donde se erguía la torre junto a las ruinas de la iglesia de san Miguel, levantada por el rey Lucio, bisnieto de Arviragus y primer rey cristiano de Glastonbury.

- ¿Sabéis?. No creo que halláis perdido el juicio aunque sí sois lo suficiente inteligente como para simularlo.

- Sólo sois un infante que acaba de aprender a andar – contestó con sarcasmo.

- Escuchadme. Tengo la certeza de que estáis metido en esto y en mucho más. ¿Dónde están las traducciones?.

- Os vanagloriáis de ser inteligente. ¿Y si os dijera que únicamente estáis molestando a un viejo que no entiende nada de lo que le habláis?.

Me di cuenta de que así no conseguiría que me dijera nada.

El monje empujó la pesada puerta y entró en Tor conmigo pisándole los talones.

La torre era lo único que había sobrevivido de la antigua iglesia que san Collen dedicó a san Miguel en el siglo VI aunque algunos defendían que había sido levantada por Jesús en su juventud; las estrechas y empinadas escaleras de caracol desembocaban en una diminuta estancia impregnada por el olor a humedad y a libros que estaban apilados en el suelo. Alargué la mano para coger uno pero el anciano me lo impidió.

- No os halláis en un monasterio como para poder disfrutar de mi biblioteca – profirió irritado.

- Pues estoy seguro de lo que los libros proceden de allí.

El labio superior del monje temblaba agitado por un movimiento nervioso.

- Veréis. Pienso que la persona que robó las traducciones sólo busca la destrucción de las memorias de José.

- ¡Y a mí que me contáis!. Más os valdría gastar vuestras energías dentro de la abadía; ¿no os habéis fijado?. Jóvenes estudiantes de peligrosas ideas, gente que entra y sale diariamente, espías del cardenal amparados bajo falsas excusas – y al ver mi cara de asombro prosiguió – seré un viejo loco pero nunca he sido tonto.

El monje tomó asiento en el único banco existente y prosiguió.

- Durante toda su historia, el archivo de Glastonbury ha tenido una cualidad muy especial – continuó tranquilamente – aparecen o desaparecen documentos, ¿por qué no realizáis ahí vuestras investigaciones?.

Exasperado me dirigí hacia las escaleras.

- Si cambiáis de opinión ya sabéis donde hallarme. Como habéis dicho, la muerte puede llegaros en cualquier momento, ¿no desearíais entonces hallaros en paz con vos mismo?.

Salí de allí mientras que el monje se desdecía en maldiciones.

A última hora del día Lafcadio leyó otro fragmento que suponía otra nueva aberración para la institución eclesiástica. Decía esto:

“ No os enfrentéis unos a otros para imponer a vuestro Dios porque Dios sólo hay Uno y no importa con qué nombre sea conocido. Yahvé o lo que es lo mismo, Ser, es llamado por el pueblo hebreo. Brahman, lo absoluto, es denominado por los hinduistas. Esto no cambia en nada su naturaleza. Comportaos como auténticos hijos suyos: compadeceos del pobre, asistid al enfermo, amaos los unos a los otros, dejad que Dios habite en cada uno de vuestros corazones, cualquiera que sea el nombre con que le designéis. Tened presente cada día de vuestra vida que vuestros actos en la tierra quedan escritos en el cielo y que sois responsables del bien o del mal que hacéis. No vertáis vuestro odio en nombre de Dios.

Todo lo que el hombre necesita está dentro de uno mismo. Si corréis en pos de riquezas estáis alimentando el apego que confunde al hombre y antepone los deseos del cuerpo a los del espíritu. Y recordad que el cuerpo se queda en la tierra.

La ignorancia os llevará a buscar líderes espirituales ignorando vuestra propia sabiduría, negando vuestro propio Yo y otorgando valor a aquellos que hablan basándose en su propia experiencia.

Todo está dentro de uno mismo, esto es una realidad. Para llegar al reino de Dios tenéis que recorrer un camino que no será el mismo para todos del mismo modo que una persona no es igual a otra.”

Aquella noche, tumbado en mi jergón con los rayos de la luna invadiendo la celda, no podía conciliar el sueño. Comencé a recapitular lo que había sucedido desde nuestra llegada: un manuscrito cuyo contenido podría acabar con la iglesia y el cristianismo, un cardenal y varios prelados dispuestos a ahogar la verdad para mantener a salvo su poder, y un hombre, el de corazón más noble dispuesto a sacarlo a la luz en contra de todos. Porque lo había visto en sus ojos; Lafcadio no se mantendría impasible ante tales intenciones porque sus convicciones se lo impedían. Si por mí fuera no me interpondría entre ellos. ¿Acaso no son siempre los poderosos

los que obtienen la razón?, ¿por qué tenía mi magíster que abogar por la verdad cuando nadie estaba interesado en prestarle oídos?.

El eco de las campanas se multiplicó en la noche y por unos instantes me detuve a pensar a qué oficio llamaban. ¡Pero si acabamos de celebrar completas!, me dije a mí mismo saltando de la cama. Abrí la ventana y el aire invernal me devolvió un olor acre; entonces sentí un cosquilleo en el estómago al identificar el tufo del humo.

Salté del lecho y salí al corredor en donde la humareda era intensa; alguien señaló de donde procedía el fuego: las llamas se habían iniciado en las estancias del abad.

Por obra de Dios, Richard Whiting había despertado a tiempo pero el fuego se propagaba con rapidez por la madera y los cortinajes haciendo peligrar todos los aposentos.

Después de un primer momento de confusión me uní al resto de monjes aturridos que corrían hacia el pozo y nos organizamos en cadena pasándonos unos a otros los cubos de agua.

Afortunadamente del pozo a la casa del abad había poca distancia y gracias a la rapidez con la que actuamos las llamas comenzaron a ceder y poco después lo sofocamos por completo.

Sentados en el suelo o apoyados en los muros, cansados pero felices recuperábamos el aliento. Lafcadio, con el rostro enrojecido y el entrecejo fruncido se mantenía silencioso.

— Aunque ha sufrido desperfectos la escribanía no ha sido dañada gravemente. Por lo que ya sabes ésta era la mayor preocupación del abad.

— Las llamas podrían haberlo devorado todo – dije expresando mi preocupación en voz alta –. Sé lo que estáis pensando: alguien ha prendido fuego deliberadamente. Lafcadio asintió con la vista fija en el suelo.

- Así es. Lo que me preocupa realmente es ésta situación. Quien quiera que sea está dispuesto a silenciar la verdad y mucho me temo que empleará todos los medios a su alcance.

Poco después, en medio de la noche el abad nos convocó en el refectorio; mostraba la tez pálida y se notaba que estaba desbordado por los acontecimientos. Por unos instantes sentí compasión de él.

- La traición de las llamas es una amenaza constante que nos ha perseguido a lo largo de los siglos. Cuando el incendio de mil ciento ochenta y cuatro destruyó la

iglesia abacial y la antigua iglesia no os podéis imaginar cuanto dolor sintieron aquellos monjes contemplando como eran arrasados todos los tesoros y su lugar de devoción – . Por unos instantes todos nos vimos sobrecogidos por aquellas palabras y ahora que las recuerdo éste hubiera sido un final más digno para la abadía, consumida por el fuego y no saqueada y reducida a ruinas por el cruel mandato del rey Enrique.

_ Esta noche – continuó el abad con voz monocorde – gracias a vuestra rapidez y esfuerzos y por mediación del Todopoderoso se ha evitado un desastre. Que Dios os bendiga y preserve a Glastonbury de las llamas.

Después de aquello volví al lecho, esta vez agotado sumiéndome en un sueño profundo.

A la mañana siguiente ayudé junto con otros monjes a retirar el amasijo de madera chamuscada que había quedado inservible con el fin de comenzar de inmediato la reconstrucción de los aposentos del abad.

Pero aún no habían acabado las sorpresas.

Aquella mañana permaneció en Casa Nova; intentó distraerse con la lectura pero no lograba concentrarse. Después de comer se tumbó un rato en la cama y cerró los ojos aunque no se durmió. Al final decidió hacerle una visita a Shannon pues supuso que se encontraría trabajando en su casa. Se la encontró por la escalera, cuando bajaba.

- Hola – dijo ella alegremente -, no te esperaba por aquí.

- Disculpa por no haberte avisado antes.

- Qué va, hombre. Acompáñame, voy aquí al lado a hacer unas compras.

Salieron a la calle donde a los pocos metros había una tienda de ultramarinos. Ella le tocó el brazo llamando su atención.

- ¿Te acuerdas de lo que te hablé de *Mea Shearin*? Ellos viven allí; son *hasidim*, una secta formada por judíos ultra ortodoxos. En su lengua *hasid* significa “piadoso”.

Paolo miró con disimulo a los hombres vestido de negro de la cabeza a los pies, a excepción de la camisa blanca, con los tradicionales tirabuzones colgándoles a cada lado de la cabeza, por debajo del sombrero -. Cundo fui al muro de las lamentaciones vi a algunos aunque no vestían tan estrictamente pero los niños... Parecen viejos – comentó observándolos, sus pequeños cuerpos ataviados con medias largas, camisas abrochadas hasta el cuello y la *kippah* cubriéndoles la cabeza.

- Ellos observan un estricto código ético que rige su comportamiento, su forma de vestir, sus comidas; ya te hablaré de los alimentos *kosher*. Los hombres llevan zapatos negros sin cordones y medias también negras. Se ponen alrededor de la cintura un cordón, el *quertl*, para separar la parte rectora del cuerpo. Las mujeres, menos que ninguno de ellos, puede dejar al descubierto una parte de su cuerpo; ya las ves, con faldas, medias y blusas largas y tienen que cubrirse el pelo con un pañuelo pues el cabello de la mujer, para ellos, es una de las mayores provocaciones. Muchas optan por ponerse pelucas y no tener que cubrirse.

Paolo miró de reojo el pelo largo de Shannon que lo llevaba suelto y en la mirada dura y desafiante con que les obsequiaban.

- Por lo menos no las han cubierto por completo con un velo.

_ No, las tienen bien enseñadas, ¿no ves como ella mira al suelo?. Hasta para el marido es impío mirar a su propia mujer. Aparte de eso te puedes figurar, no pueden trabajar fuera de casa y su existencia está más o menos limitada a traer hijos al mundo. ¿Y sabes quién es uno de los principales culpables de ésta discriminación?. San Pablo.

_ Intuyo que ese personaje no te cae demasiado bien.

Ella sonrió. _ Recuérdame cuando vuelva a casa que te enseñe un par de cosas de la

Biblia. Ven, aquí es.

Entraron en la tienda y cogió pan, verduras y frutos secos; se acercó a pagar a la caja pero no esperó a que le devolvieran el cambio -. Vamos fuera – le dijo.

- ¿Qué pasa? – le preguntó una vez en la calle.

- ¿No lo has visto?. Al lado de la caja están los periódicos. Tu foto está en la portada de *Il Mesaggero*.

Paolo se quedó sin habla y no volvió a decir palabra hasta que entraron en el portal.

- Perdóname. En ningún momento he pretendido engañarte.

- No tienes que pedirme disculpas. Vamos, pasa -. Dejó la compra sobre la mesa de la cocina y comenzó a colocarla en los estantes.

- No sé lo que estarás pensando de mí...

- Escúchame – le interrumpió ella -. Ayer vi las noticias en el canal internacional. Tu tío dice que estás atravesando una depresión y teme por tu vida. No creo que eso sea cierto. Pienso que tenéis otro tipo de problema. Pero ya has visto, no vas a poder andar tranquilo por la calle.

-Ya me estoy dando cuenta.

- Bueno, relájate – dijo ella dándole una palmada en el hombro -. ¿Te apetece un té verde?.

El aroma que despedía el té con menta y hierba buena le hizo aspirar con fuerza y relajarse. Se sentía avergonzado, pero ella, con su actitud desenfadada y totalmente normal, le tranquilizaba.

- Lorenzo D'Angelo, que en ningún caso es mi tío, es uno de los cardenales que componen la curia romana, un personaje con mucho poder y de relevancia en el Vaticano. Debido a un asunto muy grave relacionado con él me he visto obligado a abandonar Roma y refugiarme aquí. Sólo aspiro a encontrar un poco de paz que me permita decidir qué hacer con mi vida.

- Entonces, ¿es cierto que estás atravesando una grave crisis?.

- Pues sí, eso es verdad, pero te aseguro que no contemplo el suicidio como solución -. Cogió un puñado de frutos secos y se los echó a la boca mientras masticaba pensativo _ . Mira Shannon, aunque confié plenamente en ti es preferible que

no hable de esto. Sólo te digo que si decides continuar con nuestra amistad puedes estar tranquila; no he hecho nada de lo que tenga que arrepentirme.

- Lo sé. Aunque no hace mucho que te conozco sé que puedo confiar en ti. Perdona si te ofendo pero instituciones como el Vaticano no me inspiran la menor confianza. Ahora, tengo que decirte que me ha dejado perpleja el saber que estás a punto de convertirte en cura...

- Estaba, Shannon, estaba.

- Ah, ¿ya no?.

Él sonrió-. Tú mejor que nadie sabes que tengo grandes dudas. Esta decisión la he tomado por motivos estrictamente personales que no están relacionados con la iglesia en general pero que afectan directamente a mis convicciones. Gracias por confiar en mí; sé que podrías haber avisado a la policía y recibido una importante gratificación de manos nada menos que del Vaticano.

Ella soltó una carcajada -. Comprendo que no me conoces mucho pero por favor... Escucha, perdona si el otro día te molesté con mis ideas y comentarios acerca de Jesús; no podía imaginarme que estaba hablando con un futuro sacerdote, en aquél momento, quiero decir.

_ He colgado los hábitos antes de ponérmelos, no tienes que pedirme disculpas. Por cierto, ¿qué es lo que me ibas a enseñar?.

_ Ah, sí. Retomando la conversación de antes, san Pablo tiene mucho que ver con la discriminación de la mujer; ¿quieres ver a lo que me refiero?. Y cogiendo la Biblia buscó y leyó en voz alta: *“No tolero que la mujer enseñe, ni que se tome autoridad sobre el marido; que esté callada, pues Adán fue creado primero, luego Eva. Y no fue Adán el engañado sino Eva la que se dejó engañar y cayó en el pecado”*. ¿Ves?. Ahí está. Y continúa: *“Que las mujeres sean sumisas a sus maridos como si se tratara del Señor; porque el marido es la cabeza de la mujer”, y, “las mujeres en las reuniones que se callen, pues no les está permitido hablar; deben estar sometidas a sus maridos”*. Él crea el precedente en sus cartas apostólicas y está escrito en un libro santo, que se supone de inspiración divina; el libro más leído del mundo es una incitación misógina.

_ Es sorprendente la información que nos puede dar la Biblia leyéndola entre líneas _. Se levantó intentando dominar su nerviosismo _. Ahora tengo otra cosa en mente y estoy agobiado.

_ Es normal, ¿qué piensas hacer?.

_ No lo sé, tengo que pensar. Gracias por todo – respondió dándole un beso en la mejilla.

_ Si necesitas algo, lo que sea, no dudes en pedírmelo.

Baglioni estaba intranquilo y cuando vio entrar a Paolo le salió al paso.

- Comenzaba a preocuparme, ¿por qué no has seguido mi consejo?.

- Lo he hecho, he estado toda la mañana aquí; ésta tarde he salido a ver a una amiga que vive cerca. Por cierto, hablan de mí en el periódico.

- Lo sé -. Monseñor le mostró el periódico que llevaba bajo el brazo. Aprovechando la soledad de aquellas horas salieron al jardín para conversar, algo que parecía haberse convertido en una costumbre -. Mira, desde que me contaste todo esto no he dejado de pensar en ello ni un segundo. Dejando a un lado las emociones y reflexiones personales que me has motivado, en éstos momentos, lo más importante eres tú. Sinceramente – continuó apoyándose en su brazo – creo que tu vida corre serio peligro.

Paolo no dijo nada, ni siquiera parpadeó.

- No estoy diciendo que el cardenal D'Angelo, personalmente, sea capaz de hacerte daño pero el entramado del Vaticano es muy complejo.

- Entiendo lo que quiere decirme, monseñor, yo mismo me he planteado esa cuestión. Si no estoy con ellos, ¿puedo estar en contra de ellos?. Ambos conocemos la respuesta.

Baglioni frunció el ceño -. He estado suficiente tiempo allí para saber cómo se actúa. En éste caso no puedo mirar hacia otro lado; lo que tengo aquí delante me preocupa.

- Y dígame, ¿qué es lo ve?.

El rostro de nuestro señor Jesucristo cuando era un joven de dieciocho años, estuvo tentado a responder -. Veo a un joven confundido más que asustado.

- Usted lo ha dicho. He dejado de ser Paolo para convertirme en un fugitivo que huye de sí mismo. ¿Se hace una idea de lo que es asumir todo lo que me está pasando sin perder el juicio?.

Baglioni, conmovido le palmeó la espalda -. Vamos a encontrar una solución a todo esto. Lo primero y fundamental es buscar un lugar seguro; éste no lo es por la cantidad de gente que pasa por aquí. Lo segundo es ponerme en contacto con el cardenal D'Angelo y conocer sus intenciones.

- Es fácil deducirlas. Si esto saliera a la luz pública todos reprobarían lo que ha hecho; un destacado miembro de la iglesia, un cardenal amparando una clonación

humana, sería el mayor escándalo que le haya tocado vivir. Por eso me busca, para eliminar la prueba condenatoria.

Baglioni sabía que todo aquello era cierto y se le hizo un nudo en la garganta. Una vez más, el débil era amenazado por el poderoso.

_ Déjame que consulte con la almohada _ le dijo por respuesta.

ADVOCATUS DIABOLI

A la mañana siguiente, como siempre, llegué tarde al officium pero para mi sorpresa estaba vacío; después de estar un buen rato esperando salí en busca de Lafcadio pero ningún monje lo había visto. Su habitación estaba vacía y sus escasas pertenencias personales seguían en su sitio. Entonces decidí hablar con el abad Richard y comunicarle su desaparición.

_ He mirado en la biblioteca y en el scriptorium, en la iglesia y en la capilla y nadie lo ha visto.

_ ¿Le habéis preguntado al portero?.

Y efectivamente, el portero supo darnos una respuesta.

_ Lafcadio se fue al amanecer cuando rayaba el alba; simplemente me ha dicho que estaría de vuelta muy pronto.

El abad se encogió de hombros.

_ ¿No os contó nada más? _ me preguntó.

_ En absoluto, desconozco a dónde ha podido ir.

_ Entonces esperaremos a que regrese.

Las campanas llamaban a maitines y asistí al oficio prestando escasa atención; no acertaba a imaginarme dónde podía haber ido y he de confesar que me ofendía la poca confianza que había depositado en mí. Así, indignado con mi mentor, fui a la biblioteca con la intención de mantener la mente ocupada en otra cosa.

El archivero, con las manos manchadas de tinta seca, estaba embebido en la lectura de un libro.

- Anselmo, os tengo comparado con una hormiga pues nunca estáis parado.

El monje levantó la cabeza con expresión risueña.

- *“Trabajad, y a la vez estaréis alabando a Dios”*. Mi memoria ya no es la de antes, y ahora más que nunca debo ejercitarla.

- ¿Estáis estudiando? – pregunté señalando el libro.

- Instruyéndome – rectificó -. Ricardo de Bury, ilustre obispo de Durham, describió en su obra autobiográfica *Philobiblon* su particular manera de coleccionar libros – y con un gesto de satisfacción prosiguió – nunca es demasiado tarde ni se es demasiado viejo para hacer en la mente un hueco al conocimiento. A propósito, ¿venís a por más pergamino? – preguntó en tono burlón.

- ¿Yo? – pregunté extrañado. ¿Por qué lo decís?.

- Bueno, no os lo toméis a pecho. Como Lafcadio no ha cesado en los últimos días de pedirme más y más papel...

Contuve la pregunta que pugnaba por salir de mi boca y asentí como si comprendiera.

- Bien, ¿qué es lo que queráis de mí?.

La verdad es que ya no me interesaba el motivo. Murmuré una excusa y salí precipitadamente.

Lafcadio necesitaba papel pero, ¿para qué?. Yo me encargaba de suministrarlo para las traducciones y sabía que antes del incendio, en la mesa del escritorio aún habían algunos pliegos pero no tantos como decía Anselmo. ¿Para qué los utilizaba entonces Lafcadio?.

El hombre y sus ideas – rezongó Anselmo -. Daos cuenta del caos que ha traído consigo la introducción del telar mecánico realizando la tarea de cuatro hombres. ¿Cuántas familias han sido privadas del trabajo y arrojadas a la miseria por culpa de las máquinas?.

Anselmo y yo conversábamos brevemente tras la misa realizada antes de vísperas mientras nos encaminábamos al refectorio y me hacía partícipe de sus quejas en contra de los avances. Insistía en que todo aquello nos llevaría a la destrucción.

- ¿Os habéis parado a pensar en las consecuencias que nos traerá finalmente el invento tan alabado de la imprenta por ese tal Gutenberg? – prosiguió -. Dentro de poco desaparecerán los scriptorium y los copistas de los monasterios pues nuestro arte ya no será necesario.

- No os abruméis, tened la certeza de que nuestro trabajo es único e irremplazable – abrió la boca para replicar pero no se lo permití -. ¿Qué hubiera sido de Platón y Pitágoras, por poneros un ejemplo, si no hubieran habido hombres preocupados de preservar su conocimiento?. Ahora mismo nadie sabría siquiera que existieron y no habríamos avanzado nada en nuestro saber. Los tiempos cambian, es

cierto, pero es para mejorar lo presente – dije en tono conciliador –. Aún así, podemos decir con orgullo que los copistas somos los verdaderos arquitectos de las letras.

- No careces de razón, muchacho – afirmó con una sonrisa.

No había acabado de terminar la frase cuando se escuchó un enorme estruendo y asustados corrimos hacia la iglesia en obras de donde provenía.

El espectáculo era desolador. El andamiaje se había derrumbado y las maderas y hierros estaban esparcidos por el suelo. Aunque los artesanos no habían sufrido ningún daño puesto que a esa hora ya habían finalizado la tarea diaria, sin embargo, sí había habido una víctima: Arnulphus gemía atrapado bajo los pesados tablones que varios hombres se esforzaban por apartar.

El monje tenía una profunda herida en la cabeza de la que manaba sangre y pugnaba por hablar.

Hubert, el maestro de obras, levantó su cabeza con cuidado y la sostuvo. Yo me incliné sobre él y entonces se puso a murmurar:

- Así como estas vidrieras muestran la verdad magnificada por la belleza – dijo cogiendo mi mano con fuerza – el Ángel del Señor me revelará el verdadero rostro de Dios –. Sus ojos no me miraban sino que parecían estar cautivados contemplando una visión.

- Dichosos los que creen sin ver, porque la fe no es creer en lo que se ha visto sino creer en lo que no se ve.

- ¡Pobre viejo!, está delirando – observó Hubert.

- Yo soy la verdad y la vida; quien crea en mí...

Su voz se quebró y su pecho se agitó arriba y abajo con fuerza hasta detenerse; sus ojos quedaron abiertos en el éxtasis.

- Que su alma repose en paz – dijo el Anselmo cerrándole los ojos.

- ¿Qué haría a éstas horas aquí? – preguntó el aprendiz de vidriero, que también había acudido al escuchar el estruendo.

- No estaba bien de la cabeza y se pasaba el tiempo deambulando por la abadía – contestó Anselmo que mostraba sendos coloretes por el esfuerzo.

Pero yo ya no escuchaba nada. Mis ojos estaban fijos en aquello que Arnulphus, en el último instante de su vida, me había instado a ver.

Toda la comunidad se entristeció por el fatal accidente y aquella noche se celebró un oficio especial por el difunto.

La iglesia resplandecía bajo la luz de decenas de lamparillas y hachones que colgaban de los muros y el resplandor dorado que despedían reverberaba en el dorado

de las reliquias y crucifijos. Las vaharadas de incienso parecían seguir el ritmo de la melopea interpretada por los monjes.

- El Señor no hace distinciones entre las ovejas de su rebaño – decía el abad con el rostro compungido – y si alguna se extravía la llama con su dulce voz; si el pecador se arrepiente con sinceridad las puertas del reino están abiertas para él. Oremos para que el alma de Arnulphus encuentre la paz con Dios.

Fue enterrado en el cementerio de la abadía, junto los demás monjes.

Horas después del fatal accidente, fui hasta Tor obedeciendo un impulso. No esperaba encontrar las traducciones perdidas pero confiaba en dar con algún indicio que confirmara mis sospechas.

El primer impedimento con el que imaginaba tropezarme era la puerta pero ésta no estaba cerrada con llave como suponía sino que se batía a merced del viento que azotaba el único obstáculo existente en la colina.

La estancia en donde había estado la última y única vez estaba fría y sumida en la penumbra; encendí la yesca y prendí una lamparilla de aceite; contemplé el desorden reinante y me dije a mí mismo que si Arnulphus estuviera en poder de las traducciones éstas podrían estar escondidas en cualquier parte y jamás daría con ellas.

Sobre la vieja mesa llena de manchas había un tintero, varias plumas de punta gastada y algunos papeles en los que el monje había tomado notas aunque éstas no me revelaron nada de interés. Tanteé bajo la mesa y abrí el cajón: frascos de tinta y un manojo con varias llaves eran su contenido.

Mantuve las llaves en alto mientras recordaba las palabras del abad; había dicho que abrieron la cerradura del escritorio sin forzarla.

Un crujido me devolvió a la realidad y sentí una pesada respiración en la nuca; al girarme la áspera superficie de una piedra besó mi frente arrojándome al mundo de las tinieblas.

Cuando recuperé la conciencia mi cuerpo estaba entumecido y la sien derecha me palpitaba de dolor. Me puse en pie tambaleante limpiándome los restos de sangre y tardé un rato en recuperarme. Mientras tanto deduje que, o bien alguien me había seguido hasta allí o cuando llegué debía estar escondido en la torre y me golpeó para salir huyendo.

Decidí regresar a la abadía; sin embargo, antes quise satisfacer mi curiosidad. Me aproximé a los libros que hacía escasos días el pobre Arnulphus me había prohibido tocar; obras antiguas y valiosísimas que, tal vez, hubiera sacado de la biblioteca cuando estaba a su cargo y que Anselmo no tenía ni idea: de Tolomeo *Almagesto*, un

tratado de astrología, *Tetrabiblón* y la única versión en árabe existente de *Optica* que estudiaba la luz y sus características.

Pero lo que más me llamó la atención fueron una serie de legajos sin encuadernar; se trataba de una copia de los *Libros Herméticos*, cuya elaboración se remontaba al siglo I y contenían nada menos que las enseñanzas de Thot, el dios de la sabiduría de los egipcios.

Alquimia, magia y la filosofía y teología recogida en los tratados de *Corpus Hermeticum* ya valían todo el oro del mundo.

Pero aún había más; un vasto tratado traducido al latín que recopilaba toda la ciencia de Imhotep, visir del faraón Zoser, sabio, médico, científico, pensador, astrólogo y constructor de pirámides elevado a la categoría de semidiós por los egipcios.

A Arnulphus parecía atraerle aquél enigmático país por sus legendarios y extensos conocimientos y, en verdad, las obras que tenía ante mis ojos no tenían precio.

Ante todo dudé, ¿qué debía hacer?. ¿Entregar al abad aquella colección de saber arriesgándome a que nos fuera prohibido leerlos o compartir con Lafcadio aquellas tentadoras y reveladoras lecturas?.

A éstas alturas del relato ya me conocéis. Sí, opté por lo segundo.

Con la cabeza dolorida y una protuberancia que atestiguaba mi patético estado descendí la colina escasamente iluminada por las últimas luces.

En el patio escuché la voz de Lafcadio que hablaba con el mozo de los establos y corrí hacia él.

Mostraba el rostro sonriente y reparé en su alivio. Lo que quiera que hubiese hecho le había quitado un gran peso.

- Antes de que me abordes a preguntas te diré que en ocasiones, la mentira es una de las obligaciones más dignas.

- Pero magíster, ¿qué estáis tramando?.

- Lo siento, Thomas. No puedo explicarte más – contestó con firmeza.

- Pero, si no me habéis dicho nada. Sólo se que os habéis ausentado de la abadía no se por qué extraño motivo – protesté – al menos, podíais haberme dejado acompañaros. ¿Nooo? – proferí con incredulidad observando su negativa con la cabeza.

- Thomas, entonces hubiéramos levantado sospechas – manifestó.

- Está bien – contesté encogiéndome de hombros como si no me importara demasiado – Si consideráis que debéis dejarme a un lado...

- Es lo mejor – aseguró con firmeza_. ¿De dónde vienes? – y al contemplar la hinchazón suavizó el tono de voz –, ¿acaso has sufrido un accidente?.

- Si bien mi aspecto puede calificarse de accidentado que le aplasten a uno una piedra

contra el cráneo es más bien propósito de maldad – contesté en tono sardónico.

- ¿Qué llevas ahí? – preguntó extrañado observando el fardo.

Aparté la tela marrón que envolvía los volúmenes y se los mostré.

- ¿De dónde los has sacado? – preguntó alarmado.

- Estaban en Tor, en la colina - repliqué.

Con una rápida ojeada me aseguré que no había nadie a nuestro alrededor y le expliqué lo sucedido finalizando con énfasis:

- Me golpearon y se llevaron las llaves. Estoy convencido de que fueron esas las que utilizaron para abrir el armario y robar las traducciones – aseveré.

Lafcadio asintió levemente.

- El portero me ha informado de la muerte de Arnulphus – dijo expresando la asociación de ideas en voz alta, con una mezcla de compasión y tristeza –. ¿Cómo se te ha ocurrido ir allí?.

- Desde el principio creí que Arnulphus tenía algo que ver pero ésta tarde me han sacado de dudas. La persona que me ha golpeado es la misma que posee las traducciones – y bajando aún más la voz susurré –. Necesito hablaros con urgencia. Tengo probadas sospechas de quién puede ser el autor de los robos.

- Más tarde. Aquí no es seguro – respondió.

Mientras abandonábamos el patio me dijo:

_ He de hablar con el abad y mañana le explicaremos lo de las llaves _ y me dio una palmada en el hombro_. Da gracias a Dios, Thomas, porque todo ha salido según mis esperanzas _ dijo por último.

Un suspiro de alivio salió de mi boca.

A lo lejos se escucharon sonidos de cascos de caballos. ¿Más invitados en la abadía?. En absoluto: eran los sirvientes personales del secretario del cardenal. Un temor invadió mi corazón; ¿acaso no parecían haber ido tras él o eran sólo imaginaciones mías?.

Lafcadio miró nerviosamente a su alrededor y su rostro se ensombreció instantáneamente.

_ Tengo la certeza de que nos están vigilando.

_ ¿Os los habéis tropezado por el camino?.

Lafcadio lo negó.

_ No los he visto pero creo que me han seguido.

_ Apuesto a que sí. Ésta mañana observé la turbación de Teobaldo cuando se enteró de que habíais salido.

- Confieso que no pensé en ello aunque imagino su enfado.

- Ese hombre no sabe ocultar sus emociones y os aseguro que no le hizo ninguna gracia vuestra escapada.

_ Ahora todo está en manos de Dios – murmuró agotado.

Un monje me lavó la herida y me advirtió que el moratón sólo se iría con los días. Para la hinchazón me puso un emplasto de manteca y me sugirió que no me lo quitara en toda la noche.

Decidí no asistir al resto de los oficios y regresé a mi celda ideando una excusa que justificara mi entrada en Tor.

Era entrada la noche. Había conseguido adormecerme a pesar del dolor de cabeza cuando sentí que alguien abría la puerta. Me incorporé dolorosamente y distinguí a Lafcadio

- Y bien, ¿me vas a mostrar las maravillas que dices haber hallado?.

Una pícara sonrisa se dibujó en mi rostro y salté del lecho. Al cabo de unos instantes ambos estábamos inclinados sobre el tablero revisando los pergaminos.

- ¡Increíble! – aclamó él –. Jamás imaginé tener la oportunidad de acceder a los *Libros Herméticos*.

- Ya veis cuál fue mi sorpresa. No podía dejarlos allí, entre aquellas ruinas.

- Yo hubiera hecho lo mismo; sin embargo el abad debe ser informado de que la torre contiene libros que pertenecen a la abadía.

- ¿Y pensáis entregarles éstos? – le espeté poniendo la mano sobre ellos en un intento de protegerlos. Aprovechando su indecisión continué –. Vos no desconocéis que aquí se habla de ritos ancestrales, magia negra y alquimia, materias prohibidas y perseguidas por la iglesia. ¿Creéis que el abad nos permitirá su estudio?.

- Nunca – sentenció –. Entrarán a formar parte de una extensa colección de libros proscritos y condenados por el Santo Ministerio.

- ¿No podríamos retrasar su condena? – supliqué.

Lafcadio exhaló un profundo suspiro.

- Desde que llegué a Glastonbury he sido testigo de las impías memorias de José de Arimatea, mi fe en la iglesia es tan débil como una cáscara de nuez en el

océano, he mentido y ahora oculto libros prohibidos. Y esto no es todo lo que me preocupa, me pregunto: ¿qué será lo próximo que me verá obligado a hacer?.

Habían pasado dos días cuando Shannon se acercó a Casa Nova y preguntó por Paolo; le había extrañado no saber nada de él aunque se imaginó lo que debía estar pasando. Él le invitó a entrar.

- ¿Cómo estás? – le preguntó ella al tiempo que se saludaban.

- Ya puedes imaginarte. No me atrevo a salir y aquí dentro me estoy volviendo loco.

- Pero, ¿hasta cuando piensas seguir así?.

- El padre Baglioni está intentando ayudarme.

- Cuando termine todo, ¿me permitirás que lo utilice como material para mi próxima novela?. Te aseguro que compartiré el éxito contigo -. Paolo rió con ganas – Bueno, piénsalo. No he venido para eso. En realidad, venía a ofrecerte mi apartamento.

- ¿Tu apartamento? – repitió con estupefacción.

- Claro, no pretenderás quedarte aquí encerrado hasta que todo se resuelva. Terminarás por volverte completamente loco.

- Te lo agradezco sinceramente pero no puedo aceptar.

_ ¿Y eso por qué?, ¿no te sentirías cómodo conmigo? -.

En ese instante llamaron a la puerta.

- Creo que sé exactamente cómo podemos enfrentarnos a ellos. Vale la pena intentarlo -. Baglioni entró como una tromba en la habitación eufórico y nervioso y se quedó desconcertado cuando vio a Shannon_. Lo siento, no sabía que tenías compañía.

- Es una buena amiga mía. Shannon, te presento al padre Baglioni, ya te he hablado de él -. Ella le tendió la mano y se saludaron.

- Estoy intentando convencerle para que acepte a venir a mi apartamento hasta que todo esto se solucione.

Baglioni intercambió una mirada significativa con Paolo y él le aclaró:

- Ella conoce un poco mi situación aunque no toda; no quiero implicarla también.

- A mí me parece una buena idea. Estarás más seguro y no será por mucho tiempo.

- ¿Cómo puede saberlo?.

- Sé exactamente qué arma podemos utilizar. De momento, creo que sería conveniente que consideraras la invitación de tu amiga, si lo crees oportuno, claro.

Mucho más animado, a la mañana siguiente se despidió del franciscano que estaba en recepción y tomó un taxi que le llevó al apartamento; desde ese momento se

instalaría allí hasta que se resolvieran los problemas. Así lo habían decidido la tarde anterior; monseñor le había hecho ver que, ya que debía ocultarse, ese era el mejor lugar y la insistencia de ella por su parte le convenció de que su ofrecimiento era sincero.

A primera hora de la tarde Baglioni fue a verlo. Shannon, consciente de sus deseos de hablar con él, murmuró una excusa y salió a la calle.

_ Tengo la solución _. Paolo ,con el corazón en un puño, le pidió que se explicara _. Estamos perdidos a menos que tengamos algo con lo que luchar o negociar, algo con lo que ejercer presión – dijo sentándose frente a él -. He estado recopilando datos que pueden sernos útiles.

La expresión de Paolo se tornó divertida -. ¿Está sugiriendo algún tipo de chantaje, monseñor?.

_ Así es; puede que no sepa ni lo que estoy diciendo pero escucha, ésta es la primera vez en mi vida que rompo el voto de obediencia porque creo que merece la pena: Trabajando en los archivos descubrí un palimpsesto, esto es, un pergamino que había sido anteriormente borrado y utilizado para escribir de nuevo. Por medio de los rayos ultravioletas pude leer su primitiva caligrafía que era un texto escrito en latín medieval pero para mi sorpresa su contenido no era nada insignificante; este texto escrito por la propia mano del Papa Gregorio XIII hacía alusión al testimonio de un hombre que custodiaba un manuscrito escrito por José de Arimatea en el que se contaban entre otras cosas la única verdad respecto a Jesús. Este testimonio fue dividido en tres partes para su traducción y a mí me correspondió la primera.

- ¿En eso trabajaba cuando D'Angelo se libró de usted?.

- Exactamente. Dividieron su contenido para que ninguno de nosotros conociéramos toda la información y nos separaron para evitar que de algún modo la intercambiáramos.

- ¿Y cómo cree que lo que me ha contado puede ayudarme?.

_ Verás, – dijo entrelazando los dedos – me consta, porque personalmente lo he averiguado, que se ha constituido un grupo para resolver la clave bajo la que se oculta en algún lugar, el manuscrito de Arimatea. Hace exactamente seis días su eminencia Lorenzo D'Angelo se ha puesto en contacto con un experto en criptografía y según mi informador, al que le concedo la máxima credibilidad, se ha creado una comisión de investigación destinada a buscar el manuscrito al que hace referencia “mi” palimpsesto. Imagínate lo que lograría: si las revelaciones estuvieran dentro de los cánones de la iglesia él cosechará el triunfo para sí mismo y si no fuera conveniente ventilar el contenido habrá hecho un enorme favor a la iglesia, preservándola de aquello

que puede dañarla. En ambos casos lo catapultará como futuro Papa, algo que ya casi tiene en sus manos.

_ Perdone, monseñor pero ¿cómo podremos nosotros acceder a la información, es decir, a la clave que oculta el manuscrito y que sólo ellos poseen?.

Monseñor abrió la cartera de cuero negra y puso sobre la mesa el facsímil.

_ Aunque me avergüenza confesarlo ésta fue mi despedida del cardenal.

Paolo abrió desmesuradamente los ojos.

_ Thomas de Dubh-Linn, por lo visto, cuenta toda su vida en el manuscrito. Aunque a mí me ha correspondido la primera parte, estoy convencido de que la clave se menciona aquí, al principio.

_ Monseñor, ¿se da cuenta de que posee una información devastadora?.

_ Ya lo creo, amigo mío, y tú y yo vamos a sacarle el máximo partido _ . Y continuó - Me

preguntaste como puede ayudarte todo esto. Pues bien, ¿qué te imaginarías que pasara si fuéramos nosotros los que encontráramos el dichoso manuscrito?.

Paolo se quedó silencioso durante unos segundos mirando fijamente los ojos de su amigo. Después se levanto y comenzó a caminar por la habitación; se paró frente al balcón y abrió las puertas de par en par dejando que el aire fresco penetrara en la habitación.

_ ¿Qué me dices?, ¿no te parece que por lo menos podemos intentarlo?. Ya sé que la idea parece descabellada en un principio pero créeme, tenemos una oportunidad, sabemos tanto como ellos y eso ya es mucho.

_ La verdad es que me deja sin palabras; todas estas intrigas sobre un manuscrito y su misteriosa ubicación... No creí que esto sucediera en la vida real.

_ Supongo que habrás oído hablar del Cardenal Ratzinger y de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Paolo asintió _ . Nos hablaron de ella en el seminario. Está concebida para actuar contra las distintas corrientes, doctrinas o filosofías que surjan y que puedan, de alguna manera, perjudicar los dogmas y tradiciones de la iglesia.

_ Exactamente, sustituye al antiguo Tribunal de la Santa Inquisición; es, por así decirlo, la versión moderada de este. Se envió una comisión, por ejemplo, cuando se descubrieron los rollos del mar muerto. Lo que quiero decirte es que, al margen de lo que tú y yo conocemos, suceden a diario cosas que ponen en entredicho la fiabilidad de la iglesia cristiana y por una vez tú y yo vamos a jugar en el bando contrario. Bien,

vamos a empezar a reunir los pocos datos que tenemos. La única referencia al posible paradero del manuscrito, a saber, nos la da el propio autor. Según eso...

_ Disculpe, monseñor, pero si lo había ocultado para que nadie supiera dónde estaba, ¿por qué iba a dar la clave?, ¿no es más probable que proporcionara una pista falsa, una mentira para despistar y proteger su secreto?.

_ No debes olvidar que pretendía preservarlo de su destrucción no hacerlo desaparecer para siempre. Además, es lo único que tenemos; como ellos, tendremos que empezar por ahí _. Él estuvo conforme y monseñor continuó _. Según la información el manuscrito estaría escondido en un lugar que se oculta bajo ésta clave._ Y cogiendo su cuaderno escribió:

“He confiado mis pensamientos a la Señora,
ella sabe guardar un secreto
mejor que un amigo,
y al soportar la carga
aviva mi esperanza”.

AADGIPR

_ ¿Qué demonios significa?. Son letras sin ningún sentido.

_ Éstas letras son el meollo del enigma; estoy convencido de que aquí se menciona el lugar. Me he pasado toda la noche intentando construir alguna palabra con ellas pero no se me ha ocurrido ninguna. ¿Qué opinas del resto?.

_ Es necesario averiguar a qué “Señora” hace referencia.

Shannon debía haber llegado pues se escuchaba ruido en la cocina.

_ Inténtalo tú, quizás tengas más suerte. Yo por mi parte seguiré trabajando en ello y mañana compararemos notas. ¿Te parece?.

_ No tenías por qué haberte ido. Pensaba haberlo pasado a mi cuarto para hablar
_ le dijo una vez que se hubo marchado.

_ No importa, tenía que salir de todos modos. ¿Qué pasa?, parece preocupado.

_ Shannon, ¿tienes tiempo para resolver un pasatiempo?.

QUOD NIMIUM EST, FUGITO

Aquella mañana, cuando Lafcadio entró en el officium yo ya llevaba esperándole un buen rato.

- Magíster, necesito hablaros con urgencia.

- Siéntate, Thomas, y escúchame con atención – dijo con voz queda sin poder disimular la tensión en su rostro.

Obedecí sorprendido por la urgencia de su solicitud y temí que el abad se hubiera enterado de alguna forma de la posesión de los papiros.

- Hay algo que he descubierto y necesito compartir contigo pues es demasiado para un sólo hombre –. El tono de su voz era suave, tan suave como si su mente estuviera absorta en algún lugar lejano del universo.

Me removí incómodo en el asiento temeroso de lo que iba a escuchar. Desde fuera me llegaron los sonidos habituales: el golpe de las puertas al cerrarse, las voces amortiguadas de los que trabajaban la tierra y el canto de un mirlo en los arbustos.

- El mismo día que me encomendaron la traducción del manuscrito, cuando se lo devolví al abad para que lo guardara, no le di el trozo de tela en el que iba envuelto a propósito. Como no lo reclamó me lo quedé yo mismo puesto que para mí tenía un gran valor ya que durante siglos había protegido las palabras de un santo. No he vuelto a acordarme de él hasta anoche; cuando te vi con aquél paño en el que habías ocultado los pergaminos me hiciste pensar en algo. A solas en mi celda desplegué el lienzo y no puedo describirte lo que vi en él.

Había finalizado con un temblor en la voz.

Me incorporé estupefacto, con las manos cubiertas por un sudor frío, sin poder adivinar la siguiente revelación.

- ¿No imaginas de lo que estoy hablando?

Con una extraña voz que jamás le había escuchando antes me dijo:

- Ven a mi celda y tú también podrás ver el sudario con el rostro y cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

Recuerdo haber recorrido como en un sueño las escaleras y el corredor que llevaba a las habitaciones. Las voces, los sonidos de mis propios pasos quedaban apagados por las palabras de Lafcadio que resonaban en mi mente.

Mi preceptor hurgó bajo el jergón de paja y sacó el lienzo extendiéndolo sobre la cama.

Me quedé mirando aquél trozo de tela y por un momento se me pasó por la mente que había perdido el juicio; yo sólo veía un tejido con manchas.

Entonces me cogió del brazo y me empujó hacia atrás.

Aún hoy, después de haber transcurrido tantos años, mi vello se eriza al recordarlo.

En el sudario de lino, juro por Dios, se distinguía la figura desnuda de un hombre con los brazos cruzados sobre el vientre en actitud durmiente. El cabello largo hasta los hombros enmarcaba el rostro; también se veían con detalle la línea de las cejas y los pómulos prominentes, la nariz recta y una barba espesa. En el rostro se distinguía una serena expresión.

Me arrodillé sin poder apartar la mirada y por vez primera en mi vida recé, con auténtica devoción, una oración.

Lafcadio se apresuró a guardar de nuevo el lienzo bajo el jergón.

- Volvamos al gabinete antes de que nos echen en falta.

_ El rostro con esa expresión... tal como relata José que curaron a Jesús _ le dije tras recuperar el habla _. No tengo ninguna duda magíster, Él no murió en la cruz como nos han hecho creer durante siglos.

Estábamos de nuevo en el estudio y hablábamos casi en murmullos.

_ Yo tampoco tengo ninguna duda. He tenido en mis manos el testimonio de José de Arimatea y sorprendentemente ha acabado con todas mis creencias.

_ Entonces, ¿la sábana santa que se halla en Italia no es la auténtica? – pregunté ensimismado en mis propios pensamientos.

El se encogió de hombros.

- Ya sabes que la mayoría de los objetos sagrados son falsas reliquias. ¿Cuántos clavos de la cruz proclaman las iglesias de todo el mundo poseer?. Yo no he visto la Sábana Santa pero ésta sí y la preservaré con mi vida si es necesario.

- Podéis contar conmigo, magíster.

_ Lo más importante de todo es que esto sólo hace corroborar lo que cuenta José acerca de la recuperación de Jesús tras la crucifixión. Thomas, tenemos en nuestro poder una de las mayores pruebas, reales y tangibles, de la supervivencia de Jesús cuando todos le tomaron por muerto y, por supuesto, con esto queda demostrada la autenticidad de todo lo que se cuenta en el manuscrito_. De tan sólo pensarlo se me puso la piel de gallina_. Esto da un nuevo giro al asunto; imagínate que se declara otro incendio y destruye la reliquia -. Y agitó la mano como queriendo desprenderse de aquellos pensamientos -. No podemos arriesgarnos, hemos de guardarla en un lugar seguro.

- ¿Dónde?, ¿aquí en la abadía?

- Apenas puedo pensar ahora – titubeó Lafcadio –, pero éste no es el lugar idóneo.

Unas delgadas líneas invadieron su frente y su boca se contrajo en un rictus de disgusto; hundió la cabeza en sus manos y durante un rato se perdió en el torbellino de sus pensamientos. Yo lo miraba desde el otro extremo del tablero; parecía estar librando una batalla consigo mismo.

Durante un rato observé a los campesinos y sirvientes legos, empequeñecidos como hormigas, trabajando en el campo.

- Debemos pensar en nuestra situación, Thomas _ dijo por fin.

Lafcadio rodeó la mesa y se sentó a mi lado.

- Lo que en un principio parecía ser una tarea instructiva y emocionante se ha convertido en el principal motivo de controversia entre aquellos que se califican a sí mismos como cristianos. Hemos oído claramente que nunca permitirán que el mensaje de José sea conocido; es más, estoy seguro de que ni siquiera desean que finalicemos la traducción.

- Pero el cardenal se pronunció al respecto; ya oísteis que su voluntad es tener conocimiento de todo lo que está escrito.

- Sí, pero el cardenal no está aquí y de todos modos, ¿quién puede asegurarnos que esas son sus verdaderas intenciones?.

- ¿Y qué creéis que van a hacer para impedirnoslo?.

No contestó pero vi la respuesta reflejada en sus ojos.

- Thomas, todo esto es muy grave y el mensaje demasiado valioso como para que sea destruido. ¡Les guste o no son los auténticos hechos!-. Clamó irritado.

- Pero, ¿qué podemos hacer nosotros en contra de la voluntad de hombres tan poderosos?.

- Tomar el único camino que nos dejan – contestó resueltamente -. Debemos huir de Glastonbury.

- Huir – repetí como en trance –, huir como proscritos.

- Así es – afirmó Lafcadio tristemente – y cuanto antes. Tenemos que pensar como hacerlo; cuando se percaten de nuestra huida Teobaldo mandará a alguien en nuestra busca y aunque no quiera ni pensarlo, existe la posibilidad de que nos apresen – y añadió con frustración -. Desde el principio Teobaldo Berthelot no ha sido más que un espía camuflado bajo una falsa excusa para conocer el contenido de un manuscrito hallado en la célebre abadía de Glastonbury. Su cometido es poner al día de los

descubrimientos al cardenal Wolsey, la misión del cardenal informar del resultado a su majestad el rey Enrique.

Abrí los ojos con desmesura al oír pronunciar el nombre del rey.

- ¿Vos así lo creéis? – pregunté sorprendido ante mi propia ingenuidad_.
¿Entonces es él quien robó las traducciones?.

- Eso lo desconozco pero lo que está claro es que el testimonio de José puede otorgar o quitar el poder según en qué manos caiga y cómo sea utilizado. Cuando finalice la traducción Teobaldo se lo arrebatará a la abadía para que otros decidan qué hacer con él. Mucho me temo que no nos ayuda mucho estar al tanto de su contenido.

Guardé silencio unos instantes hasta que me atreví a formular una duda en voz alta.

- ¿Estáis sugiriendo que cuando finalicéis se desharán de nosotros?.

Primero asintió y seguidamente lo afirmó con palabras.

- Sí, sin duda lo intentarán. Eso, si aún permaneciéramos aquí.

Respiré hondo sin querer imaginarme que podría suceder.

- ¿Creéis que el abad está enterado de algo de esto?.

- Richard Whiting es un anciano al que la edad le ha restado claridad mental; mucho me temo que no está enterado de la mitad de lo que pasa en su abadía y está siendo guiado hábilmente por Teobaldo.

- ¿Entonces cuáles son vuestras intenciones con respecto al manuscrito?, ¿lo abandonaréis para que otros continúen con vuestra tarea inacabada?.

Mi preceptor se irguió en toda su estatura.

- Afortunadamente, Thomas, yo ya no poseo el manuscrito.

El abad acompañado por el avisado Huginus escuchaba mis explicaciones; habían irrumpido en el gabinete en el justo momento en que Lafcadio me sorprendía por segunda vez aquél mismo día.

Por supuesto no les dije que había ido a Tor a causa de un presentimiento mío sino por mero interés en visitar un lugar sagrado. Cuando mencioné lo del fajo de llaves el prior me interrumpió.

- ¡Alabado sea Dios! – exclamó.

- ¿Qué ocurre? – le preguntó Lafcadio.

- Ahora me viene a la memoria que Arnulphus, como archivero, también poseía copia de las llaves, de las del archivo y la biblioteca. Y durante todo éste tiempo ninguno de nosotros hemos reparado en éste detalle.

_ Así pues – prosiguió el abad siguiendo la consecuencia lógica de sus pensamientos – eso explicaría lo del robo. Arnulphus conocía todas las dependencias y tenía en su poder las llaves.

No estaba dispuesto a que se zanjara la cuestión tan rápidamente. Había sido agredido y no era el difunto Arnulphus el que lo había hecho.

- Lamento contradeciros, su excelencia. Estoy absolutamente convencido de que la persona que me golpeó en la torre es la autora de las felonías y quiso que halláramos las llaves para así poder inculpar a Arnulphus.

- Estoy de acuerdo con Thomas – determinó Lafcadio -. De no ser así ¿qué otro motivo existiría para que lo atacaran?.

El prior abrió la boca para replicar pero la cerró sin que las palabras acudieran en su ayuda.

Cuando por fin nos quedamos a solas apenas pude contenerme a que se cerrara la puerta.

- Lafcadio – dije llamándole por primera vez por su nombre – ¿podéis continuar con lo que estabais diciendo?.

Supongo que percibió el tono recriminatorio con el que le hablaba pues esbozó una leve sonrisa y contestó:

- Guarda tu enfado para quien lo merezca, Thomas. Mi única intención es protegerte.

Entonces me relató su aventura.

Durante toda la tarde estuvieron alrededor de la mesa del salón intentando resolver el enigma. Paolo apuntó que la secuencia estaba ordenada por orden alfabético y a ella se le ocurrió la idea de escribir cada letra en un papel y recortarla y así, por separado, ir combinándolas intentando formar algo con sentido. Era de lógica que fuese una palabra o nombre escrito en latín, lengua utilizada en el manuscrito. Por muchas composiciones que hicieron no obtuvieron nada con sentido.

Casi al anochecer hicieron una parada para tomar algo de comer; Shannon preparó unos bocadillos con pan de pita y se sentaron en la cocina.

_ No es por nada Paolo pero, ¿qué le parece a monseñor que me cuentes esto?.

_ En realidad no se lo he consultado aunque él tampoco me ha comentado nada al respecto.

Paolo se quitó el reloj y le dio vueltas entre sus dedos mientras ella preparaba café. Les aguardaba una larga noche.

De pronto se levantó y corrió al salón; cuando ella fue a ver qué le ocurría estaba escribiendo.

_ ¿Qué pasa?.

_ Mira , se me ha ocurrido que podemos formar no sólo una palabra sino varias, por ejemplo, *DAGA*; en bajo latín conserva el mismo significado_. Quitó la *A* y la *G* y le quedó *AD*_. Aquí tenemos otra; en latín es una preposición que denota proximidad o encarecimiento y, por supuesto, también podemos encontrar el tan conocido *RIP*: *Requiescat in pace*. ¿Qué te parece?.

_ Tienes razón, no se me había ocurrido pero siendo así tenemos varias palabras aunque ninguna nos dice nada en cuestión. ¿Cómo vamos a adivinar el lugar donde ocultaron un manuscrito basándonos por ejemplo, en *RIP*?.

Él se removió el pelo con las manos desalentado.

_ Me parece que con esto no vamos a llegar a ningún sitio.

Paolo dormía echado en el sofá cuando ella le llamó; él se despertó sobresaltado.

_ No te lo vas a creer pero he encontrado algo y estoy segura de que no es ninguna coincidencia.

Miró las cartulinas blancas y redondeadas, que parecían runas, destacando sobre la mesa.

_ ¿Padraig?. No es latín. ¿Tiene algún significado para ti?_. No esperaba respuesta pero su contestación le dejó atónito.

_ Ya lo creo. Padraig es la forma en la que los irlandeses llamaban a san Patricio, cristianizador de Irlanda.

Ahora, totalmente despierto, escuchaba con atención lo que le contaba.

_ Patricio era británico, hijo de un soldado romano; nació en la primera mitad del siglo I y cuando apenas era un muchacho lo secuestraron unos piratas para venderlo después como esclavo en Irlanda. Escapó de forma casi milagrosa de sus captores y a partir de ahí se le identificó con la iglesia cristiana presentándolo como su fundador en mi país. Esto fue algo muy típico de la iglesia en sus primeros tiempos: coger a personajes notorios e influyentes, en éste caso un asceta celta, y tras suprimir lo que no les convenía es convertido en un santo de la iglesia cristiana.

_ ¿Padraig es san Patricio?. Si estás en lo cierto y la clave es ese nombre entonces debe referirse a un lugar, a una estatua o a una iglesia consagrada a ese santo; eso no es muy alentador que digamos.

Mientras hablaba ella se había conectado a Internet y tecleaba con rapidez.

_ Padraig es el patrón de Irlanda; conozco la catedral de san Patricio que hay en Dublín; las iglesias siempre han sido lugares ideales para ocultar un secreto y si ese secreto es perjudicial para el cristianismo más aún. Al contrario que los edificios privados están vigiladas y a salvo del vandalismo; éstos construcciones, muchas levantadas durante la Edad Media, permanecen inalterables hasta nuestros días. Es mucho lo que se habla sobre documentos o tesoros que las distintas fraternidades escondieron en las iglesias y que hoy en día se siguen buscando_. Y seguidamente se le iluminó el rostro con una sonrisa._ ¿Sabes cuantas iglesias de san Patricio hay?

_ Imagino que muchas repartidas por todo el mundo.

A Shannon se le dibujó la satisfacción en la cara.

_ Tres.

_ No puede ser, es demasiado sencillo.

_ Una en Estados Unidos, en Nueva York. Otra en Dublín, la capital de Irlanda y la última en Lorca, una pequeña ciudad de España.

_ Esto facilita muchísimo las cosas. Siendo así cada vez me parece más creíble toda ésta historia. Parece que estamos sobre la pista correcta.

_ Y todavía mejor. Según el año de construcción de las iglesias hay una que queda eliminada ya que tuvo su inicio en el siglo XIX. Nada menos que la de Nueva York.

_ Eso es perfecto; es la que está más lejos.

_ Entre las otras dos hay trescientos años de diferencia. La catedral de san Patricio en Dublín se fundó en 1.220; la de España en 1.534.

Cuando monseñor vio a Paolo al día siguiente le sorprendió gratamente su estado de ánimo.

_ Adivino por tu cara que has averiguado algo _. Se dejó caer en el sofá y resopló recobrando el aliento _. Yo no. Cuéntame.

_ Espero que no le importe. Le he pedido ayuda a Shannon.

Baglioni negó con la cabeza y Paolo le puso rápidamente al tanto.

_ Parece ser cosa del cielo. No te he mencionado nada de su autor pero él cuenta al principio que nació en Irlanda.

A Paolo no le sorprendió en absoluto.

_ También hemos estado pensando en el significado de esas palabras y ambos estamos de acuerdo en que la "Señora" puede hacer alusión a cualquier talla, pintura o representación femenina.

_ Viéndolo de esa forma todo cobra sentido, así pues, muchacho, pongámonos manos a la obra sin perder ni un segundo. Creo que tenemos claro en dónde debemos buscar.

_ En la de Irlanda _ dijeron los dos al unísono.

_ ¿Que os vais a Dublín?, ¿cuándo?.

_ Monseñor ha ido ahora mismo para conseguir los pasajes cuanto antes.

_ Es increíble; parece el argumento de una novela.

_ A propósito de eso, le he contado cómo me has ayudado y ambos estamos de acuerdo en que deberías venir con nosotros.

_ ¿Yo? _ repitió ella halagada en lo más hondo _ ¿por qué?.

_ Pues verás, eres escritora, tu trabajo consiste en pensar, en imaginar, en idear personajes, conversaciones y situaciones que a otra persona le sería difícil de hacer; tres personas ven más que dos y sinceramente pienso que tienes una mente abierta al contrario que nosotros.

_ Sinceramente, me encantará ayudaros en algo tan importante a pesar de que tengo un compromiso con mi editor.

_ No te preocupes por eso; hallar el manuscrito, para bien o para mal ha de ser cuestión de días. De no ser así tendré que plantearme seriamente desaparecer del mapa.

SUPER OMNIA VINCENT VERITAS

La noche del incendio lo hizo decidirse. La idea había surgido tras escuchar las intenciones de Teobaldo con respecto al manuscrito; la iglesia podía ser aniquilada si aquellos escritos llegaran a tener voz, por eso, cualquier cosa que hiciera estaría justificada puesto que actuaba en nombre de Dios y contra los herejes. Así era como pensaba el secretario del cardenal. Lafcadio decidió tomar parte y aunque no podía oponerse abiertamente a él puesto que era un simple monje si podría aprovechar las ventajas que tenía como traductor. Desde hacía varios días lo que el prelado guardaba con tanto celo no era sino una mera falsificación pues, alternando con la tarea de traducción y dado que nadie vigilaba su trabajo de cerca, había ido elaborando poco a poco una copia más o menos fiel del manuscrito. Ni yo mismo me había percatado de ello puesto que Lafcadio sólo me necesitaba a ratos. Cuando hubo finalizado la copia envejeció los pergaminos con una mezcla de polvo, aceite y salmuera dándoles un envejecido aspecto realista. Su primera idea era la de sustituir el original cuando hubiera finalizado el trabajo pero el incendio le hizo reconsiderar la cuestión. Aquella noche recordó que el peregrino Philibert había partido la tarde anterior para París y se dijo que si se daba prisa aún podría alcanzarle. Efectivamente le dio alcance en el camino que conducía a Londres y sin rodeos le expuso la singular petición que el caballero aceptó tras ser firmemente convencido de que aquél acto supondría que algún día las auténticas enseñanzas de Jesús fueran conocidas -. Ponedlo a salvo en algún lugar lejos de Inglaterra - le dijo Lafcadio entregándoselo. El caballero le dio su palabra de que así lo haría y que ya buscaría la manera de comunicarle el paradero.

- ¿Y porqué me habéis ocultado todo esto? - pregunté aún reticente.

- Porque si no hubiera dado con Philibert, yo mismo lo habría escondido en cualquier parte y tú te habrías visto involucrado en ello.

- ¿Más de lo que estoy? - argüí arqueando una ceja.

Lafcadio eludió el comentario.

- De éste modo, no teniendo conocimiento alguno nunca conseguirían que les dijeras donde se halla, en el caso, Dios no lo permita, de que llegaran a interrogarte.

- No estoy seguro – repliqué con sarcasmo – He oído decir que las torturas realizadas en la Torre de Londres hacen hablar hasta a un mudo.

Transcurrieron unos minutos en silencio hasta que logré asimilar la nueva situación. Entonces recordé un asunto olvidado.

- Hay algo que os intento contar desde ayer – le dije -. Creo haber hallado firmes indicios de quién puede estar tras el robo de las traducciones.

Ahora fui yo quien le sorprendió. Inspiró con fuerza aguardando una nueva revelación.

- Veréis – comencé -. En un primer momento el manuscrito y más tarde las traducciones fueron arrebatadas de un lugar cerrado bajo llave, llave que ahora sabemos que poseen tres personas: El abad, el prior Huginus y un viejo monje con la cabeza perdida que conocía palmo a palmo el monasterio. De éstas tres personas las dos primeras están libres de sospecha; aparentemente no tienen ningún motivo para cometer el robo.

Lafcadio inclinó la cabeza en señal de conformidad.

- El único que podría tener alguna razón dada su locura era el viejo Arnulphus que como pude comprobar muchas veces entraba y salía cuando le venía en gana.

- Eso es, y dado su deseo de venganza contra la comunidad robó el manuscrito y más tarde las traducciones con el simple deseo de perturbar la paz – apuntó.

- Eso es lo que pensaba hasta ayer mismo. Cuando ocurrió el fatal accidente en la iglesia Arnulphus intentó decirme algo que me había pasado totalmente inadvertido.

- ¿De qué se trataba? - preguntó animándome a proseguir.

- Cuando acudí junto a él me apretó la mano con fuerza y pronunció éstas palabras: *“Así como éstas vidrieras muestran la verdad magnificada por la belleza...”*; alcé los ojos y comprendí a qué se refería -. Hice una pausa significativa para dar más emoción a mi relato. Ahora era yo quién lo mantenía en vilo.

- Continúa muchacho, estás logrando ponerme nervioso.

- Pues bien, como os decía, observé la vidriera. Es una representación de Glastonbury; en ella se muestra una construcción circular de madera y zarzas y techado de cañas. Unas palabras atestiguan que es la antigua iglesia de Glastonbury. ¿Comprendéis lo que os digo?.

- ¡Ya lo creo! – replicó Lafcadio poniéndose en pie de un salto -. Es la representación exacta que se narra en el manuscrito.

- Eso es. Y nadie que no haya tenido acceso a su lectura podría haber imaginado de forma casual una descripción tan similar.

Lafcadio comenzó a pasear excitado por la estancia.

- La composición de las vidrieras son encargadas previamente por el abad y realizadas posteriormente por varios artesanos.

- Ya me informé al respecto – dije interrumpiéndole –. Felicité al abad por el realismo de las vidrieras y me contestó que el mérito es de maese Hubert quién obtuvo su permiso y confianza para realizar la obra como mejor le pareciera y supo interpretar de modo exacto sus deseos.

- Voy a hablar con él y estoy decidido a que me conteste a una pregunta: ¿qué interés tiene él en el contenido del manuscrito?.

Nos encontrábamos en los jardines del claustro aprovechando unos minutos de esparcimiento y Lafcadio no podía contener su indignación.

- ¿Qué te pasa, Thomas?. ¿Por qué estás tan callado?.

Suspiré ruidosamente pensando que los sucesos de aquellos últimos días ya bastaban para preocuparme.

_ He reflexionado sobre los últimos acontecimientos y he llegado a una triste conclusión: que Arnulphus no murió por accidente.

Lafcadio asintió en silencio.

_ Sé lo que estás pensando, sin embargo, antes de acusar a Hubert tendremos que probar lo que decimos – dijo con toda la razón.

Maese Hubert daba enérgicas instrucciones a los aprendices de cómo colocar de modo correcto los armazones. Al advertir que lo observábamos vino hacia nosotros.

- ¿Deseáis algo de mí?.

- Vuestros dibujos son admirables tanto como vuestra capacidad para plasmar en el vidrio lo que está descrito con palabras.

- Os equivocáis – respondió altanero -. Mi obra en concreto no ha sido copiada de ningún modelo ni descripción escrita sino que surgió tal como la veis a partir de una concisa representación que me detalló el abad—. Su rostro, con sendos coloretos, expresaba indiferencia.

Lafcadio lo rodeó poniéndose de espaldas a él y frente a la vidriera.

- Tengo para mí que estáis mintiendo; curiosamente él mismo era, hasta hace poco, ajeno a detalles tan concretos y nadie que no haya tenido acceso a la fuente podría imaginarlos nunca con tal precisión.

Hubert no varió la expresión.

- Os vuelvo a repetir que fue el abad quien...

- El abad Richard– le interrumpí sin poder ocultar mi indignación – expresó su deseo de crear una vidriera que mostrara la primitiva comunidad de Glastonbury; en ningún modo os describió éstos detalles sobre todo porque, como bien ha dicho Lafcadio, él mismo lo desconocía.

- ¿De qué me estáis acusando? – preguntó haciéndome caso omiso y encarándose con él.

- Todos saben que se encontró un manuscrito cuyas traducciones fueron robadas; lo que desconocemos es quién lo hizo. Lo más sensato es deducir que, puesto que Arnulphus podía entrar y salir cuando le viniera en gana puesto que poseía las llaves, él fue el autor incuestionable.

- Por lo visto vos disentís de éste razonamiento.

- En absoluto – continuó Lafcadio –. Estoy totalmente de acuerdo. Fue él quién robó las traducciones pero instigado por vos.

Por fin pude advertir un titubeo en la mirada de maese Hubert que borró de inmediato.

- ¿Podéis venir un instante?.

Era Oswald, su oficial, quién le daba la oportunidad de escabullirse de nosotros.

- Un momento – le retuvo Lafcadio –. Parece que no os importe vuestro futuro.

- No creo que mi futuro dependa de vos – contestó agriamente.

- De mí no, de vuestras acciones – y aprovechando su desconcierto continuó –.

Todos sabemos que el difunto Arnulphus buscaba venganza; estaba resentido contra ésta comunidad por motivos que desconozco. Vos os aprovechasteis de esa situación. Le incitasteis para que sustrajera el manuscrito y como fue incapaz de encontrarlo os conformasteis con conseguir la traducción. Eso hicisteis vos, maese Hubert.

_ Lo que decís carece de sentido_. Su cara había ido adquiriendo paulatinamente un tinte bermellón aunque sus palabras denotaban calma_. ¿Qué motivos puede tener un maestro constructor y vidriero para robar cualquier tipo de legajos?, ¿es que no os dais cuenta de que esto no está relacionado en modo alguno con mi actividad?.

_ Me consta lo que decís que sois aunque hasta hace poco desconocía a qué dedicabais el resto del tiempo; ignoro los motivos que os llevaron a haceros dueño de algo que ni os pertenece ni os incumbe pero tened por seguro que intentaré averiguarlo.

Como todos los días, Lafcadio se hallaba en el officium inventando la supuesta traducción y a la espera de alguna noticia.

_ Magíster, ¿a que no adivináis quién quiere entrevistarse con vos? _ dije entrando como un rayo en la habitación.

Él, como siempre, aguardó tranquilamente a que continuara.

_ Maese Hubert .

_ Por fin va a confesar. ¿Qué motivo le habrá llevado a ello?.

_ Yo no estoy tan seguro; desde un principio esconde algo. Me ha dicho que cuándo queráis estará a vuestra disposición en su taller.

Efectivamente, el maestro de obras aguardaba a Lafcadio; yo me quedé a la entrada aguzando el oído a pesar de que me lo contaría todo después.

_ ¿Y bien?. Aquí me tenéis.

_ Voy a ser claro _ le dijo señalándole un taburete _. Primero, yo no asesiné a Arnulphus sino que su muerte fue un accidente; segundo, sí es cierto que me valí de él para intentar hacerme con el manuscrito.

_ ¿Haceros o sustraerlo? _ le interrumpió Lafcadio.

_ Aunque os sorprenda lo que vais a oír han sido ellos quienes me lo han arrebatado.

_ ¿Cómo se os ocurrió abusar de una mente perturbada?. Y además, ¿de qué queréis convencerme?.

_ Debéis saber que antes que nadie yo ya tenía conocimiento de un manuscrito ancestral enterrado en la vieja capilla; fue éste motivo el que me trajo hasta Glastonbury. Como ya había estado antes sabía el estado en que se encontraba y eso me sirvió de pretexto para introducirme en la abadía gracias a mi oficio y poder hacer las investigaciones a mis anchas. Pero lo que nunca imaginé, es que por un hecho fortuito el manuscrito apareciera de forma casual. Si el abad no se hubiera empeñado en que sus monjes me acompañaran yo hubiera desaparecido con él sin que nadie se hubiera enterado de nada.

_ Llevándoos una posesión de Glastonbury.

_ ¿Qué pensáis?, ¿que por que esté en sus terrenos tienen derecho a destruirlo?. Por que ese será ahora su fin.

_ Entonces debo suponer también que vos fuisteis quien prendió fuego en las estancias privadas.

_ Os precipitáis en vuestro pensamiento; desconozco quién lo hizo aunque me atrevo a afirmar que fue Teobaldo Berthelot. Escuchadme: Me he decidido a hablar con vos porque os considero distinto a ellos. Por lo que me dijisteis ayer se que os importa

mucho el manuscrito. Sois mi única esperanza; es obvio que sin Arnulphus no puedo entrar en el monasterio y registrarlo de arriba a abajo hasta dar con él pero vos tenéis la oportunidad todos los días de tenerlo durante unas horas.

_ ¿Y qué pretendéis?, ¿qué os lo entregue?.

En este punto se puso de pie y con la mayor seriedad me contestó:

_ Eso espero. Ahora me preguntaréis por qué deberíais hacerlo. Bien, yo os lo diré. Para entenderlo, lo primero de todo debéis saber quién soy: mi nombre no es Hubert; el auténtico sólo unos pocos lo conocen, el gran maestro y los demás adeptos.

_ Pertenecéis a una orden secreta. ¿Sois templario tal vez?.

_ Procedemos de una logia cuyos orígenes se remontan al antiguo Egipto.

Seres tan

excepcionales como Melquisedec, rey y sacerdote de Salem de quien se dice en el Antiguo Testamento que “aparece sin padre, sin madre y sin antepasados” y Osiris, primer rey de Egipto cuyo nombre significa “príncipe que se ha levantado de entre los muertos”, instruidos en la verdadera sabiduría y en las tradiciones secretas del antiguo Egipto, otorgaron la iniciación a ciertas personas. Entre ellos se encontraban, Imhotep, el más grande arquitecto que conoció el país, Hiram, maestro de obras que participó en la construcción de la pirámide y en el Templo de Salomón y creó las cofradías secretas de maestros de obras y otras muchos seres extraordinarios que fueron transmitiendo el conocimiento de unos a otros. Ésta sabiduría fue plasmada en varios pergaminos y custodiados por ellos hasta que para ser preservados de las mentes crueles e ignorantes fueron escondidos y dispersados.

Según nuestras informaciones teníamos conocimiento de uno de ellos enterrado en un lugar de ésta abadía, concretamente en los cimientos donde después levantaron una capilla a escala del antiguo Tabernáculo hebreo y mi deber es rescatarlo.

_ ¿Y qué haríais si os lo entregara?.

_ Os lo acabo de decir, ¿no creéis lo que os he contado?.

Entonces Lafcadio le dijo que el manuscrito ya no estaba en la abadía; le explicó cómo lo había sacado pero omitió el destino de Philibert.

_ ¡Lo dejasteis en manos de un peregrino! _ bramó el maestro de obras _ Un documento que contiene parte de la sabiduría ancestral abandonado a su suerte, ¿y eso es lo que se os ocurrió para que no lo destruyeran?. Mucho mejor habría sido eso. Ahora está en manos de cualquiera.

_ Como comprenderéis bastante he hecho con derivar su destino que, creedme, era el fuego y arriesgar mi vida y no sólo la mía, sino la de mi discípulo. Así

pues, si pensáis que podéis hacer algo por el manuscrito os he dado toda la información.

_ Por supuesto no me voy a quedar de brazos cruzados.

_ Contestadme a una pregunta, si os parece, ¿por qué motivo habéis dibujado la vidriera que os delató, si podíais haber continuado en la sombra?.

_ Y no sólo la vidriera, en el interior de Lady Chapel he tallado en la piedra la información que obtuve de vuestra traducción; esta es mi forma de comunicar a cualquier otro adepto que en Glastonbury se halla un secreto aunque, desgraciadamente, éste se haya perdido de nuevo.

Maese Hubert abandonó al día siguiente la abadía sin despedirse del abad, dejando a sus oficiales a cargo de todo.

Le costó abandonar Jerusalén. Mientras dejaba atrás aquella ciudad de un magnetismo casi mágico, sintió cómo se le encogía el corazón; por un lado era tristeza pero además sentía miedo, miedo o más bien, pánico. Lo que había descubierto a raíz de aquella carta anónima había cambiado toda su existencia: ahora no se reconocía ni a él mismo; hacía tiempo que su vida, rutinaria y normal, había dejado de estar bajo su control. Sentía necesidad de llorar y de no ser porque no estaba sólo habría dado rienda suelta a sus lagrimas. Shannon debió haberse dado cuenta de su emoción pues le apretó la mano comprensivamente.

Los tres habían tomado el primer vuelo de la tarde para Dublín y ella había insistido en que se alojaran en su casa ya que se sentía en deuda con ellos. La información de la que le habían hecho partícipe no tenía precio.

A la mañana siguiente se levantaron temprano y fueron andando hasta san Patricio.

_ Hay muchos lugares dentro de una iglesia en las que se puede hallar la representación de la virgen, en un cuadro, en una imagen y probablemente encontremos más de una _ comentó Shannon.

_ Eso es cierto; confío en que donde quiera que esté escondido halla algún tipo de señal que sea un indicio para quienes conocemos las palabras bajo las que se oculta.

Vieron la catedral desde fuera, iluminada por la luz matinal, en un estilo claramente gótico.

_ Fue fundada en el 1.190 y reconstruida entre 1.220 y 1.260 _ leyó ella en un cartel informativo.

_ Es muy probable que nuestro hombre viajara hasta aquí para esconder su tesoro.

_ Esto no es tan fácil como pensaba _ dijo Paolo_. Imaginad que lo escondió en un lugar de la cripta; si es así no lo encontraremos nunca.

_ No seas tan pesimista _ le animó monseñor_. Estoy convencido de que está oculto en algún lugar en ésta iglesia o en la otra pero te aseguro que debe haber un indicio claro que confirme que así es, de lo contrario se arriesgaría a que se perdería su secreto. No se trata de eso; se trata de custodiarlo no de hacerlo desaparecer para siempre.

El templo estaba casi vacío a primera hora de la mañana; recorrieron su interior despacio, observándolo todo con extrema minuciosidad; en la nave lateral izquierda

frente a la entrada contemplaron el lugar marcado en donde antiguamente estaba el pozo sagrado.

_ Mirad esto, el pozo en el que san Patricio bautizó a los fieles _ les llamó la atención monseñor recordando las palabras de Thomas.

Paolo se acercó a una mesita y cogió varios folletos turísticos.

_ Según éste plano el edificio ha soportado muchas modificaciones; el núcleo central es el más antiguo.

Descartando las fechas posteriores al siglo XVI delimitaron un espacio bastante amplio y comenzaron la exploración. No descubrieron ninguna talla o imagen de la virgen ni ningún cuadro con su representación; sencillamente allí no había nada que pudiera vincularse a ella.

Aún conscientes de su fracaso terminaron por examinar con detenimiento pilares, columnas y estelas funerarias que pudieran hacer alusión a la “Señora”, con la esperanza de hallarla en algún lugar pero no encontraron nada especial. Al final tomaron asiento en un banco cercano al altar.

_ Esto es como buscar una aguja en un pajar _ susurró Baglioni.

_ No sé usted monseñor pero yo empiezo a dudar de todo. Es muy posible que sólo sea una leyenda y nosotros unos ilusionados.

_ Puede ser, pero reconoce que esa también es la postura fácil. Además, no debes olvidar que hay una comisión de investigación del Vaticano trabajando en esto. Eso significa que tienen algo más que meras sospechas.

Shannon miró a su alrededor al escucharlo.

_ ¿Y si ya lo han encontrado ellos?.

_ Ya os lo dije antes; no hay ninguna novedad. Por ahora todo está como al principio.

_ Un momento, quizá él pueda ayudarnos_. Y Shannon se dirigió con absoluta seguridad al vigilante de san Patricio.

_ ¿Una talla o representación de la virgen, dice usted?_. El hombre pareció un poco extrañado por la pregunta _. Ésta iglesia está consagrada a nuestro Patrón y la mayoría de las imágenes son de santos, a excepción..._ volvió la cabeza señalando una de las capillas de la entrada _ de una pintura de la Anunciación.

Monseñor y Paolo se habían reunido con ella y escuchaban expectantes las palabras del vigilante.

_ Según éste plano esa es una de las capillas adicionales _ dijo Paolo.

_ En efecto, construida alrededor del 1.700 y por si tienen curiosidad el cuadro del que les hablo es obra de un pintor de Dublín de la misma época.

Después de agradecerle la explicación los tres se congregaron en torno a la capilla sin muchas esperanzas.

_ Así que ésta es la única “Señora” de la iglesia _ murmuró monseñor.

A Shannon la decepción se le dibujaba en el rostro.

_ Estaba convencida de que aquí encontraríamos alguna pista.

_ Nos hemos equivocado al pensar que estaría en Irlanda.

_ Bueno, no debemos desanimarnos, el tiempo es vital. Es preferible buscar en el único sitio que nos queda antes que dar vueltas y vueltas aquí intentando encontrar algo _ arguyó monseñor_. Tenemos conseguir los pasajes para España cuanto antes.

El vigilante los observó hasta que se fueron. Después se dirigió al recinto privado que estaba vacío en esos momentos y tecleó un número en su móvil.

_ Señor, no va a dar crédito pero acaban de venir tres personas interesándose por una pintura o talla de la virgen.

El interlocutor pidió más detalles.

_ Una mujer y dos hombres, uno de ellos sacerdote por su alzacuellos. Les he mostrado el cuadro de la Anunciación pero parece que no es lo que buscan.

Al otro lado del teléfono el hombre dio nuevas instrucciones y el vigilante se aprestó a ponerse en contacto con la otra iglesia.

En el taxi camino del aeropuerto Shannon estaba ensimismada en el paisaje mientras monseñor y Paolo comentaban en voz baja el enigma.

_ Espero que ese tal Thomas no tuviera una amada y lo haya guardado en su tumba como hizo él mismo. ¿Os habéis parado a pensar que si se encuentra enterrado no lo sabremos nunca?.

_ No lo creo, para empezar era un monje y además los términos en los que se refiere no son ambiguos. Según he constatado en parte de la traducción que realicé cuando habla de la “Señora” le da el mismo significado que cuando habla de “Nuestro Señor” refiriéndose a Jesús _ esgrimió monseñor.

_ Esperad un momento _ dijo ella. Y seguidamente se dirigió al conductor en su idioma. Paolo y monseñor oyeron mencionar varias veces el nombre de san Patricio mientras que hombre asentía a lo que le estaba preguntando. Después cogió el carril

para salir de la autovía y a los pocos minutos estaban desandando el camino mientras ambos continuaban hablando.

_ Shannon explícate _ le dijo Paolo impaciente.

_ Lo siento _ dijo ella radiante _ he recordado algo. Hemos acertado a medias. En la actualidad hay una iglesia de san Patricio en Irlanda aunque antiguamente eran dos; en donde ahora sólo quedan unas ruinas se levantó en el siglo XIII una iglesia en honor a éste santo en el que fue uno de los mayores centros religiosos de la Edad Media.

Para llegar hasta *La Roca de Cashel* en el condado de Tipperary tuvieron que reservar asiento en el autobús que salía a primera hora del día siguiente de Dublín a Cork.

Ya desde lejos se distinguía el montículo sobre el que se recortaban parte de los vestigios de la antigua catedral de san Patricio.

Después de pagar la entrada ascendieron la colina mientras Paolo leía en voz alta las explicaciones de la guía:

Fue el lugar elegido por san Patricio en el siglo V para convertir al rey de Munster, en una ceremonia en la que el santo clavó accidentalmente su báculo en el pie del rey; éste aguantó el dolor sin decir nada pensando que era parte de una ceremonia de iniciación. El lugar se compone de cuatro estructuras claramente diferenciadas: La Sala del Coro de los Vicarios, la torre circular, la Capilla de Cormac y la catedral.

Penetraron en la Roca por el la Sala del Coro de los Vicarios, una casa construida en el siglo XV y allí contemplaron la cruz de san Patricio, en donde por una cara estaban grabadas diversas escenas de la crucifixión y animales en la otra.

La catedral, o más bien, lo que quedaba de ella, era una inmensa estructura de marcado estilo gótico sin techumbre con una torre cuadrada en el centro. Siguiendo las recomendaciones de la guía visitaron su interior ya que allí aún se podían ver varios paneles y tumbas de piedra pero después constataron que todas pertenecían al siglo XVI. Caminaron por entre las ruinas de lo que un día fue la catedral de san Patricio valiéndose del folleto explicativo que no mencionaba nada sobre una virgen.

_ No os desaniméis _ les dijo Shannon _ . Todavía nos queda la capilla románica.

Éste edificio se encontraba en mejor estado pues aún poseía la techumbre de piedra; a pesar de la escasa luz se distinguían perfectamente las cabezas talladas en el techo, unas efigies que los constructores habían hecho de sí mismos.

— Ningún rostro o imagen femenina, nada que se parezca a una virgen — murmuró monseñor.

A pesar de su desaliento continuaron la visita con la máxima atención durante toda la mañana; a la hora del almuerzo abandonaron el complejo tal y como habían llegado.

Una vez abajo, en el interior de la tienda de recuerdos contemplaron una reconstrucción del lugar y allí fue donde vieron una capilla consagrada a la virgen. Monseñor preguntó a uno de los dependientes lo que quedaba de aquello.

— Ruinas nada más. La estatua de la virgen desapareció hace siglos; no tenemos constancia de si fue destruida o andará por ahí en alguna otra iglesia o tal vez en un museo.

Abandonaron la Roca de Cashel sin haber hecho ningún descubrimiento y aguardaron en la explanada el autobús que les llevaría de regreso a Dublín. Cuando se fueron ninguno de ellos se percató del Alfa Romeo plateado que les había seguido durante todo el trayecto.

TERRIBILIS LOCUS EST

El aire de la mañana era frío y vigoroso pero el ambiente estaba impregnado con esa calidez que despliega la primavera; los mirlos preparaban sus nidos y las primeras flores comenzaban a despuntar en el jardín. Habían transcurrido varias semanas desde que llegamos a Glastonbury y ahora que nada nos retenía habíamos puesto fecha a nuestra huida. Lafcadio decidió finalmente que el diecinueve de mayo, día de san Dunstano, abandonaríamos la abadía, tanto si habíamos recibido noticias del noble peregrino como si no. La elección de la fecha no había sido tomada al azar: el motivo era que aquél día Glastonbury celebraba el santo de su patrón y decenas de peregrinos y gentes de pueblos cercanos acudirían a la abadía para rendirle homenaje. Nuestra ausencia pasaría desapercibida durante algún tiempo.

Pero aún faltaban tres días y para no levantar sospechas mi preceptor inventaba cada mañana las supuestas traducciones: el abad, Huginus, el archivero y el clérigo escuchaban sin el menor interés y conteniendo los bostezos una detallada descripción de las tierras y gentes del norte del país en las que se estaba proclamando la recién nacida filosofía del maestro Jesús mientras que yo sonreía interiormente ante la burla a la que estaba siendo sometido el hipócrita canónigo.

Pero sucedió antes; una mañana, después de maitines vi a Lafcadio con un hombre en la iglesia; por su aspecto parecía un peregrino. Estuvieron hablando un rato y después se despidieron.

- ¿Estaba interesado por la historia de la abadía? – le pregunté.

- No, quería verme a mí. Viene de París donde conoció a Philibert Myers quien me envía sus saludos.

Abrí los ojos en un gesto de sorpresa y Lafcadio asintió comprensivamente.

No sé si fue obra del azar o del destino; como quiera que fuese nos hallábamos bajo el pórtico de la puerta norte, aquella que los monjes de Glastonbury denominaban Puerta de los Susurros aunque nosotros lo desconocíamos. Allí la acústica era excelente, tanto que cualquier murmullo se escuchaba con total claridad en el interior del edificio.

La abadía de Glastonbury había sido limpiada, pulida y engalanada con ahínco con motivo del día de su Patrón. Desde muy temprano una multitud franqueaba sus puertas y quedaban sobrecogidos por tan exquisita magnificencia; vistosos tapices carmesíes y dorados colgaban de los muros y paredes, los pendones con el escudo de

la orden flameaban desde las torres y hasta las estatuas de los santos que coronaban el pórtico de la catedral relucían por la lluvia de la noche anterior.

Los santos celtas venerados en Glastonbury eran entre otros Patrick, Gildas, David y Brigit aunque aquél día las decenas de personas que se agolpaban dentro de la catedral y ante las puertas lo hacían para besar la tumba y hallar un lugar desde donde seguir de cerca el oficio en honor del fundador de la abadía.

Nuestro proyecto era tan inquietante como arriesgado; tal y como habíamos acordado, Lafcadio y yo nos reunimos en el atrio como tantos otros, aguardando a que diera comienzo la misa.

En aquél instante Teobaldo nos vio y vino hacia nosotros.

- ¿Qué es lo que querrá ahora? – murmuré entre dientes.

- Debemos apresurarnos pues la celebración está a punto de comenzar. ¿No entráis? – dijo dirigiéndose siempre a Lafcadio.

Nos acomodamos con los demás en el coro y aguardamos silenciosamente a que fuera la hora. Mientras las campanas tocaban iniciamos el canto y el abad de Glastonbury, ataviado con magníficas vestiduras desfiló por la iglesia junto al clérigo Teobaldo hasta situarse tras el altar.

Apenas podía contener mi nerviosismo y la misa me pareció que nunca iba a acabar. Cuando por fin finalizó los asistentes iniciaron el recorrido para besar las tumbas de los santos. En ese momento de máximo trasiego aprovechamos para escabullirnos entre la multitud y llegar a los establos en donde nos hicimos con los caballos.

- ¿Qué llevas ahí? – preguntó señalando el fardo que llevaba atado al caballo.

- Tan sólo los tratados que hallé en Tor y varios pergaminos que resumen las palabras de Jesús y que he ido copiando para mi uso personal desde que robaron vuestras traducciones.

Lafcadio me miró con una mezcla de admiración y orgullo. Entonces espoleamos los caballos y partimos al galope.

Franqueamos las puertas de la fabulosa abadía confundiéndonos con el reguero de personas que no cesaban de entrar sin poder sospechar que en aquellos instantes los esbirros al servicio de Teobaldo vestidos con ropas de peregrino nos seguían los pasos. Atravesamos bosques y prados siguiendo el camino hacia Dover y al atardecer acampamos al abrigo de los árboles. Al despuntar el día nos pusimos nuevamente en camino apresurando la marcha puesto que a esas alturas ya habrían descubierto nuestra ausencia y era muy posible que salieran en nuestra búsqueda.

Antes de cruzar el Paso de Calais pasamos por Canterbury, centro del arzobispado desde hacía unos cuantos años y lugar de peregrinación desde que había sido asesinado el arzobispo Thomas Becket.

Caminé feliz por las calles empedradas escuchando a Lafcadio quejarse de la despreocupación del ser humano por las cosas de Dios y alabar la catedral como perfecto refugio para comunicarse con él. Rezamos una oración frente a las reliquias del santo buscando su protección y partimos para Calais.

Desde Dover embarcamos en una nave y después de dos días de singladura por alta mar divisamos la Tour du Guet, el faro de Calais, cuyo puerto se hallaba en posesión de los ingleses desde mil trescientos cuarenta y siete. En medio de los reparadores de redes y los ahumadores de pescado, con fuerzas renovadas ante nuestro inminente destino, nos abrimos paso hacia la vía que se adentraba en el país francés.

_ ¿Por qué le ocultasteis al maestro de obras que el caballero va de peregrinación a París?. Puede que aún esté a tiempo de recuperarlo.

_ Maese Hubert ha confesado ser miembro de una logia cuyo cometido en éstos momentos es recuperar un manuscrito; esto es lo que me contó pero yo no sé realmente hasta qué punto sería beneficioso entregárselo. Nosotros conocemos ahora la verdad y pensé que en vez de relegarlo de nuevo al silencio, que es lo que ocurrirá si se adueña de él, tenemos el deber de propagarlo. ¿Qué te parece, Thomas, si creáramos nosotros nuestra propia fraternidad con éste fin determinado?.

Cuando escuché aquello me sentí el hombre más dichoso del mundo: mi mentor pensaba que se debían propagar la verdaderas doctrinas de Jesús y me estaba proponiendo fundar una orden.

_ Thomas de Dubh-Linn y Lafcadio de Leinster guardianes de la verdad _ dije entusiasmado.

Aún tuvieron que pasar unos años más para que la voluntad de Lafcadio por fin se viera cumplida.

Llegaron puntuales al aeropuerto de Barajas y un taxi les llevó directamente a la estación de ferrocarril en donde aguardaron dos horas y media al TALGO que les llevaría a Lorca. Después de cuatro horas de viaje y un trasbordo llegaron agotados al hotel donde habían hecho la reserva.

Como ya era tarde y en recepción les dijeron que la iglesia ya estaría cerrada tuvieron que dejarlo para el día siguiente así pues aprovecharon el tiempo para pasear y relajarse. Durante la noche agradable y fresca de septiembre recorrieron los jardines de las Alamedas impregnados del perfume de las campanillas que crecían junto a los setos y subieron hasta la plaza de España en donde de lejos se recortaba la cúpula y el campanario de la ex-colegiata de san Patricio. Paolo leyó en voz alta un cartel explicativo:

“Ex-colegiata de san Patricio(1.534-1.780): Estilo renacentista-barroco. Arquitecto Jerónimo Quijano. De entre todos los edificios monumentales de carácter eclesiástico de Lorca, es sin duda el de mayor importancia, interés y significación. Se erigió sobre la vieja iglesia de san Jorge por bula de Clemente VII y un empeño conjunto del Concejo y el Cabildo Colegial, dotándola de un aspecto grandioso que debería ser fiel reflejo de la recuperación general que iba experimentando la ciudad. Su construcción se prolongaría durante aproximadamente 250 años. Los lorquinos acordaron, por voto de ciudad, levantar un templo a san Patricio para conmemorar la Batalla de los Alporchones, contra los musulmanes, que tuvo lugar un 17 de marzo de 1.452, festividad del santo.”

_ Si al menos tuviésemos toda la información que posee el cardenal sabríamos si Thomas tuvo la oportunidad de viajar hasta aquí _ dijo Paolo.

_ Hemos de conformarnos _ dijo monseñor_. La victoria es de quien no se rinde _ y ninguno de los dos supieron si hablaba en serio.

Se agradecía la frescura que hacía en el interior del templo. Shannon y Paolo aguardaron a que monseñor, que se secaba el sudor con un pañuelo, les alcanzara. La ex colegiata era amplia; su planta de cruz griega con deambulatorio estaba iluminada parcialmente por las claraboyas del techo.

_ ¿Por dónde empezamos? _ preguntó Paolo con escaso entusiasmo.

Moviéndose en dirección a las agujas del reloj comenzaron a observar con el máximo interés las diversas capillas, estatuas y pinturas buscando algún detalle que captara su atención.

A los tres les sorprendió cómo lo sagrado se mezclaba con lo profano; observaron cabezas humanas con gestos grotescos talladas en los capiteles e incluso algunos elementos egipcios: esfinges aladas con cornucopia.

Shannon les señaló la entrada a la cripta.

*DONA EIS DOMINE,
ET LUX
PERPETUA LUCEAT EIS
R.I.P.*

_ ¿Algo que os llame la atención? _ monseñor no parecía muy animado.

_ R.I.P. _ contestó Shannon _ . Es una palabra que se puede formar con las letras que nos proporcionó pero no creo que tenga nada que ver.

_ Es casi imposible. Lo que buscamos puede estar en cualquier lugar _ dijo Paolo. Pero su gesto cambió de inmediato. Shannon y monseñor miraron en la dirección en la que tenía clavados los ojos.

_ ¡Es una virgen negra! _ exclamó ella_. Los tres se acercaron a observarla de cerca; la estatua, que se veía a primera vista, se alzaba a unos tres metros del suelo sobre un pilar en el lateral frente a la entrada de la escalinata. Sedente, y con el niño apoyado sobre las rodillas sostenía una bola dorada en la mano derecha. Las coronas, al igual que las vestiduras eran doradas; sus rostros y extremidades totalmente negros.

_ *“He confiado mis pensamientos a la Señora, ella sabe guardar un secreto mejor que un amigo”* _ murmuró Shannon_. ¿Qué opina monseñor?.

_ Que esto tiene muy buena pinta.

_ Estoy de acuerdo con usted; no es una estatua de la virgen normal y corriente y eso es muy significativo. No creo que esté aquí por azar _ dijo ella.

_ Es cierto, hasta ahora es la primera virgen que encontramos pero, ¿qué la hace tan especial? _ le preguntó Paolo.

_ Seguramente crees tener delante otra de las tantas representaciones de María con su hijo; pues yo te digo que estás totalmente equivocado.

_ ¿Ah, sí? _ contestó él. De nuevo presentía que lo iba a sorprender.

_ Las vírgenes negras son las antiguas representaciones de la diosa más importante de toda la cosmogonía egipcia; me estoy refiriendo a Isis. Isis a su vez es la madre de otro dios: Horus, el dios solar por excelencia.

Paolo miró a monseñor por el rabillo del ojo esperando alguna reacción. Mientras, Shannon seguía enfrascada en su explicación.

_ En Egipto, Isis era la diosa de la fertilidad y de la tierra; se representaba como una mujer de piel roja, simbolizando la tierra y la tela negra representaba el limo del Nilo que al anegar las aguas las fertilizaba. Isis era la madre de Horus, el dios del día y, a menudo, se representaba con el niño pequeño sobre sus rodillas. Según explica Herodoto, el culto de Isis se extendió desde Alejandría y los griegos la identificaron con Deméter aunque su adoración fue suprimida debido al libertinaje que envolvía sus ceremonias. Después de la instauración del cristianismo en Roma, su culto fue prohibido y las tallas de la diosa con su hijo cristianizadas.

_ Totalmente cierto _ corroboró monseñor. La iglesia tuvo sus inicios en las raíces de muchas tradiciones.

_ Así es y, a pesar de lo que mucha gente cree, no es la virgen y el niño sino otra María, la Magdalena, cuyo culto tuvo sus inicios en Francia; la iglesia de Rennes-le-Château, entre otras, fue consagrada a ella.

Monseñor sabía que tenía razón; la historia de María Magdalena, esposa de Jesús y su futuro hijo era una realidad y la iglesia no había hecho más que ensuciar su nombre y desviar la atención.

_ Lo que Isis sostiene en su mano derecha no es la representación de la esfera terrestre sino el disco solar. Así pues, no es la inocente María y el niño sino la representación de la trinidad egipcia nada más y nada menos que en un templo cristiano. ¿Qué te parece?.

_ No conozco mucho sobre Egipto pero está claro que esto es algo inusual _ dijo.

_ Como deja claro Thomas el secreto que posee es perjudicial para la iglesia. ¿Qué mejor Señora que María Magdalena para custodiarlo?_. Monseñor parecía totalmente seguro.

Shannon se alejó un poco intentando captar algo de relevancia.

_ Observad. Los ojos de ambas estatuas miran hacia el frente, a un punto hacia arriba _ apuntó.

_ Es una estación, y debajo está el número tres, es decir, la tercera estación. No creo que tenga que mucho que ver _ apuntó Paolo_. También se encuentra ese

relieve de la esfinge a la izquierda de la virgen y no por ello tiene que tener alguna relación.

_ Paolo, si pretendes encontrar algo tendrás que tener la mente más abierta _.
Monseñor sonrió: justamente eso era lo que pensaba _. Por ejemplo, debemos tener en cuenta, cómo tú has observado, las esfinges, animales fantásticos de procedencia egipcia, utilizados como guardianes y que casualmente, están cerca de la imagen. El número tres puede hacer de nuevo referencia a la trinidad Isis, Osiris y Ra.

Se acercaba un grupo de turistas así que se volvieron simulando contemplar otra de las capillas.

Cuando se alejaron fue Paolo quien continuó.

_ “ *Al soportar la carga*”. Soportar viene de soporte, poste, viga o... columna. La virgen negra, nuestra Señora, está apoyada o sustentada sobre un pilar o columna.

_ ¿En la base del pilar o quizás dentro de la estatua? _ susurró ella.

La misa iba a dar comienzo así que salieron al exterior y se sentaron sobre el antepecho de la escalinata.

_ Bueno, ¿qué opináis? _ les preguntó Paolo.

_ No es prudente hablar aquí _ les dijo monseñor receloso. Esto había llegado mucho más lejos de lo que él pensaba.

LIBRO III

GALIA

FRANCIA

Primavera de 1528

Atravesamos la región de Borgoña y por sugerencia de Lafcadio hicimos un breve desvío a Amiens, a orillas del río Somme. Para mi sorpresa admiré la catedral de Notre Dame antes de llegar a París puesto que existe otra Notre Dame en Amiens, la catedral gótica de mayor tamaño de todo el país. Vista desde fuera la iglesia parecía descansar sobre cuatro patas a causa de los arcos de bóveda que surgían de la base; me deleité en la contemplación de un zodíaco en el pórtico de Saint Firmin, los rosetones del pórtico de la Virgen y el pórtico del Salvador.

Pero mientras yo me entretenía en admirar el conjunto Lafcadio me señaló una de las escenas: por muy extraño que pareciese estaba representada una rueda junto a un hombre sentado que parecía estar durmiendo. En alquimia, el fuego de rueda simboliza el tiempo necesario de cocción de la materia.

- ¿Me equivoco o lo que estoy viendo son símbolos alquímicos?.

Lafcadio asintió.

- Tenía constancia de que los hacedores de la Gran Obra legaban sus conocimientos a través de la piedra pero hasta ahora no había tenido la oportunidad de verlo con mis propios ojos. Vayamos al interior.

Allí también, velado en la semipenumbra, se advertía el legado alquímico de un Maestro.

Para los no iniciados en alquimia el dibujo de un laberinto en el suelo del templo simplemente simboliza el complicado camino que deben seguir los fieles para alcanzar el reino de Dios. Pero los adeptos a ésta ciencia vemos algo muy distinto: dibujado bajo el punto de intersección de la nave con el crucero, en el centro del laberinto se halla la piedra filosofal, el resultado alquímico de la transmutación del ser humano en lo más elevado, siervo digno de Dios. Para llegar hasta allí hay que recorrer caminos complicados que a veces no conducen a ninguna parte, senderos inextricables que nos harán desfallecer a menos que seamos constantes y ansiemos alcanzar la sublime transmutación.

Lafcadio me contó que según había oído, en el centro del laberinto ésta catedral había una losa con un semicírculo y una barra de oro que representaba la salida del sol aunque hacía cientos de años que había desaparecido.

Prestando atención, nuestros ojos desvelaron el rocío de los filósofos que expresa la condensación del espíritu universal, la cocción, fase principal del trabajo alquímico, hábilmente representada por un monje junto a una iglesia un tanto particular, ya que, más bien asemeja a un atañor y las materias primas expuestas en el pórtico de Saint Firmin.

Mientras abandonábamos Amiens me interesé por los motivos por los que los artífices de la Gran Obra plasman sus secretos en las catedrales a la vista de todos.

- ¿No es el silencio una de nuestras consignas?.

- Efectivamente, así es. Y ésta es la grandeza de nuestra ciencia; a pesar de que las claves están expuestas a la vista de todos, pues a nadie le debe ser negada la sabiduría, sólo somos unos pocos quienes tenemos verdadero acceso a ellas. El resto, por ignorancia o voluntad propia, apenas ve en ellas más que un simple adorno.

Menos de una semana nos llevó cruzar aquellas tierras a través de sus labrados campos y bosques de exuberante verdor hasta que por fin avistamos las murallas de París. Dejamos atrás los molinos, los drenados cultivos y vegas y la relativa paz campestre y alcanzamos la entrada de la ciudad indicada por la Porte de Saint Denis y la Porte de Saint Martin. Avanzamos por la primera a media mañana, cuando la ciudad era un hervidero de gente; mercaderes, campesinos, caldereros, estudiantes, peregrinos, ladrones y mendigos entorpecían las calles sobresaltándonos con su griterío.

Lafcadio señaló los muros blancos en donde destacaban numerosas torres y almenas, el palacio del Louvre, la antigua fortaleza construida para la defensa de los ataques vikingos que dominaba la ciudad y en donde el monarca francés Francisco I había trasladado la corte desde Amboise y reformado el palacio con aires renacentistas.

El rey Francisco había regresado a su país apenas hacía un año, después de haber sufrido prisión en España tras ser derrotado y capturado en Pavia por Carlos V, emperador del

Sacro Imperio Romano y rey español, con cuya hermana se casaría posteriormente. Estaba llevando a cabo importantes reformas; reorganizó el erario e impuso penas a los recaudadores fiscales que se aprovechaban de los fondos. Por medio del Concordato de Bolonia había obtenido la potestad de nombrar a obispos y otros cargos eclesiásticos, con lo que se aseguró el dominio de la iglesia. También era

un benefactor de las artes; había contado con la presencia de un conocido artista italiano, Leonardo da Vinci, a quien instaló en su casa solariega del Clós-lucé para diseñar y adornar sus pabellones de caza y Châteaux hasta que murió en sus propios brazos, hacía tres años.

- ¿Creéis que nos habrán seguido? – pregunté con desaliento.

- No tenemos ningún indicio de que así sea. Confiemos en eso.

Nos encaminamos hacia una plaza en donde una susurrante fuente calmó nuestra sed y nos libramos del polvo de nuestras vestiduras.

- Ahora que estamos en París, ¿me vais a desvelar por fin el escondrijo del pergamino? . Al ver que no contestaba proseguí –. En vuestro silencio adivino vuestras intenciones.

- No te ofendas. Mañana mismo lo recuperaremos y entonces ambos decidiremos que hacer con él.

Tras reponer fuerzas avanzamos por la calzada que discurría a lo largo de la margen izquierda del río, en busca de la calle de Saint Jacques habitada en su mayoría por los monjes que ofrecían hospedaje a los peregrinos procedentes de Compostela y pudimos disfrutar de un lecho más o menos blando; allí nos tendimos dejando que nuestros huesos se recuperaran de la fatiga de tan largo viaje.

_ Aprovechando que estamos cerca y, ya que no sabemos qué nos ocupará el día de mañana ni cuánto permaneceremos aquí me gustaría conocer hoy mismo la alabada Notre Dame, si no tenéis inconveniente.

- Yo también estoy impaciente por verla con mis propios ojos – admitió -. Aprovechemos el tiempo antes de que anochezca.

Asistieron a la última misa de la tarde dispuestos a llevar a cabo el plan que habían elaborado.

Poco antes de finalizar, abandonaron sus asientos y se dirigieron a una de las capillas del deambulatorio que por reformas permanecía abierta. Asegurándose de que nadie les viera entraron y se acomodaron lo mejor que pudieron entre los plásticos y el andamiaje. Pasados unos minutos escucharon al párroco dar la bendición y, poco a poco, el murmullo de voces se fue acallando. Oyeron al sacristán intercambiar unas palabras y finalmente el retumbar de la puerta y el cerrojo.

Se mantuvieron quietos unos minutos más y tras cerciorarse de que se encontraban solos, salieron. Ayudándose con una linterna empujaron uno de los bancos de madera y Paolo subió apoyando los pies en el posamanos. Ahora estaba a la altura de la imagen; tras observarla pasó sus manos de arriba abajo por la superficie reparando en que era de piedra. Iluminó la base para ver cómo está unida y no vio ninguna ranura o desnivel. Entonces empezó a zarandearla, primero suavemente y después con más fuerza. Poco a poco, la estatua comenzó a ceder. Paolo se detuvo a tomar aliento; después, de un último tirón, cedió.

En ese instante se escuchó un fuerte estruendo que retumbó en todo el templo y los tres se quedaron helados.

_ ¿Qué ha sido eso? _ preguntó ella alarmada.

_ No lo sé. El sonido ha venido de ahí delante, del altar.

Se aproximaron con cautela con Paolo a la cabeza iluminando el paso.

_ Esperad, tened cuidado.

_ ¿Qué pasa?.

_ Mirad el altar, está desviado.

Cuando se acercaron no dieron crédito a lo que veían; el altar se había desplazado hacia delante dejando un hueco en el que se abrían unas escaleras. Permanecieron en silencio, estremecidos por el de aire frío que salía de allí.

_ ¿A dónde conducirá esto? _. Paolo bajó unos cuantos escalones y el olor a cerrado le hizo toser.

_ ¿Ves algo? _ preguntó monseñor desde arriba.

_ Más escaleras. Creo que conduce a la cripta.

_ Pero, ¿cómo se ha abierto? _ preguntó ella.

_ Lo que hay en la base de la columna es como un engranaje; al desplazar la estatua se ha accionado el mecanismo. Sea como sea esto nos conducirá al manuscrito. De eso estoy seguro.

Fascinados por la increíble situación que estaban viviendo bajaron las escaleras que desembocaban en una superficie abovedada, larga y estrecha, cuyos laterales, hasta donde abarcaba la luz de las linternas, estaban cubiertos de sepulcros.

_ ¿Qué tenemos que buscar?, ¿un sepulcro? _ preguntó Shannon.

_ Eso parece _ contestó monseñor _ a juzgar por el lugar. La “Señora” nos ha traído hasta la cripta.

Caminaron hombro con hombro enfocando a izquierda y a derecha y comprobaron que conforme se adentraban las sepulturas estaban en peor estado; algunas de ellas databan del mil seiscientos. Al final lograron delimitar un grupo de ellas las cuales, por su aspecto, eran las más antiguas.

_ En una de estos sepulcros se oculta el manuscrito _ dijo monseñor.

_ Enfoque aquí, esto parece un león _ dijo Paolo con voz nerviosa.

_ Un momento, un momento. Esto no es león sino una esfinge _ replicó Shannon _. La esfinge egipcia, como la que se encuentra arriba junto a la virgen, ejerce la función de vigilante y custodio, ¿recordáis?.

Entonces cayeron en la cuenta de que las esfinges les decían que allí se ocultaba el manuscrito.

El sepulcro no estaba tallado en la superficie a excepción de las cuatro esfinges, cada una en un extremo; sin embargo sí se distinguía una inscripción en latín que monseñor se aprestó a leer:

Oh, muerte, ¿dónde está tu victoria?.

Los guardianes custodian el tesoro

A los corazones valerosos yo les digo: el triunfo es vuestro

La única salida está aquí dentro.

El eco de su voz reverberó en la sala y por unos instantes el silencio se hizo el amo; ninguno de ellos podía creer que estuvieran a un paso de hallar el manuscrito de Arimatea.

_ Así que al final hemos deducido correctamente. Ese tal Thomas fue muy meticuloso y no dejó nada al azar; se las ingenió para que sólo diera con el manuscrito la persona que tuviera la información correcta

_ Le doy la razón, monseñor; son extrañas palabras para un epitafio. No hay duda de lo que se esconde aquí.

_ “*Los guardianes custodian el tesoro*” _ leyó Shannon nuevamente _. Tenemos que abrirlo.

Entre los tres tiraron de la tapa y apenas acaban de retirarla cuando se escuchó otro sonido atronador.

_ ¡Es una trampa! _ gritó Paolo.

Los demás corrieron tras él pero ya era tarde, el altar había vuelto a su sitio y la entrada estaba sellada.

_ ¿Qué ha pasado? _ preguntó Shannon asustada.

_ Esto es de lo más retorcido que se pueda imaginar, al levantar la tapa del sepulcro se ha cerrado la entrada del altar _ dijo monseñor _. Quien quiera que fuera era muy hábil inventando mecanismos.

_ Puede ser pero, ¿qué hacemos ahora?. Estamos atrapados.

_ Miremos dentro del sepulcro _ sugirió ella_. Aún no sabemos lo que contiene.

Volvieron de nuevo y retiraron la tapa que habían dejado atravesada pero el interior estaba totalmente vacío.

_ Perfecto _ dijo Paolo de mala gana_. Ahora tenemos la seguridad de que el manuscrito está en algún lugar en la cripta, lo malo es que no sabemos dónde y, peor aún, estamos encerrados.

Muy al contrario que Paolo, Shannon pensaba que estaban muy cerca de hallarlo y al fin los tres estuvieron de acuerdo en que la inscripción era la clave para resolver sus problemas y se concentraron para desentrañarla. La primera frase la aclaró monseñor.

_ Es una cita de Corintios aunque no sé a qué puede hacer referencia, no le encuentro sentido.

_ "*Los guardianes custodian el tesoro*" _ leyó Paolo_. Está claro que habla de las cuatro esfinges que actúan como vigilantes aunque aquí dentro no haya ningún tesoro.

_ Puede que un principio si que estuviera guardado y además en ningún momento dice que esté en el interior del sepulcro _ le dijo ella.

_ Estoy de acuerdo contigo.

_ A continuación hace referencia a los corazones valerosos, es decir, a los que tenemos el valor de buscar el manuscrito, y nos dice que el triunfo es nuestro.

_ Pues, sinceramente, yo no lo veo en nuestras manos.

_ Nos está corroborando que estamos muy cerca, estoy segura. Si no está dentro tenemos que buscar por aquí alrededor, inspeccionar todo y observar si hay algo fuera de lo común.

La tarea no era nada fácil; miraron los muros en donde la humedad había hecho mella y las baldosas del suelo para ver si había alguna suelta. Les llevó más de una

hora observar con detenimiento los alrededores en busca de alguna pista o señal pero al final acabaron reunidos en el mismo punto.

_ *“Los guardines custodian el secreto, a los corazones valerosos yo les digo el triunfo es vuestro, la única salida está aquí dentro”*_ repetía Shannon en voz alta.

_ Puede que al fin y al cabo todo esto sea más sencillo de lo que aparenta _ le interrumpió monseñor_. Si los guardianes son los que custodian el secreto y la única salida está aquí dentro, ¿no se estará refiriendo a que lo que buscamos está dentro del sepulcro?.

Paolo exhaló un profundo suspiro intentando dominar sus nervios y lo más tranquilamente que pudo le respondió:

_ ¿Pero no está viendo, monseñor, que aquí dentro no hay nada? _ dijo metiendo la mano en el interior y pasándola por la superficie_. Puede ser que en un principio sí estuviera pero alguien lo ha cogido, muy probablemente los de la comisión de investigación. Hemos llegado tarde.

_ Hasta ésta misma mañana sé a ciencia cierta que todavía lo estaban buscando.

_ Disculpadme, si me permitís, se me está ocurriendo algo que me gustaría que escucharais. ¿Puedo?. Estoy totalmente de acuerdo con monseñor, eso de que *“los guardianes custodian el secreto y la única salida está aquí dentro”*, ¿no querrá decir exactamente lo que dice?_. Y ante su estupor continuó _: Cuando hemos descornado la tapa se ha cerrado la entrada, ¿qué pasará si la volvamos a poner en su sitio?.

Los dos se miraron desconcertados por no haberlo pensado antes.

_ No tardemos más tiempo y averigüémoslo.

Encajaron los cuatro salientes de la tapa en los agujeros y aguardaron expectantes a que se produjera algún sonido pero no pasó nada. Paolo fue hasta las escaleras y regresó seguidamente.

_ Nada, la entrada permanece cerrada.

Monseñor resopló y en la cara de Shannon se dibujó el desencanto. Permanecieron silenciosos, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

_ Estaba segura de que esa era la clave _ dijo por fin.

_ Y yo también _ aseguró monseñor.

_ Esperad, no os desaniméis tan pronto. Puede ser que haya ocurrido algo y no lo hayamos visto.

Paolo les contó entonces algo que se le estaba ocurriendo en aquellos momentos: puede que ellos dos tuvieran razón al pensar que al volver a poner la tapa

en su sitio el resorte que había cerrado la entrada la abriera nuevamente pero no sería la entrada a la cripta sino la salida al exterior.

_ *“La salida está aquí dentro”*, ¿entendéis lo que quiero decir?. He de comprobarlo.

De nuevo abrieron el sepulcro, Paolo se recostó en el interior y Shannon y monseñor lo cerraron. Como antes no se escuchó nada.

_ ¿Qué hacemos ahora?.

Monseñor se encogió de hombros_. ¿Lo volvemos a destapar?.

Los dos se quedaron perplejos: Paolo había desaparecido.

NON OMNIS MORIAR

Bajo la luz vespertina las numerosas torres, agujas y campanarios se alzaban entre los tejados robándome más de una exclamación. En la Île de la Cité, el corazón de París donde el río tomaba más anchura, se erguía graciosamente la catedral y vista desde lejos parecía emerger de las aguas como una construcción fantasma, flotando en medio del río. Al este de la isla, conectada por otro puente, destacaba Saint Chapelle en medio de un húmedo prado.

Cruzamos el puente que desembocaba en la plaza del Parvis de Notre Dame, transitada por numerosas personas que a esas horas se dirigían a la misa. En el centro una fuente sostenía una estatua de piedra conocida por los habitantes como Monsieur Legris o el Ayunador de Notre Dame, aunque en la antigüedad era conocido como Febígeno o hijo de Apolo. Nadie sabía desde cuando estaba ahí ni a quién representaba; algunos decían que era Jesús, otros veían a Esculapio, el dios griego de la medicina e incluso a santa Génova, patrona de París.

La estatua, ya informe a causa del tiempo, sostenía un libro en una mano y una serpiente en la otra; apoyaba los pies sobre cuatro criaturas fantásticas provistas de cabezas de león, que mostraban sus terribles fauces a su señor. Sus cuerpos poseían alas de águila y cola de serpiente. Sobre el límpido chorro de agua estaban inscritas estas palabras:

*“Qui sitis, huc tendas: desunt si forte liquores,
Pergredere, aeternas diva paravit aquas”.*

- *“Tú que tienes sed, ven aquí: Si por azar faltan las ondas, ha dispuesto la Diosa las aguas eternas”.* – Leí –. Palabras extrañas, para adornar una fuente.

Lafcadio ahuecó la mano y bebió un trago.

- Bebe tú también. Procede del pozo sagrado de Notre Dame, cuya agua aseguran que es milagrosa.

Hice una mueca moviendo la cabeza sin poder ocultar mi escepticismo.

- Al menos servirá para refrescarme.

Notre Dame había sido construida sobre el emplazamiento de un antiguo templo romano. Consagrada a la virgen María y erguida sobre doce gradas conseguía un efecto aún de mayor de altura; sobre las tres puertas principales de la fachada occidental destacaba un gigantesco rosetón en vivos azules y rojos que albergaba la imagen de la Virgen.

Alzando la cabeza, tras la galería superior de las torres, apenas si se advertían las fabulosas gárgolas; demonios y aves maléficas, monstruos y bestias que devoraban hombres, otras con cabezas de pájaro y cuerpo de animal que miraban amenazadoramente hacia abajo y cuyo aspecto feroz y monstruoso incitaban a apartar la mirada. Tal era su realismo que parecían estar congeladas.

El azul y el rosa, la plata y el oro decoraban con alegre colorido el pórtico principal. El pilar central mostraba diversas representaciones; entre ellas destacaba la alquimia personificada como una mujer sentada en un trono sosteniendo un cetro en la mano izquierda y dos libros – uno abierto y el otro cerrado – en la derecha. En sus rodillas se erguía la *scala philosophorum*, símbolo de los nueve trabajos alquímicos.

- Si en Amiens percibiste algunas huellas Notre Dame está considerada como la Biblia de los alquimistas.

El mercurio filosófico, la calcinación, la putrefacción, el azufre filosófico, el cuerpo fijo y muchos más símbolos alquímicos se desplegaban en el pórtico central, la ciencia secreta expuesta a la vista de todos, un regalo para aquél que supiera leer en la piedra.

Dentro nos recibió una oleada de incienso. Desde la entrada principal pude contemplar la grandeza del templo; ante mí se extendía la nave central con el elaborado coro y el altar mayor y coronada por la elevada bóveda y el crucero que la atravesaba el cuál estaba decorado en sus extremos con más rosetones.

- Aprovechemos ahora para recorrerla antes de que cierren las puertas – sugirió Lafcadio tan fascinado como yo.

Avanzamos lentamente bajo la arcada gótica admirando el rosetón sur, en el que se advertía a Jesús rodeado de apóstoles y santos _ ¿el grupo de iniciados? _ y deteniéndonos ante la estatua de la Virgen y el Niño que daba nombre a la iglesia.

Como se estaba celebrando el oficio contemplamos desde lejos el cancel de piedra del antecoro, el rosetón norte y las escaleras de la torre, sin dejar de admirar las numerosas estatuas que decoraban las alturas.

Cuando salimos fuera el fulgor rúbeo del cielo daba paso a una creciente oscuridad; un viento que presagiaba tormenta agitaba los letreros que colgaban de los establecimientos y en las torrecillas las veletas giraban en una enloquecida danza.

- Debemos apresurarnos antes de que estalle la tormenta – sugirió Lafcadio protegiéndose la cabeza con la capucha mientras gruesas gotas de lluvia comenzaban a caer.

Dejamos atrás Notre Dame y avanzamos por las calles desiertas; ambos caminábamos deprisa, con la cabeza hundida en el pecho y las manos resguardadas

en el hábito. Cuando dos hombres se interpusieron en nuestro camino pensé que querían preguntarnos algo pero al ver sus rostros sombríos presentí sus intenciones.

- No es una buena noche para pasear, hermanos – dijo el hombre más alto que poseía una nariz torcida que me habría hecho reír de no haber sido por el pánico que comenzó a invadirme.

- ¿Qué buscáis de nosotros? – dijo Lafcadio transmitiendo ansiedad en la voz.

- Bien lo sabéis. Entregadme aquello que habéis ido a buscar y quizá os deje seguir con vida.

- ¿De qué habláis? – pregunté en contra de mis deseos pues sabía perfectamente a qué se refería –. Miré a Lafcadio que se mantenía callado y continué –. Debéis haberos equivocado de personas, nosotros no poseemos nada que podáis desear. No tenemos ninguna posesión.

El hombre hizo una mueca y esbozó una sonrisa dejando asomar los dientes mientras el otro se mantenía alerta con la mirada clavada en mi maestro.

- Hemos recorrido un largo camino y estamos hartos de seguir vuestras espaldas – agregó. – ¡Dadnos lo que habéis ido a buscar a Notre Dame!.

Comprendí con desesperación que aquellos habían sido enviados por Teobaldo Berthelot y que no pararían hasta obtener el manuscrito.

- Podéis informar a su eminencia el cardenal de que ya no existe el objeto de sus preocupaciones. Decidle que yo mismo le prendí fuego y ardió ante mis ojos allí mismo, en Glastonbury.

- ¡Mientes, viejo! – exclamó furioso lanzándose contra él y arrojándolo al suelo.

Acudí junto a Lafcadio y le ayudé a levantarse; el otro hombre hurgó en nuestros hábitos.

- No llevan nada encima – anunció.

El más larguirucho nos contempló con ojos salvajes.

- ¡Pues bien!. Os lo preguntaré por última vez. ¿Dónde está escondido?.

- Si estuviera en mi poder, creedme, se lo entregaría al diablo antes que a vos.

Aquellas palabras bastaron para desencadenar toda la ira y frustración de aquél asesino. Mis ojos captaron un destello en su mano y cuando quise reaccionar Lafcadio yacía en el suelo con el pecho ensangrentado.

- ¡Magíster, os han herido! – exclamé arrodillándome junto a él como si él mismo no lo supiera.

- ¡Qué es lo que has hecho!. No nos sirve de nada muerto.

- Ya no importa – respondió el otro sin concederle importancia alguna -. Estoy seguro de que decía la verdad. ¡Eh, tú! – dijo agarrándome por el cuello y levantándome -. Si no quieres acabar como él dime dónde está el manuscrito.

Miré a Lafcadio tendido en el suelo y contesté:

- Juro por que el nombre del Señor que él lo destruyó.

Sentí un puño estrellándose en mi cara, la burlona despedida de los malhechores y caí junto a Lafcadio.

Cuando me recobré los asesinos habían huido.

- ¿Hay alguien cerca?_ preguntó.

Miré con desesperación las solitarias calles inundadas por el fango.

- Bien, muchacho -. La mano de Lafcadio me sostuvo firmemente por la muñeca -. El destino quiere que seas tú sólo el que cargue con la decisión y responsabilidad de esconder o revelar al mundo las enseñanzas de Jesús -. Hablaba con dificultad mientras su rostro se tornaba más y más pálido.

- ¡Vos no vais a morir! – grité con rabia. Intenté contener la hemorragia con mis manos pero el líquido viscoso brotaba resbalándome por las muñecas.

- Mi querido Thomas, atiende lo que te digo. Tendrás que volver a beber de nuevo del pozo sagrado, el pergamino lo guarda el Ayunador de Notre Dame.

- Bien, ahora que os he escuchado dejadme que vaya en busca de socorro.

- Ya siento el aliento helado de la muerte en mi rostro y quiero pasar estos últimos instantes en compañía del único ser que puedo llamar mi amigo.

Tal era la sabiduría de mi mentor y tan firmemente le había oído hablar con despreocupación de la muerte que había imaginado que cuando llegara aquél terrible momento yo sostendría la mano de mi buen Lafcadio mientras que él abandonaba este mundo con una dulce serenidad. Pero el Lafcadio que tenía delante tenía el cuerpo contraído por espasmos de dolor y el rostro desfigurado en una mueca.

- ¡No podéis abandonarme! – grité con desesperación. ¿Qué voy a hacer sin vos?.

Lafcadio sonrió dulcemente.

- Continuar con nuestro proyecto. Thomas, tú ya no eres el mismo de antes. Cuando llegamos a Glastonbury únicamente te atraía el deseo de saber, las ansias de devorar libros que llenaran el vacío que dejaban tus dudas. Pero se ha obrado en ti un milagro. ¿No lo ves?. Tu experimento alquímico culminará con éxito. Ahora posees un tesoro más valioso que el oro pues en ti se está abriendo paso una nueva fe. Se que harás lo correcto con el manuscrito, amigo mío – dijo sin poder continuar.

Bajo la tormenta aguardé a que su vida se extinguiera como la llama de la vela bajo la lluvia. Cuando sus manos aflojaron para siempre las mías vertí el llanto más desesperado de toda mi vida.

Recogí su cadáver y entregué varias monedas al párroco de la iglesia de los Inocentes; fue enterrado en el cementerio de los Santos Inocentes entrando por la puerta grande de la calle St. Denis a mano derecha, junto al cuarto arco en el que el alquimista Nicolás Flamel donó un osario y sobre el que grabó su sabiduría.

- _ Esto parece un número de magia _ le decía ella.
- _ Así pues, todos teníamos razón. Ahora él conoce la verdad.
- _ ¿Cree que estará bien?.
- _ Confío en que sí.
- _ ¿Y qué hacemos nosotros?.
- _ Tendrás que arreglártelas para colocar tú sola la cubierta.

Monseñor sintió la fría piedra bajo su espalda; en esos momentos en que no sabía qué iba a suceder sintió un poco de miedo pero no le dio tiempo a pensar más: cayó al vacío y su cuerpo se golpeó contra la dura superficie. Cuando volvió en sí no podía dar crédito a lo que veía.

Cuando Shannon cayó al suelo lo hizo sobre los mullidos brazos que Paolo había tenido el detalle de poner.

_ Le estaba diciendo ahora mismo que no tardarías mucho en aparecer _ le dijo monseñor.

Él la ayudó a ponerse en pie.

_ Me alegro de veros. ¿Sabéis dónde ...? _. No pudo acabar la frase; lo que acababa de ver la dejó sin palabras.

Apenas unos metros más allá, en el exterior de la catedral, los dos hombres aguardaban con nerviosismo algún movimiento en el interior del Alfa Romeo frente a la entrada de la escalinata.

_ ¿Crees que habrán descubierto algo?.

_ No lo sé; tendremos que esperar para saberlo

Sin embargo iba a ser mucho antes de lo que se pensaban.

Se encontraban en un habitación de reducidas dimensiones; el potente haz de luz de la linterna iluminaba directamente a un arcón.

_ ¿Habéis mirado? _ preguntó dejando traslucir la emoción en la voz.

_ Estábamos a punto de hacerlo.

El arcón no estaba cerrado con llave; si habían llegado hasta aquí no hacía falta superar más pruebas. Éste era el regalo de Thomas de Dubh-Linn.

Fue monseñor quien abrió la tapa; metió la mano y tropezó con algo suave que parecía un trozo de tela. Sus dedos temblorosos se enrollaron en torno al pergamino. Todos permanecieron mudos de asombro.

_ Dios mío, era cierto _ murmuró ella.

_ Usted tenía razón.

_ Os juro que hasta hace unos instantes pensé que jamás lo encontraríamos _ dijo monseñor._ Observad la piel, tan envejecida que parece papel de fumar . No tendréis otra ocasión de contemplar algo parecido.

Con dedos expertos y la experiencia de muchos años comenzó a desplegar la vitela y los caracteres se revelaron sobre el pergamino amarillo

Hubo un instante de silencio; era una extraña sensación la de contemplar aquellos legajos oscurecidos por el paso de los siglos. A monseñor le dominaba una sensación de vacío en el estómago sólo con pensar que el Vaticano estaba detrás de él; en cambio Paolo vivía unos momentos de extraña serenidad ya que intuía que el final de su incertidumbre estaba cerca. A Shannon aquél desenlace le suscitaba una profunda inquietud ya que la ponía irremediabilmente entre dos aguas.

_ Me da miedo hasta tocarlo. ¿Tenéis algo con qué envolverlo?.

Ella le tendió el pañuelo que llevaba al cuello.

_ ¿Qué hacemos ahora?.

_ Primero, salir de aquí _ respondió monseñor_. Segundo, hacer una llamada al cardenal D'Angelo.

No tardaron en hallar la salida: una de las baldosas del suelo tenía una argolla; tiraron de ella y vieron que daba paso a otra habitación. Paolo saltó la corta distancia hasta el suelo y después ayudó a Shannon y monseñor. Aquella habitación poseía una puerta; abrieron el cerrojo y, por fin, accedieron al exterior. Acababan de salir de las dependencias bajo la escalinata.

_ Disculpen un momento, ¿serían tan amables de entregarnos el pergamino?. No les pertenece.

Monseñor dio un respingo sobresaltado por la voz y se volvió hacia los dos hombres sintiendo que sus peores temores se hacían realidad.

_ ¿Así que haciendo el trabajo sucio? _ les dijo Paolo indignado_. Nosotros lo encontramos y ustedes se lo llevan.

_ Paolo, les pertenece _ dijo Shannon.

_ ¿Cómo? _ dijo él sin dar crédito a lo que estaba oyendo.

_ Así que estás compinchada con ellos _ dijo monseñor como si fuera algo que ya se temiera.

_ Tienen dos opciones: o nos lo entregan por las buenas o tendremos que hacer uso de la fuerza _ dijo el otro mostrando un pequeño revolver_. Llevamos mucho tiempo buscándolo, más de lo que se puedan imaginar, y no estamos dispuestos a marcharnos sin él.

_ Se le ruego monseñor _ le suplicó ella.

_ Haga lo que dicen _ le indicó Paolo.

Baglioni le entregó el manuscrito que el otro cogió como si se tratara de oro en polvo y lo metió en un estuche.

_ ¿Vienes Shannon?.

Ella bajó la mirada al pasar junto a Paolo y murmuró:

_ Lo siento.

Él hizo como si no la oyera.

Eran las tres de la madrugada. Paolo y monseñor estaban en la habitación del hotel completamente desanimados.

_ No puedo entenderlo _ decía Paolo_. ¿Cómo sabía ella cuando me conoció que yo le conocía a usted?.

Monseñor tampoco se lo explicaba.

_ No sé cómo pero el caso es que nos ha utilizado a ambos para ayudar a D'Angelo a hallar el manuscrito. Ahora no tenemos nada con lo que negociar.

_ Sinceramente desde el principio fui escéptico a que lo encontráramos y aunque no halla sido exactamente así nos encontramos en la misma situación.

_ Tenemos que regresar a Roma.

_ ¿A Roma?, ¿para qué?.

_ Ellos saben donde estás, lo que me extraña es que te hayan dejado marchar. En Roma cuento con amigos, algunos importantes _ y ante su reticencia le palmeó la espalda_. Anímate, no todo está perdido.

REMEDIIUM DOLORIS

Aquella mañana de sol radiante abandoné el cementerio con el corazón vacío y el alma cansada. Pensar en el manuscrito me recordaba la muerte inútil de Lafcadio y posponía el momento de rescatarlo de su escondrijo de piedra: “Si lleva días ahí, ¿qué importan unos cuantos más? – me decía. Lafcadio y yo habíamos planeado pedir acogida en una de las muchas abadías benedictinas del país pero ya nada tenía sentido.

Así pues, deambulé por París como un alma en pena hasta que tomé una decisión: me desprendí de mis vestiduras de monje y se los cambié a un sastre de la calle de Saint Jacques por un jubón y unas calzas; al hacerlo no sólo me liberé del hábito sino que me pareció convertirme en otra persona; por primera vez en mi vida me sentí completamente libre. Dejé de usar el nombre de Thomas para retomar el de Ian.

Busqué hospedaje y encontré una posada pequeña y no muy sucia en la esquina de Les Halles, cerca del mercado en donde se desplegaban las tiendas de hortalizas frutas y carnes y aunque su aspecto no era muy alentador contaba con establo. Vendí al animal por la mitad de su valor y allí me instalé indefinidamente hasta haber tomado una decisión.

Recordar la vida monacal me traía a la cabeza la hipocresía humana; acordarme del cardenal Wolsey, del clérigo Teobaldo y del resto de farsantes me producía escalofríos de ira. Así que decidí que nunca más retornaría a Inglaterra ni a la única vida que había conocido desde niño. Y sobre todo llevaría a cabo una minuciosa venganza.

Sobrevivía con el poco dinero que me quedaba y no me planteaba el día venidero: había aprendido con violenta rapidez que nada hay seguro sobre la faz de la tierra. Sin poder alejar de mi mente el fatídico desenlace rehuía el momento de rescatar los escritos diciéndome a mí mismo que ya lo haría cuando hubiera decidido qué hacer con ellos.

A pesar de que la iglesia de Notre Dame me traía recuerdos muy amargos al mismo tiempo ejercía una poderosa atracción; se decía que todos los domingos se reunían en ella alquimistas para desvelar sus secretos de piedra e intercambiar opiniones. Así pues, espoleado por la curiosidad, una mañana de domingo me levanté temprano y fui hasta allí; el sol matinal arrancaba suaves destellos a los colores de la fachada y dentro la claridad ilumina las vidrieras convirtiendo el simple color azul en puro zafiro, el verde en profundo esmeralda y el púrpura en intenso rubí. Distinguí por vez primera la conjunción de metales desplegados por todo el templo: el dorado del oro

y del astro sol, el plateado de la plata y de la misteriosa luna, la plata líquida o Pájaro de Hermes del planeta mercurio así como el dragón negro de saturno, el hierro rojo o espejo de marte, el cobre verde de venus y el estaño azul de saturno.

A pesar de la hora el templo estaba animado por una multitud; algunos fieles estaban orando antes del comienzo de la misa; se podían ver peregrinos, personas humildes que se encontraban en la más absoluta pobreza y que recibían de la iglesia su sustento y hasta enfermos con la esperanza de sanar de su enfermedad. Entre ellos reconocí a algunos alquimistas y entablé conversación con ellos. A partir de entonces tomé la costumbre de ir todos los domingos a la iglesia y pude enriquecerme con sus experiencias .

Pero no abandoné por completo mi antigua y ya lejana vida; las tardes lluviosas las pasaba en la taberna con una jarra de cerveza caliente y vitela sobre el tablero. Afilaba mi estilete y me entretenía en dibujar trazados geométricos y legendarios animales imitando los diseños de los manuscritos que elaboraba en el monasterio.

Una tarde que me hallaba en la taberna un hombre se sentó a la mesa observando como dibujaba y al cabo de unos instantes me dirigió la palabra. Su aspecto era refinado y se presentó como Nicolas de Ponthieu.

_ Disculpadme. He observado que domináis el arte de la escritura.

_ Así es, lo aprendí en un monasterio _ y como continuaba mirándome le dije _ me expulsaron.

- ¿Qué ocurrió para eso?.

Yo me encogí de hombros.

- Desobedecí al abad. En un asunto grave.

El hombre apartó el taburete y tomó asiento.

- Por vuestro acento advierto que no sois francés. ¿Cómo os llamáis?.

- Ian de Dubh-Linn. Procedo de Irlanda.

- ¿Y pensáis quedaros en París mucho tiempo?.

Observé su rostro de rasgos armoniosos y su pulcra barba castaña; sobrepasaba la cincuentena y vestía elegantemente.

- En realidad, pienso establecerme en la ciudad.

- Magnífico porque tengo un negocio que proponeros.

Enarqué la ceja aguardando sus palabras.

- Soy editor y vendedor de libros y poseo una pequeña imprenta cerca de la Sorbona; publico mis propias traducciones de obras de poesía y filosofía en latín, inglés y holandés. Gracias a la voluntad de Dios, y debido a la demanda de mi negocio

necesito a otra persona, pues ni yo mismo ni mi hijo nos bastamos, para la traducción y copia de las obras. Sabes hablar y escribir en latín, ¿no es cierto?.

Bastaron estas sencillas palabras para hacerme volver a la vida; recordé el placer que sentía al sumergirme en la lectura de una obra, el cosquilleo de los dedos al tomar la pluma y reproducir las letras, y con una punzada de melancolía me vino el recuerdo de aquellos días apacibles en las habitaciones de escritura de mi monasterio. Por otra parte, mi bolsa de monedas había disminuido considerablemente y el trabajo que me proponía era para mí una cuestión de puro placer.

- Estoy dispuesto a desempeñar cualquier tarea que me encomendéis, siempre y cuando esté relacionada con la escritura y el saber.

Una franca sonrisa se dibujó en su rostro.

- ¡Magnífico! – repitió nuevamente. Más tarde supe que era una de las expresiones que más empleaba –. Llevo semanas buscando a alguien capacitado; no penséis que es fácil encontrar una persona que sepa escribir y menos en latín.

Pidió vino, el mejor de la bodega, para satisfacción del mesonero, para celebrar nuestro recién nacido acuerdo.

- ¿Tienes una residencia fija?.

- En ningún modo. Me hospedo aquí mismo.

- Ya que el taller se encuentra junto a mi propiedad y para comodidad de ambos, podéis ocupar una habitación en mi casa. Su precio os será descontado de vuestro sueldo.

Acepté la idea contento de poder abandonar aquel incómodo jergón y su legión de chinches y acabamos el vino fijando el número de florines que recibiría a la semana.

Cuando nos despedimos, ya al anochecer, me indicó su dirección aguardándome para la mañana siguiente.

Me desperté impaciente al alba. Me lavé y me vestí deseando que mi traje fuera más elegante y envolví en un hatillo mis escasas pertenencias. Dije adiós al posadero y a la muchacha que barría el suelo y me dirigí al Barrio Latino.

Situado en la margen izquierda del río, el Barrio Latino acoge el centro de la teología escolástica, el colegio de la Sorbona, cuyos estudiantes que hablaban latín, habían dado nombre al lugar; era un entresijo de calles empedradas y estrechas que albergaban dos joyas: St-Séverin, una de las iglesias más bellas de París después de Notre Dame y St-Julien-le-Pauvre, conocida como la más antigua de la ciudad.

Atravesé St. Jacques, la vía romana cuyo camino conducía fuera de la ciudad y busqué la calle St-Séverin donde vivía Nicolas Ponthieu; en una esquina, a la sombra de la iglesia, se erguía el edificio singular, alto y estrecho, con ventanas vidriadas con el

escudo de la familia, sobrias y angostas, y saledizos con ménsulas decoradas con relieves. Junto a la fachada un rótulo de madera pintada anunciaba la imprenta. Asomé la cabeza y pregunté por él; un joven me indicó que se encontraba en la casa.

El edificio de piedra daba a un patio cuadrado de tres pisos con tejado de pizarra gris; en el fondo se distinguía el arco de medio punto en el que se abría la entrada a los departamentos.

Un sirviente me invitó a pasar al interior profusamente decorado con revestimientos de madera tallada y fue en busca de su señor; Nicolas apareció con su amplia sonrisa característica y me saludó con entusiasmo invitándome a conocer la casa.

La pieza central era el comedor, de grandes ventanas, techo alto y artesonado y chimenea con un fuego que templaba el ambiente. Los asientos tapizados, las alfombras y los tapices que embellecían los muros conferían a este espacio un aire de nobleza que nunca hubiera adivinado contemplando el exterior, austero aunque elegante.

- He dispuesto en la sala adyacente a esta vuestro lugar de trabajo.

El gabinete era pequeño, con un escritorio junto a la ventana, provisto de papel, pluma y tinta todo listo para ser utilizado. En la chimenea ardía un reconfortante fuego.

- Cualquier cosa que necesites no has mas que pedírmela – comentó alegremente.

Siguiendo el corredor iluminado con hachones franqueamos la capilla, una pieza reducida y alargada así como acogedora, esculpida con maestría. No me detendré en describir los detalles de los grabados del techo ni los bajorrelieves que recorrían las paredes, ni tampoco los cincelados capiteles ejecutados con asombrosa minuciosidad. El sencillo altar de piedra pulida y los arcos lobulados de las ventanas marcaban el contrapunto a tanta laboriosidad.

Contestando a mis exclamaciones comentó:

- Uno de mis ancestros, Germain de Ponthieu, hizo construir la casa aunque cuando llegó a mis manos tuve que realizar muchas reformas ya que había sido abandonada durante años. Monsieur Germain perteneció a los "*stationarii*", aquellos instructores de la Universidad que escribían los libros de texto. Supongo que de él heredó mi padre su afición de librero.

- Que os fue transmitida a vos.

- Y de igual modo a Guillaume, mi hijo.

Las plantas superiores formaban galerías en las que se distribuían las distintas cámaras. Me condujo a mis estancias, situadas en el último piso, lo cual me alegro

porque desde allí disponía de una vista que abarcaba las buhardillas y tejados así como parte de la iglesia de St-Séverin.

Mi habitación, una galería abovedada, estaba amueblada con varias piezas de mobiliario: un amplio lecho, un armario y una mesa con sillas frente a la chimenea.

Retornamos al gabinete y me encargó mi primera tarea: la traducción de dos tratados menores de Cicerón: *De Senectute* y *De Amicitia*.

Me sumergí en mi nuevo trabajo con unas ansias casi inquietantes; pasé toda la mañana con la cabeza gacha traduciendo con precisión hasta que un sirviente me avisó de que íbamos a comer. Me sorprendió cuando no me llevó hasta la cocina sino que me guió al comedor. Nicolas debió advertir mi expresión pues aclaró:

- Mi hijo y yo somos personas sencillas que disfrutamos de la conversación. Acompañadnos a la mesa y podremos conocernos todos un poco mejor.

Guillaume era un joven de aspecto decidido con facciones similares a las de su padre aunque sus ojos grandes debían ser herencia de la madre.

Les conté mi infancia en Irlanda y mi educación en el monasterio de Winchester, el juramento de votos y mi vida hasta hacía poco de monje omitiendo, por supuesto, los hechos acontecidos en Glastonbury.

- ¿Y que es lo que os ha empujado a abandonar el monasterio? – preguntó Guillaume.

- La muerte de mi preceptor– repuse brevemente sin querer continuar con la conversación.

Guillaume sonrió con descaro.

- ¿No será el motivo alguna mujer?.

Dejé la pregunta sin contestar y ambos rieron de mi sonrojo.

La piedad del Señor es infinita y no hay que esperar a abandonar este mundo para recibir una muestra. De nuevo volvió el color a mis mejillas y se fue suavizando en mi rostro aquella expresión de abatimiento que venía arrastrando desde la muerte de Lafcadio. El trabajo me mantenía ocupado durante gran parte del día distrayendo la mente de reproches y frustraciones y cuando terminaba la jornada a menudo me reunía con Guillaume conversábamos despreocupadamente.

Así como cada mañana amanecía crecía mi amistad con él y pronto llegué a formar parte de su más estrecho círculo de amigos.

Pese a nuestra diferencia de edad – Guillaume me llevaba cinco años – nos entendíamos a la perfección y ambos compartíamos borracheras así como alguna que otra disputa de la que siempre salíamos bien parados. Respecto a las mujeres tuve que pasar muchos apuros evitándolas como pude hasta que Guillaume, en

confabulación con sus amigos, me preparó una encerrona de la que no pude escapar. En aquella ocasión satisfice todas mis dudas y deseos y aún se lo agradezco. Él por su parte estaba prometido a una noble dama inglesa la cuál llegaría a París en los próximos días para contraer matrimonio.

Un día caí en la cuenta, como a quien le arrojan un balde de agua fría, que me había olvidado por completo del manuscrito. Por primera vez en todo ese tiempo cobré conciencia de mi cobardía y sentí furia contra mí mismo. ¿Acaso Lafcadio no había arriesgado su vida y la había perdido en un valiente intento por no permitir la destrucción de aquél pergamino que yo tan descaradamente rehuía recuperar?. Recordé que estaba escondido en algún lugar en la fuente y palidecí al pensar que estaban expuestos a cualquiera.

Esperando que no fuera demasiado tarde busqué una taberna cercana a la Île de la Cité y allí aguardé hasta que oscureció y las calles quedaron desiertas. Entonces me acerqué hasta la plaza vacía apenas iluminada y observé la fuente buscando algún escondrijo; metí los pies en el agua helada e inspeccioné la base desde donde se erguía la estatua. El plinto estaba bien unido y no había restos de yeso que indicara que había sido movido. Las figuras de los animales tenían un cuerpo compacto y robusto y la boca desmesuradamente abierta. Me encaramé como pude e introduje la mano con cierto recelo en el hueco de la boca tropezando con la piedra fría y empolvorizada. Lo volví a intentar con otra estatua y esta vez mis dedos se deslizaron por la superficie lisa de la envoltura de cuero y tiré del bulto. Apenas lo tuve en mis manos me lo guardé en el jubón.

Una vez en mi habitación desplegué el rollo y de nuevo sentí aquella carga exasperante, ¿qué haría con aquél testimonio?. Sólo había una respuesta posible. Velaría para que aquél secreto fuera guardado tal como Lafcadio habría hecho hasta que fuera posible su conocimiento. Pero, ¿cuando sería eso?. Si ahora mismo hombres de la iglesia pugnaban por su destrucción, ¿cómo podría yo argüir ante todos que estas eran las enseñanzas del Maestro sin que me aplastaran apenas hubiera abierto la boca?. ¿Qué circunstancias habrían de darse para que esto cambiara?. No podía engañarme. Yo no era nadie y lo que tenía en mis manos podía acabar con el mayor poder que había sobre la tierra.

Lo guardé de nuevo bajo mi jergón hasta tomar una decisión. Pero como comprobaría más tarde, una vez más fue el destino como bien diría Lafcadio, el que decidió por mí.

Días más tarde, mientras me dirigía al comedor escuché voces alegres. Mientras me aproximaba me fijé en la esbelta figura ataviada deliciosamente con un vestido verde y brocado de oro junto a Guillaume.

Él, al verme, me sonrió invitándome a acercarme.

- Mi buen amigo Ian. Es para mí una satisfacción presentarte a mi futura esposa lady Madaleine Barclays.

Al instante reconocí aquellos ojos grandes y negros y mi corazón comenzó a latir desaforadamente. Al principio ella no dio muestras de reconocerme pero segundos después arrugó levemente el ceño y sus ojos me recorrieron de arriba a abajo

Me mantuve en silencio durante unos instantes incapaz de reaccionar y al fin logré articular un saludo.

- Ian es un excelente iluminador e ilustrador de manuscritos –dijo Nicolas sin advertir mi nerviosismo –. Puede presumir de haber aprendido ese arte a la perfección ya que hasta hace poco llevaba un hábito de monje.

Los ojos de lady Madaleine se posaron curiosos sobre mí.

- ¿Monje decís?.

Como temí, éstas palabras despertaron su atención; ella apenas había reparado en mí en Glastonbury aunque su mente bien podía retener un vago recuerdo. De ser así lo negaría pues no podía permitir que llegara algún rumor a oídos del cardenal, con el consiguiente peligro para los escritos.

- Vuestro rostro me es familiar aunque no vuestro nombre. ¿Nos hemos visto antes?.

- No lo creo, señora – mentí –. Habitaba un monasterio en Winchester. Además – repuse – jamás olvidaría un rostro como el vuestro.

Tomamos asiento frente a la chimenea y mientras ellos discutían detalles sobre la ceremonia yo me mantuve silencioso, perdido en el torbellino de mis pensamientos.

Los días precedentes a la boda fueron un completo caos pues los criados se afanaban en limpiar y sacar brillo a toda superficie de la mansión; los candelabros y demás objetos fueron pulidos, los tapices y cortinas desempolvados y la madera del suelo y de los muebles encerada.

La ceremonia fue celebrada en un espléndido día del mes de marzo frío y diáfano en la ilustre Notre Dame. El cardenal Wolsey no pudo asistir por motivos de salud y en mi fuero interno me regocijé de su enfermedad.

Después de aquello todo volvió a la normalidad. Como ama de la casa la recién casada dio solícitas instrucciones al cocinero y a los criados de tal modo que a menudo eran servidos exquisitos platos de origen inglés y nunca faltaba un ramo de flores frescas en todas las estancias. Poco a poco, y tras el refinado gusto de madame de Ponthieu la austera mansión se fue convirtiendo en una muestra de exquisitez y elegancia que se percibía tanto en el brocado de las cortinas como en las guirnaldas de flores de la mesa. Así pues, la antigua lady Madaleine asumió con elegancia y soltura su nuevo cargo como anfitriona y madame de Ponthieu y poco después traería la felicidad completa a la casa con un nuevo descendiente.

Monseñor poseía un pequeño apartamento en Roma cerca de Piazza Navona. Habían realizado todo el viaje temerosos de que les hubieran seguido pero hasta ahora todo estaba tranquilo. Esto era, paradójicamente, lo que más inquietaba a monseñor ya que había algo que no le cuadraba en toda esa situación. ¿Por qué no se habían llevado a Paolo si durante todo éste tiempo lo estaban buscando?.

_ Es pequeño pero acomódate como si estuvieras en tu casa.

Mientras Paolo deshacía su bolsa de viaje monseñor estaba haciendo una llamada a un amigo suyo.

_ Ésta tarde tenemos visita _ le dijo después_. Nos van a poner al corriente de los últimos acontecimientos.

Cuando llamaron al timbre monseñor le indicó que permaneciera en el cuarto; aunque confiaba absolutamente en esa persona los últimos acontecimientos le animaban a ser precavido en extremo.

Lucca Da Ponte era un joven sacerdote que colaboraba en la administración de la oficina de correos que poseía el Vaticano. Era además gran amigo de Baglioni y una de las personas que lo mantenían informado en los días que monseñor había estado fuera.

Después de saludarse calurosamente monseñor lo invitó a sentarse y le ofreció una bebida.

_ Cuéntame, ¿cuándo has regresado?. No tenía conocimiento de que os hayan hecho regresar.

_ Estoy aquí por una cuestión puramente personal.

Da Ponte parecía esperar una explicación pero al observar el silencio de monseñor fue él quien habló.

_ Estarás deseando conocer las últimas noticias en torno al asunto que tiene en un hilo a D'Angelo.

Monseñor asintió con un gesto.

_ Pues bien, nada.

_ ¿Nada? _ repitió sin contener su asombro.

_ ¿Te sorprendes?. Yo ya lo doy por hecho. D'Angelo está como loco ante su incapacidad de no poder encontrar el manuscrito.

_ ¿Me estás diciendo que aún no han dado con él?.

_ En absoluto y te digo más, tengo la impresión de que nunca lo van a encontrar_. Dio un trago a su refresco y siguió diciendo_. Quién sabe si dejó de existir hace mucho tiempo.

Más tarde, apenas Lucca había cerrado la puerta, Paolo salió del cuarto, sorprendido por lo que acababa de escuchar .

_ ¿Qué cree usted que está pasando?_ le preguntó.

_ Estoy atónito. ¿Quiénes son esos hombres y quién es Shannon si no trabajan para el Vaticano?.

FAC NE TIMEAS

Había oscurecido más de lo normal a causa de la tormenta y ya me disponía a abandonar el gabinete cuando entró Guillaume para hablar conmigo.

_ La tarde que conocisteis a Madaleine noté vuestro nerviosismo; entonces estuve seguro de que ya os habíais visto antes _ me dijo sin más preámbulos. Quise negarlo pero no pude pues no quería traicionar su confianza.

_ Ésta mañana lo ha recordado por fin. Os vio por vez primera en la abadía de Glastonbury cuando acudió junto con su tío, el cardenal Wolsey con motivo de una visita.

_ Así es; mi preceptor y yo nos encontrábamos allí de paso, realizando una tarea encomendada por el abad de Glastonbury.

_ ¿Y por qué nos lo habéis ocultado deliberadamente?.

En aquél momento me sentí entre dos aguas. Guillaume era mi único amigo y deseaba confiar en él y compartir aquél enorme peso; no sabía si más tarde me arrepentiría pero decidí arriesgarme como Lafcadio había hecho conmigo.

- No os he contado toda la verdad, Guillaume, pues no deseo implicar a nadie pero ahora que me lo preguntáis habéis de saber que huí de Inglaterra para salvar mi vida.

Su rostro apenas se inmutó.

- ¿Infringisteis alguna ley?.

- Si estáis pensando en si cometí asesinato os equivocáis. No he cometido ningún delito. O quizás sí, pensándolo bien: el de inmiscuirme en los asuntos de los poderosos para salvaguardar una gran verdad.

- Vuestras palabras parecen velar un gran secreto; nunca antes había visto tal seriedad en vuestro rostro.

- Mi rostro muestra menos de lo que mi corazón siente.

Entonces se acomodó en los almohadones pendiente de mis palabras y yo le relaté el viaje a Glastonbury, la traducción del pergamino y el precioso hallazgo por parte de Lafcadio de la reliquia. Vertí las palabras como un torrente tan sólo interrumpido por las breves preguntas de mi amigo que me escuchaba azorado.

- Así fue como perdí a mi mentor, en manos de dos perros salvajes enviados por el confesor personal del cardenal Wolsey. ¡Maldigo sus nombres!.

Las palabras cesaron y fueron sustituidas por el leve crepitar de la madera que ardía lentamente. Las velas, casi consumidas, iluminaban su rostro con un tono espectral.

Guillaume se levantó en busca de más cera; prendió las mechas y la generosa luz se esparció por el suelo y las paredes.

- Os pido disculpas si he abusado de vuestra amistad – le dije –. Quizás hubierais deseado no saber nada de ésta tétrica historia.

Una franca sonrisa fue iluminando su rostro sombrío.

- Por nada del mundo, amigo mío, hubiera preferido dejar de escucharla.

Exhalé un suspiro de alivio mientras Guillaume comenzaba a pasear a grandes zancadas.

- El acecho del cardenal de Inglaterra con cuya sobrina me he casado, la huida del país y el cruel asesinato de tu preceptor hasta hallar el pergamino bajo los pies de Miceur Legrey. A nada de esto daría crédito de no conoceros como os conozco –. Sus ojos destellaron cuando me preguntó – ¿me permitiréis contemplar con mis propios ojos la reliquia?.

- Venid conmigo.

Una vez en mi cuarto abrí uno de los arcones y tanteé en el fondo. Desplegué la tela sobre la cama y contemplé en mi amigo aquella expresión, la misma que Lafcadio había visto en mí, de impresión y profundo respeto.

Guillaume se santiguó y se sentó en un taburete pues la emoción le hizo flaquear.

- Jamás vi nada parecido – murmuró.

- Ahora entenderás toda la responsabilidad que pesa sobre mí.

- ¿Qué vamos a hacer? – preguntó recomponiéndose –. Esto es demasiado sagrado como para tenerlo escondido en el fondo de un baúl.

- Escucharé cualquier sugerencia que se os ocurra pero antes hacedme un último favor: estas son parte de las traducciones copiadas por mi puño y letra. Son las enseñanzas más importantes de Jesús recogidas por José de Arimatea. Leed y juzgad vos mismo.

A la mañana siguiente comencé mi trabajo sin haber visto a Guillaume pero poco después irrumpió en la habitación con el pelo revuelto y los ojos enrojecidos.

- ¡Por el amor de Dios! – exclamé - ¿qué os ha ocurrido?.

- Acabo de terminarlo – y balanceando los legajos ante mi nariz me espetó – ¿cómo se os ha ocurrido tenerlo arrumbado en un baúl como un bulto más?.

- Aquí está seguro – me defendí.

- La casa está llena de sirvientes y yo no puedo responder plenamente de ellos – replicó – Esta tarde nos reuniremos y decidiremos qué hacer.

En el barrio latino había un establecimiento con rótulos rojos y azules y paredes encaladas que se preciaba de servir la mejor cerveza de la ciudad, pura y sin posos. Guillaume y yo compartíamos una de las mesas del abarrotado local ocupadas en su mayoría por jóvenes estudiantes que terminaban el día despreocupadamente.

_ No tenemos muchas opciones _ le dije aspirando el aroma de la carne asada mezclada con el de manojos de hierbas que colgaban del techo perfumando el ambiente_. O bien lo escondemos o lo hacemos público.

_ La situación varía mucho de una a otra.

- En efecto, si los damos a conocer, por ejemplo, mostrándoselos al obispo de París no es difícil imaginar su final.

- Además de hacer peligrar el manuscrito existe una alta probabilidad de acabar nuestros días torturados y ejecutados en Hôtel de Ville por herejes.

Le dirigí una mirada cargada de espanto imaginándome la escena.

- Por lo tanto y teniendo en cuenta que ninguno de los dos tenemos vocación de mártir es más sensato que desechemos esa posibilidad por el momento hasta que se nos presente una oportunidad.

- Estoy de acuerdo. Tenemos que custodiar nosotros mismos el pergamino y la reliquia hasta que veamos una forma de darlos a conocer. Tu casa posee sótanos; podemos buscarles un buen lugar ahí.

- No – desechó él con la mano – hay humedad y ratas y no es el sitio idóneo para esconder esos tesoros.

- ¿Enzarzados en otra discusión teológica? – preguntó una voz alegre.

Alcé la cabeza y me tropecé con el rostro sonriente de Doilet, gran amigo de Guillaume y ahora mío.

_ Tomad asiento _ le invitó Guillaume -. Queremos saber tu opinión respecto al sagrado libro de la Biblia. ¿Creéis como nosotros que la Iglesia la ha manipulado en beneficio propio?.

Étienne era un pensador y estudioso incansable, autor de tratados gramaticales y una historia corta de Francia entre otros trabajos y dueño de una imprenta en la ciudad de Lyon. Hacía dos años había publicado en su propia imprenta el *Commentaris Linguae Latinae* que estaba ejerciendo una notable influencia en los distintos ambientes parisinos y a sus veintinueve años gozaba de prosperidad y fama. En aquella época Francia como otros tantos países europeos se veía convulsionada por la corriente humanística y renacentista y de igual modo por el movimiento reformista que se había

iniciado a principios de siglo y que invadía el ámbito religioso. Doilet tenía su particular opinión al respecto.

- La iglesia basa su fe en la Biblia y otros documentos y haciendo su particular traducción ha asentado sus dogmas y preceptos pero yo defiendo que cada ser humano tiene la capacidad por sí mismo de hallar la salvación mediante su fe. Es el mismo individuo el que, mediante el estudio e interpretación de la Biblia, debe erigirse como autoridad religiosa. El hombre no necesita a la iglesia pues ni ésta ni ninguna otra institución terrenal puede acercarnos a Dios; esto tan sólo es posible mediante la búsqueda individual y sincera de cada ser humano.

- Vuestro ímpetu es admirable, tanto como vuestros pensamientos que considero nobles y justos.

Los tres nos perdimos en una agradable conversación que me llevó a tomar una decisión: invité a Étienne a mi estudio y le repetí la historia ya conocida por Guillaume.

Baglioni descolgó el teléfono. La voz le pareció muy familiar y seguidamente le vino su

rostro a la mente. Era Shannon.

_ ¿Es usted, monseñor? _ repitió ella.

_ Me alegro de oírte; tal vez tengas la decencia de concedernos una explicación.

_ Esa es mi intención. ¿Se encuentra Paolo con usted?.

_ Tú lo has traicionado, ¿qué más quieres?, ¿que te lo entregue?.

_ No es como usted piensa; le ruego que me conceda una oportunidad.

Quedaron en verse en uno de los cafés de la plaza frente al Panteón y aunque monseñor no estaba conforme con que Paolo lo acompañara no logró hacerle cambiar de opinión.

Cuando llegaron sobre las seis Shannon ocupaba una de las mesas del exterior y ya llevaba esperándoles un buen rato. A esas horas la plaza estaba llena de visitantes que no querían perderse una de las cúpulas más impresionantes y de gente que tomaba algo aprovechando el buen tiempo.

Shannon, al tenerlos frente a frente se sonrojó y les preguntó cómo estaban.

_ Tu actitud es impresionante _ le recriminó Paolo. Ella le había decepcionado tanto que no iba a quedarse con las ganas de decirle lo que pensaba. Pero Shannon no lo dejó; levantó la mano en actitud defensiva y comenzó a hablar:

_ En el siglo XVI tres personas fundaron una Orden secreta en París para luchar contra la miseria, la injusticia y la mentira. Ésta Orden poseía dos valiosas reliquias: una era el lienzo con el que fue envuelto Jesús, otra un manuscrito que contenía parte de la antigua sabiduría, cuyo autor era nada más y nada menos que José de Arimatea.

Paolo y monseñor intercambiaron una mirada de sorpresa.

_ Por favor, dejadme que continúe _ pidió ella_. La Orden comenzó a conocerse en toda Francia e incluso en el extranjero y contaba con un buen número de adeptos y fue en esos momentos cuando las autoridades francesas, no se sabe bien cómo, conocieron su lugar secreto de reunión y lo saquearon arrebatándoles el sudario que poco después pasó a manos del Vaticano _ explicó dirigiéndose a monseñor _. Desgraciadamente para la Orden en aquellos momentos se encontraban dos de los fundadores, pues el tercero había muerto condenado por la iglesia. Uno de ellos logró escapar pero el otro, Thomas de Dubh-Linn, desapareció y nunca más se supo de él.

Monseñor arqueó una ceja en señal de incredulidad.

_ ¿Ese es nuestro Thomas?.

Shannon asintió_. Poco después del desastre la Orden se reagrupó bajo el mando de Guillaume de Ponthieu, el único fundador que se sabía quedaba con vida

pero ésta vez resurgió con más fuerza y llegaron a formar parte de ella personajes muy destacados, pintores e incluso personas muy influyentes en la Corte. Aunque la Orden había perdido una de las reliquias más preciadas siempre se mantuvo la esperanza de que el manuscrito de Arimatea no hubiera sucumbido a las llamas y como en un principio se había proyectado su futura ubicación en algún lugar bajo la iglesia de san Patricio quedó instaurado que los discípulos de la Orden mantuvieran vigilancia, en un cargo de por vida, en todas las iglesias consagradas a éste santo.

Así ha sido desde entonces, pues tal y como han podido comprobar, la Orden del Santo Sudario, así es conocida, ha llegado hasta nuestros días.

Shannon calló dispuesta a contestar todas sus preguntas.

_ Entonces aquellas dos personas que nos arrebataron al manuscrito no trabajan para el Vaticano.

_ Afortunadamente no, son miembros de la hermandad. Ellos siguieron nuestra pista, alertados por quienes custodian las iglesias.

_ Pero ellos sí te conocen a ti _ afirmó Paolo_. Tú tienes que tener alguna relación.

_ Y tanto que sí, Paolo. Yo también pertenezco a la Orden.

Llevaban hablando más de una hora y éste era el segundo Capuccino que pedían.

_ Pero, ¿cómo pudiste saber que monseñor poseía la información que revelaba dónde estaba escondido vuestro manuscrito?.

_ Bendita casualidad. No lo sabía pero, tú, Paolo, me pediste ayuda y de pronto me encontré con el hallazgo de un enigma que se había perdido hacía siglos; sólo era cuestión de resolverlo. Me puse en contacto con la jerarquía y ellos me indicaron lo que tenía que hacer.

_ Todo lo que has contado es muy emocionante, eso de la hermandad y de su fin altruista, pero habéis condenado a Paolo. Sin el manuscrito no hay nada con lo que negociar y por tanto su vida corre un serio peligro. ¿No lo pensaste cuando ibas a traicionarlo?.

A Shannon se le hizo un nudo en la garganta pues sabía que tenía razón.

Paolo se excusó diciendo que iba al servicio. Para él la situación era demasiado violenta pues no podía negar que sentía algo por Shannon.

_ No podía hacer otra cosa, créame. Si el Vaticano lo tuviera en su poder desaparecería para siempre; toda la sabiduría, toda la verdad destruida por la iglesia.

_ Has dicho que perteneces a una hermandad cuyo fin es la ayuda desinteresada a los hombres. ¿No es así?.

_ En efecto, así es.

_ Pues entonces dime qué clase de animal consideras que es Paolo.

_ Monseñor, no me juzgue precipitadamente. Si estoy aquí en Roma es porque me he preocupado de averiguar donde estaban para poder ofrecerles una disculpa, una explicación y... esto . Shannon abrió su bolso y sacó una hoja de papel plastificada que le ofreció. Monseñor supo al instante qué era_. Me ha costado mucho conseguirlo pero confío en que pueda serle de ayuda; dado las circunstancias y el motivo por el que ha sido hallado el manuscrito, la Orden del Santo Sudario ha resuelto compartir con usted una parte de la traducción, para que le ayude a hacer el bien.

Baglioni cogió el papel y leyó un fragmento; en él se hacía alusión a Egipto, a Jesús y a otras tantas cosas que no supo entender en el momento.

Llevaban esperándolo más de quince minutos y Baglioni entró en el local para buscarlo pero Paolo ya no estaba; según le contó uno de los camarero se había ido un poco antes en compañía de un hombre.

El cardenal D'Angelo poseía un lujoso piso en la Vía Veneto y fue allí donde llevaron a Paolo. El hombre lo condujo hasta un salón y esperó junto a la puerta hasta que entró el cardenal.

D'Angelo permaneció unos instantes mirando a Paolo y como cada vez que lo hacía disfrutó con él; era uno de los pocos que conocía el rostro de Jesús. Le agradaba sus facciones de líneas suaves y proporcionadas, su cabello castaño claro y sobre todos sus ojos grandes y con una expresión muy dulce. En aquellos momentos dulzura era precisamente lo que le faltaba a Paolo.

_ Tengo que agradecerte que hayas decidido acompañar a Francesco sin oponer resistencia.

_ No se sorprenda; siento curiosidad por saber qué es lo que tiene planeado hacer conmigo.

_ Decidir tu futuro, juntos, por supuesto. ¿Desde cuando has dejado de tutearme? _ El cardenal se aproximó al mueble bar y le preguntó si quería tomar algo. Al observar su negativa se sirvió un gin tonic y ocupó un asiento en el sillón.

_ Es muy halagador por su parte que piense en contar conmigo. Demasiado tarde, ¿no cree?.

_ No tienes ni idea de lo que estás diciendo. Claro que estamos a tiempo.

_ ¿Pero cómo puede ser tan cínico?_. Paolo se sentó frente a él y por unos instantes escrutó su rostro intentando reconocer al que había sido su ejemplo durante toda su vida. D'Angelo parecía haber envejecido desde la última vez que lo vio; había adelgazado considerablemente y su cara mostraba unas arrugas más marcadas. Su mirada también parecía haber perdido fuerza_. Aún debe desconocer que alguien me envió un informe completo del Proyecto Galilea; por lo visto continúa con su manía de granjearse enemigos.

_ Es algo que nunca me ha preocupado. Ya me imaginaba que debías tener un buen motivo para abandonar la Escuela de Teología pero no has actuado cabalmente. Deberías haber acudido a mí y yo te habría dado una explicación; tarde o temprano habías de saberlo aunque preferiría habértelo contado yo mismo.

_ ¿Pero quién le dice que necesito una explicación?. Lo que realmente necesito es que nada de esto hubiera ocurrido pero ahora, por favor, evítame el mal rato de verle rebajado intentando excusar su locura.

D'Angelo pareció ofendido con sus palabras e intentó reprimir su mal humor.

_ ¡Desagradecido! _ murmuró irritado_. ¿Olvidas todo lo que he hecho por ti?. Ahora que lo sabes todo también serás consciente de que te traté como a mi propio hijo. ¿Acaso no recuerdas que me encargué de ti desde el momento en que naciste?. Te proporcioné un excelente hogar, te procuré unos padres modélicos a los que, a partir de entonces, nada les faltó y he acarreado con los gastos de una educación que muchos quisieran tener. Y todo hecho con la mejor intención.

_ Mire, no se ande por las ramas; me ha traído aquí en contra de mi voluntad así que dígame lo que tenga que decirme; aunque no se lo crea no soy capaz de vislumbrar sus intenciones aunque se que intentará hacerme comprender su magnífica idea y convencerme para que asuma mi papel de nuevo Mesías_. Al cardenal se le avivaron los ojos y Paolo comprendió en ese momento que verdaderamente estaba enfermo.

_ Podemos hacerlo, si tú quieres _ le dijo_. Llevas los genes de Cristo, tú eres Él hecho a imagen y semejanza, y tienes la oportunidad de terminar lo que Él empezó.

Cuanto más lo escuchaba más convencido estaba de que había perdido el juicio y así se lo dijo pero D'Angelo no cejaba en su empeño.

_ Debes sentirte el hombre más afortunado, ¿es que no te das cuenta?. No hay nadie en éste mundo más especial que tú.

_ Se ha formado una idea errónea, ¿usted creía que podía hacer regresar a Jesús?. Se olvidó de algo: cada persona aparte de carne, es espíritu y yo tengo el mío propio, se lo aseguro; no poseo ningún tipo de divinidad ni tengo ninguna cualidad especial que me haga diferente del resto. Su búsqueda de Jesús ha sido un fracaso porque sus principios estaban equivocados; jugó a ser Dios y aquí tiene el resultado: un final decepcionante. Jesús no es Dios y yo no soy Jesús.

REGULA MAGISTRI

- ¿Podéis asegurarme que esto no es algo de lo que os estaréis riendo durante mucho tiempo? – preguntó mirándonos con recelo.

Después de haberle relatado todo sobre el manuscrito de Arimatea y el sudario de Jesús ahora me enfrentaba a su escepticismo.

- Llevo mucho tiempo sin hacer nada al respecto y sé que Lafcadio no aprobaría mi escasa iniciativa y falta de imaginación __. Precisamente – carraspeé aclarándome la voz – cuando huimos de Glastonbury, a instancia suya, tomamos una singular decisión y creo que ha llegado el momento de llevarla a cabo. He confiado en ambos porque creo y tengo la certeza de que querréis ayudarme en la empresa que me propongo emprender –. Sentí la emoción acelerándose el pulso y continué –. Me he propuesto dar a conocer el manuscrito.

Étienne apenas pudo reprimir su sorpresa.

- Lo arriesgas todo, Ian __ me dijo Guillaume.

- Preciso es aunque me cueste la vida. No voy a permitir que la muerte de Lafcadio sea en vano.

- ¿Qué decisión habéis tomado? – preguntó Étienne convencido ahora de que hablaba en serio.

-Veréis, siguiendo los deseos de Lafcadio, mi principal objetivo es dar a conocer las verdaderas enseñanzas del Maestro sin que peligren nuestras vidas y para eso lo único que se me ocurre es el anonimato.

- ¿Quieres decir difundirlo por medio de panfletos? – preguntó Etienne.

- No exactamente. De éste modo no obtendría ninguna credibilidad.

- Eso es cierto – convino conmigo Guillaume.

Étienne asintió silenciosamente.

- ¿No imagináis a qué me estoy refiriendo? –. Miré a ambos pero ninguno podía adivinar lo que mi mente había urdido –. Pues bien, siguiendo adelante con los deseos de mi mentor os propongo fundar una logia o fraternidad para salvaguardar el santo sudario de Nuestro Señor y proclamar sus enseñanzas.

__ ¿Una logia?. Jamás se me hubiera ocurrido semejante idea.

- Una fraternidad – murmuró Guillaume.

- Así es, y os necesito para eso.

Etienne se levantó y comenzó a pasear por la estancia.

- Si lo pensáis detenidamente no es nada descabellado. Hoy en día proliferan las sociedades secretas: la francmasonería creada por los gremios de albañiles que

defienden la igualdad y la paz, la poderosa logia de los Caballeros del Temple que aunque suprimidos hace doscientos años se están reorganizando, los cataros que también se están congregando de nuevo y otras muchas. ¿Qué hay de malo en crear nuestra propia logia?.

- Después de lo que me habéis contado esta noche nada de lo que oiga me parece extraño. Pensándolo bien hasta me atrae la idea.

- Un momento, amigos – dijo Guillaume con las manos en alto –. No debemos precipitarnos.

- Guillaume, os aseguro que no me estoy precipitando. Llevo semanas dándole vueltas a todo esto y tengo pensado hasta el detalle más nimio_. Así era y aquella noche, por fin, comenzamos a elaborar el plan que tomaría forma.

- Está bien, os escuchamos.

- Ya os he expuesto el motivo para el que será creada la sociedad. A partir de aquí necesito contar con vosotros para iniciar en la verdad a los futuros miembros de la Orden a los que necesitamos para continuar con nuestra tarea cuando nosotros no estemos; para ello no tendremos en cuenta ni edad, ni sexo, ni condición social.

Aquella noche estaba hablando con tanta convicción que arrastré a mis amigos con mi entusiasmo.

- Tenemos que pensar un lugar en donde poner a salvo el manuscrito y celebrar las reuniones – comenté por último –. Cuando llegue el momento no es conveniente traerlos a ésta casa.

Al día siguiente quedamos en vernos en la acostumbrada taberna del Barrio Latino y concretamos más detalles frente a las espumosas jarras de cerveza.

- Creo que he dado con el lugar idóneo donde reunirnos – dijo Guillaume –. Desde hace varias generaciones mi familia posee una casa solariega en las afueras en la que solíamos pasar varios meses al año, cuando la época de caza daba comienzo y a la que dejamos de ir desde que murió mi madre. Pensaba hacer reparaciones y ofrecérsela a Madaleine pero por ahora podemos utilizarla nosotros.

- Gracias Guillaume – dije conmovido –. Desde que llegué a París he recibido vuestra ayuda y apoyo. Confío en que algún día sea yo quien pueda hacer algo por vos.

Cuando el hijo de los señores de Ponthieu se presentó un día a la familia que se encargaba de cuidar la mansión dando enérgicas instrucciones de abrirla y limpiarla

cuanto antes hubo rumores en el pueblo de que los grandes señores iban a habitarla de nuevo pero Guillaume aclaró que él y sus amigos sólo irían de vez en cuando.

Aquél mismo día contrató a un maestro de obras para que se ocupara de restaurar el techo de la pequeña capilla y algunas grietas producto de la humedad y la lluvia.

En una veintena de días estaba a punto y poco después los tres fuimos a celebrar la primera reunión. Yo llevaba conmigo apretada firmemente en mi regazo la reliquia y Guillaume el manuscrito. Habíamos decidido trasladarlos allí donde los guardaríamos en un lugar seguro. Atravesamos las vastas propiedades de la familia Ponthieu y franqueamos el arco de entrada. Los cascos de nuestros caballos resonaron huecos en el patio solitario.

Por orden expresa de Guillaume la casa estaba limpia y desierta; prendimos las velas de los candelabros y encendimos la gran chimenea. Poco después estábamos acomodados frente a ella.

- Bien, ¿qué hacemos ahora? – preguntó Etienne.

- Lo más urgente es encontrar un lugar apropiado para ocultar todo esto – les dije.

- Esta casa está llena de corredores secretos y galerías subterráneas – comentó Guillaume -. Aún recuerdo una pequeña habitación secreta en el oratorio. Mañana la inspeccionaremos a la luz del día. Esta noche debemos decidir varios asuntos, por ejemplo, elaborar la composición de la Orden. Ya que fuisteis vos quienes quedasteis a cargo del manuscrito después de que asesinaran a vuestro mentor, Etienne y yo os hemos designado como Gran Maestre.

- ¿Y eso que significa? – pregunté arqueando una ceja.

Fue Etienne quien contestó.

- Significa que vos sois el cabecilla de ésta logia, seréis el encargado de custodiar el manuscrito y la reliquia y os consultaremos todos los asuntos aunque las decisiones serán tomadas por los tres.

- Acepto, si esos son vuestros deseos – respondí encogiéndome de hombros -. A propósito, debemos pensar en una insignia, pues toda hermandad que se precie debe poseer una.

Al final todos estuvimos de acuerdo: nuestro pendón o distintivo sería una túnica blanca con la réplica del rostro del lienzo y nos daríamos a conocer como la Orden del Santo Sudario. El paso siguiente fue redactar por escrito los principios de la Orden que inicialmente resumimos en estas normas.

1º. Por la presente se procede a fundar una Orden iniciática cuya filosofía se basa en la recogida por José de Arimatea de labios del propio maestro Jesús para preservar y difundir los principios, las enseñanzas y las doctrinas de Jesús.

2º. La Orden se hará llamar Fraternidad del Santo Sudario y uno de sus principales cometidos será la custodia del lienzo de Jesús y del manuscrito de José de Arimatea.

3º. La Orden del Santo Sudario tiene como objetivos la difusión de las enseñanzas de las doctrinas auténticas y verdaderas del maestro Jesús, la prestación de ayuda moral, material y espiritual de sus miembros entre ellos y para todos los hombres y la perpetuación de la Orden.

4º. La Orden comprende en sus inicios tres miembros y estará abierta a todas las personas adultas que acepten los principios y deberes de ésta hermandad. Los miembros serán admitidos sea cual fuere su condición social, sexo, raza, religión e ideología política.

5º Cualquier futuro miembro de ésta Orden, al ser admitido, hará un juramento de fidelidad para servir a la Orden en cualquier circunstancia, acatar obediencia a la jerarquía y desempeñar su labor en un cargo de por vida.

6º. Todas las admisiones serán aceptadas o denegadas en última instancia por el Consejo de la Orden.

7º. Nosotros, miembros de la Orden del Santo Sudario, por la Gracia del Más Alto, hacia quien se vuelve el corazón de los justos, fundamos ésta fraternidad con el fin último de revelar a la humanidad la existencia de Dios.

A la luz del día la capilla románica, baja y pesada, exhibía el desnudo techo de madera y albergaba sobre el reducido altar la pintura ya envejecida de un Cristo crucificado; bajo ésta se desplegaba un zócalo de madera cincelada dividido en paneles con el escudo de la familia Ponthieu y escenas de la Pasión que hasta el suelo tenía la mitad de la altura de un hombre.

- Es al que apuntan los pies de Cristo.

Guillaume presionó con ambas manos uno de estos cuadrados de madera; al principio se escuchó un crujido y seguidamente varios de ellos cedieron con el impulso.

Pasamos al otro lado encorvados respirando el rancio olor a humedad y moho y acercamos las antorchas a los muros para distinguir las dimensiones; era más grande de lo que parecía en un principio, de forma irregular y techo bajo y abovedado; en el extremo opuesto a la entrada se distinguían unas rejas de hierro a través de las cuales se abría la oscuridad y por las que corría un aire helado.

- Si mi memoria de niño no me engaña siguiendo ésta galería desembocaremos cerca del río.

- Una excelente información que podemos utilizar provechosamente – apuntó Étienne.

Continuamos inspeccionando el resto de la casa; los sótanos estaban inundados de ratas y existían otros corredores que comunicaban unas habitaciones con otras.

- Tus antecesores debían de tener muchos enemigos a juzgar por la cantidad de pasadizos que posee la casa – argüí provocando la risa de mis compañeros.

Finalmente decidimos que la habitación secreta de la capilla era la idónea para ocultar nuestro secreto y llevar a cabo nuestros fines.

Dejamos limpio el suelo de tierra batida y lo perfumamos con lavanda para acabar con el olor a herrumbre y Étienne dispuso unos soportes en las paredes donde colocó hachones. Abrimos la reja y día tras día nos ocupamos de despejar la galería de las piedras desprendidas que dificultaban el paso hasta alcanzar la salida: una abertura simulada entre las grietas naturales de una roca, al pie del río Sena.

Depositamos la sagrada reliquia junto con el manuscrito en unos arcones que los protegían de la humedad en la cámara secreta de la capilla y retornamos a nuestra vida ordinaria que nunca volvería a ser la misma.

La llamada de Baglioni interrumpió al cardenal D'Angelo en su almuerzo. A pesar de haber pasado mucho tiempo desde la última vez que habló con él al punto reconoció su voz.

_ Necesito con urgencia tratar de un asunto que presiento le va a interesar. El manuscrito de José de Arimatea.

_ ¿Qué tiene usted que decirme de eso? _ preguntó sobresaltado.

_ Estoy dispuesto a negociar. Escúcheme. Usted tiene algo que yo quiero, en éste caso, una persona. Yo tengo algo que usted quiere: el manuscrito. ¿Está dispuesto a llegar a un acuerdo?.

Como el otro no contestó Baglioni continuó.

_ Su excelencia no acertaría a imaginar con qué rapidez desaparecería la santa institución eclesiástica si tan sólo una parte del contenido llegara a conocerse _ dijo simplemente.

_ De todos, excepto de usted, hubiera esperado el chantaje.

_ Chantaje no, eminencia, un poco de justicia; pero antes de que sigamos hablando escuche_. Y seguidamente leyó uno de los controvertidos fragmentos.

_ Yo le entrego a Paolo y usted el manuscrito, ¿no es eso?.

Monseñor sabía que en esos instantes se lo jugaba todo; aún así la voz no le tembló.

_ Usted deja tranquilo a Paolo para siempre y yo me comprometo a no hacerlo público.

_ ¿Está loco? _ gritó furibundo_ ¿qué le hace pensar que voy a aceptar sus condiciones?.

_ En éstos momentos el manuscrito se encuentra en una caja fuerte de un banco de Suiza y no soy el único que tiene acceso. Si alguna vez le llegara a pasar algo a Paolo he dado instrucciones para que los medios de comunicación tengan acceso a él. Usted tiene la última palabra.

_ Monseñor, admito que ha sido mucho más inteligente que yo. Estoy dispuesto a dejar marchar ahora mismo a Paolo y olvidarme de él pero le pido que reconsidere su postura; debe entregarme el manuscrito o usted puede ser el culpable de arruinar el curso de la existencia humana. Al menos concédame una última entrevista.

_ Palabras, eminencia, es lo que faltaron entre nosotros. ¿Qué sentido tienen ahora?.

_ No se lo estoy pidiendo como secretario de estado del Vaticano. Piénselo.

AGNUS DEI

- Como miembro de la Hermandad del Santo Sudario juro servir a Dios y al Maestro fielmente proclamando sus enseñanzas con obras y defendiendo la verdad hasta la muerte.

Uno tras otro, los tres hombres fueron repitiendo éste juramente a la vez que besaban la superficie del estuche que contenía el Santo Sudario, consagrándose así como adeptos a la Orden.

Hecho esto los tres miembros, con el rostro aún solemne, escucharon mis últimas palabras que pronuncié como fundador de la Fraternidad:

- Habéis sido elegidos por vuestro corazón y vuestra única misión a partir de ahora será hacer cumplir el juramento que habéis dado cada día de vuestra vida así como vuestro voto de silencio. Que así sea.

Eran Jacques le Duc, un joven perteneciente a una acomodada familia, un discípulo de Doilet y amigo mío. El primer año de vida de la hermandad contaba ahora con tres nuevos adeptos.

Al cabo de unos meses comenzaron a hablar de nosotros. Se extendió la voz de que había nacido una fraternidad que predicaba la igualdad de todos los hombres, la abolición de señoríos y mecenazgo y el reparto de las riquezas. Como es de suponer, la nueva orden que alentaba a seguir el ejemplo de Jesús cuya figura había sido manipulado por la Iglesia en beneficio propio estaba teniendo cada vez más simpatizantes entre la clase media y baja y se estaba convirtiendo en un molesto y considerable estorbo para la jerarquía eclesiástica.

Guillaume y yo continuamos trabajando en el próspero negocio aunque llevábamos otra vida secreta; Étienne seguía encargándose de su imprenta en Lyon. Nicolas al igual que Madaleine también habían sido iniciados y como nosotros ocupaban el cargo de mentores.

Ésta era nuestra tarea. Antes de que cualquier persona se convirtiera en discípulo y realizara el juramento debía de superar algunas pruebas. Primeramente era seleccionada por un mentor que se encargaba del primer acercamiento y más tarde de su futura educación; había casos en los que el escogido no era el adecuado pues bien se mostraba reacio o exhibía ideas muy arraigadas con lo cual se le desechaba ya que, una de las normas de nuestra Orden era no interferir en la voluntad del candidato. El tiempo de educación a cargo del mentor variaba según la manera de ser del discípulo; algunos concluían a los pocos meses, otros superaban el año. Cuando su mente estaba liberada de ideas y prejuicios y predispuesta a una faceta más espiritual

entonces se convertían en discípulos. A partir de entonces para ellos comenzaría un trabajo que nunca llegaría a finalizar; poco a poco se les iniciaba en otro grado y así continuarían ascendiendo peldaño a peldaño; los discípulos asistían cuando era necesario a los requerimientos de la Orden – a menudo ofreciendo asistencia a personas desamparadas o a familias carentes de recursos – y formaban la verdadera avanzadilla pues se ocupaban de expandir la hermandad de forma adecuada y constante.

Corría el año de mil quinientos treinta, dos años después de mi llegada a París, Madaleine recibió la noticia de la muerte de su tío. El cardenal Wolsey ya había ya sido destituido al no poder persuadir al Papa de que autorizase el divorcio del rey Enrique y Catalina de Aragón. A lo largo de su vida se había granjeado numerosos enemigos y aquellos pudieron hallar finalmente su venganza acusándole de violar una antigua ley que prohibía presidir un tribunal extranjero. Enfermo y acusado de traición había sido obligado a comparecer ante los tribunales en Londres aunque nunca lo hizo pues murió en la abadía de Leicester mientras iba de camino. Aún así no encontré ningún regocijo en su muerte.

A mis treinta y dos años disfrutaba de una vida apacible en la que el tiempo transcurría con tranquilidad e increíble rapidez; ahora vestía como un caballero pero yo no había olvidado a aquél joven mozo asustado sosteniendo la mano de su maestro moribundo. Aunque echaba de menos las largas horas de estudio y el silencio me había acostumbrado a aquella nueva existencia y al papel que había asumido en la sociedad: de monje había pasado a ser un reputado traductor al servicio de uno de los editores más afamados. Tampoco me pasó por alto el hecho de ejercer involuntariamente una atracción en las mujeres aunque no existía ninguna en mi vida; continuaba secretamente enamorado de Madaleine y hasta entonces no había encontrado a otra que la superara en inteligencia y belleza.

El año del Señor de mil quinientos treinta y nueve quedó marcado en mi memoria por una noticia que procedía de Inglaterra y que me llenó de una profunda tristeza: el rey Enrique había desobedecido la autoridad papal y se había declarado cabeza suprema de la iglesia anglicana. Su locura le había llevado a clausurar todos los monasterios y a arrebatárles sus riquezas. Pero lo que más me apenó fue conocer el fin de Glastonbury. Los comisionados de Enrique ya habían acudido anteriormente a la abadía aunque no habían podido hallar ningún fundamento contra la comunidad para clausurarla. Ahora el monasterio había sido saqueado y su comunidad disuelta; sin

ningún tipo de juicio, el último abad de Glastonbury Richard Whiting y dos de sus monjes habían sido arrastrados por caballos y sus cuerpos descuartizados y degollados respondiendo a la ira del rey.

Con respecto a la fraternidad ya era bien conocida en París así como en el resto de Francia; desde la imprenta de Étienne imprimíamos nuestros propios folletos en los que se defendía la hermandad de todos los hombres y una iglesia pobre en posesiones y rica en espíritu, fortalecida con los primitivos valores que Jesús nos había legado.

Algunos de nuestros miembros estaban bien situados y ocupaban un cargo de relevancia en la corte e incluso uno de ellos mantenía buenas relaciones con el obispo de París lo que nos proporcionaba muchas ventajas.

Por primera vez me sentía en paz conmigo mismo. Había hecho realidad los deseos de Lafcadio; ahora muchos conocían el legado de Nuestro Señor. Todo iba bien y así continuó siete años más hasta que la maldad humana golpeó de nuevo mi existencia.

Étienne fue apresado, acusado de herejía por su traducción de la Biblia al francés aunque nadie le relacionó con la Orden del Santo Sudario.

Después de permanecer aislado durante varios días nos permitieron visitarle y yo le llevaba sus instrumentos de trabajo que le harían más llevadera la reclusión.

Las mazmorras de París eran un lugar hediondo que apestaba a suciedad e inmundicia y en donde los prisioneros se hacinaban unos contra otros sin apenas espacio para caminar. Quien ingresara en prisión, por buen aspecto que tuviera, a los pocos días adquiriría la mirada vacía de un muerto. Así eran todas las caras que veía: rostros inexpresivos, cuencas hundidas y cuerpos descarnados envueltos en harapos.

Étienne Doilet gozaba de privilegios; ocupaba un calabozo para él sólo y recibía un mendrugo de pan y una especie de gachas por la mañana y por la tarde.

- ¡Amigos míos!, no os sobresaltéis por mi aspecto. Sigo siendo el mismo de siempre.

Incluso a mí me costaba reconocerlo con el pelo sucio y desgredado y el rostro ojeroso y extremadamente pálido.

El guardián, que no tenía mucha mejor apariencia, nos abrió la puerta y nos advirtió que no teníamos mucho tiempo.

- ¿Cómo os encontráis? -. Le preguntó Guillaume.

Étienne esbozó una sonrisa que más parecía una mueca de dolor.

- ¿Me habéis traído lo que os pedí? - preguntó.

Le entregué papel y pluma que recibió con consuelo.

- Tengo mucho que contar – dijo como si tenernos delante fuera lo más habitual.

Una rata enorme y grisácea se paseó descaradamente ante nosotros antes de alcanzar el rincón en penumbra.

- ¿Tienen sospechas de que podéis pertenecer a la hermandad? – preguntó Guillaume en un susurro.

- No, al menos que yo sepa. Mi delito es permitir que el pueblo llano tenga acceso a las Escrituras y que pueda sacar conclusiones por sí mismo. Dentro de unos días seré juzgado por el tribunal eclesiástico presidido por su excelencia el obispo de París.

Aquél triste acontecimiento nos encolerizó y poco podíamos hacer excepto hacer uso de nuestras amistades. Guillaume y yo acordamos continuar con nuestras actividades con la máxima precaución.

Aquella noche habían jurado los votos dos discípulos más. Yo estaba en la capilla apagando los hachones cuando oí el tronar de unos cascos de caballos; un instante después escuché la voz de Guillaume llamándome.

- ¡Soldados de la guardia real! – rugió.

- ¿Quién queda en la casa? – grité corriendo hacia la entrada.

Pero no me pudo responder; un sonido atronador retumbó en toda la sala y el fulgor rojizo de las llamas asomó por el techo de la capilla.

Aquellos malditos habían prendido fuego al techo de madera que ardía velozmente y algunas vigas ya comenzaban a precipitarse sobre el suelo. Como obra del diablo la urna de plata estaba rodeada por las llamas; intenté rescatarla pero la advertencia de uno de los soldados ordenándome que me entregara me hizo correr hasta la cámara secreta; cerré la puerta y metí el pergamino en una bolsa de cuero en la que había varias florines para un caso de urgencia; apagué todas las antorchas, a excepción de una que llevé conmigo y con los dedos temblorosos abrí el candado de la reja. Eché a correr por la galería siguiendo el plan tantas veces estudiado en nuestras mentes y apagué la tea cuando tuve la certeza de que me encontraba cerca de la salida. Salí fuera con sigilo precipitándome al gélido aire de la noche estrellada. Junto a mí, el impetuoso murmullo del río me aseguraba la huida. Avancé casi a ciegas – pues la noche era cerrada – entre el follaje hasta dar con el pequeño bote que arrastré hasta la orilla. Aún me detuve a observar el resplandor que se elevaba hacia el cielo y el murmullo de voces que llegaban antes de hundir los remos en el agua y dejarme llevar por la corriente.

Entré en París junto con la riada de mercaderes y viajeros que llegaban a la ciudad pero no me dirigí a la casa de Guillaume pues temía que estuviese vigilada. Consciente de haber perdido para siempre la reliquia más valiosa que jamás había existido y con el corazón en un puño por la suerte que habría corrido Guillaume, deambulé por el particular laberinto de calles que conformaban Les Halles hasta dar con la rue de Montmorency donde vivía Sébastien de la Brosse, afamado prestamista y uno de nuestros más antiguos adeptos.

Apenas golpeé la puerta me recibió con rostro grave; aliviado, me hizo pasar a una habitación y allí estallé:

- ¿Tenéis alguna noticia de Guillaume?.

- No pero me consta que Nicolas Ponthieu está siendo interrogado – explicó con nerviosismo.

Emití un prolongado suspiro y me levanté.

- Debo irme – repliqué abatido -. Tengo que averiguar que ha sido de él.

- Yo ... _ titubeó Sébastien – supongo que no os habéis enterado.

- ¿De qué? – pregunté presintiendo un nuevo desastre.

- Ayer ejecutaron a Étienne; fue quemado en una hoguera en la Plaza Maubert acusado de herejía.

Me desplomé en la silla sin dar crédito a lo que oía y no sé cuanto tiempo pudo pasar hasta que abandoné su casa con la gruesa bolsa de cuero apretada contra mí.

Vagué por las calles y tabernas que solía frecuentar con Guillaume con la esperanza de hallarlo y pregunté a algunos conocidos aunque no obtuve ningún indicio.

La noche se abatió sobre París y yo me encontraba desolado; uno de mis amigos había sido ejecutado y de Guillaume no tenía noticia alguna. Nicolas estaba siendo interrogado pues la casa donde se llevaban a cabo las actuaciones de la Orden era de su posesión y yo era consciente del peligro que le amenazaba. Por otra parte, el sudario había sido devorado por las llamas y nuestra Hermandad, creada únicamente para hacer el bien, aniquilada.

Permanecí en París nueve días, hasta que supe que Nicolas Ponthieu había despejado cualquier duda respecto al conocimiento de la Orden del Santo Sudario ni de las actuaciones secretas llevadas a cabo en la mansión familiar por su hijo desaparecido que maldijo ante todos. El antiguo linaje de su familia y su afamada y próspera vida como librero así como el círculo de influyentes amigos con el que contaba la hermandad le aportaron toda la credibilidad que necesitaba.

Por medio de Madaleine, quién dejó un mensaje en la taberna, me enteré de que la mansión Ponthieu había sido destruida casi en su totalidad por el fuego; Guillaume había logrado escapar por uno de los pasadizos secretos y se encontraba escondido en algún lugar fuera de París.

Aún era joven; estaba en la plenitud de la vida y me sentía con la melancolía y soledad de un viejo. Mi alma parecía tener cientos de años. Temiendo poner en peligro la vida de mis amigos tomé una decisión.

De nuevo me vestí con el hábito y huí de Francia como antes lo había hecho de Inglaterra no sin visitar por última vez el cementerio de los Santos Inocentes, donde reposaba mi buen Lafcadio.

Baglioni miró el reloj con impaciencia; había quedado a las nueve en sus estancias particulares pero ya pasaban veinticinco minutos. De pronto se abrieron las dobles puertas y entró el cardenal. Precedido por el fru-fru de la seda de sus vestiduras avanzó con porte aristocrático hacia él a la vez que monseñor intentaba, por todos los medios, ocultar su admiración. D'Angelo estaba imponente envuelto en sus vestiduras púrpuras recamadas en oro; un inmenso crucifijo de oro orlado con piedras preciosas pendía desafiante de su cuello y hasta sus ojos azules brillaban como el zafiro. A Baglioni le recordó a una araña avanzando imparable hacia su víctima. Cuando llegó a la altura de monseñor le ofreció su mano; éste, por primera vez en su vida, rechazó besar el sello y le pidió que fuera breve.

_ Tenía una hora para usted, eminencia, pero ha desperdiciado media. Claro que la elección de las joyas no debe ser cosa fácil.

D'Angelo sonrió correspondiendo al comentario sarcástico. Sentía un odio inmenso hacia aquél, hasta ahora insignificante prelado, que le nacía desde lo más profundo de su corazón pero aparentó una serenidad pasmosa.

_ La humanidad puede esperar un poco más, ¿no cree?. La imagen de la iglesia es símbolo de su salud y tengo que decirle que ahora goza de ella. Nosotros estamos revestidos del poder de Dios por eso los fieles ponen sus almas en nuestras manos.

_ Desdichados... Si conocieran la verdad.

_ ¿La verdad?, ¿qué verdad?.

_ Que son utilizados, atraídos por ustedes, para su propio enriquecimiento y poder.

_ Y usted ahora quiere presentarse como el nuevo salvador del mundo, ¿no es así?; les abrirá los ojos. Pero atienda, ¿no es consciente de que puede precipitar a la humanidad a una catástrofe?. Si derrumba aquello con lo que la mayoría del mundo se ha estado sustentando durante miles de años, ¿qué flaco favor les hará a los creyentes cuando ya no tengan un dios al que rezar?. El islamismo, el hinduismo, los radicales, integristas y fanáticos se nos echarán encima. Y usted será el responsable de todo eso.

_ Eso depende de usted, ya se lo dije.

El otro hizo como si no lo oyera.

_ ¿Conoce usted lo que es un secreto pontificio?.

_ Aquello que sólo conoce el Papa y los más allegados como usted por ejemplo.

_ Se equivoca. Un secreto pontificio es aquél que todos conocen excepto el Papa. En éste caso usted, su protegido, etc. Le propongo que continúe siendo así.

_ Si su eminencia hubiera tenido escrúpulos nunca habríamos llegado a ésta situación y ahora tendría la seguridad de que nada de esto tuviera la posibilidad de desvelarse pues, al contrario de usted, yo sí cumplo mi palabra. Podría haber convertido el manuscrito, como usted dice, en secreto pontificio o haber prendido una hoguera con él. Ahora no está en condiciones de negociar nada.

Pero D'Angelo se negaba se negaba con todas sus fuerzas a no tenerlo en su poder.

_ ¿Me está dando a entender con eso que puede darlo a conocer a la opinión pública en cualquier momento a sabiendas del desastre que producirá?. Si estuviera en su lugar me lo pensaría.

_ Le deseo que ésta noche concilie el sueño. Yo de usted no podría hacerlo. Buenas noches, eminencia_. Y mientras abandonaba la habitación se sintió más bien como una araña en el centro de su tela.

LIBRO IV

HISPANIA

ESPAÑA

Primavera de 1547

Casi sin decidirlo seguí una de las vías jacobeanas que partían de París uniéndome a un grupo de peregrinos que se dirigían a España. Cientos de años antes el cuerpo del apóstol Santiago había sido escondido en un lugar más tarde señalado por una estrella; *Campo Estae*, es decir, campo de la estrella, así fue llamado el lugar donde se levantó una basílica para guardar la sagrada sepultura.

Mi presencia fue bien recibida ya que el recorrido se presentaba peligroso debido al gran número de malhechores que se apostaban a lo largo del camino con la intención de asaltar, saquear y asesinar a los peregrinos; para mí, mi única preocupación era el manuscrito el cuál llevaba siempre conmigo y camuflado bajo mi hábito. El grupo estaba compuesto por una gran dama escocesa y su séquito que había hecho la promesa de peregrinar a Compostela si su hijo se reponía de su enfermedad, y otros tres hombres que bajo *devotionis causa* se desplazaban en busca de indulgencias.

En Saint-Jean-Pied-De-Port, última localidad francesa en la travesía pirenaica, cruzamos la muralla y desde allí iniciamos el camino a Compostela.

La lluvia nos acompañaba todos los días y a veces nos obligaba a detenernos cuando cruzábamos terreno pantanoso pero pudimos regocijarnos de la ausencia de asaltos: los salteadores preferían una presa más fácil. Dormíamos en abadías u hospitales utilizando el derecho de asilo del peregrino y nos deteníamos en las iglesias del camino. Así, siguiendo la antigua y ancha calzada romana, dejamos atrás Roncesvalles y su monasterio y Santo Domingo de la Calzada y entramos en Burgos por la Calle de las Calzadas donde saciamos nuestra hambre y descansamos en la hospedería del Real Monasterio de las Huelgas. Atravesando el páramo leonés llegamos a Villafranca del Bierzo, villa en donde los monjes de Cluny habían fundado un priorato. En la iglesia de Santiago, los peregrinos que no podían continuar hasta Compostela a causa de alguna enfermedad obtenían las mismas indulgencias en la Puerta del Perdón. Tras dejar atrás San Marcos alcanzamos la colina desde donde se divisaba la ciudad santa de Compostela: desviando la vista del enjambre de tejados, el ojo agudo percibía las torres y parte de la iglesia. La avenida de entrada estaba tomada por una multitud, peregrinos, tullidos y ciegos, nobles con su séquito de criados, todos ellos caminando por aquél dédalo de calles y pasajes, miles y miles de veces

recorridos. Al ver aquél gentío tuve la seguridad de que Dios es el fin último del hombre.

Desde la Puerta Francígena atravesamos la calle de las Casas Reales hasta la Azabachería y desde allí, siguiendo la vía Sacra alcanzamos la plaza de las Platerías en donde, por fin, tras treinta y tres días de penalidades, el sueño de piedra se desvelaba.

Para obtener las indulgencias debían llevarse a cabo una serie de rituales; entramos en la catedral por la puerta del Obradoiro; el Pórtico de la Gloria, la antesala de piedra en la que cobraban vida los profetas del Antiguo Testamento y en donde colocando los dedos de la mano derecha en la columna del parteluz se pedía una gracia al apóstol, franqueaba la entrada a la nave en semipenumbra. El interior más que describirlo puedo imaginarlo pues la altura de sus naves se perdía en la umbría dejando en relieve la anchura de la planta. En medio de aquella majestuosidad buscamos la estatua del maestro donde, cada uno de nosotros, golpeó tres veces su cabeza contra el santo. Después de esto ya podíamos rezar ante el Altar Mayor. Yo le dediqué una oración a las almas de Lafcadio y Étienne y solicité favor para la familia Ponthieu. Por último, tras aguardar nuestro turno, subimos al Altar Mayor y desde atrás abrazamos la estatua del apóstol depositando el sombrero sobre su cabeza. Ahora sólo me quedaba aguardar a que nos dieran la Compostela, es decir, la indulgencia.

Salí de la iglesia con una sensación de ahogo y me senté en un rincón de la plaza contemplando la vasta obra; me encontraba desamparado, solo y vacío, sin ninguna pertenencia y sin ningún amigo, la misma situación en la que estaba cuando huí de Irlanda. Pero existía una notable diferencia: había conocido a dos grandes personas aunque ya no podía contar con ninguna de ellas; a Lafcadio lo había perdido para siempre y a Guillaume probablemente no le volvería a ver jamás.

Abandoné la ciudad al amanecer sin ningún destino aunque en un rincón de mi mente se perfilaba un deseo: pedir asilo en algún monasterio y refugiarme en él hasta el fin de mis días. En el camino de ida, al pasar por Burgos, unos peregrinos nos habían hablado del monasterio de Santo Domingo de Silos, formado por una comunidad benedictina y me marqué ese destino.

Inicié el camino de vuelta con ésta idea, durmiendo bajo el cielo estrellado al amparo de lo que la naturaleza me ofreciese; sacié mi sed en los ríos y me mantuve con lo poco que llevaba en mi bolsa hasta que hallaba una hospedería o un pueblo en donde adquirir alimentos. Así transcurrieron los primeros días, sobrecogido por una inmensa soledad que se acentuaba a cada paso, en cada tormenta que descargaba, en cada nueva llaga que laceraba mis pies. Tras haber dejado atrás la ciudad de León,

la noche me sorprendió en una gran planicie sin ningún pueblo a la vista en el que cobijarme, de nuevo a merced del agua y del frío. Me acurruqué junto a un árbol y cuando me estaba echando el manto sobre la cabeza escuché un alboroto de voces; escudriñé a través de las últimas luces que estaban siendo engullidas por la noche y divisé dos jinetes enfilando hacia mí. Al principio pensé que eran peregrinos, pero conforme se iban aproximando tuve una desgraciada convicción: aquellos dos hombres eran bandidos. Me levanté echando mano de la navaja que oculté entre los pliegues del hábito y encarándome con el destino aguardé a que me alcanzaran. Cuál fue mi sorpresa cuando éstos no se detuvieron sino que pasaron a unos pasos de mí sin dirigirme apenas una mirada. Atónito, escuché cómo el sonido de los cascos se extinguía y tembloroso me recosté contra el tronco y entrecerré los ojos. Pero mi corazón apenas había recuperado su ritmo cuando de nuevo me sobresaltó el sonido de cascos; ésta vez me apreté contra el árbol confiando en pasar inadvertido aunque los dos jinetes que vestían de blanco ya habían reparado en mí.

- ¿Habéis visto pasar a dos hombres a caballo? – me increpó uno de ellos.

- Hace unos instantes – afirmé – y se han perdido por ahí – dije señalando el camino deseoso que se marcharan tras de ellos.

Observé sus capas blancas con una cruz púrpura y reconocí a aquellos hombres como pertenecientes a la Orden de Santiago, creada para dar protección al peregrino.

- Es inútil que continuemos. Con ésta oscuridad no podremos dar con ellos.

El otro hombre, más mayor y corpulento me dijo:

- Habéis tenido suerte. Ésta tarde han asesinado a un viajero y de no ser porque estaban huyendo habríais acabado de igual modo.

Yo tragué saliva con dificultad. Últimamente me acechaba la muerte.

- ¿Hacia dónde os dirigís?

- Regreso de Compostela y confío en llegar a Burgos, al monasterio de Santo Domingo de Silos.

- Es peligroso andar solo por éstos parajes y, más aún, dormir a la intemperie. Puede que mañana no os despertéis.

- Tenemos un campamento cerca, más vale que nos acompañéis.

Don Juan de Para Montiano y Velasco, Caballero de la Orden de Santiago me tendió la mano y subí a su caballo.

Las luces de las antorchas y las fogatas animaban la noche; tras engullirme un buen trozo de carne asada y refrescarme con el vino me sentí mucho mejor, hasta casi olvidé la tristeza que me embargaba. Aquella noche me dormí con una sonrisa en los labios.

Al despuntar el día comenzaron a desmontar el campamento; yo les di sinceramente las gracias por su acogida y me despedí de ellos. Por el camino me tropecé con gente que iba y venía, ricos y pobres que convertían Compostela en uno de los lugares de peregrinación más visitados.

En menos de una semana estaba ante las puertas del monasterio de Silos. Me ofrecieron comida y un lecho y más tarde tuve la oportunidad de conversar con el abad; le conté que había pertenecido a la abadía de Glastonbury y que tras haber sido disuelta la comunidad me había impuesto recorrer todos los lugares santos. De Inglaterra había viajado a Francia y desde allí hasta Santiago; aquí sólo permanecería unos días antes de peregrinar a Roma.

Aquellos pocos días se convirtieron en semanas y luego en meses. Retomé mi antigua afición por la composición y la música y después de la vida tan agitada que había dejado atrás la tranquilidad y el aislamiento me devolvieron la serenidad de tal modo que me juré a mi mismo que no volvería a abandonar los hábitos y que la muerte me hallaría cobijado entre los muros de un monasterio.

Amparado en el silencio y en la soledad de los días alcancé una paz de espíritu que ya creía perdida y que me ayudó a recordar a mi maestro Lafcadio con serenidad aunque sin poder evitar que mis ojos se llenaran de lágrimas al evocar sus sabias palabras:

“Todo llega a su fin, el día es coronado por la noche, al igual que la juventud conduce inexorablemente a la vejez”.

Y así es.

A partir de entonces he vivido en silencio y ahora, antes de que mis ojos se cierren con la última noche, devuelvo mis secretos al pergamino. Entregué el ardor de mi corazón y la juventud de mi cuerpo, desdichado de mí, a la búsqueda del conocimiento. Traduje textos oscuros y me entregué al mundo de la alquimia, estudié teología y devoré los antiguos escritos de los filósofos con el único fin de vislumbrar la Verdad, tarea tan ardua como fatua cuando se descubre que ésta no se haya contenida ni en un sólo tratado ni en un sólo hombre.

Obtendría consuelo en el infierno si éste mismo no me hubiera sido negado pues el conocimiento me mostró que el infierno se halla en éste mundo donde los hombres

se aniquilan unos a otros y la enfermedad, las guerras y la miseria son las que imperan.

La vida me ha regalado momentos dulces; me ha bendecido con el amor, la amistad y el conocimiento a partes iguales. La amistad de grandes personas: de Lafcadio, mi preceptor, cuyo saber atesoro y consejos aún hoy sigo guardando; de otro buen hombre, el abad de Glastonbury, persona humilde y confiada cuyo delito más grande fue el de depositar su confianza en quien se lo requería y del fiel Guillaume que, desde el principio creyó en mí. Y, por último, el conocimiento que me ha concedido un espíritu libre.

He conocido las auténticas enseñanzas de Jesús y si mi mentor murió por evitar su destrucción, yo, Ian de Dubh-Linn, me aseguraré que éstas perduren para alimentar las almas hambrientas y perdidas. Al igual que éstas revelaciones supusieron para mí el comienzo de una fe distinta a todo lo que había conocido confío en que alguna vez la humanidad llegue a averiguar que realmente existe un camino para alcanzar a Dios pues aunque hay muchas formas de acercarse a Él, la verdad es que el Amor es el único camino.

Pasados unos minutos de la media noche monseñor ocupó la mesa de una de las cafeterías cercanas a Piazza Spagna y pidió un café; había tenido que salir a la calle pues estaba nervioso a pesar de que creía haberle ganado la batalla al cardenal. Pero no quería hacerse falsas ilusiones. Cada vez que pensaba en Paolo tenía que hacer un esfuerzo para evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas pues al margen de todo le había cogido un gran cariño.

Su teléfono vibró sobre la mesa y a él se le desbocó el corazón. Ya creía estar oyendo la arrogante voz de D'Angelo cuando escuchó a Paolo: Le dijo que acababa de salir a la calle y estaba hambriento.

Mientras Baglioni, Shannon y Paolo celebraban su triunfo en uno de los restaurantes del Trastevere. Lorenzo D'Angelo caminaba por el puente iluminado tenuemente por las farolas mientras pensaba en todo lo sucedido; aunque ya había asumido que había perdido para siempre a Paolo no por eso dejaba de maldecir aquél final; tantos años de esfuerzo planeándolo todo y tantas esperanzas puestas en aquél ser para esfumarse de la noche a la mañana; él había tenido en sus manos la posibilidad de hacer retornar al Mesías, de brindar al mundo una segunda oportunidad y de nuevo la habían desperdiciado. Y no le dejaban ni un resquicio de esperanza. Por si no fuera bastante el manuscrito siempre sería una amenaza constante para la iglesia y eso era algo a lo que nunca se acostumbraría.

A lo lejos divisó la fortaleza de san Angelo, que había servido de escapatoria a algunos Papas en el pasado. Y eso fue lo último que vio.

El cardenal se arrojó al vacío y mientras caía su sotana se infló como un globo hasta que fue engullido por las turbias y oscuras aguas del Tíber.

La noche de Roma era cálida y estrellada. Habían decidido ir a pie hasta el hotel de Shannon y se habían parado a contemplar las diversas fuentes que se iban encontrando a su paso.

_¿Qué piensas hacer ahora?, ¿te quedarás algunos días en Roma?.

_ No lo creo, tengo que volver al trabajo. He quedado con mi editor el lunes, tengo algunas ideas que proponerle _ le dijo haciéndole un guiño_. ¿Y tú?.

_ Lo primero que pienso hacer es hablar con mi madre para que me explique algunas cosas; al fin y al cabo ella no tiene culpa de nada.

Ella asintió; estaban parados en una pequeña plaza frente al hotel pero ninguno de los dos quería ser el primero en despedirse. Shannon se aproximó tan cerca que pudo oler su perfume y le dio un beso muy cerca de los labios.

_ ¿Y después de visitar a tu madre?.

Paolo se encogió de hombros.

_ Tendré que plantearme una vida normal, buscaré un trabajo e intentaré olvidarme, en la medida que me sea posible de todo esto.

_ Dublín es un buen lugar para empezar una nueva vida, podrías venir, cuando hayas resuelto tus asuntos.

_ No es mala idea _ contestó él fingiendo que lo estaba pensando.

_ Pasearemos por el parque _ siguió diciendo Shannon _ iremos al cine y tomaremos unas pintas pero te doy mi palabra, nada de visitar iglesias.

Nervioso, como nunca en su vida lo había estado y aún conmocionado por la muerte del cardenal, siguió a uno de los prelados que lo llevaría hasta el pontífice. Serían quince minutos de audiencia absolutamente a solas. El Papa estaba sentado en un sillón de espaldas a la plaza de san Pedro. Monseñor se inclinó ante él y le besó la mano; éste, con suma amabilidad le indicó que se levantara y le invitó a tomar asiento.

_ Monseñor Ridolfo Baglioni. Últimamente le he oído mencionar mucho en relación con un manuscrito _ le dijo.

_ Su santidad está en lo cierto y es por éste motivo por el que desde ahora renuncio a mi cargo.

El Papa no pudo reprimir su sorpresa.

_ ¿Qué le ha llevado a tomar esa decisión tan drástica?.

_ Su santidad lleva muchos años de papado y conoce todo lo bueno y lo malo de ésta institución. A mí el azar me ha llevado a conocer sólo la verdad.

_ Usted lo ha dicho _ dijo con voz cansada_. Todo lo bueno y todo lo malo. Y sopesándolo prevalece lo bueno.

Aunque monseñor se sentía violento no podía callar.

_ No es que prevalezca lo bueno, es que no tiene nada que ver.

_ ¿Qué es lo que le ha pasado para hablar con tanta convicción del relato de un manuscrito del que no se puede tener la certeza de su fiabilidad?. Usted ha trabajado durante años en el Archivo y ha conocido muchas cosas.

_ Por ésta misma razón, su santidad, es por lo que tengo la capacidad de discernir entre un comentario y un testimonio, entre mito y realidad. Por otra parte,

yo mismo he recibido todas las pruebas que podía esperar. Pese a quien pese son hechos comprobados. Mi postura es clara: no seré yo quién se encargue de desvelar la verdad, otros se ocupan de eso. Sólo me sentía en la obligación de comunicarle personalmente mi renuncia y mis razones y agradecerle infinitamente que me haya concedido tiempo para hacerlo.

Ante el asombro del Papa, Ridolfo Baglioni le dedicó una inclinación y se marchó. Su santidad cogió el facsímil que le había dejado sobre la mesa; hizo un esfuerzo por enfocar las palabras que se le hacían borrosas y comenzó a leer:

Yo, José de Arimatea, por la Gloria del Más Alto, me declaro iniciado en el conocimiento por el maestro Jesús...

FIN